

=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Pág.
ERRÁZURIZ <i>Crescente</i> .—Juan de la Reina.....	5
VICUÑA MACKENNA, <i>Carlos</i> .—El socorro de Membrillar	18
GAJARDO R., <i>Ismael</i> .—Deficiencias de que adolecen los textos para la enseñanza de la Geografía Física en los colegios del Estado y en los particulares, y necesidad de imprimir una obra que consulte todos los progresos alcanzados en la Física Terrestre.....	35
MARÍN VICUÑA, <i>Santiago</i> .—El Ferrocarril Panamericano.....	45
DE SAUNIERE, <i>S.</i> .—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral.....	63
ARAYA NOVOA, <i>Ramón</i> .—La familia Urrejola.....	112
VICUÑA MACKENNA, <i>Carlos</i> .—El origen de don Ambrosio O'Higgins y sus primeros años en América.....	126
BLANCO CUARTÍN, <i>Manuel</i> .—El General O'Higgins.....	173
DE AMBERGA, <i>fray Jerónimo</i> .—Educación indígena en los Estados Unidos.....	194
Cartas del General Godoy a don Pedro Félix Vicuña.....	203
Diario de los sucesos ocurridos en Santiago desde el 24 hasta el 29 de Enero de 1827.....	215
ZENTENO, <i>José Ignacio</i> .—El General Zenteno (<i>Continuación</i>).....	220
VALENZUELA, <i>Pedro Armengol</i> .—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborígenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	273
AMUNATEGUI SOLAR, <i>Domingo</i> .—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>).....	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, <i>Fernando</i> .—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>).....	305
DONOSO, <i>Armando</i> .—Barros Arana y Mitre.....	423
COVARRUBIAS, <i>Luis</i> .—Monedas chilenas desde la Independencia hasta la fecha (<i>Continuación</i>).....	453
Notas e Informes.....	496

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1916



Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

INTRODUCCIÓN

Algunas explicaciones sobre los narradores de mis cuentos

En Noviembre de 1893 acompañé a mi esposo en un viaje que hizo a las islas de Chiloé y fuí vivamente interesada por los relatos que los naturales de las islas me hicieron sobre los mitos, leyendas y supersticiones de los chilotas y a los cuales la mayor parte de ellos parecían dar crédito.

Al regresar a Santiago traje conmigo a una niña mestiza natural de Castro, hija de un chileno y de una india. Ella fué la que me narró los primeros cuentos recogidos y apuntados por mí.

Debo decir que jamás había encontrado a una mujer tan ignorante y crédula: ella tenía una fe inquebrantable en todo lo que contaba o había oído contar y nunca pude hacerle comprender lo inverosímiles que eran los hechos narrados por ella.

La mujer era joven, tenía poco más de veinte años, hablaba castellano; pero no sabía leer ni escribir; así es que todo lo que sabía lo había aprendido de los indios con quienes se había criado. Su madre, habiendo sido abandonada por el padre, quien, según parece, era marino, fué a reunirse con su familia que habitaba el continente, lo cual explica que los cuentos narrados por la niña no se refieran todos a supersticiones puramente chilotas sino a las araucanas en general. En sus cuentos figuraban guanacos, huemules, avestruces, animales que no existen en el archipiélago y que sólo se encuentran en el continente; desgraciadamente he extraviado el cuaderno donde los tenía apuntados y sólo he podido encontrar: «La mujer pescado», «La cochodoma» y «El anillo maravilloso».

Esa mujer se llamaba Jenoveva Oyarzún, y la tuve a mi servicio durante algún tiempo; pero hube de despedirla por haberse dado a la bebida. Se volvió al sur sin que desde entonces haya tenido noticias de ella.

Un pariente suyo, Antonio Rojas, que había navegado como fogonero durante algunos años y que teníamos de empleado en la casa, me contó: «La serpiente agradecida», «El rey de la islita», «El Tren-tren y el Cai-cay-vilu», y me dió informaciones bastante interesantes sobre las supersticiones araucanas y la mitología de este pueblo.

Un viaje que hice a Valdivia, a Osorno y a Puerto Montt en 1895 me permitió acopiar nuevos datos sobre los indios de estas regiones.

Algunos años más tarde, en 1904 y parte de 1905, pude aumentar mi pequeña colección: durante nuestra permanencia en el sur, que duró catorce meses, cambiamos varias veces de residencia e hicimos numerosos viajes desde Temuco a Valdivia. Pude entonces formar un pequeño voca-

bulario, gracias a las relaciones que teníamos con los indios de las reducciones vecinas, a quienes visitábamos y que venían a nuestra casa, ya para pagarnos las visitas, ya para pedirnos algún favor. Algunos de ellos, que trabajaban en las faenas del ferrocarril en construcción, hablaban el castellano bastante bien para hacerse entender, por ellos pude conocer y estudiar sus costumbres y modo de pensar. Sin embargo, debo confesar que no era fácil tarea el hacerles contar lo que se refiere a sus tradiciones y que más de una vez he debido emplear la astucia para conseguirlo; por ejemplo, cada vez que quería saber algo, si preguntaba directamente, fingían no comprender la pregunta o bien no acordarse; para decidirles era preciso que yo empezara la primera a contar algún episodio histórico sobre mi patria, algún cuento o tradición, viéndome a menudo obligada a inventar historias extraordinarias. Entonces, no sé si para mostrarme que ellos sabían también «cosas bonitas», como decían, o bien si entusiasmados por lo que les contaba, me cortaban la palabra refiriéndome historias análogas, o que a lo menos les parecían tener alguna relación con las mías.

En Loncoche tuve en la casa a una indiecita de once años llamada Eudocia Catracheo. La niñita había sido bautizada y hablaba el castellano por haber estado empleada durante algunos meses en una casa chilena. El padre, que trabajaba de medianero con otros indios en una reducción poco más al sur, vestía pantalones y hablaba bastante bien; pero ni él ni la niñita sabían leer. Ambos eran en extremo supersticiosos y era trabajo perdido el tratar de hacerles comprender algo. Lo que llamaba la atención era el miedo que la niñita tenía a ciertos animales, como lagartos, culebras y sapos. La he

visto dar grandes rodeos para evitarlos. Ella pretendía que los lagartos podían introducirse en el cuerpo de una persona y roerle el corazón y que la mirada del sapo causaba la ceguera si esa mirada se cruzaba con la de alguna persona. El entendimiento y la inteligencia de esta indígitita eran muy poco desarrollados y muy rara la idea que se formaba del mundo. A pesar de los buenos tratamientos y del cariño que se le demostraba, era esquiva y poco comunicativa; costaba trabajo hacerle contar algo; sin embargo, a ella debo gran parte de los cuentos que tengo recogidos.

En cuanto a los demás narradores o informantes Moñi (Bonifacio) y Ramón Trincau eran mozos de la casa. El primero había nacido en Chiloé y el segundo, nacido en Río Bueno, era de origen indio, medio civilizado; ninguno de los dos sabía leer.

Una mujer, Rosalía Faúndes, nuestra cocinera, casada con uno de nuestros mozos, me contó también algunos cuentos. Ella había vivido siempre con los indios y aprendido a *meica*. Habiéndola despedido de la casa, se estableció de curandera y ganaba mucho dinero recetando los remedios más extravagantes a los desgraciados que venían a consultarla.

* * *

Al recoger estas narraciones y cuentos araucanos, sólo lo hice con el propósito de compararlos con los cuentos y leyendas recogidos por mí en mis viajes por el Asia, África, islas de Malta y Sicilia; pero los señores R. Lenz y R. A. Laval, a quienes los comuniqué, me aconsejaron que los publicara, asegurándome que este modesto trabajo podría interesar a los aficionados a los estudios folklóricos.

Siguiendo estos consejos, he escogido las narraciones que me parecían más interesantes; pero como no poseo suficientemente la lengua mapuche para hacer una traducción correcta del texto original, he aprovechado sólo las narraciones hechas en castellano por aquellos de mis narradores que hablaban bastante bien esta lengua. No he hecho ninguna corrección y he copiado los cuentos tal como me fueron dictados por mis informantes, los cuales, a pesar de haber aprendido el lenguaje vulgar y la pronunciación de los trabajadores con quienes estaban en contacto, conservaban, sin embargo, algunas locuciones familiares peculiares a su idioma, como el «Fei meu»=entonces y «Pi, pian»=dijo, dicen, al empezar o terminar sus frases.

En cuanto a las consejas chilenas que forman la segunda parte de este trabajo, todas han sido narradas por personas de humilde condición, sirvientes de la casa o gente del campo sin instrucción y que no sabían leer. He apuntado escrupulosamente las expresiones y los giros a fin de conservar a estas narraciones su sabor popular. Entre los cuentos hay algunos casos que se refieren más especialmente a supersticiones nacionales.

* * *

Antes de terminar quiero manifestar mis sinceros agradecimientos a todos los que me han alentado en mi trabajo y más especialmente al señor R. Lenz, quien me ha hecho el favor de revisar algunos de mis cuentos y al señor R. A. Laval, quien me ha prestado libros y me ha comunicado datos que han facilitado grandemente el trabajo al hacer las notas comparativas sobre estos mismos cuentos.

Santiago, Abril de 1915.

PRIMERA PARTE

CUENTOS ARAUCANOS

I. La mujer pescado

(Narrado por GENOVEVA OYARZÚN, de Castro)

Cuando los pescadores y los marinos se han portado mal, Dios los cambia en pescados, y es por eso que algunos son tan grandes y pueden hacer mucho mal, porque siempre tienen los sentimientos de los hombres.

En un pequeño pueblo de Chiloé había una bonita mujer, casada con un pescador; él era muy malazo y una noche que había ido a pescar, Dios lo castigó y lo cambió en pescado. La mujer lloró mucho a su marido; pero después otro la pretendió y ella dijo que sí, que se casaría.

El día antes del matrimonio, la bonita mujer fué a bañarse en el mar, porque le gustaba mucho el mar; ella estaba muy contenta y se puso a cantar en el agua. El pescado, que era su primer marido, había sabido que ella se casaba y tenía mucha rabia. Él la oyó, y al verla tan contenta y tan bonita, le dió más rabia y quiso vengarse y hacerla desgraciada.

Ella no había tenido familia del primer matrimonio; entonces el pescado grande se acercó a la orilla y levantó una ola tan regrande que envolvió y arrastró a la mujer. Ella se agarró de una roca pa que el agua no se la llevara; y el pescado grande se echó encima de ella.

La mujer no supo lo que le pasaba; por el gran miedo que tuvo casi se murió. El novio, que la buscaba en la playa, la encontró desmayada y se la llevó.

Muy enferma estuvo la mujer, pero sanó y se casó con el novio. Empezó a engrosar muy pronto y el marido estuvo muy contento de tener familia; él quería mucho a su mujercita, que ya se había olvidado del primer marido.

Tuvo guagua la mujer antes del tiempo necesario y dió a luz a una niñita tan hermosa y tan rara que todo el mundo venía pa verla; ella tenía el cuerpo muy bien hechito y como todas las mujeres; pero no tenía piernas y su cuerpo terminaba en una cola de pescado mui larga y enroscada; y lo raro también era que ella tenía el pelo largo como una niña ya grande.

El padre y la madre se desesperaban, porque comprendían muy bien que esa niña no podía ser una gente como las otras; y la madre, sin decir nada a su marido, se acordó de ese pescado tan grande que la había arrastrado en el mar y sospechó que él era el padre de la guagua y tuvo mucha pena.

Creció la niñita, y tenía una voz tan preciosa que era un encanto oirla. No podía andar como las otras niñas, pero se arrastraba y pasaba la mayor parte de su tiempo en el mar; y nadaba y se revolvía en el agua sin que jamás las olas se la llevaran.

Al amanecer ella estaba ya a la orilla del mar y cantaba con una voz tan armoniosa, que los pescadores que la oían no pensaban en marcharse pa sus casas o embarcarse pa pescar.

A pesar de tener el cuerpo deformé, muchos la pretendieron, pero ella no quería casarse con naiden (1) y sólo estaba contenta cuando en los días de tempestad se vol-

(1) Naiden, por nadie.

caban las barcas y caían los tripulantes al mar. Entonces ella se tiraba al agua y los salvaba y después se ponía a cantar.

El pescado grande, que era su padre, solía venir a visitarla; no le hablaba porque no podía hablar, pero le hacía cariño y quería llevársela a otra parte, mar adentro, pero ella no quería y decía que quería quedarse donde había nacido.

Un día vió a un pájaro muy grande que volaba; ella se puso a cantar y el pájaro bajó para oírla. Tanto le gustó esa mujer, que se casó con ella y se fueron los dos, él volando, ella nadando, a vivir en una cueva que estaba en una roca sobre el mar. Tuvo familia la mujer-pescado y todos los hijos se parecían a sus padres, es decir, a pescado por la madre y a pájaro por el padre, y se les ve volar alrededor de los buques que vienen a Chile.

I. bis. La Cochodomia (1). (Variante)

(Narrado por GENOVEVA OYARZÚN, de Castro)

1. Una vieja india muy pobre vivía en una ruca cerquita del mar: muy vieja era la india, y también lo era la ruca, que casi se caía de pura vieja, pero la india vivía siempre en ella porque no tenía hijos y no sabía dónde irse a vivir.

Como la vieja india no podía trabajar, buscaba su comida en los peñascos donde encontraba algún nido de pájaro; pero lo más, era a orillas del mar que encontraba su co-

(1) Jaiva hembra, especialmente cuando está fecundada, F. CAVADA. (*Chiloé y los Chilotas*, pág. 311).

mía, pescaditos, mariscos, cuando el mar los tiraba fuera del agua.

A veces el tiempo era muy malazo, y la pobre vieja se quedaba sin comer por no poder salir a buscar su comía; pero después encontraba más, y también madera y palos que quedaban en la orilla y que le servían pa encender fuego.

2. Una noche hubo una gran tempestá: llovía mucho, el viento era muy fuerte y el mar metía tanto ruido que parecía el trueno. La vieja pensó que al otro día, si podía salir, encontraría muchos mariscos y pescados.

Tempranito salió la india pa ir al mar, el viento soplabía fuerte todavía y había grandes olas y la vieja se preguntaba cómo haría pa llegar a la orilla. Después llegó, pero, como se agachaba pa recoger unos pescaditos, vino una ola muy regrande, que la tiró al suelo y la empapó.

La india se creyó perdida y estiró las manos pa agarrarse de algo, y sintió que algo se movía entre sus manos, una cosa gruesa, muy grande. Ella pensó que sería una colpa (1).

3. Cuando pasaron las aguas, miró la india y vió que no era na una colpa, era una cochodoma (2) tan regrande como jamás había visto una.

Entonces la vieja pensó que pa muchos días tendría comía si se la llevaba a su ruca. La tomó la india, y también los otros mariscos que se había encontrado y lo puso

(1) Se da este nombre a una masa de mariscos adheridos entre sí. (CAVADA, pág. 313).

(2) Ver la nota (1). El segundo componente de la palabra (doma) indica su origen. (CAVADA, pág. 311).

todo en un chahue (1) que se había traído de su ruca.

4. Cuando llegó sacó toíto lo que llevaba, entonces vió que la jaiva estaba partida y se dijo: «Yo la habré aplastado cuando me caí». Tomó un cuchillo pa abrirla mejor y cuando estuvo abierta la jaiva, vió que no había na de huevos y que había una guagua dentro.

Viva estaba la guagüita, y tan bonita: todo su cuerpo parecía de pura concha-perla por lo transparente y brilloso; tenía los ojos muy verdes y el pelo largo. La india la miraba y no podía comprender como era esto, que se encontraba esa guagua en esa jaiva y la miraba mucho y no se atrevía a sacarla de adentro. Entonces notó que la guagua no tenía piernas y que su cuerpo terminaba como una cola de pescado.

5. No sabiendo que hacerse con ella, la vieja se fué a ver a una amiga suya, que era machi, y le llevó la jaiva con la guagua adentro. La machi la miró y le dijo que esta guagua no era hija de gente y que era hija de una reina del mar (2) que la había escondido en la jaiva pa que los cahueles (3) no se la comieran, y le dijo a la vieja india que se la llevara al mar y que pusiera a la niñita sobre una roca y esperara.

6. Así lo hizo la vieja india; se llevó a la niñita siempre acostada en la jaiva y la puso sobre una roca bien a la orilla del mar, y ella se escondió detrás de la roca; pero entonces, oyó que la llamaban y se salió, y vió a una her-

(1) Pequeño canasto que sirve para colar chicha, medir sal; sirve también para mariscos.

(2) La informante no supo explicar quien era esa reina del mar, supongo que hacia alusión a la Pincoya o a alguna sirena.

(3) Lobos marinos o focas, también toninas. En Chiloé se dice que el cahuel sale del agua y llora para anunciar una muerte o un naufragio.

mosa mujer pescado con el pelo tan largo que le envolvía todo el cuerpo. El pelo estaba cuajado de perlas.

Ella vino a la orilla, y la mujer pescado le dijo que ella era la madre de la guagua, y que un cahuel, que quería casarse con ella, le había matado al mario. Entonces ella había escondido su guagua en una cochodoma pa que el cahuel no la pudiera encontrar. Así se lo contó a la vieja india y se salió del agua y se trepó sobre la roca pa darle de mamar a la guagua. Después le dijo a la vieja india que se la llevara pa su ruca y que todos los días había de traerla pa que ella le diera el pecho y que en cambio ella le daría todos los pescados y mariscos que quisiera.

Entonces la vieja se llevó otra vez la guagua a su ruca y todos los días la traía pa que mamara, y se encontraba montones de pescados y mariscos, tantos que no los podía llevar todos a su casa.

Creció la guagua y cuando fué bastante fuerte pa nadar bien, se la llevó su madre, y cuando la vieja india se venía al mar, ella se salía pa hacerle cariños y le ofrecía perlas muy hermosas.

Así nunca más se quedó la vieja india sin comer y hasta su muerte tuvo muchos pescados y mariscos.

NOTAS

El mito conocido con el nombre de Sirena es de los más antiguos. Para encontrar su origen sería preciso remontar a tiempos muy lejanos. Estos seres maléficos, mitad mujer y mitad pez, dotados de sorprendente belleza y voz melodiosa, han servido de tema a miles de leyendas y tradiciones.

La leyenda griega sobre las sirenas es universalmente

conocida, y en la Odisea vemos a Ulises, el desgraciado rey de Itaca, taparse los oídos con cera y hacerse atar al palo de su buque, a fin de resistir al encanto de sus melodías.

El nombre de este mito varía según el país, pero conserva en todas partes el mismo carácter de perfidia, y los desgraciados que prestan oído a su voz perecen miserablemente. La forma poética bajo la cual se le presenta es quizás lo que más ha ayudado a su propagación y popularidad, y lo encontramos bajo todos los cielos.

Si en los países del norte de Europa durante las largas noches de invierno es el tema favorito de las narraciones populares, también lo es bajo otros nombres en los países del Oriente, donde cada río, cada fuente, cada laguna tiene su genio o hada, pues es de advertir que este mito no es sólo propio de los países del litoral, sino que lo es también de las comarcas más alejadas del mar.

En cuanto al origen de nuestro cuento chilote, creo que debemos buscarlo en gran parte en la leyenda araucana sobre un diluvio que obligó a los hombres a refugiarse en unos cerros llamados Tren-tren (1).

Según cuentan los cronistas, y entre ellos el reverendo padre Diego de Rosales, quien, según creo, fué el primero en tratar este asunto, muy pocos fueron los que se salvaron; los que las aguas alcanzaron se transformaron en rocas o en peces, y éstos, más tarde, tuvieron relaciones con las mujeres indias. De estas relaciones nacieron hijos cuyos descendientes llevan hoy día nombres de peces o mariscos que recuerdan su origen. Lo que ha dado más fuerza a esta suposición es la narración de muchos viaje-

(1) Cerros míticos, que terminan generalmente en tres puntas.

ros que pretenden haber visto a orillas del mar a seres extraños con busto de mujer y cola de pescado.

Con razón el señor Lenz, comentando esta tradición, dice que es debida a la gran cantidad de focas o lobos marinos que pululan en esos mares.

La narradora de este cuento creía firmemente en la existencia de las sirenas y pretendía que las relaciones entre peces y niñas existen todavía.

Sea cual fuere el origen de la creencia en las sirenas, lo cierto es que la encontramos no sólo entre los isleños o costinos del sur, sino también en todo el litoral de Chile, hasta el norte, y que goza de la misma popularidad tanto entre el vulgo como entre las personas relativamente ilustradas. En prueba de esto, citaré la siguiente relación que me fué hecha por una señora de cierta edad, natural de Carrizal Bajo y que había vivido en el norte durante largos años:

Hace muchos siglos, una niña de Carrizal, llamada Silena (1), estaba de novia con un joven de la misma localidad. Un día, pasando a orillas del mar, vió a un hombre desconocido que se bañaba. Lo que le llamó la atención fué que éste tenía el cuerpo muy velludo. El hombre al ver a la muchacha la llamó, convidiéndola a bañarse también. Como ella no le hiciera caso ni le contestara, empezó a decirle tales improperios y groserías que la niña indignada le hizo un desprecio y tomando una piedra la tiró a la cabeza del insolente. Después arrancó corriendo.

Cuando estuvo a alguna distancia, se dió vuelta para mirar y vió que el hombre se alejaba nadando, pero notó

(1) Supongo que el nombre será Filena.

con estupor que no tenía piernas y que su cuerpo terminaba como el de los peces.

Pocos días después, la joven y su novio hicieron un paseo en el mar, montados en un pequeño bote. De repente, una ola muy grande volcó la embarcación y los novios cayeron al agua. El joven, que sabía nadar, hizo grandes esfuerzos para salvar a la niña, que parecía luchar contra un enorme bulto. Al fin lo consiguió, y nadando se dirigió a una roca, que, a alguna distancia, se elevaba sobre el mar. Cuando llegó a ella quiso hacer subir a la niña, pero vió con horror que sus piernas se habían pegado una con otra y parecían una cola de pescado. La niña fué bruscamente arrancada de sus manos, y el desgraciado la vió alejarse arrastrada por el hombre pez que la tenía cogida por sus largos cabellos. Al día siguiente, unos pescadores encontraron al joven desmayado sobre la roca.

Desde este día la mujer fué vista por varias personas que la oyeron cantar y llamar a su joven novio.

El señor Vicuña relata un caso parecido recogido en la Serena: «Una mujer anciana tenía una hija llamada Serena, de carácter duro y voluntarioso, a quien le gustaba bañarse. Un día que la madre enferma no podía acompañarla, quiso ir sola al río. La anciana trató de oponerse a ello; pero la muchacha no quiso escucharla y en su ira levantó la mano y pegó a su madre en el rostro. La vieja mujer maldijo a su hija. Sin preocuparse de la maldición, la joven fué a bañarse. Apenas entró en el río, fué arrastrada por la corriente hacia el mar. La madre, al ver que su hija no volvía, corrió para informarse. Unos pescadores le dijeron que habían visto pasar un monstruo mitad mujer, mitad pescado, el cual, luchando contra la corriente,

trataba de ganar la orilla. El mismo monstruo fué visto más tarde por otros pescadores (1)».

Estas dos consejas, destinadas a explicar el origen de las sirenas, encierran en sí los elementos principales de nuestro cuento chilote. En la primera, la transformación es debida a la venganza del hombre pez, mientras que en la segunda, esta transformación es un castigo de la Providencia (2).

Sin embargo, en nuestro cuento, la transformación en sirena no se produce en la mujer olvidadiza que se vuelve a casar, sino en el fruto que nace de ella.

Los caracteres distintivos de tales mitos están también ligeramente modificados: la sirenita, como todas las de su especie, es hermosa; su voz es melodiosa y dulce. Como las otras sirenas, se sirve de sus encantos para atraer a los pescadores y provocar naufragios; pero ahí se detiene la comparación, pues si goza al ver zozobrar los barcos, es únicamente por el placer que le procura el poder salvar a los que los tripulaban.

En el final del cuento, el casamiento de la sirena o niña-pez con un ave marina, y los peces voladores, fruto de tan extravagante unión, son una prueba de la fertilidad de la imaginación de los pobladores de la isla. A pesar de haber buscado la filiación de esta original creencia, nada he podido encontrar en las leyendas o tradiciones de esta región que pudiera servirme de punto de comparación.

(1) Ver J. VICUÑA CIFUENTES, *Mitos y supersticiones*. (*Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo X, pág. 324).

(2) Compárese con el pescador transformado en pez, en castigo de su mala conducta.

El segundo cuento titulado *La Cochodomia* y que he dado como una variante de *La mujer-pescado*, no ofrece gran interés. El nombre dado por la narradora a la jaiva, es esencialmente chilote y está mencionado en el Vocabulario del señor Cavada (1). El hallazgo por la vieja india de una guagua en el interior de un crustáceo, parece recordar los cuentos orientales. Sin embargo, la mitología de la isla nos proporciona una comparación, a más de la que puede hacerse con las sirenas: la reina del mar, madre de la guagua escondida en la Cochodomia, podría ser la Pincoya, especie de nereida o hada del mar, protagonista de muchos relatos y consejas. El hecho de haber ofrecido a la india pescados y mariscos en cambio de sus cuidados, confirmaría todavía más esta sospecha. Sabido es, en efecto, que la Pincoya y su esposo el Pincoyo, tienen la propiedad de atraer la abundancia a los lugares frecuentados por ellos.

He aquí lo que sobre este mito escribe el señor Cavada (2): «Para llamar la abundancia, la Pincoya siembra en la arena algunos mariscos, cuidando de tener la cara vuelta hacia el mar. Cuando quiere que los mariscos empiecen a escasear o hacer ngal (3), le basta volver el rostro hacia el monte».

«Se dice que cuando los pescadores pescan con mucha

(1) *Vocabulario etimológico*. CAVADA. (*Chiloé y los chilotas*, pág. 311). No habiendo consultado otros diccionarios a este respecto, ignoro si está mencionado en alguno de ellos.

(2) *Chiloé y los chilotas*, pág. 102.

(3) Hacer ngal=secarse en la concha.

frecuencia en un solo paraje, la Pincoya se enoja y abandona aquellos lugares, que quedan estériles. Los Pincoyes son rubios y gozan de constante buen humor.

«Algunos confunden la Pincoya con la Serena (sirena), pero sin razón, pues la Serena habita no sólo en el mar sino también en las lagunas y aun pozos, donde se la ha visto peinar su dorada y abundosa cabellera con un peine de oro y teniendo en sus manos un espejo.

«El pozo que alberga alguna Serena ostenta un agua blanquiza y lechosa.

«El que divisa a la Serena en alguno de estos pozos o charcas, es de corta vida.»

II. La serpiente agradecida

(Narrado por ANTONIO ROJAS, de Ancud)

1. Un indiecito muy pobre, pero hombre bueno, quería casarse con una niña bonita, hija de un rico cacique que tenía muchas ovejas y guanacos y caballos. El indio había estado trabajando para el cacique, que vivía cerca de Villarrica, y como vió que no tenía cómo comprar a la bonita niña para casarse con ella, se volvió a su tierra, porque él había nacido en Achao, en la isla de Quinchao (1), para no ver más a la muchacha y trabajar a la pesca; mucha pena tenía el pobre indiecito y la india también tenía pena.

2. Pasó el tiempo, y el indio, pensando siempre en la bonita niña, trabajaba como pescador; un día que el mar era muy malazo y que no se podía ir a la pesca, el joven

(1) Quinchao, capital del departamento del mismo nombre, provincia de Chiloé.

estaba sentado sobre una roca y miraba el mar y vió una pequeña serpiente que las olas arrastraban. La serpiente trataba de nadar, pero las olas eran tan regrandes que no podía salirse de ellas.

El indiecito le tuvo lástima, y desató un cordel que llevaba enrollado en la cintura y lo tiró al agua. Tan bien tiró el cordel que alcanzó a la serpiente; ésta se enroscó al cordel y el joven indio, tirando, la sacó del agua.

Media ahogada estaba la pobre serpiente. El indiecito la puso sobre la roca pa que se secara al sol y poco a poco le volvió la vida.

3. Agradecida la serpiente, le dijo al indio que ella era una machi que un Pillán había transformado en animal, porque no había querido entregarle su hija, y le dijo al joven que ella sabía por qué estaba triste y que conocía a la bonita niña del cacique.

Le dijo también que sabía que muy pronto el padre la iba a casar con un cacique que debía llegar del otro lado de la cordillera.

4. Desesperado estuvo el indio y quería tirarse al mar, pero la serpiente le dijo:—«No hagay tal cosa, que yo sé donde hay montones de plata allá en una islita desierta (1); pero pa tomar esa plata es preciso hacer leso (2) a un animal de siete cabezas, que es el dueño del tesoro y que lo guarda de día y de noche. Con sus siete cabezas él mata a todos los que se van a la isla y no importa que le corten una cabeza, porque al momento le sale otra.

«Pero hay una que no puede brotar más, y es la cabeza

(1) Se trata tal vez de la islita de Imeldeb. Es creencia general que en dicha isla existe un entierro (tesoro) escondido. (Ver F. CAVADA, *Chiloé y los chilotas*, pág. 91).

(2) *Hacer leso* = engañar.

donde está la vida del animal; si se le corta esta cabeza morirá y podrás tomar el tesoro.»

—«Pero ¿cómo haré, dijo el indio, pa conocer la cabeza aquella?»

—«Escucha, dijo la serpiente, el animal tiene una hija que viene a verlo y que vive en el mar porque su madre es una mujer pescado; ella es igual a un pescado cuando está en el agua, pero cuando quiere ir a ver a su padre, se despoja de sus escamas, de sus aletas, y se queda desnuda. Agüáitala bien y cuando la veas dejar sus ropas (1) se las tomas tú y no se las devuelves hasta que te diga cuál es la cabeza de vida de su padre. Ella está de novia con un pescado y si no tiene sus escamas y sus aletas no podrá juntarse con él.»

5. El joven se fué muy contento, y al otro día con su canoa se fué a esconderse cerca de la islita del tesoro: poco tiempo después vió acercarse a las rocas un bonito pescado muy grande, todo plateado. El indieco se había tendido en el fondo de su canoa, así es que el pescado no lo vió.

Saltó a tierra el pescado, y se despojó de su ropa plateada y se quedó transformado en una mujer y se fué corriendo a una cueva donde se metió.

Entonces el indio saltó sobre la roca, tomó las ropas de la mujer pescado y las metió en su canoa y se alejó un poco de la orilla y esperó.

Poco tiempo después vió a la mujer que salía de la cueva besando las siete cabezas del animal y sobre todo a una la besaba más que a las otras, pero el indieco no pudo ver bien cual era.

(1) Es decir, la envoltura que le da la apariencia de un pez.

6. Llegó la mujer en donde había dejado su ropa y no encontrándola se puso a gritar buscando como una loca.
—«¿Quién me ha robado mis ropas?» decía llorando.

Al indiecito le daba pena de ver llorar a la mujer, pero pensó que si le devolvía sus prendas sin que ella le dijera lo que quería saber, no podría tener plata pa casarse con la india bonita, así es que le respondió: —«Yo soy el que tiene tu ropa».

—«Ladrón, dijo ella, te acusaré a mi padre y él te matará.»

—«Yo no le tengo miedo a tu padre, que no puede salir de su cueva. Te daré tus ropas si me dices cuál es la cabeza de vida de tu padre y de qué manera podré conocerla.»

La mujer no quería decir nada, pero el indiecito se tuvo firme (1) y ella, que comprendió que no podría juntarse más con el pescado, su novio, acabó por decirle que era la quinta cabeza, la que tenía un solo cachito (2), mientras que las otras tenían dos.

Se acercó a la orilla el indiecito, y dijo a la mujer que saltara al agua y que él le daría su ropa. Saltó ella y él le dió las escamas, pero no las aletas, así que ella tuvo que agarrarse de la canoa porque no podía nadar.

Lloraba la mujer, pero el indiecito le dijo que se las daría en cuanto volviera, y saltó sobre la islita con las aletas de la mujer pescado y una lanza muy aguda.

7. El animal de siete cabezas, quiso abalanzarse sobre él con sus siete bocas abiertas, pero el joven esquivó al animal y hundió su lanza en la garganta de la quinta ca-

(1) Por se mantuvo firme.

(2) *Cacho*=cuerno.

beza. El animal se quedó parado, entonces el indio sacó su cuchillo y cortó la quinta cabeza y el animal cayó muerto.

Sin preocuparse más de él, volvió el indiecito hacia el mar, dónde estaba la mujer pescado y le tiró sus aletas, que ella se puso ligero y se hundió en el agua.

Volvió el indio a la cueva y entrando encontró el tesoro que guardaba el monstruo: había montones de plata y se llenó los bolsillos y se puso a acarrearla a su canoa, y la cargó tanto que por poco se hunde en el mar.

8. Después volvió a Achao el indio, y despues se fué a Castro y se compró ropa rica, compró alhajas pa la niña bonita, y al dia siguiente se puso en viaje pa Villarrica en un caballo con montura de plata, toda era de pura plata; llevaba tambien otro caballo con un saco lleno de plata pa el cacique.

A tiempo llegó, porque al otro día debía casarse la niña, pero como él era mucho más rico, el cacique le dió la niña bonita y el otro novio se fué pal otro lado de la cordillera.

NOTAS

Este cuento chilote ha sido evidentemente traído de Europa por los españoles y adaptado a las costumbres e ideas del país. El tema principal, basado sobre el agradecimiento de un animal que ha recibido favores o ha sido salvado de la muerte, es tan popular, que lo encontramos en los cuentos y leyendas de todos los pueblos del antiguo continente.

En Indostán es el tema favorito de muchas narraciones. Esta popularidad es debida quizás a la religión bu-

dista, basada sobre la identidad que existe entre todos los seres, hombres o animales, que pasan por una serie sucesiva de transmigraciones antes de llegar al estado perfecto. Este sentimiento de gratitud de los animales parece colocarlos por encima de los seres racionales, pues los hombres son siempre ingratos.

* * *

El ser fantástico, genio o animal, monstruo de siete cabezas, es común a todos los pueblos y lo encontramos tanto en las relaciones extranjeras como en las nacionales (1). Citaré algunos cuentos que se relacionan más estrechamente con el nuestro: COSQUÍN, *Contes populaires de la Lorraine*, *Bête à sept têtes*, T. I, núm. 5; *Dons des trois animaux*, T. I, núm. 75; *Cuento siciliano* (Colección Gonzembach, núm. 6; COELHO, *A bicha de sete cabeças*. LENZ, en sus notas sobre su cuento *Los dos perritos*, cita también algunos cuentos españoles, un cuento de Braga y otro alemán de Grimm.

Además del combate con el monstruo, encontramos otro elemento en nuestro cuento: se trata de la vida de un ser misterioso, escondido en una parte determinada (2) y que es preciso conocer para vencerlo.

COSQUÍN en sus *Notas*, T. I, pág. 174, cita una leyenda histórica recogida por M. LEITNAR en el *Dardistán*:

Un joven que quiere matar a un rey se casa secretamente con su hija, y después de casado obliga a su mujer a indagar en qué parte está escondida la vida de su pa-

(1) Ver *Los dos perritos*. LENZ. (*Estudios araucanos*, pág. 245).

(2) Fondo del mar en algunos cuentos, montaña o pozo en otros.

dre. El rey, interrogado por su hija, le dice que su alma (vida) está escondida en las nieves.

En un cuento árabe, la vida del demonio está en un huevo que se halla en un nido sobre un árbol en medio del mar. En el cuento siciliano de Gonzembach, José, el héroe, combate con un dragón de siete cabezas. La vida del monstruo está en la séptima (1).

En *Fortune*, de COSQUÍN, T. II, pág. 130, un leopardo tiene la vida escondida en un huevo de perdiz. En fin, citaré también una leyenda del Oriente: «Thossakan, rey de Ceylán, tiene el poder de sacar a voluntad su corazón, lo pone en una cajita que confía a un ermitaño. Un enemigo suyo descubre el secreto, roba la cajita y la aprieta con tanta fuerza que ésta se rompe y el corazón queda aplastado. Thossakan muere».

Como se ve, a pesar de haber escondido su alma o vida, el genio o el monstruo acaban por perderla, pues siempre se descubre el secreto. Esto es debido a menudo a la traición de una mujer a quien había sido confiado, la cual no siempre obra por maldad sino impulsada por el amor o por el miedo (2).

Nos falta estudiar un tercer episodio: el robo de las prendas de vestir, que tiene una importancia muy grande en nuestro cuento. Narrado de distinta manera lo encontramos en muchos cuentos extranjeros. Para conseguir su objeto, el protagonista se apodera de los vestidos de una mujer y así la obliga a ceder a sus pretensiones. En *La chatte blanche* de COSQUÍN (T. II, núm. 32) un jo-

(1) En nuestro cuento, la vida del monstruo está en la quinta cabeza.

(2) En nuestro cuento, la niña no podría reunirse con el pez, que es su novio, si el indio no le devolviera sus aletas y sus escamas.

ven debe sacar un vestido de plumas verdes que pertenece a la hija del diablo y obligarla de esta manera a revelarle el modo de librarse de las manos de éste.

Episodios parecidos se encuentran en un cuento tiroles (SCHENELLER, núm. 29); español, catalán, portugués (1), un cuento griego moderno y sobre todo en un cuento ruso que tiene gran parecido con el nuestro:

Una niña, hija del rey de las aguas, va a bañarse y mientras está en el agua se le roban sus vestidos (2).

En *Cova da Linda Flor de Romero* (cuentos del Brasil), tres niñas hijas de un hechicero se bañan convertidas en patas. Un hombre que busca el medio de librarse de la muerte que le prepara su adversario, deberá apoderarse de la ropa de la menor, obligándola de este modo a ayudarle contra su padre.

IMBRIANI en sus *Novellaja Fiorentine* (pág. 411) habla de un anciano que aconseja al héroe que robe los vestidos de niñas que se bañan y no se los devuelva hasta que le digan lo que quiere saber (3).

En un cuento de las *Mil y una noches*, Djanschah, se apodera de un vestido de plumas de una niña que se baña, y se niega a devolverlo si no consiente en casarse con él; pero el ladrón no goza mucho tiempo de su triunfo, pues apenas casada con él, la niña, que es hada, se vuela.

(1) Ver *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, I, pág. 187; MASPERO, pág. 102; BRAGA, núm. 32.

(2) Compárese con la niña-pez de nuestro cuento, que es hija de monstruo dueño del tesoro.

(3) En casi todas estas narraciones se trata de mujeres extraordinarias, hadas o mujeres-pájaro.

Para terminar citaré un cuento chino:

Una joven hermosa se baña en una fuente. Un mercader que la ve roba sus vestidos para obligarla a casarse con él. La mujer se lamenta, y como la niña de nuestro cuento, pregunta gritando: «¿Quién me ha robado mi ropa?»

III. El Rey de la Islita

(Narrado por ANTONIO ROJAS, de Ancud)

1. Un indio muy pobre y que estaba enfermo y no podía trabajar, tenía dos hijos: un indiecito y una indiecita, que era muy bonita y se llamaba Millantún, que quiere decir «Sol de Oro».

Un día salió el indiecito pa pescar en el mar, y se metió en su canoa. Vió a un pescado muy grande y pensó que si lo podía pillar tendría plata pa su padre y su hermanita.

El pescado grande nadaba siempre bastante cerca de la canoa, pero el indiecito no lo podía pillar.

No se fijó el indiecito que se alejaba muy mucho de la tierra, y llegó a una islita donde parecía que el pescado se había metido entre las rocas: buscó al pescado y no lo vió; entonces salió de su canoa y saltó sobre la islita.

Entonces vió aparecer al pescado grande que apenitas saltó el indio, se lo comió tragándolo de una vez. El pescado era el rey de la islita, que atraía a todos los pescadores y marinos y se los tragaba.

2. Muy tristes quedaron el indio viejo y la indiecita bonita, y pensaron que el indiecito se había caído al mar, o que las olas habían arrastrado la pequeña canoa; pero un día que la bonita india había ido a orillas del mar pa

recoger mariscos, vió desde lejos al pescado grande que nadaba.

Ella tuvo miedo, pero después pensó que tal vez podría atraer al pescado cerca de la orilla y pillarlo. Ella se puso a cantar y el pescado se vino más cerca todavía; pero nunca la niña pudo pillarlo.

3. Volvió a su casa la indiecita, y en el camino vió a un pájaro muy grande que tenía una pata enredada en unos cordeles de pescadores; la indiecita cortó los cordeles con su cuchillo. Entonces el pájaro grande le dijo:—«Ese pescado grande que anda nadando por el mar, es el rey de la islita que está allá. Él se come de un trago a los que van a la isla, porque teme que le roben el tesoro de pura plata que está escondido en una roca. Él se ha comido a tu hermano.

Si tú quieres, yo te guiaré, avisándote cuando duerma el pescado grande, y si puedes matarlo serás rica».

Muy contenta se fué la indiecita a su casa, y en la noche oyó el grito del pájaro grande que la avisaba: salió la india con un cuchillo grande metido en su cintura, y se fué a orillas del mar, el pájaro grande estaba ahí, que la esperaba.

—«Tírate al agua, dijo el pájaro grande, yo tomaré con el pico el borde de tu vestido, y volando te sostendré.» Así lo hizo la indiecita y ella nadaba, sostenida por el pájaro grande, que volaba encima de ella.

4. Llegó a la orilla de la islita, y vió al pescado rey que dormía; entonces ella trepó y, pisando muy despacio, se acercó al pescado grande.

En ese momento, el pescado despertó y abrió la boca pa tragarse a la indiecita, pero ella tenía el cuchillo en la mano, así es que el pescado se la tragó con el cuchillo.

Apenitas estuvo en el vientre del pescado, la indiecita le abrió el vientre con su cuchillo y salió, y con ella salieron muchos hombres que estaban en el vientre del pescado y que éste se había tragado; entre ellos había el hermano de la indiecita y un joven muy bonito; pero todos parecían muertos.

5. Entonces le dió rabia a la indiecita, y sacando el corazón del pescado, de pura rabia le dió un mordisco: mucha sangre salió del corazón del pescado y cayó sobre los cuerpos del hermano de la indiecita y del joven buen mozo. Al instante resucitaron los muertos y se levantaron y abrazaron a la indiecita.

El pájaro grande se precipitó sobre el corazón que la niña había tirado al suelo, y al momento se lo tragó; entonces fué trasformado en un hombre que era el padre del joven buen mozo.

Contó que el pescado lo había trasformado en pájaro, porque él le había arrebatado a una joven mujer, que fué la madre del joven buen mozo. Se dendaron en la cueva del pescado y encontraron montones de plata, que fué sacada. Después buscaron los botes de los marinos y pescadores que habían sido tragados por el pescado grande, y en el más grande metieron todita la plata, y se volvieron a embarcar pa regresar a tierra.

Muy ricos fueron, y la indiecita se casó con el muchacho buen mozo, hijo del hombre rico, y el indiecito hermano con la hija de un cacique.

NOTAS

El «Rey de la Islita» casi puede considerarse como una variante de *La serpiente agradecida*, narrado también

por Antonio Rojas. En él volvemos a encontrar al monstruo, rey o guardián de un inmenso tesoro.

El que haya visitado a Chiloé, o haya leído la importante obra del ilustrado Pdo. Don Francisco J. Cavada sobre las supersticiones, mitos y tradiciones de los chilotas, no extrañará que la mayor parte de las narraciones hechas por los isleños traten de islas encantadas, tesoros escondidos o buques fantasmas, pues son éstos sus temas favoritos.

En este cuento como en el ya citado: *La serpiente agrádecida*, el elemento indígena viene hábilmente mezclado y confundido con el elemento extranjero, y están tan íntimamente ligados, que costaría trabajo adivinar dónde empieza y dónde termina lo que corresponde a civilizaciones tan distintas en apariencia y que, sin embargo, tienen tantos puntos de comparación.

En muchos cuentos el monstruo contra el cual hay que luchar es un animal de siete cabezas. En el *Rey de la Islita*, se trata de un enorme pez, que atrae a los incautos pescadores y los conduce a la isla donde tiene su madriguera, para comerlos. Un cuento kabila recogido por J. RIVIÈRE, tiene gran parecido con el nuestro: Se trata de un joven cuyo hermano ha desaparecido con su perro y su halcón y ha sido tragado no por un animal, sino por una bruja. El joven mata a la mujer, y en su vientre encuentra a su hermano con los animales que lo acompañaban. En un cuento tártaro de la Siberia Rusa, de RADLOFF citado por COSQUIN⁽¹⁾, el héroe, recién casado, vuelve a su país con su esposa, acompañado de un séquito de jóvenes de ambos sexos y de innumerables camellos. En

(1) Ver *Traditions populaires de la Lorraine* notas sobre el cuento *La canne de cinq livres*, tomo II, p. 142.

el camino, se ve precisado a separarse momentáneamente de su mujer para apresurar su viaje. Inquieto por la tardanza de la comitiva, vuelve atrás y es informado de que un genio maléfico, que habita en el interior de la tierra, ha comido a la mujer y a sus acompañantes, incluso los camellos. Pelea con el monstruo, y después de matarlo saca del vientre del genio a su esposa y a todos los que estaban con ella.

En cuanto al agradecimiento del pájaro que, libertado por la indiecita, le indica el paradero del pez que ha tragado a su hermano, encontramos un episodio parecido en un cuento griego moderno de HAHN (núm. 26) citado por COSQUIN en sus notas sobre *Jean de l'Ours* (T. I, p. 14):

Un joven quiere libertar a una niña que un ogro ha robado; una serpiente alada, a la cual ha favorecido, lo transporta sobre una alta montaña donde la niña ha sido llevada (1); el joven mata al Drakos (2) y salva a la niña.

En un cuento kabila de RIVIÈRE (P. 235): Un águila agradecida transporta al héroe en pago de un servicio (3).

Nos falta comparar un punto importante de nuestro cuento: la joven india, al ser tragada por el pez, abre el vientre del animal empleando para ello un cuchillo que tenía preparado.

Una leyenda musulmana cita un caso parecido: Un rey es obligado por un dragón, a entregarle cada día una niña montada sobre un camello. El dragón aspira con tanta

(1) Compárese con el pájaro de nuestro cuento, que conduce a la niña volando y sosteniéndola por su vestido mientras ella nada.

(2) *Drakos*=ogro.

(3) Ver también las notas sobre nuestro cuento: *La serpiente agradecida*.

fuerza, que, aunque esté a una legua de distancia, atrae para engullirlas a la niña y a su montura. Un día la suerte designa a la más hermosa. Un joven guerrero, que pasa por el país, compadecido de la desgracia, toma su puesto. Montado sobre un camello, llega al alcance del dragón. Este, sin fijarse, aspira como de costumbre; pero al ser tragado, el joven guerrero que tenía su espada en la mano, mata al monstruo.

El mismo episodio aparece en «Menoko», cuento araucano recogido por Fray FÉLIX DE AUGUSTA (1). Dos indios se han casado con las hijas de un hombre malo, medio brujo. Este, disgustado, quiere hacerlos perecer y les exige ciertas cosas difíciles y peligrosas; entre otras, pillar un guanaco, que en el cuento aparece como bravo (2). Se preparan a cazarlo armados de un cuchillo. El guanaco traga a uno de ellos. Como éste tiene su cuchillo en la mano, una vez en el estómago del animal, le corta el corazón. El guanaco cae muerto. El otro hombre lo descuartiza, le abre el vientre y su compañero sale vivo (3).

En los cuentos que acabamos de citar, vemos salir vivos del estómago del monstruo a los que se ha tragado, mientras que en el nuestro, sólo la niña sale viva. Para que los demás resuciten, es preciso que ella muerda el corazón del animal y que la sangre caiga sobre ellos. En este punto se observa mayor semejanza con el cuento de RIVIÈRE citado más arriba, en el cual el héroe, que ha

(1) *Lecturas Araucanas*, por Fray Félix de AUGUSTA, misionero apostólico capuchino. Valdivia, 1910.

(2) ¿No se trataría más bien del *toro chupei*, el cual, según cuentan los indígenas es antropófago?

(3) En nuestro cuento, la indiecita sale del estómago del pez sin la ayuda de nadie.

abierto el vientre de la bruja y sacado los cuerpos de su hermano, del lebrel y del halcón, los encuentra muertos. Les devuelve la vida, empleando cierta hierba misteriosa que una serpiente le indica.

IV. El anillo maravilloso

(Narrado por GENOVEVA OYARZÚN, de Castro)

1. Tres hijos tuvo una india vieja. Pobre era la india y no tenía plata. El mayor dijo que debían buscar plata pa la india que era su madre.

Salieron los dos indios, hijos de la india vieja, y dijeron: «Vamos a trabajar». También salió el más chico y no dijo nada.

Se fueron los hijos mayores a trabajar, y trajeron plata a la vieja india. El indiecito chico había ido a pasiar a orillas del mar, y sólo trajo una bonita concha que él había encontrado a orillas del mar.

2. Los indios hermanos mayores, se enojaron y le pegaron al más chico, y no le quisieron dar plata, y él se fué con su concha.

Se fué el indiecito, y caminó mucho. Tuvo hambre el indiecito, y como no tenía nada pa comer, abrió la concha pa comer la comía de adentro.

No había nada de comía; la concha estaba llena de arena, y el indiecito la tiró al suelo. Cayó la arena, y el indiecito vió dentro un anillo de pura plata con una piedra que brillaba como el sol, y el indiecito, muy contento, se puso el anillo, y miraba, y miraba. Cansado estuvo el indiecito y se durmió. Dispertó porque oyó hablar, y vió a dos hombres montados sobre un gran caballo, que bajaban de la montaña.

3. Miedo le entró al indiecito y quería esconderse, pero no había donde esconderse. Se apiaron los dos hombres y le preuntaron al indiecito que por qué estaba ahí.

—«¡Pobre de mí!, dijo el indiecito; yo busco trabajo.»

Se acercaron los hombres y el indiecito tuvo miedo que le quitaran el anillo de pura plata, y dió vuelta al anillo, puso la piedra del sol pa entro. Entonces los hombres dijeron: «¿Dónde se ha metido ese indio diablo, que no lo vemos? ¿Dónde estará?»

Y el indiecito estaba delante d'ellos. Entonces, pa ver si se habían vuelto ciegos, el indiecito se paseyó delante d'ellos y no lo veidan; desensilló el caballo el indio y puso la silla, la rienda y los estribos en el suelo. Eso lo vieron los hombres y volvieron a ensillar el caballo, sin comprender como pasaba todo eso, y decía:—«Locos seremos nosotros, o bien será el Pillán (1) que nos habrá seguido, porque matamos al cacique y le robamos su plata». Eso oyó el indiecito.

Entonces, él les sacó un saco lleno de plata que ellos tenían, y ellos no vieron nada; y tomó un palo el indiecito y los mató con un palo en la cabeza, y se murieron los ladrones.

4. Tomó el caballo el indiecito, y con la plata, mucha plata era, se fué pa la casa de su madre. Solita estaba la india vieja, cuando se entró pa dentro el indiecito y le dió plata a su madre. Mucha plata fué; y llegaron los hermanos y quisieron quitarle la plata que tenía el indiecito. El caballo también le quisieron quitar; pero él vol-

(1) Pillán, mito araucano, deidad que manda a los truenos y relámpagos. En nuestro cuento aparece como un dios vengador dispuesto a castigar a los asesinos del cacique.

vió la piedra pa entro, y los hermanos dijeron: «Borrachos seremos pues, porque creemos ver al hermano nuestro chico, y no está na. ¿De quien será ese bonito caballo ensillao de pura plata, que está delante de la ruca?»

Montó otra vez su caballo el indiecito y se fué; los hermanos corrieron pa pillar el caballo, pero no pudieron, porque corría mucho.

Otro día volvió el indiecito pa ver a su madre y la encontró muy triste, porque los hermanos mayores le habían quitado la plata, toíta la plata pa emborracharse.

Entonces el indiecito se llevó a su madre. Se la llevó a otra tierra, y le compró una ruca y le dió plata pa vivir.

5. Salió el indiecito con su caballo y su anillo, y se metió en la cordillera, y llegó a una cueva, donde había un animal muy grande que tenía siete cabezas y siete colas, pero un solo cuerpo.

Se precipitó el animal grande sobre el indiecito; pero él dió vuelta a su anillo, y no lo pudo ver ya el animal. Entonces le cortó las cabezas el indiecito. Así las cortó toditas con un gran cuchillo. También le cortó las siete colas, y de cada cabeza y de cada cola salía un hombre y una mujer, que eran gentes indias que habían venido a la montaña y que el animal se había comido el día antes.

Muy contentos estuvieron los indios y las indias, y quisieron que el indiecito los acompañara a su reducción, y se fué el indiecito con ellos.

6. A orillas del mar vivían todos esos indios, y cuando llegaron, todos muy contentos los recibieron los otros indios. Todos cantaron, hubo gran borrachera, y conoció el indiecito a una bonita mujer, hija de un cacique.

Muy triste estaba la bonita niña, porque dijo que en la

otra noche había venido un buque misterioso (1) tripulado por hombres muy raros, que tenían una sola pierna, y se habían llevado a su padre, el cacique, que estaba en un bote en el mar. Todos dijeron que un buque venía siempre de noche cuando no había luna, y que se robaba a los que estaban a orillas del mar.

—«Yo iré, dijo el indiecito. A ver si me llevan a mí también».

7. Se fué a orilla del mar, y vió llegar a un buque negro. Todo negro era el buque y parecía que se refalaba por el agua casi sin tocarla.

Se hizo el dormido el indiecito, y saltaron del buque negro unos hombres que tenían una sola pierna y nadaron y tomaron al indiecito y lo metieron en un saco y se lo llevaron pa su buque.

Cuando llegaron a bordo, abrieron el saco y quisieron mostrarle a su capitán la presa que habían hecho; pero el indiecito volvió la piedra sol para dentro y desapareció.

De pura rabia pataleaba el capitán, y se reía el indiecito viendo saltar sobre una sola pierna a todos los tripulantes. Recorrió todo el buque el indiecito y vió a mucha gente encerrada en una jaula pa servir de comía a la tripulación.

Vió también a mujeres que tenían una cola de pescado, y que bailaban y cantaban alrededor del buque (2). Todo lo vió el indio, y nadie lo veía a él, y siempre lo buscaban y no lo encontraban.

8. Se pusieron a comer los tripulantes y el capitán, y

(1) El Caleuche, especie de «bajel fantasma» que, según dicen, recorre los mares del sur.

(2) La narradora aludía sin duda a las sirenas.

tomaron licor hecho con la sangre fermentada de los que mataban, y después se quedaron dormidos. Entonces, agarró un hacha muy regrande el indiecito. Muy pesada era el hacha, y cortó la cabeza a todos los marineros y al capitán, y no salía sangre de los cuerpos, salía agua negra y de mal olor. Cuando todos hubieron muertos, abrió la jaula el indiecito y hizo salir a los que estaban adentro.

Toditos salieron y también salió el padre de la bonita niña, y en sacos metieron la plata y todas las ricas cosas que estaban a bordo, y cortaron los palos del buque, los tiraron al mar y se metieron encima.

9. El último se quedó el indiecito, y antes de saltar al agua prendió fuego al buque, y éste, que es un buque de brujos, no se consume nunca y siempre arde, y se ve de noche cuando no está la luna. Se le ve arder de noche y nunca se le puede alcanzar, y el que lo alcanzara se moriría en el acto.

Nadó el indiecito y cuando llegó a tierra, se casó con la bonita niña, y fué un jefe famoso y tuvo mucha plata y muchos honores.

NOTAS

En mis notas sobre *El Rey de la Islita* y *La serpiente agraciada* he tratado bastante detalladamente el tema del monstruo o genio de siete cabezas, que vuelve a aparecer en este cuento. No necesitaré por lo tanto, repetir lo que he dicho sobre este mito internacional que ha servido de tema a tantas narraciones, y que ha sido introducido en los cuentos de los indios de todo el continente americano, hasta llegar a ocupar un lugar preferente en muchos de ellos.

Es indudable que, al ser traídos a América los cuentos europeos que trataban de luchas con monstruos o seres misteriosos dotados de un poder sobrenatural, han sido los que más fácilmente se han asimilado, por cuanto el indio, que tiene miedo a lo desconocido, ha visto en ellos el medio de domar a estos espíritus que durante tantos siglos han dominado a sus antepasados, infundándoles un terror invencible.

Nuestro cuento es evidentemente de origen europeo, en él se han introducido algunos rasgos nacionales; pero, la adaptación a las costumbres indígenas no es tan completa que sea difícil encontrar el tema original.

Todo el interés de la narración está concentrado en el hallazgo del anillo maravilloso, anillo que, en los cuentos orientales, donde lo encontramos con más frecuencia, es de oro y brillantes, mientras que en nuestra narración indígena es de «pura plata». Al comentar otros cuentos araucanos recogidos por mí, he llamado la atención sobre la importancia y el valor que tiene la plata para el indio. Muy raras son las narraciones en las cuales no encontramos la tradicional frase *todo de pura plata*, como si para ellos el oro no tuviera ningún valor o les fuera desconocido.

A pesar de estar formada por varios episodios, restos tal vez de distintos cuentos, nuestra narración es bastante bien hilvanada, no encontrándose en ella esos saltos repentinos que impiden que se pueda seguir el desarrollo del argumento. Nuestro protagonista, niño inexperto en la introducción, va poco a poco adquiriendo cierta habilidad que le permite burlar las acechanzas y vencer los obstáculos que se le oponen. Las armas empleadas por él son muy sencillas: un grueso palo, primero, para matar a

los ladrones; un cuchillo, después; y para terminar, un hacha, que encuentra a bordo del buque.

* * *

Los objetos maravillosos que poseen la propiedad de hacer invisible, son innumerables: tan pronto es una espada mágica, que al ser desenvainada, hace que desaparezca el que la maneja; otra vez es una capa, en la cual basta envolverse para cesar de ser visible.

En *Jean sans peur* (COSQUIN, T. II, pág. 254), un sacerdote regala a su sobrino una estola y una varilla que hacen invisible a su poseedor, el cual puede, de esta manera, matar a un diablo que va a devorar a la hija del rey (1).

En un cuento suizo de GRIMM citado por COSQUIN, el héroe mata a un enano y le quita un anillo maravilloso que llevaba.

En *El tambor*, del mismo autor (núm. 195), la hija de una bruja ejecuta trabajos difíciles gracias a un anillo mágico (2).

Varios cuentos recogidos entre los pueblos de raza aria, principalmente indios del Pandjab, cuentos birmanos, griegos modernos, rusos, albaneses, bretones, mencionan un anillo maravilloso.

En fin, en las leyendas mitológicas griegas, Perseo, hijo de Dánae y de Júpiter, posee un casco que lo hace invisible, lo que le permite cortar la cabeza a Medusa, de cuya sangre nace Pegaso (3).

(1) Compárese con el monstruo de siete cabezas que el indiecito mata.

(2) Citado por R. LENZ, *Apéndice a los estudios araucanos*, pág. 346.

(3) Compárese con los hombres y mujeres que salen de las cabezas y colas del monstruo de nuestro cuento.

*
**

Si en la introducción y en algunos episodios que siguen domina el elemento extranjero, el final de nuestro cuento es indígena, si bien el buque que en él aparece podría fácilmente compararse con el buque fantasma que recorre los mares del antiguo continente; pero en todo el sur de Chile, y más especialmente en el archipiélago de Chiloé, existe una leyenda sobre un buque llamado *Caleuche*, cuyas señas concuerdan exactamente con las del buque a bordo del cual fué transportado nuestro protagonista. Esta leyenda es muy popular entre los habitantes de la costa y no hay un marino, un pescador, que no pretenda haber visto de noche este buque. Sobre él circulan las leyendas más extraordinarias: desapariciones fantásticas de niñas o jóvenes, asaltos nocturnos, robos misteriosos cometidos por los tripulantes de esta nave fantasma, de la cual, según es fama, se sirven los brujos para transportarse de un lugar a otro.

La narradora de este cuento citaba innumerables casos en que el *Caleuche* desempeñaba un importantísimo papel. Un pariente suyo, Antonio Rojas, que fué empleado nuestro durante algún tiempo y a quien debo varios cuentos y narraciones, pretendía haberlo visto durante un viaje que hizo como fogonero a bordo de un buque.

Los señores Julio Vicuña C., de Santiago, y Francisco Cavada, de Chiloé, nos han dado sobre este mito informaciones bastante completas y muy interesantes, que transcribo en seguida: «El *Caleuche* es un buque tripulado por brujos. Lo emplean éstos en sus correrías por los mares del sur. No aparece sino de noche, profusamente

iluminado». El Caleuche es un buque pirata, tripulado por brujos o demonios que tienen la particularidad de andar con una sola pierna, pues la otra la llevan doblada por la rodilla y vuelta enteramente hacia atrás (1). De la misma manera quedan todos los que han pisado una vez la cubierta del Caleuche y además idiotas y desmemoriados, pues los tripulantes del buque infernal necesitan asegurar de esta manera el secreto de lo que en él ocurre y ojos profanos han visto» (2).

«El Caleuche, llamado también «Buque de arte», es un buque submarino que recorre tanto los mares como los ríos y que se halla tripulado por brujos... Cuando alguna embarcación desaparece misteriosamente, se tiene por cierto que ha sido abordada por los tripulantes del Caleuche y sus pasajeros recluidos a bordo del temible pirata... (3)».

«Respecto a la iluminación del Caleuche están divididas las opiniones acerca de la causa que la produce.

«Unos opinan que las luces que se divisan son simples fosforescencias del mar, o algún animal marino, o el gusano de luz o una bandada enorme de *noctilucas milijaris* o bien algún fenómeno eléctrico, sosteniendo otros que esas luces las ven solo los «alumbrados». Sin embargo, parece un hecho fuera de duda la existencia de la visión (4).»

(1) Compárese con los tripulantes del buque a bordo del cual fué llevado el indiecito de nuestro cuento.

(2) J. VICUÑA, *Mitos y Supersticiones*. REVISTA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, tomo IX, pág. 424.

(3) Compárese con los hombres enjaulados que el indio encuentra en el buque.

(4) F. J. CAVADA, *Chiloé y los Chilotas*, págs. 92 a 94.

En nuestro cuento, las luces que se ven de noche son debidas al incendio provocado por el indiecito. Como el buque es diabólico no puede consumirse y sigue su carrera ardiendo.

Para no alargar demasiado estas notas me limitaré a estas breves citaciones, aconsejando a las personas que se interesan por estos estudios, que consulten las obras ya citadas y lo que sobre este mito ha escrito el señor Cañas (1).

V. La niña de la calavera

(Narrado por Moñi, de Chiloé)

1. Un cacique muy poderoso tenía una hija muy bonita. Rico era el cacique; tenía buena ruca y mandaba a muchos mocetones.

Se fué a una fiesta el cacique, y se emborrachó. Allí conoció a una mujer, la trajo a su ruca y se casó con ella.

Mucha pena tuvo la hija del cacique, porque conoció que la mujer de su padre era mala, y no dijo nada.

De novia estuvo la hija del cacique con un mocetón muy hermoso, y la mala mujer le tuvo envidia, porque su marido, el cacique, era viejo y tuerto.

Quiso la mala mujer impedir que el mocetón se casara con la niña; pero él no le hizo caso.

2. Tanta rabia le dió a la mala mujer el desprecio del joven, y tanta envidia le tuvo a la niña bonita, que quiso vengarse.

Se fué a ver a una machi (2) a quien le dió plata, y

(1) *Vocabulario de la lengua veliche.*

(2) *Machi.* Médica y sacerdotisa; aquí, Machi significa bruja.

ésta le dió una pomada pa untar la cara de la joven y le aseguró que con esa untura se quedaría su cara como la de una calavera, porque estaba hecha con la médula de los huesos de un muerto que ella había desenterrado; se olvidó decirle la machi que la pomada transformaría en esqueleto todo lo que tocara. Se fué la mala mujer pa su ruca y esperó el casamiento.

La noche antes del casamiento se dentró donde estaba la niña, y le untó la cara mientras dormía. Lo hizo con la mano, sin tomar precaución pa sí misma, porque no sabía el efecto que hacía la pomada.

La niña buena moza no sintió nada y siguió durmiendo. Al amanecer llegaron todos los mocetones y los invitados, y las niñas de la reducción llamaron a la novia: salió ella avergonzada de haber dormido tanto; y apenas apareció sobre la puerta de la ruca, cuando todos los que la vieron arrancaron asustados, ella no sabía lo que le pasaba y empezó también a correr tras de la gente, y ésta gritaba; el mocetón, novio de la niña, fué el primero en arrancarse.

Vino el padre y, al ver a su hija que tenía la cabeza de una calavera, empezó a temblar retrocediendo. Entonces salió la mala mujer, y empezó a dar gritos y a lamentarse, haciéndose la que lloraba, y se llevaba las manos a la cara; pero entonces el cacique y todos los que estaban ahí, vieron que una mano de la mala mujer era la de un esqueleto.

3. Comprendió el cacique que algo extraordinario había sucedido, y entrándose en la ruca, buscó y encontró un poco de pomada que quedaba en una concha. Salió furioso el cacique, y agarrando a la mala mujer, quería matarla; pero quiso primero que ella le confesara lo que

había hecho. No quería la mala mujer, pero tanto la maltrató el cacique, que confesó lo que ella había hecho a la niña.

Vino un machi muy viejo que vivía en la montaña, y trató de volver a la niña como estaba antes; pero no lo pudo hacer, porque no sabía bien qué remedio se había empleado. Se fué a consultar con la machi que había dado el remedio, y cuando volvió dijo que la niña no volvería a su primer estado hasta que alcanzara a juntar todos los huesos del cadáver que había servido pa preparar la pomada. Y dijo que eso sería difícil, porque la machi, después de haberlo desenterrado, había tirado los huesos en los ríos, dispersándolos.

Plata le dieron al machi, y a la mala mujer la mató el cacique, y su cuerpo fué botado en un barranco.

4. Salió de la reducción la hija del cacique, porque no quería quedarse con la gente que la miraba con horror, y se fué tierras adentro, viviendo de gargales (1), de chupones (2) y de lo que podía encontrar; nunca mató a un pajarito; nunca se comió los huevos de las aves, porque a todos les tenía lástima.

Después de andar mucho, llegó a la orilla de un río y se sentó muy cansada y miraba a las aguas que casi bañaban sus pies, cuando vió a una hormiga que se había caído al agua y que se ahogaba. Le tuvo lástima y le tiró una hoja de pastito. La hormiga se trepó encima y la niña la sacó del agua y la puso al sol. Alas tenía la hormiga, y se voló después de un rato; pero al volarse gritó: «Escarba, escarba».

(1) Gargales o galgales: Hongos que crecen en el roble.

(2) Chupones (*bromelia spacelata*).

Escarbó la niña, y encontró, metidos en el barro y la arena, huesos humanos que ella recogió.

5. Más días caminó la niña, y otra vez se encontró con un río y se acercó pa beber, porque tenía mucha sed. Entonces vió a un sapito que se había enredado en las plantas, de manera que no podía salir, y vió a una culebra grande que venía pa comerse el sapito.

Una gran piedra tomó la niña, y la tiró tan bien que aplastó la cabeza de la culebra. Agarró al sapito y lo desenredó de las plantas; saltó el sapo al río gritando: «Escarba, escarba». Escarbó la niña y encontró más huesos humanos, que ella recogió y juntó con los que tenía ya.

6. Cargada con los huesos, caminó todavía más la niña, y encontró una laguna grande en la cual desembocaban los ríos, y vió a un venadito tendido a la orilla del río y que tenía varias flechas metidas en su cuerpo, del cual salía mucha sangre. Se acercó la niña, y suavemente arrancó las flechas y lavó las heridas del venadito, que la miraba agradecido. Cuando se fué, el venadito: «Escarba, escarba», gritó.

Otra vez escarbó la indiecita, y encontró más huesos. Todos los juntó la indiecita y vió que sólo faltaba la cabeza pa que fuera el cuerpo entero de un hombre.

7. Otra vez cargó con los huesos la niña y caminó. De repente vió a un lión muy grande que se acercaba rugiendo y cojiendo. Ella no le tuvo miedo, porque poco le importaba morir: se acercó al lión, y éste levantó la pata y se la mostró. La niña vió entonces que en la pata del lión estaba clavada una gruesa espina, y se la quitó. Pa hacerlo tuvo que meter los dientes, porque no tuvo bastante fuerzas con los dedos.

Le lambió la cara el lión, y la niña lloró de alegría, por-

que éste siquiera no la había tenido horror. Siguió al león a su cueva y se sentó pa descansar. Tenía sed, y el león le trajo agua en una calavera que estaba llena de agua de la lluvia.

8. Entonces la indiecita pensó que bien podría ser ésta la cabeza que le faltaba. Juntó todos los huesos y volvió a formar el cuerpo con ellos. Agregó la cabeza que quedaba perfectamente. Al arreglar los huesos se clavó en un dedo, y una gota de sangre caliente cayó sobre la cabeza del muerto. Al instante todos los huesos se soldaron; la piel volvió a cubrir el esqueleto, que se animó y resucitó. Era el cadáver de un joven cacique muy poderoso.

Abrazó a la niña, y ella fué como antes joven y hermosa, y se casó con el muerto resucitado, y vivieron felices con el león que no se apartó de ellos.

NOTAS

Si la envidia y los celos son bastante poderosos para impulsar a los hombres civilizados a cometer villanías y actos criminales, ¿hasta qué extremos no llegará el odio motivado por estos mismos sentimientos en un ser primitivo, entregado sin freno a todas las pasiones que ejercen sobre su espíritu y sus acciones una influencia que ninguna consideración viene a contrarrestar?

Nuestro cuento, netamente araucano en todo lo tocante a costumbres, creencias o supersticiones, podría, sin embargo, pertenecer a cualquiera otra región del mundo y los episodios desarrollarse sin grandes modificaciones en un ambiente completamente extraño al nuestro.

En nuestra relación, como en muchos otros cuentos in-

ternacionales, la superstición tiene un papel muy importante, y la machi que desenterra el cadáver del indio para emplear la médula de sus huesos en una preparación diabólica destinada a desfigurar a la indiecita, es la misma bruja, protagonista siniestra de las leyendas y narraciones sobre profanaciones de sepulturas, muerte de niños y otros crímenes que se le imputan en todas partes del mundo.

Las crónicas del tiempo de la Edad Media y las relaciones más modernas de procesos famosos mencionan la fabricación de filtros misteriosos, ungüentos, polvos y drogas de toda especie destinados a causar daños morales o físicos, llegando a menudo a provocar enfermedades peligrosas o la muerte.

No es, pues, de extrañar que esta creencia tan arraigada en los demás pueblos goce de la misma popularidad entre los indios, y sea el tema de muchos cuentos y narraciones. Sabido es por muchas personas y, sobre todo, por los que han vivido o tratado con los araucanos, que ellos no creen en las enfermedades o muerte naturales. Cualquiera cosa que les sobrevenga, cualquiera desgracia o enfermedad que sufran, es por ellos atribuída a una causa sobrenatural, malevolencia o mal impuesto. La machi de nuestro cuento no es la machi ordinaria «meica y sacerdotisa» es *Calcú* (1); pero a pesar de la astucia desplegada, un olvido o descuido de esta machi permite que se descubra a la culpable y se la castigue con la muerte.

(1) *Calcú*=bruja.

* *

El cuento podría divirse en dos partes igualmente interesantes y dignas de estudio: la primera, que trataría de los celos y el odio de la madrastra, y la segunda, del sentimiento de gratitud en los animales. Para no alargar demasiado este trabajo, no comentaré la primera parte, reservándome hacerlo en las notas sobre mi cuento chileno la «Madastra» y sólo me referiré a algunos cuentos y narraciones que tienen puntos de comparación con la segunda. En mis cuentos chilotas «El Rey de la Islita» y «La Serpiente agradecida», es el tema principal. No repetiré lo que he dicho en mis notas sobre estos cuentos sino que añadiré algunas comparaciones.

En un cuento de Bengala (*Lal, Behara Day* núm. 22), citado por COSQUIN, una mujer vieja y marchita, a quien su joven rival ha arrancado los pocos cabellos que le quedaban, avergonzada, va a esconderse en la selva (1). Pasando cerca de algunos árboles y de un algodonero, se detiene para barrer la tierra a su alrededor; un poco más lejos limpia el establo de un toro. Éste y los árboles la bendicen. Cuenta su pena a un asceta, el hombre le aconseja bañarse en una lagunilla; lo hace y sale del baño con una hermosa cabellera. Al volver a pasar cerca de los árboles, del algodonero y del toro, todos le hacen regalos mágicos que la transforman en mujer hermosa y joven.

Tulisa, protagonista de un cuento del Indostán, ha per-

(1) Compárese con la india que huye al monte, para ocultar su fealdad.

dido su situación de princesa y vuelto a su humilde condición primitiva de hija de leñador. Salva la vida a una ardilla. Para demostrarle su agradecimiento, el animal le da los consejos necesarios para reconquistar su título perdido. En compañía de algunas hormigas, que también fueron favorecidas por Tulisa, hace el trabajo impuesto a la joven por su suegra, la reina de las serpientes.

Bastante parecida a este cuento es la leyenda de Psíquis, a quien Venus, furiosa al ver que la joven se ha casado con su hijo sin su consentimiento, impone tareas difíciles de ejecutar, como: traer un copo del Vellozino de Oro, llenar un frasquito con agua del Styr, custodiada por un enorme dragón. La joven es ayudada por hormigas que le deben favores y un águila va a buscar el agua.

En un cuento oriental, un sacerdote ha sacado de un pozo donde habían caído, a un hombre, a un tigre, a una serpiente y a un mono. Los animales protestan de su agradecimiento y ofrecen servirle; el hombre ingrato le acusa al rey de haber muerto a un príncipe. El sacerdote llama a la serpiente, ésta acude y le proporciona un remedio que nadie conoce para curar y salvar la vida a la favorita del rey, picada por esta misma serpiente.

Un príncipe, héroe de un cuento griego moderno (*Hahn*, núm. 37), ve hormigas que no pueden atravesar un arroyo y las ayuda; un poco más lejos impide que un oso coma la miel de las abejas; en fin, mata a una serpiente pronta a engullir a unos jóvenes cuervos. Agradecidos todos estos animales, le ayudan a encontrar lo que buscaba. Los cuervos van a buscar para él el agua de vida, condición indispensable para que el joven obtenga la mano de la hija del rey.

COSQUIN, cita también varios cuentos en los cuales la tradicional gratitud de los animales se manifiesta. La heroína de un cuento serbio favorece a un dragón.

En un cuento de GRIMM, una niña arrojada a un pozo por su madrastra, se encuentra en un mundo subterráneo y ayuda a varios animales.

Es digno de notar el papel que desempeñan las hormigas en muchas de estas relaciones, pues aparecen en casi todas ellas. No parece sino que los narradores de todas estas fábulas se han complacido en demostrar que hasta el animal más pequeño puede ser útil cuando es impulsado por el instinto natural de la gratitud.

Estas hormigas agradecidas no faltan tampoco en nuestro cuento, y el episodio de la hormiga pronta a ahogarse en el río si la niña compasiva no la ayudara, es una adaptación de una fábula del famoso fabulista francés LA FONTAINE: *La hormiga y la paloma* (1): en esta fábula, la paloma, al ver que la hormiga se ha caído al agua, le tira una brizna de pastito. En pago, la hormiga pica el talón del cazador que se dispone a disparar sobre la paloma. En nuestro cuento, la hormiga recompensa a la niña haciéndole encontrar los primeros huesos del esqueleto que le es preciso juntar para volver a su estado primitivo.

Dejando aparte los dos episodios siguientes, en los cuales los servicios a un sapo y a un venado son recompensados por nuevos hallazgos, sólo hablaré del último: el león herido por una espina en una pata, nos recuerda la leyenda histórica de ANDROCLES y su león, tan célebre

(1) Ver *Fables* de LA FONTAINE, libro II, núm. 12.

en Roma y tan universalmente conocida que creo inútil resumirla. Merced a la ayuda de este animal, la india puede al fin encontrar la cabeza del muerto, última cosa que le faltaba para completar el esqueleto.

En cuanto a la gota de sangre que al caer resucita al cadáver, es la repetición del episodio mencionado en nuestro cuento chilote *El Rey de la Islita*.

S. DE SAUNIÈRE

(Continuará)

=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs.
Una relación inédita de la muerte de Portales	5
GARRIDO, V.—La campaña de 1838.....	28
SALAS, C. I.—El doctor José Cortés Madariaga.....	26
ZENTENO, José Ignacio.—El General Zenteno (<i>Conclusión</i>)	33
AMBERGA, fray Jerónimo de.—La epopeya de Boroa.....	57
COVARRUBIAS, Luis.—Monedas chilenas desde la Independencia hasta la fecha (<i>Conclusión</i>).....	117
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Las voces del coloso de Memnon, entre la sismología.....	125
VICUÑA MACKENNA, Benjamín.—Mi Diario de prisión.....	153
VARGAS, Moisés.—Recuerdos de Maceo.....	205
DE LUZURRIAGA, Toribio.—Manifiesto que hace el Gobernador intendente de la Provincia de Cuyo, sobre la ejecución que acababa de hacerse en los reos don Juan José y don Luis Carrera.....	210
DE LA CUADRA, Guillermo.—La familia de Alcalde en Chile.....	217
ROLDÁN, Alcibiades.—Sobre algunos antecedentes de la revolución de nuestra independencia.....	227
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral.....	249
VALENZUELA, Pedro Armengol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
RISO PATRÓN.—Luis.—Apuntes sobre nomenclatura geográfica de Chile.....	425
VARAS VELASQUEZ, Miguel.—Reclamaciones electorales en la Patria Vieja	436
VICUÑA MACKENNA, Carlos.—El Monumento de la Plaza de Armas. MEDINA, J. T.—Cuatro muertos ilustres. A. B. C.—Notas históricas y geográficas. Bibliografía.....	453
Comunicaciones.....	467
Actas de la Sociedad	477
	481
	488
	490

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1916



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

VI. El Trentren y el Caicay-vilu (1)

(Narrado por ANTONIO ROJAS, de Ancud)

1. Entonces hubo una niña muy bonita que se fué a pasiar a orillas del mar; muy joven y muy bonita dicen que era la niña.

Un día se fué a bañarse en el mar y entonces vino el Thrauco (2) que la aguaitaba, porque le gustaba mucho.

(1) Trentré y Caicay-vilu, nombre de dos serpientes mitológicas. Se da también el nombre de Tren-trén o Ten-tén a varios cerros de forma especial, los cuales, según la tradición araucana, sirvieron de refugio a los indios en una salida del mar, o un diluvio, y tenían la particularidad de fluctuar sobre las aguas.

(2) Thrauco. Mito araucano, especie de sátiro, al cual se parece, si no en la figura, en la lubricidad. VICUÑA, *Mitos y Supersticiones*.

El Thrauco tiene alguna analogía con el «Duende» de los pueblos del Norte; es de pequeña estatura, tiene por morada habitual los troncos y a veces las copas de los árboles. El Thrauco desflora a las doncellas que vagan por la montaña. CAVADA, *Chiloé y los chilotas*, págs. 96-97.

La niña se asustó y gritaba, porque el Thrauco se precipitó sobre ella; pero como era muy chico y la niña tenía bastante fuerza, llamó al Caicay-vilu, que es una serpiente muy malaza que vive en el mar. Dicen que Caicay-vilu era la madre del Thrauco.

La serpiente mala envolvió las piernas de la niña con su gran cola, tan relarga, y la sujetó a una roca.

Pa que no se escapara, el Caicay-vilu amarró a la niña muy amarrada a la roca y allí se quedó. El Thrauco venía a verla y también venía la serpiente.

La niña tuvo guagua y ésta fué una guagüita chiquitita, muy bonita, hija del Thrauco, y éste estaba muy contento de tener una hijita y la serpiente también estaba muy contenta con su nietecita, y todos los días venía a verla.

Un día, la madre de la guagua oyó que el Caicay-vilu y el Thrauco querían quitarle la guagüita pa casarla con un Pillán (1) que vivía en las nubes. Se desesperaba la joven, porque no quería separarse de su hijita, y lloraba y lloraba.

2. Oyó su llanto el Trentrén, otra serpiente, enemiga del Caicay-vilu y del Thrauco; el Trentrén no era mala serpiente como la otra.

Vino el Trentrén y le preguntó a la madre lo que tenía y ella se lo contó todo. Entonces el Trentrén le dijo que él la salvaría y se la llevaría a un cerro donde habitaba, pero la niña le dijo que primero salvara a la guagüita, porque ella no podría andar; de tanto quedar ama-

(1) Pillán o Pillañ; sérv superior, especie de deidad de los araucanos. Para rendirle culto, los indios hacen una incensación con tabaco, y le brindan con la sangre de una sangría que se hacen en sus borracheras.

rrada sus piernas se habían pegado una con otra. El Trentrén le dijo que no importaba nada, que él siempre se la llevaría.

3. En esto se levantó una ola muy regrande y apareció el Caicay-vilu. Al ver al Trentrén, quiso saltarle encima, pero no podía salir del mar y llamó al Thrauco, que vino corriendo con un palo torcido en la mano.

«—¿Qué me quieres, gusanito?» dijo el Trentrén al Thrauco, y se le iba encima; pero la bonita mujer le suplicó que pensara en su hijita. El Trentrén abrió la boca y la madre le puso la guagua adentro y él arrancó cerro arriba. El Thrauco no lo pudo alcanzar con sus piernas tan cortas y que no tienen pies (1).

Tantísima rabia le dió al Caicay-vilu que se revolvaba en el mar y el Trentrén siempre andando con la guagua en su boca.

4. Entonces el Caicay-vilu le avisó al Pillán y éste llamó a todos los otros Pillanes y tiraron sobre la tierra toda el agua que estaba en las nubes y el Caicay-vilu, que se revolvaba siempre en el mar, levantaba olas tan regrandes que la tierra se inundaba todita y la gente asustada no sabía donde escapar. Entonces el Trentrén les avisó pa que se subieran en el cerro donde él tenía su cueva (2).

Así lo hicieron, y todos querían subir; pero algunos se caían y el Caicay-vilu los transformaba en pescados y a

(1) Los pies del Thrauco, sin talón ni dedos, son unos muñones informes; su aspecto es aterrador. CAVADA, *Chiloé*, pág. 96.

(2) El cerro Trentren o Tentén, según el narrador, servía de habitación a la serpiente del mismo nombre. Ver la nota 1 de la pág. 249.

los animales los cambiaba en piedras (1) y siempre caía la lluvia y siempre el mar se salía más y más y rodeaba el cerro.

El Trentrén, que no quería que toda la gente se muriera, levantaba más el cerro y lo hacía más alto y siempre el Caicay-vilu levantaba las aguas del mar: ya no había más bosques ni montes, no se veía más que agua.

El Trentrén tenía la guagua escondida en su cueva, que estaba como un pozo muy hondo; la entrada la tenía arriba del cerro. Muchos días y muchas noches duró la pelea entre las dos serpientes.

5. Entonces dicen que el Caicay-vilu hizo un esfuerzo pa subir al cerro: se levantó sobre su cola que bañaba siempre en las aguas y trató de agarrarse de una roca pa alcanzar arriba; entonces el Trentrén salió y de un colazo desprendió la roca del cerro. Esta se cayó con la serpiente Caicay-vilu y fué tan fuerte el golpe por lo pesado de la serpiente y de la piedra, que se hundió la parte donde cayeron y desapareció el Caicay.

Cuando bajaron las aguas y que el Pillán dejó de hacer llover, la gente que se había salvado volvió a su tierra y vieron que al pie del cerro había una laguna (2).

Así nació la laguna en la parte donde el Caicay había caído.

(1) Al presente los indios conservan todavía esta tradición, y creen que algunas rocas salientes de los cerros y llanos, son los cuerpos petrificados de los antiguos. (TOMÁS GUEVARA, *Historia de la civilización de Araucanía*).

(2) El informante no pudo decir el nombre de la laguna. El hecho de existir cerca de Castro un cerro llamado Tentén nos ha hecho suponer que se trata de la laguna de Cucao que está en el mismo departamento, pero ignoramos si está cerca o distante de dicho cerro, por cuanto el viaje que hicimos a Chiloé fué anterior a la narración recogida.

NOTAS

Los indios araucanos conservan todavía la tradición transmitida de generación en generación, de un diluvio que causó la muerte de la mayor parte de los habitantes de esta tierra. Algunas personas han creído, y sostienen todavía que esta tradición es debida a la introducción de la religión cristiana en estas comarcas, y que la narración hecha por los misioneros, de un diluvio universal que Dios mandó para castigar a los hombres, pasando de boca en boca y con la ayuda del tiempo, se ha transformado en leyenda indígena, en la cual, poco a poco, se han introducido elementos propios de las costumbres e ideas de los narradores.

Esta suposición podría ser admitida, dada la facilidad de asimilación que poseen los pueblos primitivos en todo lo tocante a mitos o leyendas; pero no es aplicable a la tradición en referencia, puesto que los primeros misioneros encargados de la propagación de la religión cristiana entre los indios, oyeron de su boca la narración de este suceso.

Los antiguos cronistas de esta época hacen mención en sus obras, de un diluvio cuya fecha no se ha podido precisar.

El R. P. Diego de ROSALES, que escribió a mediados del siglo XVII, en su *Historia General del Reino de Chile*, (Capítulo I), habla de una leyenda india sobre el diluvio, y atribuye su origen a la cantidad de conchas de mariscos que se encuentran en algunos cerros muy altos de la cordillera.

Esta leyenda, conocida con el nombre de Trentrén o

Tentén, ha sido narrada por casi todos los escritores que han relatado las costumbres y supersticiones de los araucanos. Es de notar que los detalles varían muy poco; todos están de acuerdo en decir que para huir de una inundación producida por un diluvio que sin duda coincidió con una salida de mar o maremoto, los indios se refugiaron sobre un cerro llamado Theg-theg o Tren-trén (1). Como en todas las leyendas del mundo entero, lo maravilloso se ha introducido en ésta y los indios cuentan que a medida que subían las aguas, el cerro se elevaba cada vez más hasta tocar el sol, lo que ocasionó la muerte de la mayor parte de los que se habían refugiado sobre él. Algunos, sin embargo, que se hallaban provistos de callanas (2), las llenaron de agua y se cubrieron la cabeza con ellas, librándose de esta manera de ser abrasados por el sol.

Nuestro cuento reune en una sola historia elementos distintos que tienen poca relación entre sí y que parecen resumir varias supersticiones comunes a los indios y a los isleños de Chiloé. El Thrauco, especie de sátiro, cuyo sólo nombre causa el espanto entre los isleños (3), y la niña medio transformada en pez, que representa a las famosas sirenas que muchos pretenden haber visto amamantando hijos a orillas del mar, no son sino elementos secundarios, y todo el interés reside en la lucha entre las dos ser-

(1) Tonante o centellante. TOMÁS GUEVARA (*Psicología del pueblo araucano*, cap. XIV, p. 320).

(2) Callanas=fuentes de greda, R. LENZ (*Tradiciones e ideas de los Araucanos*), pág. 17.

(3) Sobre este mito, ver las obras de JULIO VICUÑA C., *Mitos y supersticiones*, (tomo X de la *Revista de Historia y Geografía*), págs. 326 a 331, y de FRANCISCO CAVADA, (*Chiloé y los chilotes*), págs. 96 a 99.

pientes, buena la una y amiga de los hombres, mientras que la otra trataba de hacerlos perecer. Salvo la introducción del rapto de la guagua por el Trentrén, que en nuestro cuento parece haber motivado el enojo del Caicay, madre del Thrauco, segun refería el narrador, el cuento no difiere mucho de la tradición antigua. Esta dice, en efecto, hablando de la leyenda del Trentrén o Tregtreg: «Una culebra del mismo nombre les había advertido (a los hombres) el peligro, y otra, Caicay-vilu, de lugares bajos y enemiga de los hombres, había hecho salir el mar. Aquella los protegía en la inundación elevando el cerro en que estaban aislados, y ésta los hostilizaba levantando el nivel de las aguas. Pocos lograron salvarse después de infinitas penalidades. El agua alcanzó al mayor número, que se convirtieron en peces y rocas» (1).

El gramático FEBRÉS, en su *Diccionario* (p. 641), dice: «Theg-theg o Cheg-cheq, unos cerros en donde dicen se escaparon del diluvio, sus antepasados» (2).

El señor Eulogio Robles Rodríguez, refiere la forma moderna de la leyenda que ha recogido en algunos pueblos del Sur: «Hace mucho tiempo hubo una grande inundación, un enorme lagarto salió del centro de la tierra y gritó Caicay. Se abrieron grietas en la tierra y el agua saliendo de estas grietas, inundó los campos. La gente se refugió en una altura llamada Tren-trén» (3).

Otro mito aparece también en nuestro cuento, aunque

(1) Extracto de la relación del R. P. ROSALES (*Tomás Guevara e Historia de la civilización de la Araucanía*).

(2) Citado por R. LENZ (*Tradiciones e ideas de los Araucanos*), pág. 18.

(3) GUILLATUNES (*Anales de la Universidad*, tomo CXXVII. *Revista de Folklore Chileno*, I pág. 239).

represente en él un papel secundario es, sin embargo, uno de los más importantes entre los indios que lo reverencian como a un Dios, es el Pillán. Nuestro narrador nos lo da como autor del diluvio, puesto que para ayudar al Caicay y al Thrauco, hace caer la lluvia con tanta abundancia que inunda toda la tierra. Sin embargo, las leyendas y tradiciones araucanas nos lo muestran mas bien como el genio de los terremotos y erupciones volcánicas.

El P. B. HAVESTADT dice en su obra *Chilidugú*: «Nombran también a Pillán al cual atribuyen los fenómenos más importantes e insólitos».

FEBRÉS en su *Diccionario* explica: «Pilláñ, Pillán llaman al diablo o a una causa superior que, dicen, hace los truenos, rayos, relámpagos y reventazones de volcanes, y a estos mismos efectos también llaman Pilláñ».

Una prueba de la importancia atribuída al Pillán la encontramos en los sermones del P. Luis de Valdivia (1) quien reprocha a los indios de adorarle como a una deidad, cuando no es más que el diablo que ha tomado este nombre para engañar a sus antepasados. Les reprocha también ofrecerle humo de tabaco, y en su confesionario les hace esta pregunta: «Aste sacado sangre de tu cuerpo en las borracheras nombrando al Pillán»?

El R. P. ADEODATO DA BOLOGNA en la introducción de un capítulo titulado «Religione» escribe: «Con el fin de aplacar a los espíritus airados cuando están afligidos (los indios) por las calamidades públicas, hacen ciertas libaciones de chicha o aguardiente, bañando la mano en

(1) *Nueve sermones en lengua de Chile*, por el P. LUIS DE VALDIVIA, Año 1621. Reimpresos por J. T. Medina.

el licor, desparraman algunas gotas hacia el volcán Villarrica, donde suponen vive el omnipotente Pillán» (1).

Este mismo nombre dan los indios de Panguipulli a los volcanes. Consultado por Fray Félix de Augusta sobre el Pillán, un indio contestó que los mapuches entienden por Pillán a todos los fenómenos ígneos como el fuego del volcán, los relámpagos y otras luces que suelen ver los indígenas y que con estos fenómenos los espíritus dan a conocer que están enojados (2).



Esta creencia en el Pillán se ha conservado todavía muy viva y los indios no han dejado de invocarlo; pero la idea que ellos se forman de este mito es algo confusa y no saben definir bien el papel que representa. Mi informante no supo darme una explicación satisfactoria. A todas mis preguntas contestaba sencillamente: «El Pillán es el Pillán, un ser muy poderoso que lo puede todo, no es Dios, pero puede tanto como él». Y cuando le pregunté si era el diablo, me dijo muy vivamente: «Diablo no es, él castiga a los Kaleu (brujos) y los tiene encerrados en los volcanes». Cuando le hice observar que en su narración hablaba de varios Pillanes, me dijo riéndose: «Los cristianos también dicen que Dios es Dios, y sin embargo, nombran también a otros Dioses: el Hijo y el

(1) *L'Araucania* (Memorie inedite delle Missioni dei F.F. M.M. capuccini nel Chile. Roma 1890). Citado por Fray Félix de Augusta. *Lecturas Araucanas*. Apéndice pág. 252.

(2) *Estudio sobre el Pillán*. P. AUGUSTA. *Lecturas Araucanas*. Apéndice pág. 248.

Espíritu Santo. ¿No puede haber tenido hijos el Pi-llán?» (1).

VII. El muerto a quien le falta carne

(Narrado por RAMÓN TRINCAU, natural de Río Bueno)

1. Entonces hubo una gran pelea entre los indios y unos hombres que habían venido del norte: de hierro eran esos hombres, sus piernas eran de hierro, sus brazos y sus cabezas de hierro también, todos de hierro eran, dicen, y tenían grandes cuchillos largos (2) de hierro, todo así dicen que eran sus cuchillos y pelearon con los indios que defendían sus tierras.

No querían los indios dar sus tierras a los hombres de hierro, dicen, y pelearon, y hubo un indio muy valiente, Cayupillán, así era el nombre del indio que peleaba, así dicen que se llamaba el indio.

Valientes eran los indios, pero los cuchillos grandes de los hombres de hierro los mataban a los pobres; los mataban, dicen, así se dice. Casi todos los indios cayeron muertos, porque los cuchillos los destripaban y les cortaban la cabeza, o los brazos, o las piernas; también cayó Cayupillán con muchas heridas y una pierna que le fué cortada.

Se fueron los hombres de hierro, así dicen que se fueron, y después salieron los indios que habían escapado a la matanza, salieron de los bosques pa recoger a los muertos.

Cavaron una fosa, un hoyo grande dicen que cavaron

(1) A pesar de su nombre y apellido chilenos, el narrador era indio nacido en Chiloé y participaba por completo de los prejuicios y supersticiones de su raza.

(2) Espadas.

los indios, y pusieron los muertos y también buscaron las manos, los brazos y las piernas cortadas y las metieron en la fosa pa que cada muerto tuviera lo suyo. Eso hicieron los indios que no habían muerto. Así dicen que lo hicieron, pero no pudieron encontrar la pierna de Cayupillán, porque un tigre se la llevó pa comerla.

2. Entoncees las mujeres indias se habían arrancao pa la cordillera, porque le tenían miedo a los hombres de hierro, dicen, y vivían en las quebradas casi sin comer. Así, dicen, vivían las pobres mujeres y los niños.

Una mujer muy bonita había. Entoncees; ésta era la manceba de Cayupillán el valiente; muy bonita era, dicen. Se había escondío en una cueva. Nada tenía pa comer la bonita mujer, muy hambrienta estaba, dicen. Hambre tenía la pobre, pero no tenía nada de comida.

3. Salió una tarde pa buscar algo pa comer: galgales buscaba, huevos de pájaros, algo buscaba, y en una quebrada, en una cueva vió una pierna casi enterita. No se fijó en nada, así dicen, y sacó la carne. Todita la carne de la pierna la sacó, dicen. Con su cuchillo la sacó y se la llevó y como tenía fuego encendió, puso un pedazo de carne. En el fuego lo puso, dicen, pa comerlo, porque se moría de hambre. Comió la mujer, y lo demás lo metió en un hoyo por debajo del pasto donde dormía. Así lo hizo, dicen, la bonita india, y se acostó.

4. Entoncees ya era de noche cuando sintió ruido. Dispertó y vió a Cayupillán parao cerca de ella. Al indio, su mancebo, vió la bonita mujer. «Yo creía que habías muerto como los demás», dijo, dicen.

El no contestó na. Parecía muy cansao. Cansao dicen que era, dicen, el indio.

Entonces ella dijo otra vez: «Te creía muerto». Así dijo, dicen.

Entonces con voz muy apagada respondió Cayupillán: «Vivo o muerto, lo mismo da. Dame carne, me falta carne».

Sacó ella un pedazo de la carne, dicen, para asarlo, pero él se lo quitó bruscamente, dicen. Entonces ella quiso abrazarlo, abrazarlo quería la bonita mujer, pero el indio cayó al suelo. Entonces le dijo el indio: «No me toques, que me duele todo el cuerpo», dijo, dicen.

«Acuéstate, dijo la mujer, dormiremos juntos».

Entonces: «tanto dormí» (1), dijo el hombre. Así contestó el indio. «Yo no quiero dormí. Carne quiero».

Ella le dió otro pedazo de carne y los dos se acostaron cerca del fuego. Entonces dicen que el hombre no se movía.

Se durmió la bonita india, y cuando despertó no estaba Cayupillán. Solita estaba la mujer.

Se puso a cocer otro pedazo de carne y lo comió.

5. A la noche vió de nuevo a su mancebo. Parecía menos cansao, dicen. Entonces ella quiso que se acostara con ella. Eso quiso la bonita india y él repitió, dicen: «Pa qué tanto dormí?» Así dijo, dicen.

Pidió más carne y se enojó y ella le dió todita la carne que había.

«¡Qué poca carne ésta!» dijo el indio. Entonces: «Yo quiero más, mucho más me falta», dijo.

Sorprendía quedó la mujer. No comprendía lo que quería decir. Muy sorprendía dicen que fué.

(1) Entre los indios es creencia muy común que los muertos cuando vuelven no pronuncian bien todas las letras.

Se acostaron los dos juntitos, pero cada vez que ella quería abrazarlo él decía: «No me toques, no me toques». Después dijo otra vez: «Mucho más me falta».

Entonces se durmió la india y al amanecer volvió a encontrarse solita, dicen. Ya no tenía más carne que comer, dicen, y esperó la noche, a ver si volvía el indio su mancebo. Dicen que lo esperaba la india. Todo el día pasó sin comer.

6. En la noche volvió Cayupillán. «Carne, dame mi carne», dijo a la borita india.

Entonces: «No tengo más, todita te la dí». Así dicen que contestó la india. «Acuéstate y dormiremos los dos».

Así le dijo, dicen, la india a su mancebo.

«Carne quiero, me falta todavía», dijo él. ¿«A qué tanto dormí»?

Ella se durmió muy pronto. Como muerta quedó dormía la bonita india, y después despertó, dicen, con un gran dolor a una pierna, como si le cortara un pedazo. Quiso pararse y no pudo y tampoco pudo gritar.

Al amanecer vió que le había salido mucha sangre y que le faltaba un pedazo de carne. Así dicen que vió y pensó que algún tigre le había comido esa carne, dicen, después que Cayupillán se había ido. No pudo, dicen, levantarse la mujer, y así pasó el día.

A la noche volvió Cayupillán. Entonces lo vió la mujer. Entrar lo vió; parecía más contento y más firme. La bonita india dijo, dicen: «Muy enferma, pobre, estoy. Me falta carne y me duele mucho la pierna». Así habló, dicen, la india.

Cayupillán se acostó con ella y le entró sueño otra vez a la mujer, mucho sueño, muy pesado, dicen. Después sintió el dolor a la pierna y despertó. Cayupillán estaba

ya de pie. Entonces no se volvió, dicen, cuando la india lo llamó. Lo llamó ella, pero no, le contestó, dicen, y se fué corriendo. Lo vió ella a la luz de la luna. Así muy bien lo vió ella, y vió que él corría cojando.

7. Entonces al día siguiente llegaron los indios, toditos llegaron los que habían escapao a la matanza. Llegaron contando lo que había sucedío, todo lo contaron los valientes indios, y contaron la muerte de Cayupillán, el mancebo de la bonita india, y contaron que había perdido una pierna que un tigre se había llevado.

Entonces así supo la bonita mujer la muerte de su mancebo y contó ella lo que le había sucedío. Todo lo contó, dicen, y mostró su pierna casi completamente descarná. Entonces una machi la curó, dicen.

Entonces más tarde los indios abrieron la fosa pa sacar a sus muertos, dicen, y llevarlos a su reducción y encontraron, dicen a Cayupillán con sus dos piernas. Así dicen que las tenía: la una pegada a su cuerpo, la otra estaba al lado. Eso dicen que pasó así. Así lo dicen los indios.

NOTAS

A pesar de los elementos araucanos introducidos en este cuento, no podemos dudar de su origen europeo por cuanto encontramos los mismos episodios en narraciones, cuentos o leyendas muy antiguos, pero ciertos detalles característicos de nuestro cuento parecen obedecer a la influencia ejercida por el carácter nacional o el lugar en que se desarrollan los acontecimientos.

La introducción me parece netamente araucana, ella relata episodios de la guerra de la conquista de Arauco por los españoles. Desgraciadamente estas narraciones tras-

mitidas oralmente son muy incompletas, y difícil sería fijar una fecha o un lugar determinado a los hechos narrados.

A menudo también ellas sirven de base a episodios completamente extraños a los usos y costumbres del país, y la fusión se hace muy naturalmente sin que el narrador se dé cuenta de ellos.

Un detalle ha llamado mi atención: en la sepultación de los indios muertos en la pelea, los sobrevivientes ponen especial cuidado en recoger y poner en cada sepultura los miembros amputados.

He encontrado esta misma preocupación en varios pueblos diferentes por su grado de cultura, religión y costumbres. En Asia y África es muy común la creencia de que los muertos cuyo cuerpo está incompleto no pueden entrar al paraíso ni participar de los goces eternos; otros pueblos pretenden que este muerto no puede descansar tranquilamente en su tumba mientras no haya recuperado lo que le falta.

Esta superstición está tan arraigada entre los mahometanos, que he visto a los médicos árabes, coser la cabeza a un ajusticiado para que éste pudiera presentarse delante del Profeta encargado de recibirlo a la puerta del paraíso. Y no se trata solamente de la cabeza, pues cuando, por cualquier motivo, han debido sufrir la amputación de un miembro lo conservan preciosamente para que puedan pegárselo después de muertos; no son pocos los que prefieren morir antes que sufrir una mutilación, creyendo que en tal caso no podrían resucitar. Esto explica el por qué tienen tanto empeño en cortar la cabeza o cualquier miembro a sus enemigos.

Podríamos creer que entre los indios araucanos existen

los mismos prejuicios al ver a Cayupillán salir de su tumba para recuperar la pierna que le falta.

Para los araucanos, el alma de los muertos tiene que emprender un largo viaje antes de llegar a la última mansión. Para hacer este viaje, que, según sus creencias, es sumamente penoso, muy natural es que necesiten de todas sus fuerzas y que no quieran emprenderlo faltándole un miembro tan importante como una pierna. Además, este lugar desconocido no encierra para ellos, como para muchos otros pueblos, una idea de descanso. Los muertos llevan allí la misma vida que llevaban antes: sus necesidades son las mismas y para satisfacerlas tienen que trabajar. Este es el motivo por el cual los deudos proveen a sus muertos de una gran cantidad de víveres, aperos y utensilios.

Las almas de los muertos no van todas al mismo lugar: algunas atraviesan el mar para llegar a una isla lejana, otras desaparecen en el interior de los volcanes, mientras que las almas de los guerreros van arriba de un cerro tan alto que desaparece en las nubes. Allí continúan la pelea como cuando estaban vivos y el ruido del trueno, los relámpagos, las descargas eléctricas son el eco de la batalla.

Como la mujer ha comido una porción de la carne, el Alhué (1) se venga de ella cortándole la carne de su propia pierna para reemplazar la que le falta. La prueba de que esa era la única causa de su venida, es que después de recuperar su carne no vuelve a presentarse más (2).

(1) Alhué=aparecido.

(2) El narrador explicó que la pierna del muerto estaba de nuevo pegada a su cuerpo, pero que parecía como si fuera parchada, por tener carne de dos personas distintas.

* *

El tema del muerto a quien le falta carne ha sido tratado y desarrollado de distintas maneras; pero siempre el muerto aparece al final para vengarse. Daré el resumen de un cuento de Cosquin titulado «Le pendu» (El ahorcado; T. II, núm. 41, pág. 76):

Un hombre tiene muchos hijos; como debe ir a una feria, pregunta a sus hijos lo que quieren que les traiga Cada uno le encarga algo; una de las hijas está enferma y pide carne para sanar. El hombre va a la feria y compra los regalos para los hijos, pero en el camino se acuerda que se olvidó de traer la carne para la enferma. Al pasar por un bosque ve a un ahorcado colgado de la rama de un árbol, le corta una pierna y la trae a su casa; la enferma toma el caldo y come la carne, encontrándola muy sabrosa.

Durante la noche, un hombre entra a la pieza de la enferma y le pide su pierna. En la noche siguiente hace la misma cosa, y como la niña, que no comprende lo que quiere decirle, le pregunta: ¿Dónde está su pierna? el muerto le contesta: «Ud. se la comió» y desaparece. Asustada la niña interroga a su padre y éste acaba por confesarle lo que ha hecho.

En este cuento la venganza del muerto consiste sólo en hacer saber a la niña que ha comido carne humana.

En un cuento alemán de la colección de Kuhn y Schwartz, publicada en 1848 y citado por Cosquin en sus notas comparativas, el muerto se venga estrangulando a la mujer que le robó el hígado. He aquí el argumento de este cuento:

Una mujer ha preparado un guiso de hígado para su marido; lo prueba y, encontrándolo muy bueno, se lo come. Temeiendo el enojo del marido, toma el hígado de un ahorcado y lo sirve al marido; éste lo come y lo encuentra muy bueno. Después de comer, el hombre sale para ir a la taberna y la mujer se acuesta. Poco tiempo después oye pasos y una voz que le pregunta: «¿Dónde está tu esposo?» «En la taberna». La puerta se abre, el muerto entra y estrangula a la mujer en su cama.

Encontramos el mismo desenlace en un cuento veneciano de Bernoni (*Tradizioni*, pág. 125): una mujer en cinta tiene deseos de comer un corazón; su esposo, que es campanero y sepulturero, saca el corazón de un muerto y se lo da. La mujer lo come. Durante dos noches seguidas el muerto aparece a la mujer y le pide su corazón, a la tercera noche la mata.

* * *

Varios otros cuentos se relacionan con el nuestro; citaré entre otros: dos cuentos de Grimm; un cuento catalán y uno inglés, mencionados también por Cosquin. En fin, para terminar, hablaré de dos variantes italianas, una francesa y otra siciliana que he oído contar y que se titulan, según los lugares: La pierna, El brazo o La mano de oro. En estos cuentos, si el ladrón roba, no es por satisfacer su hambre o su glotonería, sino por el valor del objeto. El muerto persigue al ladrón, y como en los demás cuentos, lo mata.

VIII. El Indio y el Cuero (1)

(Narrado por RAMÓN TRINCAU, de Río Bueno)

1. Un hombre rico, dicen, estaba de novio con una niña muy bonita, hija de un cacique.

La niña no quería casarse con el hombre rico, porque era muy feo y sólo tenía un ojo; pero el padre quería, porque el hombre rico tenía mucha plata y el cacique ya no tenía plata, porque se la habían robado. También le habían robado sus animales, dicen.

La bonita niña lloraba, pero el cacique dijo, dicen: «Cásate, no más».

Entonces un día se fué la niña pa buscar agua a una laguna que había cerquita, y no volvió más a la ruca. El cacique buscó a su hija, dicen, también la buscó el novio rico, y no supieron dónde estaba. Lloraba el cacique, y el rico estaba muy triste, y la gente dijo que algún brujo se la había robado. Así dijeron.

2. Ñanco se llamaba el sobrino del cacique, y dijo: «Yo buscaré a tu hija y me casaré con ella, y trabajaré pa darte plata».

Entonces: «Bueno, pues, dijo, dicen, el cacique; búscala, pues».

Entonces el joven Ñanco se fué al monte, dicen, y cortó quisco (2). Mucho quisco cortó Ñanco, y después se fué a la laguna y vió a un cuero grande como un cuero de vaca que nadaba sobre el agua. Se metió en el agua Ñanco,

(1) Cuero, nombre de un mito araucano que, dicen, tiene la forma y las dimensiones de una piel de animal vacuno; habita en las aguas de las lagunas o de los ríos y es muy peligroso.

(2) Quisco=Cereus-quisco, familia de las Cácteas.

entonces al momento el Cuero se precipitó sobre él pa envolverlo, dicen, pero el joven Ñanco tenía en las manos y atado a las piernas el quisco, así es que el Cuero se clavó, dicen, y daba saltos en el agua; pero Ñanco se había metido encima y estaba como en un bote.

Mucha sangre salía del Cuero, dicen, y casi llegó a tener las aguas de la laguna. Después llegó el Cuero a un tronco de árbol muy grande que estaba metido en el agua. Lo hizo a un lado y Ñanco vió la entrada de una cueva.

3. Ñanco se entró, dicen, en la cueva y vió a un hombre muy raro, que tenía una pierna pegada a la espalda y tenía la cara vuelta atrás y era muy gordo, como si fuera hinchado; así dicen que era el hombre. No vió al indio el hombre porque su cara estaba vuelta atrás.

Mucha fuerza tenía Ñanco. Entonces corrió sobre él de un salto, dicen, y tomándole la cabeza, la volvió.

Entonces cayó el hombre al suelo, cayó, dicen, y Ñanco le plantó su cuchillo en el vientre y salió aire silbando, mucho aire salió y se enflaqueció el hombre y se quedó chico.

Murió el hombre, dicen, entonces Ñanco buscó y encontró a muchas niñas amarradas en el fondo de la cueva.

Había también la bonita niña, hija de su tío. Dicen que también estaba la niña.

Ñanco las hizo salir y ellas le dijeron, dicen, que el Cuero se llevaba a las jóvenes que iban a la laguna y las traía al hombre que estaba en la cueva, y él se casaba con ellas, o bien las mataba pa chupar la sangre.

4. Notó Ñanco que las piedras de la cueva brillaban como plata, entonces no dijo nada, pero se tomó un puñao

y se lo llevó pa fuera y lo escondió en el tronco del árbol que servía de puerta.

El Cuero había muerto, pero sobrenadaba siempre. Entonces Ñanco se metió sobre él y se volvió a la ruca de su tío, dicen.

Loco de contento vino el cacique con un bote pa buscar a su hija y a las niñas que estaban con ella. Ñanco tomó las piedras de plata que había encondido en el árbol.

El rico quiso casarse con la niña; pero Ñanco peleó con él, dicen, y le reventó el ojo, así es que quedó ciego.

Entonces el cacique le dió su hija a su sobrino Ñanco, y él, con las piedras de plata que había traído, le compró animales a su tío, y compró ricos vestidos pa su mujer, dicen, y pa él, y también un caballo ensillado de pura plata, dicen que compró.

NOTAS

Este mito de origen araucano se ha popularizado de tal manera en Chile que sirve de tema a gran número de narraciones en todo el país. No solamente lo encontramos entre los indios y habitantes del sur, sino que puede decirse que no hay río, laguna o poza de agua que no tenga su monstruo misterioso de cuyas garras es difícil escapar y al cual se acusa de la muerte de tantas personas que se bañan y perecen ahogadas. Cada vez que esto sucede, si el cuerpo, enredado en las plantas que hay en el fondo del agua, no reaparece, se dice que ha sido arrastrado por el Cuero, que lo retiene para chuparle la sangre o devorarlo.

Casi todos los autores que han citado este mito están de acuerdo en cuanto a su forma y caracteres. Segundo los

datos recogidos en varias partes de Chile por el señor Vicuña (1), «el Cuero es un pulpo que tiene las dimensiones y el aspecto de un cuero de animal vacuno perfectamente estirado. Las orillas están garnecidas de innumerables ojos. En la parte que figura la cabeza hay cuatro de mayor tamaño. Su fuerza es tal que puede arrastrar al fondo y despedazar a un mismo tiempo caballo y caballero. Cuando una persona o un animal penetra en el agua, el Cuero sube a la superficie y lo envuelve. Para cazarlo se echa en el agua un trozo de quisco que esté enteramente cubierto de espinas. El Cuero lo envuelve y se hiere por todas partes, muriendo al fin después de agitarse enloquecido para desprenderse».

Una información recogida en Concepción por este mismo autor pretende que el origen de este mito fué un cuero de asno que botaron al río donde tomó vida y se desarrolló.

Se le da también el nombre de Manta. Bajo este nombre es conocido en Chiloé. «Los isleños lo representan como una piel extendida que se repliega para coger y envolver su presa» (2).

La antigua mitología araucana bajo el nombre de Trelquehuecuve nos presenta el mismo mito. «Es un pulpo cuyos brazos terminan en uñas. De poderosa fuerza de contracción, aprieta y mata todo ser viviente que se pone a su alcance. Cuando sale a orilla del río o laguna para tomar el sol y quiere volver a su elemento natural le-

(1) Mitos y supersticiones, *Revista de Historia y Geografía*, t. IX. p. 463

(2) F. CAVADA, *Chiloé y los chilotas*, pág. 104.

vántase un remolino de viento que lo empuja hacia el agua» (1).

«Trelquehuecufe (cuero=huecuvo) llaman los indios a un pulpo de dimensiones de una piel de ternero armada de garras al rededor. Habita en las honduras de ríos o lagunas, donde toma a los hombres y animales que atraviesan o se bañan en estos parajes y los mata por medio de una contracción irresistible» (2).

Las informaciones personales recogidas por mí en el Sur están de acuerdo con las que he apuntado más arriba y salvo pequeños detalles varían muy poco entre sí: el cuero tiene la forma de una piel de animal vacuno, es de color pardo con grandes manchas blanquizcas; de este cuero salen muchísimas patas cortas terminadas en garras con las cuales sujetas a sus víctimas para que no puedan escapar. Algunos de mis informantes pretendían que el Cuero es la forma corporal bajo la cual se presenta a nuestra vista un espíritu maligno llamado Huecuve o Huecufe. Este varía de forma según el elemento en el cual se mueve (aire o agua). Puede causar grandes daños, penetrando en el cuerpo del paciente, persona o animal, por medio del aire que respira. El que tiene en el cuerpo un Huecuve, enflaquece rápidamente y muere de consunción, por cuanto este espíritu le chupa la sangre que corre en sus venas (3).

Como se ve por las definiciones recogidas, el Cuero es un mito que tiene gran semejanza con los fabulosos pul-

(1) TOMÁS GUEVARA, *Historia de la civilización de la Araucanía*, I, pág. 230.

(2) TOMÁS GUEVARA, *Psicología del pueblo araucano*, pág. 322.

(3) Las antiguas crónicas de la Edad Media hablan del *Sucuve*, especie de espíritu del mal que tomando la forma de una hermosa mujer acababa con la vida de los desgraciados que se enamoraban de ella.

pos de los mares que bañan el antiguo continente. Como éstos, están dotados de una fuerza irresistible, contra la cual no se puede luchar.

En *Los trabajadores del mar*, el genial Víctor Hugo relata la lucha encarnizada que sostiene su héroe con este terrible animal.

S. DE SAUNIÈRE

(Continuará)

=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs.
MEDINA, J. T.—Primer viaje de exploración a la isla de Tenqueguén	5
GUSINDE, P. Martín.—El Museo de Etnología y Antropología de Chile	30
OYARZÚN, Aureliano.—Estación Paleolítica de Taltal	48
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral	60
RISO PATRÓN, Luis.—El tomo 29 del Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile	97
ERRÁZURIZ Crescente.—Introducción a su próximo libro!	104
KNOCH, Walter.—Breve información sobre la Ley de la Evaporación y su significado para la irrigación	120
Diario del viaje del General O'Higgins en la campaña de Ayacucho	138
Cartas de don Antonio Varas a don José Miguel Varas	218
Doce cartas del General Miller a don Benjamín Vicuña Mackenna	220
VARAS VELASQUEZ, Miguel.—Reclamación de don José Gaspar Marín, en 1813, contra su propia elección	242
Notas históricas y geográficas:	
Premio Mouthyon concedido al señor don F. de Montessus de Ballore	253
Por qué Vicuña Mackenna no tuvo casa obsequiada por el pueblo	255
Noticias sobre un compendio de la Venida del Mesías en Gloria y Majestad, de Lacunza	259
Carta del Almirante don Miguel Grau a don Benjamín Vicuña Mackenna	261
Sobre Bolívar y un libro de Blanco Fombona	265
Un censo del obispado de Concepción en 1812	266
Carta de don Joaquín Echeverría y Larraín a don Miguel Zañartu	267
Las huellas de O'Higgins en Chillán Viejo	269
VALENZUELA, Pedro Armentol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborígenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
FELIU CRUZ, Guillermo.—Un punto histórico. ¿Quién venció en San Juan? 18 de Enero de 1881	425
SOPPIA, José Antonio.—Las exequias de un candidato	448
Papeles de Mackenna.—Despedida de los colonos de Osorno	459
SILVA COTAPOS, Carlos.—Lista de los canónigos de la Iglesia Catedral de Santiago de Chile, con breves datos biográficos, desde el año 1563	467
Comunicaciones	476
Actas de la Sociedad	479
Nómina de los socios de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía	489

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1916



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

En nuestro cuento el Cuero no aparece como obrando por cuenta propia, es más bien el proveedor de carne humana del ser misterioso que el indio encuentra en la cueva. Por las definiciones que de él nos da el narrador, se puede creer que se trata del Imbunche, otro mito de origen indio que ha pasado a ocupar un lugar preferente en los relatos que sobre los brujos se hacen en muchas partes del Sur. La particularidad de ser muy gordo y de tener una pierna pegada a la espalda confirma esta suposición, pues sabido es que, según la creencia popular, estos seres son niños de pocos meses robados por los brujos que los deforman completamente, les tapan todas las aberturas del cuerpo y los tienen encerrados en sus cuevas, donde los alimentan de carne de cabritos, corderitos y a menudo de carne humana.

El Imbunche sirve a los brujos de consultor en sus hechicerías. La forma y el papel de este mito no están netamente definidos. Las informaciones que sobre él nos dan algunos autores concuerdan con los datos ya citados (1). El señor Cañas en su Vocabulario dice:

«Invunche, ser racional o animal imaginario que los brujos crían en sus cuevas, algunos creen que es un cabro que se alimenta de carne humana.»

Entre los autores más antiguos que hacen mención de este mito citaré a Havestadt quien en su *Chilidúg'u* escribe: Fama est inter Indos, veneficos suos in quadam specu nutrire hominum genus, quibus adhuc lactentibus oculos, os, anumque consuunt, ita ut crescentes in aliam figuram spenciemque degenerent; atque hos esse ipsorum Conciliarios ac Consultores, quorum consilium in suis antris, quae renu vocantur, convenientes exquirant» (II 686, § 753) (2) y Febrés en su Diccionario: «Invunche. Los que consultan los brujos en sus cuevas, donde los crian desde chiquitos para sus hechicerías o encantos; a esto llaman las indias *ivùm cori*».

* * *

Niñas robadas y destinadas a servir de pasto a gigantes, ogros o dragones se encuentran en muchos cuentos internacionales, sobre todo en los cuentos orientales; pero esto no prueba que nuestra narración sea de origen extranjero, pues los mismos hechos pueden repetirse en lugares com-

(1) Véase J. VICUÑA. *Mitos y supersticiones* y F. CAVADA. *Chiloé y los Chilotas*, pág. 99.

(2) Citado por J. VICUÑA. (*Mitos y supersticiones*).

pletamente distintos sin tener ninguna conexión entre sí. La sencillez del argumento nos hace pensar al contrario que se trata de una narración verdaderamente indígena. No compararé por lo tanto el cuento, limitándome a hacer notar que para mi narrador como para la mayor parte de los de su raza, la plata era el metal más valioso. En efecto, en todas las narraciones indígenas los objetos de plata representan la suma riqueza. Mi narrador, a pesar de haber vivido y trabajado con los chilenos y los extranjeros, no se daba una cuenta exacta del valor que podía representar el puñado de piedras de plata que el indio se había llevado y de lo insuficiente que hubiera sido esta cantidad para cubrir los gastos que hizo.

IX. LA HIJA DEL CHEREUVÉ (1)

(Narrado por Eudocia Catracheo, de Loncoche)

1. Salió un indiecito pa buscar trabajo y nadie le daba trabajo porque la gente era muy pobre. Entonces el indiecito dijo: «Yo me iré a otra parte donde encuentre trabajo». Y se metió en la cordillera, dicen.

Entonces mucho caminó el indiecito, y llegó a un cerro muy alto, y vió a la casa del Cherruve y se entró pa pedir trabajo.

—«Bueno, dijo el Cherruve, trabajo te daré yo, y si cumples bien te daré a mi hija.»

—«Bueno, dijo, dicen, el indiecito, dame trabajo pues.» Y miraba a la bonita mujer que era la hija del Cherruve y que le gustaba mucho; le gustaba, dicen.

(1) Cherruve: Mito araucano que aparece como el genio del fuego. Vive siempre sobre los volcanes.

—«Mira, dijo el Cherruve, mañana yo quiero poder caminar a pie sobre este lago que tu ves.»

—«Bueno, dijo, dicen, el indiecito, eso se hará»; pero el indiecito estaba triste porque no sabía cómo cumplir.

2. El Cherruve salió y se fué a pasear por el monte.

—«Ven, dijo la bonita mujer; yo te enseñaré cómo debes hacer.»

Se fueran los dos, el indiecito y la bonita mujer, y cuando estuvieron a orillas del lago, ella tiró una piedra muy grande en el agua, y ésta se cambió en nieve muy duraza.

Entonces cuando el Cherruve volvió, el indiecito le dijo, dicen:—«Ya está hecho mi trabajo, dame a tu hija».

El Cherruve se fué a pasear sobre el lago tan duro como piedra, y se dijo: «Ese indio sabe cosas muy buenas; estará bien que se quede conmigo».

—«Dame a tu hija», volvió a decir el indiecito, cuando el Cherruve regresó.

—«Espérate un poco, dijo el Cherruve, queda trabajo que hacer.»

—«Dame trabajo, pues», dijo el indiecito.

3. Entonces:—«Mira, dijo el Cherruve, esa montaña me molesta y la bajada al barranco es peligrosa. Mañana es preciso que me deshagas la montaña, y con las piedras llenarás el barranco. Anda, pues».

—«Bueno, dijo el indiecito, eso se hará». Y se fué a ver a la bonita mujer, hija del Cherruve.

—«¿Cómo haré yo, dijo él, pa que desaparezca esa montaña y se llene el barranco? Eso es mucho trabajo», dijo, dicen.

—«Tonto, dijo la bonita mujer, yo te ayudaré». Se llevó al indio, y en la falda de la montaña encontraron

una pequeña cueva en el lado opuesto al barranco. Entonces: «Entremos», dijo la bonita mujer. Entraron; cuando estuvieron dentro: «Ahora péete como yo», dijo la bonita mujer. Así dijo ella.

Entonces los dos peyeron tan fuerte que la montaña se voló y las piedras cayeron todas en el barranco que se llenó todito.

Los indios, dicen, que estaban abajo en los valles, y que oyeron el ruido, y vieron volar a la montaña, corrieron a esconderse de puro miedo.

—«Ya está hecho mi trabajo», dijo, dicen el indiecito al Cherruve. Y se lo llevó pa que viera que la montaña y el barranco habían desaparecido.

Entonces:—«Bueno, dijo el Cherruve; bonito trabajo hiciste, hijo».

4. —«Ahora, dame tu hija», dijo el indiecito.

—«Todavía nó, dijo el Cherruve, antes es preciso que tú me adivines esas adivinanzas; si aciertas te daré a mi hija y te casarás con ella.»

—«Diga, pues», dijo el indiecito. Y miraba a la hija del Cherruve que estaba detrás de su padre.

El Cherruve dijo:

1.^º «Nos alumbría y nos aciega al mismo tiempo».

El indiecito se hizo el que piensa un rato, y miraba a la bonita mujer; ella le mostró el sol.

—«Ese se llama sol, dijo el indiecito: nos alumbría; pero cuando lo miramos un rato quedamos ciegos».

—«Bien», dijo, dicen, el Cherruve.

2.^º «Hace mucho bien y mucho mal».

La bonita mujer sacó la lengua.

—«Eso se llama lengua, dijo el indiecito: hace mucho

bien cuando alaba con verdad, y mucho mal cuando miente y acusa a un inocente».

Entonces: —«Bien contestado, dijo el Cherruve. Ya te queda otra pregunta más. Vamos a ver», dijo, dicen:

3.^o «Hace feliz y desgraciado; reir y llorar».

El indiecito no esperó que lo ayudara la bonita mujer y dijo ligerito: «Ese se llama amor: nos hace felices cuando una bonita mujer nos quiere; nos hace reir cuando nos mira, y desgraciados y llorosos cuando prefiere a otro y nos abandona».

Entonces: —«Es verdad», dijo el Cherruve. Y se hizo el contento y dijo al indiecito que le daría su hija; pero que debía esperar la llegada de los amigos del Cherruve que asistirían al matrimonio. «Esos se llamaban, dijo, Norte, Sur, Puelche y Travesía».

5. El indiecito se retiró pa dormir, dicen, muy contento. A media noche la hija del Cherruve se vino donde estaba y le dijo: «Mi padre te ha engañado, él no quiere que me case contigo, pues me tiene prometida a un gran amigo suyo que se llama Trueno. Yo no lo quiero, porque habla muy fuerte. Él vendrá mañana tempranito con su madre, Tempestad, y sus hermanos: Relámpago y Viento. Si me quieres de veras nos arrancaremos e iremos donde un viejo tío mío que se llama Olvido y que vive en una selva»; así dijo la india.

6. El indiecito dijo que bueno, y lo prepararon todo pa irse: ensillaron un huanaco y montaron en él. Entonces mucho corrió el huanaco, dicen, pero el Cherruve corría tan ligero como él, y muy pronto divisó a los novios como llegaban a una quebrada. El Cherruve tenía una lanza de colihue, y el indiecito se vió perdido.

—«¡Estamos perdidos, oh!» dijo el indiecito.

—«¡Todavía no, oh!» dijo la bonita mujer, y se transformó en un peñasco que estorbaba el paso, mientras que el indiecito se cambiaba en un tronco de árbol atravesado en el camino, dicen.

El Cherruve, que corría, no pudo detenerse a tiempo y tropezando sobre el tronco, se cayó sobre el peñasco y se lastimó, y se le quebró la lanza, dicen. Cansado y herido se quedó dormido, y el indiecito y la mujer volvieron a ser gente y se montaron otra vez sobre el huanaco.

7. Despertó el Cherruve y persiguió de nuevo al indio y a su hija, y corría, y corría. Entonces los vió muy lejos, cerca de una vega. Ya estaba a punto de alcanzarlos, cuando la mujer se trasformó en rana y saltó en la vega, mientras que el indiecito, cambiado en chingue (1), largó una chijetada de miados (2) y el olor fué tan malo que el Cherruve retrocedió tapándose las narices; eso hizo, dicen, el chingue. Eso aprovechó el chingue y desapareció.

Rabiando el Cherruve pataleó, y a cada patada se estremecía la vega; pero la rana y el chingue se arrancaron y volvieron hombre y mujer (3). Siguieron viaje los dos, dicen.

Entonces otra vez los vió el Cherruve, y corrió tras de ellos, y llegaron, dicen, a orillas de una grande laguna: para atravesarla, la mujer bonita y el indiecito se transformaron en pato y pata, mas, antes de echarse al agua

(1) Chingue (*Mephitis chilensis*). Al ser perseguido expele un líquido de olor muy desagradable.

(2) Lanzó un chisquete de meados.

(3) Volvieron hombre y mujer, es decir, volvieron los dos a su estado primitivo.

y de transformarse en pata, la bonita mujer se arrancó cuatro largos pelos y los tiró al agua.

Cuando el Cherruve llegó, dicen, quiso atravesar la laguna y se tiró al agua; mas, se le enredaron las piernas en los pelos de la bonita mujer y, no pudiendo nadar, se ahogó.

Entonces la bonita mujer y el indiecito salieron del agua y montaron en un caballo alado que los llevó en el fondo de la selva, a casa del Olvido, tío de la bonita mujer.

IX^{bis}. Variante (2)

SEGUNDA VERSIÓN DE LA HIJA DEL CHERRUVE

(Narrada por Moñi, de Chiloé)

1. Un Cherruve muy grande se había casado con una nube blanca muy bonita y como era muy celoso, la tenía encerrada en una cueva de la montaña y no permitía que fuera a pasearse. Por eso ella se aburría mucho y quería irse, mas no sabía cómo hacer.

Ella había tenido una niñita muy bonita y tan blanca que el Cherruve la llamó Nieves, que es una cosa muy blanca. La nube quería mucho a su hijita y ya no deseaba irse como antes; pero sí, quería pasearse y tomar el aire.

2. Un día que el Cherruve había salido y no había cerrado bien la cueva, la nube salió un rato pa pasearse con

(2) Doy como variante esta segunda versión de La Hija del Cherruve, que me fué narrada algunos meses más tarde por un antiguo mozo de la casa, a pesar de la diferencia que existe entre los dos argumentos y sólo por la similitud de carácter de los dos cherruvés.

su hijita en los brazos. En ese momento, ella vió venir al viento, enemigo del Cherruve que peleaba siempre con él; ella quiso correr pa esconderse en la cueva, mas, el viento, que la había visto, se precipitó sobre ella y se la llevó. En los esfuerzos que ella hizo pa librarse del viento, se le cayó la niñita y poco después, cuando el Cherruve volvió, encontró a su hijita en el suelo, y mirando arriba vió la nube que el viento se llevaba.

El Cherruve pataleó, gritó y gomító (1); y a cada grito, a cada patada y a cada gómito, la tierra se estremecía; un hoyo grande se había abierto arriba de la montaña de donde salía humo y grandes ríos de baba (2) que lo inundaba todo; y los pobres indios que vivían en el valle corrían hacia el mar para librarse de la rabia del Cherruve.

3. El Cherruve tenía un enano negro que lo servía. Éste había recogido a la Nievecita y con ella se había entrado en la cueva. Entonces el Cherruve le dijo que la cuidara mucho y no le permitiera salir pa fuera nunca, ni tampoco ver la luz del día, y que cuando ella fuera más grande se la daría pa mujer.

El negro muy contento, se llevó a la niñita y la escondió tan en el fondo de una cueva que nunca ella pudo ver la luz del día, ni podía ver a nadie más que al Cherruve, su padre, o al negro, su gran amigo, a quien ella quería a pesar de ser tan feo y tan negro.

4. La nube a veces pasaba por encima de la montaña, siempre llevada por el viento, y miraba si podía divisar

(1) Vomitó.

(2) Debe tratarse de alguna erupción volcánica como la del Calbuco de 1892-93. En cuanto a los ríos de baba, es lava que se debe entender.

a su hijita, y como no la veía, se ponía a llorar muy mucho y entonces la gente decía que estaba lloviendo, y del tanto llorar de la nube las aguas bajaban de la montaña y engrosaban a los ríos y éstos se salían de madre inundando los valles y la gente huía asustada.

5. Muchos años duró así la cosa: cada vez que el Cherruve veía a la nube arriba, pataleaba, gritaba y gemitaba y otras veces lloraba la nube y el agua caía y caía.

La Nieve era ya grandecita y el enano, muy enamorado, la tenía siempre encerrada en la cueva. Ella le pedía que la dejara salir nada más que un rato, y él no quería, porque el Cherruve se lo tenía prohibido. Tanto rogó la niña, tanto lo acarició al negro que él consintió al fin en dejarla salir; pero dijo que sería de noche.

Cuando el Cherruve estuvo acostado, el negro hizo salir a la niña y la paseó sobre la montaña; pero muy lejos del hoyo (1) por donde salía la baba del Cherruve. Muy contenta estaba Nievecita y quiso salir todas las noches, y el negro la sacó, teniendo cuidado de hacerla entrar antes que amaneciera. Mas un día que había muchas estrellas en el cielo, la niña le dijo al negro enano que ella quería una pa ponerse en la cabeza.

Él le dijo que era demasiado chico pa alcanzar hasta el cielo donde estaba la estrella y que sólo el Cherruve tenía el poder de subir arriba. Entonces ella le mandó que avisara al Cherruve de lo que ella quería y que si no lo hacía, ella no se casaría nunca con él. El negro prometió buscar al Cherruve e hizo entrar a la niña en la cueva; pero estaba tan preocupado de lo que la Nieve le había dicho que no cerró bien la cueva. Se fué pa buscar al Cherruve.

(1) El cráter del volcán.

6. Amaneció y como la roca que cerraba la cueva no estaba bien puesta, la claridad del dia entró y la niña, maravillada, quiso salir pa gozar de esta luz tan hermosa que ella no conocía. Como no era muy gruesa pasó por una hendidura de la roca y se quedó atontada de ver tantas cosas bonitas: las flores abiertas, los pajaritos que cantaban.

Ella subió muy arriba sobre la montaña, hacia donde el sol empezaba a brillar, y se encontraba muy feliz y al mismo tiempo muy cansada. Cuando llegó arriba ya no tenía fuerzas y se tendió sobre una roca pa descansar.

La nube blanca que el viento llevaba siempre, la vió y quiso cubrirla pa abrigarla del sol, mas no lo pudo conseguir, porque el viento la empujó más lejos, y el sol, que vió a la niña tendida, quiso darle un beso y bajó. La pobre Nieve no pudo resistir y al calor del abrazo se deshizo toda derretida.

Cuando el Cherruve y el negro, que la buscaban en la cueva, llegaron, no encontraron más que un poco de agua cristalina en un hoyo, y el Cherruve, agarrando al enano negro por un pie, lo tiró cerro abajo, donde se partió la cabeza.

NOTAS

En la mitología araucana el Cherruve no desempeña un papel netamente definido. Aparece a menudo como una especie de Pillán secundario encargado más especialmente de la custodia de los volcanes, pues su morada está siempre cerca de alguno de ellos.

Si consultamos a Febrés sobre este mito, encontramos:

«Cheruvoc (1), el cometa y las exhalaciones encendidas que se ven de noche». (*Dicc. Arauco-Esp.*, Ed. Alsina, pág. 45). Valdivia escribe: «Cheurove, la cometa o aire encendido», y Havestadt: «Cheurvoe, cometa (pág. 623). Exhalationes igneae, quae quandoque videntur noctu» (Núm. 559). Se desprende de estas definiciones que el Cherruve es el espíritu o fuerza del fuego.

Estos mismos caracteres son atributos del Pillán; pero éste es considerado por los araucanos como una divinidad y no pocos lo confunden con el G'nechen, Ser Supremo, creador de los hombres y venerado como tal, mientras que el Cherruve no es objeto de culto alguno.

La forma de este mito varía. Muchos son los indios que pretenden haberle visto; pero las definiciones que de él nos dan son tan vagas que es imposible formarse una idea precisa. Aprovechando mi estadía en el sur he preguntado a varios indios y chilenos de estas comarcas cómo era el Cherruve; uno me contestó: «Es un hombre muy alto y delgado, si usted mira al volcán (el Villarrica que se veía perfectamente desde nuestra casa) cuando el sol se pone, lo verá en la misma cumbre rodeado de luz roja. Él domina al valle, poco a poco se achica y desaparece en el mismo volcán» (2).

Otro me dijo: «Es un gigante con dedos que terminan en garras. Sus piernas son tan largas que puede de un tranco pasar de un volcán a otro. Donde descansa, las rocas se derrumban por el enorme peso de su cuerpo. Vive

(1) Cheruvoc, según el señor Lenz, es errata, debe decirse Cherruve. Ver: *Tradiciones e ideas de los araucanos sobre los terremotos*, pág. 8.

(2) No hay duda de que mi informante aludía a los últimos rayos del sol poniente reflejándose en las nubes sobre la cordillera, y que disminuyen de intensidad a medida que el sol desaparece en el mar.

en el interior del volcán; cuando tiene rabia echa fuego por los ojos, las narices y la boca y todo lo que hay en el volcán lo tira en el aire» (1).

La niñita Catricheo me dijo que es un enorme macho cabrío que anda en dos patas, echa fuego por los ojos, da saltos enormes y se deja caer sobre los que quiere matar; deja huellas muy hondas en las partes donde pisa.

De todas estas informaciones se deduce que si la forma del monstruo cambia según la imaginación o la fantasía de los narradores, todos están de acuerdo en reconocer que tiene mucha fuerza, que mora habitualmente en el volcán y que parece arder. Por consiguiente, podemos considerarlo como el genio del fuego subterráneo, cuyas manifestaciones exteriores son las exhalaciones encendidas que se reflejan en las nubes, y más de una vez remezones de tierra. También he oído referir que se trasforma en piedra. Narraciones recogidas por el señor Guevara mencionan estas trasformaciones, así como las huellas de patas de macho dejadas por el Cherruve (2). Los poseedores de tales piedras las mandan de noche adonde sus enemigos o contrarios, encargándolas de matarlos o causarles daño.

Como el Pillán, el Cherruve es inmortal, si se mata a uno resucita, o a lo menos es reemplazado por otro. Sin embargo, en nuestro cuento muere y no se habla más de él; pero en este caso el Cherruve representa un papel bastante parecido al de los ogros, monstruos o dragones de

(1) Debe tratarse de alguna erupción volcánica, atribuída por el informante a la rabia del Cherruve.

(2) Ver: Tomás GUEVARA, *Psicología del pueblo araucano*, pág. 343 y *Folklore araucano*, págs. 106 y 108.

los cuentos extranjeros. Bajo este mismo aspecto lo encontramos en dos cuentos del señor Lenz (1) y en uno del señor Guevara (2).

* * *

Ha sucedido con este mito lo que sucedió con muchos otros: su introducción en los cuentos de origen extranjero ha ayudado a la nacionalización de dichos cuentos y el elemento indígena, ha reemplazado paulatinamente al elemento primitivo, facilitando así la asimilación. Si, dejando aparte los rasgos nacionales, analizamos el fondo del cuento, lo encontramos absolutamente igual a las versiones internacionales.

Los trabajos difíciles impuestos al protagonista se encuentran en narraciones tanto antiguas como modernas. En casi todas ellas la mujer o la hija del imponente es la que ayuda o ejecuta el trabajo.

El número de las tareas varía de dos a cuatro. En nuestro cuento el Cherruve exige primero poder caminar a pie firme sobre una laguna, segundo que desaparezca una montaña y se rellene un barranco. Para realizar el primer trabajo la hija del Cherruve tira una piedra en la laguna y el agua se congela (3). En cuanto al segundo trabajo, el medio empleado por la india es bastante grose-

(1) Ver R. LENZ: *Estudios araucanos*; «Los dos perritos», pág. 242; «La hija del cherruve», pág. 257, y una variante del mismo cuento, pág. 348 del Apéndice a los *Estudios*.

(2) *Psicología del pueblo araucano*, «Cuento de una mujer que se perdió en la cordillera Llaima», pág. 359.

(3) Encontramos un episodio parecido en una novela de Julio VERNE, *Hector Servadac*.

ro y mucho he titubeado antes de apuntarlo; pero, contando con la inteligencia de mis lectores, me he decidido a hacerlo, esperando que sabrán apreciar el motivo que me ha impulsado a ello, es decir, el deseo de presentar una narración original sin quitar ni poner y tal como me fué contada, lo que, según mi modo de ver, es una condición indispensable en los estudios de folklore. Además, no seré yo la primera que haya apuntado esta palabra, que encontramos en los cuentos del señor Lenz y del Padre Félix de Augusta (1).

En el primer cuento del señor Lenz los trabajos son dos: 1.^o sembrar un campo de maíz y presentar choclos maduros al día siguiente; y 2.^o Cavar una laguna y llenarla de aves acuáticas. En la segunda versión del mismo cuento, el indio debe: 1.^o Cazar moscas (2); como segunda tarea castrar un toro. En ambas versiones las niñas aconsejan al indio que se duerma mientras se hace el trabajo; en la nuestra, el indio toma participación directa en las tareas.

De las versiones extranjeras que tratan de los trabajos impuestos, mencionaré *Indian Antiquary* citada por COSQUIN en sus *Contes populaires de la Lorraine* (T. II, núm. 32) y un cuento oriental (3), en los cuales el trabajo im-

(1) Ver LENZ: *Estudios araucanos*. «Cuento de un zorro y un tigre» «El zorro dijo: Nuestros antepasados cuando murieron cuatro veces se peyeron fuertemente.—Entonces la zorra dijo al tigre: Péete tío... Entonces se peyó», pág. 192.

Fray FÉLIX DE AUGUSTA, *Lecturas araucanas*. Cuento «El chingue machi».—«De repente de un salto el chingue salió por la abertura, y tiró un pedo a la enferma que murió a consecuencia», pág. 141.

(2) Debe ser una equivocación del narrador, por cuanto este trabajo no presenta dificultad alguna que necesite la intervención de la niña.

(3) Colección formada por SOMADEVA DE CACHEMIRA en el siglo XII y traducida al inglés por C. H. TAWNAY, t. I, p. 355.

puesto por un rey y un ogro es ejecutado por la mujer del primero y la hija del segundo.

Las leyendas griegas de los tiempos heroicos hacen mención de la famosa expedición de los Argonautas en la cual Jasón, hijo del rey de Colcos, corre muchas aventuras, a fin de recuperar el vellocino de oro detenido por Ectes, rey de Cólquide. Medea, hija del rei, revela a Jasón los peligros que corre y valiéndose de la magia le ayuda a vencerlos. Merced a sus encantamientos, Jasón se apodera del vellocino custodiado por un dragón y huye con Medea.

En un cuento de Madame Aulnoy, escrito en el siglo XVII y titulado *Gracieuse et Persinet*, encontramos también las tareas impuestas.

Aladino, el héroe de un cuento de las *Mil y una noches*, debe hacer varias cosas difíciles antes de obtener la mano de la hija del rey.

COSQUÍN en sus cuentos *L'oiseau vert* (T. I, p. 103); *Firosette* (p. 236) y *La chatte blanche* (T. II, núm. 32), nos presenta el mismo tema. Este autor cita, además, un cuento siciliano de Pitré (*Nuevo saggio*, núm. 5) y otro napolitano de Basib (*Pentamerone*, núm. 44) en los cuales la heroína es ayudada por el hijo del genio o del ogro.

Existen también algunos cuentos de GRIMM; cuatro versiones recogidas en Extremadura por Sergio HERNÁNDEZ DE SOTO; dos versiones portuguesas de BRAGA y dos cuentos del Brasil recogidos por ROMERO (1).

El señor Laval ha publicado en la revista *El Peneca*, de Santiago, núms. 161 a 165, un cuento muy popular en

(1) Citado por R. LENZ en el Apéndice a los *Estudios Araucanos*, pp. 344 a 346.

todo Chile, *El Tahur o la Hija del Diablo*, en el cual se desarrollan los mismos temas que en los acabados de citar de Sergio Hernández. Este cuento, recogido por él en Carahue, pequeña ciudad situada en territorio en que todavía viven numerosos araucanos, es de indudable origen europeo y tiene íntimo parecido con los de Extremadura.

Además de estas versiones, encontramos trabajos difíciles u obstáculos que vencer en: *La belle aux cheveaux d'or*, COSQUÍN (T. II, p. 294); *Veillées bretonnes*, LUZEL (p. 148); en la leyenda griega de Psíquis; en un cuento del Indostán; en *Las mil y una Noches*; *Historia del príncipe Sind y de la Fátima*, y en un cuento de la Transilvania, HALTRICH (núm. 55); pero en todos ellos la ayuda es dada por animales agradecidos.

* * *

En nuestro cuento, además de los trabajos impuestos, aparecen unas adivinanzas propuestas por el Cherruve al indiecito con el fin de retardar el cumplimiento de su promesa, es decir, el casamiento de éste con su hija. El indiecito es ayudado por la niña para resolver las dos primeras adivinanzas; en cuanto a la tercera, el amor que siente por su protectora hace que la resuelva solo. Estas preguntas son bastante originales y las contestaciones muy oportunas. La solución de la segunda adivinanza, que trata de la lengua, recuerda un episodio de la vida de Esopo, el cual, encargado por su amo de comprar para un festín todo lo mejor y todo lo peor, sirvió únicamente lenguas, pretendiendo que era a la vez todo lo bueno y todo lo malo.

Un cuento araucano del señor Lenz trata también de adivinanzas; pero los protagonistas son animales (1).

Queda que comparar la huída de los amantes y sus transformaciones: el indio y la niña huyen montados sobre un guanaco (2). Perseguidos por el Cherruve, escapan, valiéndose de la magia de la joven y se transforman cada vez que están a punto de ser cogidos.

La mayor parte de los cuentos citados más arriba contienen las transformaciones. En algunos de ellos, a más de cambiar de personalidad, los novios oponen obstáculos lanzando tras de sí objetos que se cambian en montaña, bosque, mar o neblina. A veces también la mujer del ogro, madre o madastra de la niña, es la que persigue a los fugitivos. En nuestro cuento, el Cherruve no solamente es detenido en su persecución por los obstáculos, sino que éstos le causan daños. En el primer encuentro cae maltrecho después de tropezar con el indio cambiado en tronco de árbol; después es medio asfixiado por el líquido expelido por el chingue, y finalmente perece ahogado al tirarse a la laguna para seguir a su hija (3).

El final de nuestro cuento ha sufrido una pequeña modificación: mientras en casi todas las narraciones sobre el mismo tema la niña es condenada por la maldición paterna o por un castigo de la Providencia a ser olvidada por el novio o el marido tan pronto como éste llegue a la casa

(1) *Estudios Araucanos*. (Cuento de un zorro y un zorzal, p. 194).

(2) En el cuento, *La hija del Cherruve*, del señor LENZ, la montura es un caballo-chancho.

(3) La causa de su muerte es el hecho de haber enredado sus piernas en los cabellos que su hija lanzó al agua antes de transformarse en pata. Es creencia araucana que los cabellos de machi o caleu al caer al agua se transforman en serpientes acuáticas.

de sus padres o al término del viaje, en el nuestro este olvido ha sido transformado en el nombre de un tío de la niña, en cuya casa se refugian para vivir felices.

* * *

La segunda versión de la «Hija del Cherruve» es más poética que la primera y sólo guarda relación con ella en lo que toca a las atribuciones del Cherruve, presentándolo también como ser misterioso, promotor de calamidades y temblores, puesto que a cada patada que da se estremece la tierra, todo tiembla y torrentes de lava inundan los campos. Esta versión es además interesante por las explicaciones que da de algunos fenómenos atmosféricos, como los truenos, la lluvia y los desbordamientos de los ríos, causados por las lágrimas de la nube arrebatada por el viento.

El cuento es de origen extranjero, traído sin duda por los españoles. En él el Cherruve ha reemplazado al gigante, ogro o dragón de las antiguas leyendas. El encontrarse en el cuento un negro como sirviente del Cherruve confirma esta opinión mía, pues los negros no se encuentran con frecuencia en Chile y menos todavía en la Araucanía. Este negro de nuestro cuento es el enano que sirve al gigante en los cuentos extranjeros.

Es de notar que las narraciones sobre casamiento de seres, mitos o elementos completamente opuestos se encuentran más especialmente entre los pueblos salvajes o primitivos que entre los civilizados. Esto es debido, según creo, a que las ideas y creencias sobre la creación del mundo son más vagas y confusas entre aquéllos que en éstos.

La mitología de los pueblos primitivos admite transformaciones sucesivas que son rechazadas por la civilización moderna; por consiguiente bien pudiera ser que el fondo de nuestro cuento, es decir, el casamiento del Cherruve con la nube y la procreación de la nieve como resultado de tan extraordinaria unión, fuese de origen, no diré araucano, pero sí indígena. A él se habrán añadido episodios extraños, recuerdos de narraciones hechas por los españoles, formando de esta manera un conjunto en el cual los elementos más encontrados se hallan reunidos.

El Padre Antonio Coiazzzi, hablando de los mitos y supersticiones de los onas (1) dice que: «El mito Kuamp, el héroe ona, representado ahora por una constelación, fué engendrado en la tierra y es hijo de una montaña que está junto a Harberton (canal Beagle) y del cabo Kagel, que es su padre». «La ballena (ocen) se casó con el viento (Schiunno) y nació el picaflor, es decir, el colibrí o pájaro mosca».

Los pieles rojas cuentan también que el océano se casó con la lluvia y de esta unión nacieron siete mellizos que se reunen formando un arco en el cielo después de una lluvia abundante (2).

En un cuento recogido en Panguipulli, por Fray Sigifredo de Fraunhaüsl y titulado *El Hijo del Sol* (3), una niña que nunca ha conocido ni amado a ningún hombre, aburrida de su soledad sube a la montaña y se tiende en

(1) Ver, A. COIAZZZI, *Los indios del archipiélago fueguino* (*Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomos IX y X).

(2) Es el Arco-iris. Los siete hijos son representados por los colores de que está formado.

(3) Publicado por Fray Félix de Augusta, en *Lecturas Araucanas*, pág. 282.

el suelo. El alma del sol, que la ha visto, baja hacia ella, y después de adormecerla, la deja embarazada.

Podría citar una infinidad de leyendas sobre estas supersticiones que son el fundamento de la religión de varios pueblos antiguos, habitantes de nuestro continente; pero sería alargar demasiado y sin gran provecho esta disertación.

X. El tigre y el zorro

(Narrado por EUDOCIA CATRICHEO, de Loncoche)

1. Una liona que tenía un zorrito y una zorrita y que era viuda de un zorro muerto, se casó con un tigre que era muy bravazo y le daba muy mala vida, y un día, mucho tiempo después, la mató. Los zorritos habían crecido y como la zorrita era muy bonita, el tigre quería casarse con ella; dicen que quería casarse el tigre; mas el zorro no quería, porque él quería casarse con su hermana.

Entonces el tigre se lo quería comer y el zorro arrancó y se fué muy lejos en la cordillera. La zorrita se había quedao con el tigre, que la quería; pero ella no lo quería, porque él era ya viejo, dicen.

2. Después de mucho andar en la cordillera, el zorro bajó pa ver a su hermana. Entonces los dos se arrancaron de la ruca, porque el tigre no estaba. Cuando el tigre volvió, vió que la zorra no estaba en la ruca y también vió las pisadas del zorro hermano, y se puso furioso, porque comprendió que ellos se habían arrancado, así dicen. Entonces se puso en camino pa seguirle el rastro y anduvo mucho tiempo.

Estaba lloviendo y los zorros se habían metido en el bosque cuando divisaron al tigre que llegaba; lo vieron,

dicen. Entonces ellos se vieron perdidos, y la zorrita se puso a llorar. El zorro hermano la hizo esconder en un árbol hueco y le dijo: «Cuando llegue el tigre, tú te pondrás a soplar fuerte en el tronco del árbol, que es hueco, y harás como una corneta, dijo, dicen. Yo veré de pillar al tigre». Entonces se puso un poco más lejos a cortar voqui (1).

3. En esto llegó el tigre.—«¿Qué hace el zorro?» preguntó el tigre.

—«Estoy cortando voqui pa amarrarme. ¿No sabes que vamos a ser arrastrados por las aguas que bajan de la cordillera? ¿No oyes ese ruido?» Y en eso la zorrita soplaba en el tronco hueco. Dicen que soplaba la zorrita.

—«¡De veras! dijo el tigre, pero, y si te amarras serás arrastrado mejor».

—«Nó, dijo el zorro, porque, o el árbol resistirá, o bien, si se corta, sobrenadará y así me salvaré».

4. Entonces:—«Escucha, dijo, dicen, el tigre, yo soy tu pare y quise mucho a tu maire. Por vida tuya, amárrame a mí, que no quiero que las aguas me lleven al mar. Tú eres más joven, tendrás tiempo de amarrarte después, dijo, dicen.

Entonces el zorro le dijo que se abrazara bien del tronco del árbol y lo amarró con el voqui, y aprietó tanto, y dió tantas vueltas, dicen, que el tigre no podía moverse. Entonces llamó a su hermana y los dos se arrancaron cuesta arriba, dicen, y el tigre se murió de hambre y los dos zorros se casaron.

(1) Enredadera. Hay tres clases de voqui: el negro, el verde y el colorado.

X^{bis} Variante (1)**EL TIGRE, LA ZORRA Y EL COIPU**

(Narrado por Eudocia Catricheo, de Loncoche)

1. Entonces hubo un zorro que quiso casarse. Se quiso casar el zorro y buscó a una hembra, dicen. La buscó y se casó con ella.

Entonces esta hembra zorra un día se encontró con el tigre.

—«Buenos días, tío», así le dijo la zorra al tigre. «Buenos días», le dijo, dicen.

—¿«A dónde va la zorra»? le preguntó el tigre. Así le preguntó, dicen, el tigre a la zorra.

—«A buscar un marido, tío tigre», le dijo la zorra.

Entonces: —«Marido seré yo», dijo el tigre a la zorra.

—«Bueno, pues, tío, así nos casaremos los dos», dijo la zorra hembra. «Y el mi hermano, tío tigre, que está enfermo ¿a dónde se quedará, tío»? dijo la zorra. «Muy enfermo el pobre está», así dijo la zorra.

—«Con nosotros, pues, se quedará», le fué dicho a la zorra.

—«Bueno, tío, dijo la zorra, bien está; ahora dame algo pa que coma mi zorro hermano, dijo, dicen, la zorra: en el bosque hay un nido dentro de un roble (2) dijo la zorra. El hermano mío, pobre, quiere comer huevos; hue-

(1) Esta variante me fué contada algunos meses después por la niña Catricheo, narradora de la primera versión, *El tigre y el zorro*.

(2) Roble (*fagus obliqua*) arbol muy grande, abunda en el Sur de Chile.

vos ha de comer pa sanar; dicen que buenos son los huevos pa sanar la enfermedá».

—«Bueno pues, dijo el tigre, anda a buscarlos.»

—«¡Ay! ¡Pobre de mí! dijo la zorra, tío, desgraciada de mí! dijo la zorra, muy alto está el nido, dijo, tan arriba, tío.»

Entonces: —«Yo iré, pues», así dijo el tigre a la zorra.

—«Bueno, los dos iremos, tío tigre, dijo la zorra. Espérame aquí, tío, que yo volveré con un canasto. Canasto se necesita pa poner a los huevos». Así dijo la zorra, dicen, y se fué corriendo a su cueva.

Le contó al marido zorro y el zorro se fué corriendo al roble y se escondió. Dicen que se escondió el zorro marido de la zorra.

Volvió la zorra hembra con un canasto.

—«Muy enfermo, pobre, está el zorro hermano, tío, dijo la zorra. Huevos necesita», dijo.

—«Entonces vamos», dijo el tigre.

—¿«Ese es»? dijo el tigre al primer roble.

—«Nó, tío tigre, todavía nó», dijo la zorra.

Entonces: —«Bueno», dijo el tigre.

—¿«Ese es»? dijo el tigre al segundo roble.

—«Nó, ese no es, tío tigre», dijo la hembra zorra.

—«Bueno», dijo el tigre.

Entonces: —¿«Ese es»? dijo el tigre al tercer roble.

—«Sí, tío tigre, ese es». Así dijo la zorra hembra.

—«Bueno, pues, dijo el tigre, ¿a dónde está el nido?» dijo, dicen, el tigre a la zorra. Así le fué dicho a la zorra hembra.

—«Arriba, tío, en esa hendidura está el nido; ahí está dijo la hembra zorra.

Entonces trepó el tigre al roble; trepó dicen el tigre y no lo vió, dicen, el tigre.

—«¿Dónde está el nido? volvió a decir, que no lo veo.»

—«En la hendidura, pues, tío», dijo la zorra.

Pasó la pata el tigre, la pata pasó dentro.

—«No encuentro na», dijo el tigre.

—«Asómese la cabeza adentro, tío tigre, dijo la hembra zorra, dentro está; asome la cabeza dentro la hendidura», volvió a decir.

El tigre puso dentro la cabeza, dentro la puso pa mirar.

Entonces la zorra se pescó de la cola del tigre, dicen.

—«No hagas esto», dijo el tigre a la zorra.

El zorro marido, que estaba escondío; dicen que se había escondío el zorro marido; también vino él corriendo y tiró de la cola del tigre y el cuerpo del tío tigre quedó colgao de la cabeza; dicen que quedó así el cuerpo del tigre con la cabeza metía en la hendidura.

Se fueron los dos zorros a la casa del tigre y se comieron, dicen, los zorros toíta la comía del tigre; mucho fué, dicen, y se lo comieron y se fueron pa su casa.

Entonces dicen que pasó cerca del roble un coipu (1) y vió que el tigre estaba metío colgao, así dicen que el coipu vió al tigre.

Entonces: —«¿Qué haces, tío tigre?» le fué dicho al tigre; así dicen que le preuntó el coipu.

—«¡Ay! ¡Pobre de mí!» dijo el tigre. El tigre dijo, dicen: «¡Pobre de mí, que me muero ahorcaol!».

—«No te mueras, tío», dijo, dicen, el coipu; así dicen que le dijo y se pescó de la cola del tigre.

(1) Coipu (*Myopótamus coipu*).

Se trepó, dicen, el coipu y se puso a roer el árbol; así dicen que lo hizo el coipu. Después de mucho roer:—«A ver, dijo, dicen, ahora saca la cabeza, tío», dijo el coipu.

Entonces: —«Todavía no puedo, dijo el tigre. Entonces, dijo el tigre, yo me moriré ahoreao».

—«No te mueras, tío», dijo el coipu; así le fué dicho al tigre.

Se fué a cortar voqui y lo trajo al roble. Dicen que cortó voqui el coipu y otra vez se pescó de la cola del tigre y se trepó.

—«Ahora, dijo, yo te pondré voqui al cuello y después tiraré arriba pa que salga tu cabeza. Te la sacaré así», dijo el coipu al tigre y le pasó el voqui al cuello; como una soga (1) era el voqui, y lo pasó sobre una rama.

Se fué a la vega a llamar a sus hermanos coipus. Toítitos vinieron, dicen, los coipus y tiraron del voqui y gritaba el tigre:—«¡Ay! ¡Que me ahorcan! ¡Ay! ¡Que me muero!».

—«No te mueras, tío», así decían los coipus y tiraban más.

Entonces después se partió el roble y cayó al suelo el tigre.

Entonces: —«Bueno, dijeron los coipus, salvado está nuestro tío tigre».

Entonces estaba el tigre sin moverse; así estaba el tigre; había muerto el tigre con tanto tirar. Así estaba muerto, dicen, el tío tigre.

El coipu era tonto, así dicen que por eso murió ese tío tigre.

(1) Por lo torcido y firme, el voqui se parecía a una soga.

NOTAS

«El Tigre y el Zorro» y la variante «El Tigre, la Zorra y el Coipu»; que trata del mismo tema, son muy populares entre los indios araucanos. El motivo de esta popularidad es fácil de explicar si reflexionamos que el indio, por naturaleza y por necesidad, es muy astuto y propenso a la disimulación. De aquí que todo lo que representa un ardid sea por él sinceramente admirado.

Los indios han sido valientes, y han luchado con denuedo para defender palmo a palmo su territorio invadido por los españoles, pero careciendo de los medios necesarios para luchar a armas iguales con sus enemigos, se han visto obligados a emplear contra la fuerza brutal la astucia y el engaño.

Este sentimiento de doblez no es sólo propio de los indios araucanos; está desarrollado en alto grado en todos los pueblos primitivos u oprimidos, que han tenido que luchar para defenderse contra los peligros naturales o las empresas de pueblos opresores o invasores. En cada uno de estos pueblos, como entre nuestros indios, encontramos narraciones que relatan las hazañas de algún animal astuto. Este animal, en la mente de muchos de ellos, es su vivo retrato, y narran sus fechorías y engaños con el mismo entusiasmo con que narrarían sus propias proezas.

El zorro goza de esta popularidad no sólo entre los pueblos bárbaros o primitivos, sino también entre los pueblos civilizados, en los cuales abundan los cuentos sobre este mismo tema. Basta abrir el libro de Lafontaine, el famoso fabulista francés, para encontrar un crecido número de fábulas cuyo protagonista es el zorro. Citaré

entre muchas: *Le corbeau et le renard* (Lib. I, núm. 2), *Le lion, le loup et le renard*, (Lib. VIII, núm. 3), *Le renard et le bouc* (Lib. III, núm. 5), *Le loup et le renard*, (Lib. XI, núm. 6). Cada una de estas fábulas encierra una pequeña historia que trata de los medios empleados por el zorro a fin de apropiarse de lo ajeno, vencer una dificultad o defenderse de un peligro sin librarse batalla; pues sabido es, que su cobardía supera a su astucia.

El señor Lenz en sus *Estudios Araucanos* da varias versiones del *Tigre y el zorro* (1). Daré el resumen de la primera parte de uno de estos cuentos, que es casi igual al primero de los nuestros:

Un zorro, sobrino de un tigre, tiene una hermana. Disputa con el tigre y éste quiere matarlo. El zorro arranca, pero, viendo que el tigre, que lo persigue, está a punto de alcanzarlo, se pone a cortar lazos (2). El tigre se acerca y le pregunta lo que está haciendo, a lo cual él contesta que corta lazos a fin de amarrarse, porque la tierra va a darse vuelta. El tigre le pide que lo amarre a él también, y el zorro, después de haberlo atado fuertemente a un árbol, toma un palo y apalea al tigre, dejándolo maltrecho y herido. Después escapa corriendo (3).

(1) *Cuentos en Pehuenche chileno*: «Cuento de un tigre y un zorro», pág. 210; «Cuento de un zorro, un león y un armadillo», pág. 202. En este último, el tigre es reemplazado por un león. No se trata del león africano sino del puma (panguí de los Araucanos).

(2) No dice qué clase de lazos.

(3) Ver un cuento Jupis recogido por ROMERO y titulado *La zorra y el jaguar* (feliz onza): (La zorra, perseguida por el jaguar y a punto de perderse, finja cortar bejucos. El jaguar le pregunta por qué, y ella dice que es para amarrarse y resistir a un viento muy fuerte que va a soplar y puede llevarlo. El jaguar le pide amarrarlo a él primero, la zorra lo hace y huye en seguida).

La hermana del zorro llega, encuentra al tigre amarrado, lo desata y lo cuida. Para vengarse de lo que el zorro le ha hecho, el tigre vuelve a ponerse en busca de su sobrino y lo encuentra haciendo cordeles de junquillo. Le reprocha el tratamiento que le ha dado y le pregunta para qué son esos cordeles (1). «Todo el mundo va a perecer, contesta el zorro (2), toda la gente ha ido arriba, hay que ir también». Asustado el tigre sube sobre una altura y el zorro se aprovecha de esto para arrancar una segunda vez.

Los episodios que siguen son completamente ajenos a nuestra narración, que es muy corta, mientras que el cuento del señor Lenz es más completo y más largo. El nuestro contiene sólo la introducción, pero, como se ha podido ver, los rasgos principales son iguales y en ambos cuentos vemos que la astucia vence a la ferocidad. Sin embargo, el nuestro encierra un detalle bastante característico y en este punto se diferencia de la versión del señor Lenz: quiero hablar del motivo del enojo entre el tigre y el zorro. Este motivo está precisado en nuestra versión, mientras que no lo está en la otra: el tigre es el padrastro de los zorritos y como mató a la madre, su muerte aparece como una venganza legítima de los hijos de su víctima. Hay que notar también que en nuestro cuento la zorrita no está de acuerdo con el tigre, como en la versión del señor Lenz.



En cuanto a la variante «El tigre, la zorra y el coipu»

(1) Parece que la primera lección no le aprovechó al tigre.

(2) No dice de qué manera.

no encontramos puntos de comparación con los cuentos del señor Lenz, si bien el conjunto no se aparta del tema principal, es decir, un ardido para vencer a un enemigo cuya fuerza es muy superior: la protagonista, zorrita lista y astuta, viéndose cogida por el tigre y no sabiendo cómo escapar, coqueta con él, ocultándole que ya tiene marido. Pretexta la enfermedad de un hermano para obtener que el viejo tigre meta la cabeza en la hendidura de un árbol para buscar huevos, y arranca con el zorro, que la espera a pocos pasos.

La torpe intervención del coipu recuerda una fábula del ya citado Lafontaine: *L'ours et l'amateur des jardins* (Lib. VIII, núm. 10), en la cual un oso que vive con un viejo solitario, queriendo espantar a una mosca que se ha posado sobre la cara de su amigo durante su sueño, lanza una piedra y mata al desgraciado.

XI. El zorro y el cangrejo

(Narrado por RAMÓN TRINCAU, de Río Bueno)

1. Entonces hubo un zorro. Viejo era el zorro y muy diablo. Dijo el zorro: «Yo haré una apuesta. Una apuesta haré, dijo el tal zorrc, y ganaré la apuesta». Así dijo el zorro viejo y se fué corriendo pa hacer la apuesta.

—¿«Con quién haré la apuesta»?, dijo el zorro viejo. Eso dijo el zorro y se fué buscando. Buscó el zorro y encontró a una barata. No quiso la barata hacer la apuesta, no lo quiso la barata.

Un sapito encontró el zorro; no quiso apuestas el sapito (1). Rabia tenía el zorro.

(1) Es decir: el sapo no quiso apostar con el zorro.

2. Llegó el zorro a orillas del mar y vió a un cangrejo.

—«Apostaremos hermano», dijo el zorro al cangrejo. Así dijo el zorro: «Los dos nos iremos corriendo, a ver quien llega primero arriba de ese cerro».

—«Bueno, dijo el cangrejo, apostaremos. Tú iras adelante, yo te ganaré la apuesta, así dijo el cangrejo. Eso dijo, dicen.

3. Mucho se rió el zorro y se dió vuelta y partieron. El zorro corría mucho, muchísimo corría el zorro y el cangrejo se había pegao a su cola.

—¡«Qué tonto es el cangrejo»! Así decía, dicen, el zorro, y miraba pa ver dónde estaba el compañero.

Murtillas (1) había en el camino; muy bonitas eran las murtillas.

—«De éstas me comeré», dijo el zorro, y se detuvo, dicen, y comió. Muy ricas eran.

Entonces encontró un nido de pájaros con los huevitos.

—«Buena presa», dijo, dicen, el zorro. «Yo me comeré a los huevos. El tonto del cangrejo no habrá llegao antes que yo. Antes que yo no llegará». Así decía el zorro.

4. Como corría, mucha sed tuvo el zorro y vió agua en una pequeña quebrá. Entonces: —«Bueno, dijo el zorro, tomaré agua fresca. Pero antes quiero ver si el cangrejo camina».

Miró el zorro, y vió lejos, muy lejos a los pies del cerro, algo que se movía lentamente. —«Tonto, tonto», gritó el zorro, y se fué a beber. Mucho bebió el zorro porque tenía sed, dicen.

5. Cuando llegó a la cumbre del cerro: —«Ahora me

(1) (*Myrtus uñi*) que da frutas bastante grandes.

sentaré, dijo el zorro. Esperaré a que llegue el cangrejo presumío». Y se dió vuelta pa mirar.

—«Tanto que te habís demorao, amigo, aquí te estaba esperando durmiendo», dijo el cangrejo soltándose de la cola. «Durmiendo estuve», dijo, dicen.

El zorro se dió vuelta sorprendió y vió al cangrejo en el suelo.

—«¡Cómo, cómol!» dijo el zorro. «¿No llegué yo primero?»

Entonces: —«Nó, pues. Y mientras te estabas comiendo las murtillas y los huevos yo caminaba. También cuando te estabas bebiendo yo seguía caminando. Así me gané la apuesta», dijo.

6. Entonces: —«Bueno, pues, hermano», dijo el zorro. «Verdad que yo me detuve en camino. Mira, hermano que yo tenía mucha sed y mucha hambre. Eso no vale la apuesta. Ahora a la bajá la haremos y llegaremos hasta esa roca que está por encima del mar». Eso dijo el zorro al cangrejo.

—«Bueno, pues, dijo el cangrejo, pero déjame descansar un rato, que de tanto correr estoy muy cansao». Se sentó el zorro, después dijo, dicen: —«Estamos? Entonces: —«Sí, estamos», dijo el cangrejo, y partió otra vez el zorro sin notar que el cangrejo se le pescaba otra vez de la cola.

7. Corría el zorro, corría sin comer murtillas, sin buscar nidos, sin beber agua; así corría el zorro, y miraba atrás, y no veía al cangrejo.

—¡«Ganaré, ganaré, ahora sí! Así decía el zorro, dicen, y llegó arriba de la roca que estaba a orillas del mar, y se volvió pa mirar por el camino.

—¡«Qué mucho me hiciste esperar, hermano! dijo el

cangrejo, que se dejó caer sobre la roca. «Yo creía que te habías perdido en camino», dijo. ¡«Tanto que yo he llegado»! (1).

Se dió vuelta el zorro y enfureció vió que el cangrejo estaba detrás de él. Entonces:—«Yo llegué primero», dijo el zorro.

—«Nó, yo fuí el que llegó, que te estaba esperando cuando llegaste. Entonces ahora págame mi apuesta», eso dijo el cangrejo.

8. No quiso pagar el zorro, y se sentó a la orilla de la roca diciendo: ¡«Nó y nó»! Entonces pegó un brinco, porque con sus tenazas el cangrejo lo pinchó. Así hizo, dicen, el cangrejo.

Al brincar se despeñó el zorro y cayó en el mar el zorro, y el cangrejo ganó la apuesta. La apuesta ganó el cangrejo, así dicen.

NOTAS

Este cuento, muy conocido en Europa, debe de haber sido introducido entre los araucanos por los españoles o tal vez en fecha más reciente por los colonos alemanes establecidos en el Sur, pues la apuesta entre el zorro y el cangrejo es un tema muy popularizado en el Viejo Mundo, sobre todo en Alemania.

A menudo, y según el lugar, el nombre del animal varía: liebre, zorra, gamo, avestruz; pero siempre se trata de un animal dotado de gran agilidad y muy apto para la carrera; mientras que su contrario es pesado, torpe o incapacitado para correr; pero, entonces, un ardido suple a

(1) «Tanto que yo he llegado», por hace mucho tiempo que llegué.

la falta de destreza, y el zorro, a pesar de su astucia bien conocida, es vencido por un ser débil a quien, a primera vista, se creería incapaz de tanto ingenio y agudeza.

El título de *El zorro y el cangrejo* es muy conocido de nuestros niños. Si no me equivoco, este cuento se halla en un libro de lectura usado hace algunos años en los colegios.

Si mi informante hubiera estado en contacto con niños que frecuentaban las escuelas o si hubiera sabido leer, hubiera podido creer que se trataba del mismo cuento del libro, pero el joven era demasiado torpe para inventar algo y noté que muchos de los detalles eran distintos de los de la versión europea. Más tarde encontré en la obra del señor Lenz (1) dos cuentos que tratan del mismo tema.

Estas dos versiones se diferencian muy poco entre sí, pero la segunda me parece más completa y mejor ordenada que la primera. He aquí el resumen:

Un zorro y un tábano se encuentran: el primero propone al segundo jugar a las apuestas de carreras y éste acepta. El zorro pone las condiciones: él correrá sobre la tierra, el tábano debajo de ella (2). Los dos animales emprenden la carrera, pero el tábano, más astuto que el zorro, se pesca de la cola de su competidor y éste lo lleva sin notarlo. Convencido de su superioridad, el zorro no se apresura y se detiene de vez en cuando para comer

(1) *Estudios araucanos, cuentos en pehuenche chileno*: «Cuento del zorro con el tábano», pág. 185 y una segunda versión, pág. 187.

(2) En una nota el señor Lenz explica que debe entenderse que el tábano se arrastrará por el suelo con sus patas cortas. ¿No se trataría acaso de algún otro animal cuyo nombre desconocido del narrador habría sido sustituido por el de tábano?

frutillas y murtillas (1) y se da vuelta para ver si lo sigue el tábano. Naturalmente, no ve nada. Cuando llega a la meta, el tábano se suelta de la cola y pretende haber llegado primero, a lo cual el zorro, muy enojado, contesta con amenazas.

El tábano, sintiendo su inferioridad para defenderse, sale para reunir muchos compañeros que vuelven con él y atacan al zorro. Éste da mordiscos y se traga los tábano vivos. Una vez en el estómago del animal, siguen mordiéndolo y molestándolo de tal manera que el zorro se tira al agua esperando ahogarlos. Como no lo consigue, sale corriendo para refugiarse en el bosque; pero atacado por nuevos enemigos que lo acosan, cae muerto.

Casi todos los detalles de estas narraciones se encuentran en la nuestra: el ardid empleado por el débil contra el más fuerte; pues el zorro, a pesar de su astucia, cae en el lazo tendido por aquel a quien quiso engañar. Sólo el final es diferente: nuestro zorro y el cangrejo repiten la carrera en sentido contrario, y como el cangrejo, que ha vuelto a pescarse de la cola, pretende haber llegado primero, el zorro quiere matarlo; pero como están arriba de una roca a orillas del mar, el cangrejo pincha tan cruelmente al zorro con sus tenazas que éste da un salto y se despeña, matándose en la caída.

Este final es bastante racional: nuestro cangrejo no se aparta del zorro un solo instante, como lo hace el tábano en la versión del señor Lenz, lo que le permitiría escapar, si quisiera.

Se explica también difícilmente que el zorro, que es

(1) Frutilla o llahueñi, frutilla silvestre (*Fragaria chilensis*).
Murtilla (*Myrtus uñi*), compárese con nuestro cuento.

muy desconfiado, haya elegido para apostar con él a un animal que tiene alas, que habrían podido servirle cuando el compañero iba adelante para compensar la torpeza de sus patas, y no se puede alegar ni invocar la lealtad del tábano para cumplir lo estipulado, puesto que vemos que emplea el engaño para salir vencedor; a no ser, como lo he dicho más arriba, que se trate de otro insecto sin alas o con alas atrofiadas que el narrador habría confundido con un tábano. Lo que me confirma en esta sospecha es que en todas las relaciones internacionales sobre el mismo tema, tanto en las europeas como en los cuentos recogidos en el Africa, se trata siempre de un animal imposibilitado por su conformación para competir con el propONENTE de la apuesta; p. ej., en un cuento aleman, zorro y cangrejo; ídem de GRIMM, liebre y erizo; en Africa, liebre y tortuga; cuento beduino, chacal y babuch (caracol).

* *

Si en algunos cuentos el zorro es el protagonista de muchas hazañas, y gracias a su astucia consigue engañar y salir vencedor, no faltan tampoco las narraciones que nos lo muestran como vencido. A menudo, como en los cuentos citados más arriba, lo es por animales muy pequeños y casi despreciables.

A las narraciones que nos han servido de punto de comparación, debemos agregar un cuento griego moderno, en el cual un zorro que ha tragado a un enanito quiere a toda costa deshacerse de él. Como no lo puede hacer salir, pide consejos a un lobo, el cual le dice que suba sobre un árbol y se deje caer al suelo desde arriba, de

este modo matará al enanito. El zorro sigue el consejo del lobo y se mata.

LAFONTAINE en su fábula *Le coq et le renard* (Lib. II, núm. 15) nos muestra al zorro engañado por un viejo gallo a quien quiere convencer que debe bajar del árbol donde está encaramado, porque los animales han firmado un tratado de paz. El gallo, que ve la trampa, finge alegrarse y le contesta que ve a dos perros que vienen corriendo, sin duda para traerle la buena noticia. El zorro, asustado, escapa.

En fin, en una fábula de FLORIÁN titulada *La ardilla, el perro y el zorro* (Lib. IV, núm. 2), el mismo tema es tratado de otra manera: el zorro quiere comer a la ardilla, a la cual persigue; ésta se refugia sobre un árbol y el perro que la acompaña, en el tronco que es hueco. Llega el zorro y le dice que baje para que pueda entregarle su parte de la herencia de un tío. La ardilla le da las gracias y le aconseja, mientras baja, que golpee al tronco del árbol donde está un amigo fiel que la acompaña. El zorro cree que se trata de otra ardilla, golpea, sale el perro y lo mata.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará).



=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía



SUMARIO:

	Págs.
MEDINA, J. T.—Juan Gómez de Almagro, el que aprobó <i>La Araucana</i>	5
KNOCHER Walter.—Gran evaporación en corto tiempo.....	43
UHLE, Max.—Sobre la estación paleolítica de Taltal.....	47
Diario del viaje del General O'Higgins en la campaña de Ayacucho. Segunda parte.....	67
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>).....	129
SILVA COTapos, Carlos.—Lista de los canónigos de la Iglesia Catedral de Santiago de Chile. (<i>Conclusión</i>).	178
Manifestaciones en honor de Shackleton y Pardo	194
ECHEGOYEN, Horacio.—Ensayo sobre irrigación en la provincia de Atacama.....	222
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral.....	255
VALENZUELA, Pedro Armentol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>).	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>).	305
GRÈVE, Ernesto.—Informe sobre la delimitación provincial y departamental en Llanquihue y Chiloé.....	429
Tercera memoria de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía que comprende desde el 21 de Septiembre de 1915, hasta el 20 de Septiembre de 1916.....	469
Balance General de Tesorería.....	475
Actas de la Sociedad.....	479
Comunicaciones.....	490

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1916



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

XII. La mujer del muerto

(Narrado por ROSALÍA FAÚNDES, de Pitrufquén)

1. Hubo un indio muy valiente. Se casó el indio con una mujer muy bonita. Fiestas hicieron muchas; pero el indio no durmió con la mujer, porque llegaron los españoles.

«A pelear», dijo el cacique; y todos se fueron pa pelear con los españoles.

Mucha pena tenía la india porque se había ido su marido.

Volvieron los indios, y ella preuntó: ¿«Por qué no vuelve mi marido»?

—«Muerto está, dijeron los indios; muchos días y se-

manas hacen que ha muerto. Herido fué, y toda su sangre como río, dijeron ellos; y no teniendo más sangre, murió».

—«Pobre de mi marido», decía la indiecita; y lloraba y lloraba como cuando llueve.

Pasaron meses, y siempre con mucha pena estaba la mujer y pasaba solita en su ruca, solita sin casarse con otro.

2. Gran tempestad hubo una noche: viento, truenos también hubo; y la india vió entrar a su marido que había venido sobre un gran caballo.

—«Me dijeron que te habías muerto, dijo la mujer. ¿No estás muerto, pues?»

—«Que importa?, contestó el marido; no hay que creer todo lo que se dice. De muy lejos vengo, cansado, y quiero dormir. Acostémonos», dijo el marido.

Se acostó la india, y él se acostó también; pero no quería que ella se acercara mucho, ni que lo tocara, porque decía que todo el cuerpo le dolía. Notó eso la mujer, y acabó por dormirse al lado de su marido.

Antes que amaneciera, él la despertó—«Tengo que irme, dijo él, no puedo esperar más».

3. Ella quiso encender un poco de fuego (1); pero él no quiso y dijo que no necesitaba nada, y que volvería a la noche siguiente.

Ella le preuntó a dónde iba, y él contestó:—«Donde me esperan». Y montó sobre su gran caballo negro y se fué; y al trote del caballo, la india notó que sonaba el

(1) La narradora explicaba que el hombre no quería que se encendiera fuego, por temor de que, con la luz, la mujer notara en él algo extraordinario.

cuerpo de su marido como palos que chocasen unos con otros.

Ella bien habría querido seguirlo un rato pa acompañarlo; pero se sintió muy cansada, como si hubiera andado mucho.

Contó la india la visita del marido, y todos se rieron y dijeron que ella había soñado, porque él había muerto mucho tiempo antes.

4. La otra noche vino otra vez el marido, pero no quiso entrar porque había fuego encendido, y le mandó que lo apagara. Así lo hizo la india. Él se acostó con ella, pero siempre sin tocarla.

Se durmió la india y despertó porque algo la había clavado en el pescuezo. Se llevó la mano y sintió la boca de su marido. Él dijo que era un beso que le había dado y ella volvió a dormirse.

Poco después la despertó el indio, y se marchó como el día antes, montado sobre su caballo.

5. Más cansada se encontró la india, pero no dijo nada a los otros indios; y a la noche siguiente volvió el marido, y todo lo hizo como las otras noches. De nuevo sintió la india que le clavaba, y sintió los labios de su marido. Entonces le entró miedo y quiso levantarse, pero no lo pudo hacer porque no tenía fuerzas.

6. Se fué al amanecer el marido, y la india se fué a consultar a una vieja machi, y ésta le dijo que el marido había muerto por falta de sangre, y que salía de su tumba todas las noches a chupar la sangre de su mujer, pa tener más fuerzas. Y dijo a la mujer que si no conseguía cortarle la cabeza, él le chuparía toda su sangre y la haría morir.

7. Entonces fué a su ruca la india y preparó un gran

cuchillo, y cuando llegó el marido, se acostó con él, fingiendo dormir.

Mientras él dormía, se levantó la india y tomó el gran cuchillo y le cortó la cabeza al marido. Muchísima sangre salió de la cabeza, pero el cuerpo era un esqueleto.

Nunca más volvió el marido muerto y la mujer vivió tranquila.

NOTAS

Tanto los pueblos civilizados como los salvajes tienen una predilección muy marcada por todo lo que se relaciona con lo desconocido. La muerte con sus misterios del más allá, es, por lo tanto, motivo de miles de suposiciones en las cuales la superstición tiene un papel importantísimo: relatos de apariciones terroríficas, demostraciones de ultratumba, espíritus que se manifiestan a los vivos, son el tema de cuentos, leyendas o narraciones esparcidas sobre todo el orbe.

No es, pues, de extrañar que entre los indios existan las mismas preocupaciones. La idea de que ellos se forman de la muerte y de la vida futura ha desarrollado de un modo extraordinario la creencia en los alhué o aparecidos. El cristianismo introducido en la Araucanía, en lugar de desterrar estas creencias, ha venido, al contrario, a aumentarlas con las narraciones hechas por los misioneros en sus sermones o pláticas sobre las ánimas del purgatorio y los réprobos condenados al infierno.

El indio, en todas las manifestaciones de su religión, parece tener más veneración por los espíritus malos que

por los buenos, que los protegen muy naturalmente; mientras que los primeros pueden causarles daño, enviándoles enfermedades, guerras o cualquier contratiempo. De ahí que se preocupen mucho más de ellos, pues los temen.

Nuestro cuento es una variante del ya publicado, «El muerto a quien le falta carne»; pero mientras en éste, el muerto se venga de la mujer que comió la carne de su pierna, en el segundo no tiene ningún motivo de venganza, y se presenta como un vampiro sediento de sangre.

Los araucanos tienen una infinidad de cuentos sobre los Huintranalhue, nombre que dan a los muertos que los brujos o calcú resucitan para causar daño y que, según ellos creen, se alimentan con sangre humana (1). En nuestro cuento, el muerto no resucita por arte ajena, sino que sale de su tumba para chupar la sangre de su mujer.

El señor Lenz, en sus *Estudios araucanos*, nos presenta dos cuentos que tratan de aparecidos; pero el protagonista, es decir, el muerto, no tiene el carácter de vampiro, como en el nuestro (2).

En Chile, la creencia en las ánimas está muy popularizada, y la gente del pueblo cree firmemente en todas las historias que corren sobre los aparecidos.

En Santiago, el cerro Blanco, que está cerca del cementerio, tiene fama de ser el lugar predilecto escogido para

(1) GUEVARA, *Psicología del pueblo araucano*.

(2) Ver LENZ, *La novia del muerto*, *Estudios araucanos*, pág. 223 y *El muerto con la mujer viva*, *Apéndice a los estudios araucanos*, pág. 322.

las manifestaciones de las ánimas. Teresa Barrios, costurera empleada en nuestra casa, nos narró el siguiente caso, que tiene bastante analogía con nuestro cuento araucano: Una muchacha que servía en una casa de la Recoleta, *pololeaba* (1) con un joven carretonero. Como la niña era alegre y bastante bien parecida, un joven, hijo de sus patrones, empezó a galantearla, y ella, orgullosa de su conquista, desdeñó al primer *pololo* (1), el cual, desesperado, se suicidó dándose puñaladas y fué encontrado muerto en su pieza, bañado en sangre.

Poco tiempo después de la muerte del carretonero, el hijo de su patrón dijo que se iba de viaje y ella misma preparó la maleta; pero en la noche oyó golpear a la puerta de su pieza, y al abrir, vió una sombra que ella creyó ser su galante. Éste, sin hablar, le hizo seña de que lo siguiera, y, tomándola del brazo salieron por una puerta falsa que daba al cerro Blanco. La muchacha quiso hablar; pero él le puso la mano sobre la boca y la niña se asustó, porque esa mano estaba helada. Ambos, siempre callados, subieron al cerro y llegados arriba se sentaron. Muy pronto la niña se quedó dormida y despertó de repente sintiendo como si le clavaran el brazo. Al abrir los ojos, vió a su amante que estaba a su lado y tenía los labios puestos sobre su brazo como si lo besara. Ella se levantó, y pensando que ya sería tiempo de volver a la casa, se lo dijo al joven, el cual, sin contestar palabra, bajó del cerro con ella. La muchacha se volvió a su pieza y el joven, al separarse de ella, le dijo al oído: «Mañana».

(1) *Pololear*=pelar la pava, galantear.

(2) *Pololo*=galán, enamorado.

Cuando vino la hora de levantarse, la muchacha estaba sin fuerzas; sin embargo, atendió a sus ocupaciones. En la noche la visita se repitió: subieron de nuevo al cerro, la niña tuvo sueño como la noche anterior y despertó al sentir los labios del joven que parecían chuparle el brazo. Incomodada, se puso de pie y empezó a bajar; pero se bamboleaba como si estuviera borracha. El joven, al contrario, parecía más animado y bajó casi corriendo. En su pieza, la muchacha miró su brazo y vió que tenía como una picadura que le dolía y se acostó con las fuerzas completamente agotadas.

Al levantarse, casi no podía tenerse en pie y estaba tan pálida que su patrona le preguntó asustada lo que le había pasado. Ella no quiso contar nada; pero le fué imposible trabajar y se recogió temprano a su pieza. A media noche el joven volvió a golpear, y como ella no le abriera, muy pronto se enojó. Temiendo que fuese oído, ella abrió la puerta y le dijo que no le era posible ir con él porque estaba enferma. Sin escuchar nada, el joven la cogió por el brazo y casi arrastrándola la hizo salir de la casa y subir al cerro; pero, vencida por el cansancio, la joven cayó a tierra, a poco andar. Como en un sueño, sintió la picadura en el brazo y, haciendo un esfuerzo, rechazó a su amante. Éste se levantó, y después de soltar una horrible carcajada, la escupió en la cara y de un salto se precipitó cerro abajo.

Al levantarse los dueños de la casa, viendo que la sirvienta no aparecía, la buscaron por todas partes. Como la puerta que daba al cerro estaba todavía abierta, buscaron por ese lado, temiendo hubiera sucedido una desgracia. Allí encontraron a la joven tendida sobre una roca y tan blanca que parecía de mármol. En medio de la cara tenía

una gran mancha de sangre: era el escupo que el amante le lanzara a la cara durante la noche. Moribunda fué llevada a la casa, y después de muchos cuidados, volvió en sí y pudo contar lo que le había sucedido; pero entonces supo que el hijo de su patrón, a quien ella creía autor de lo que le había pasado, se había embarcado hacia algunos días para hacer un viaje a Copiapó.

Como se ve, este relato tiene gran parecido con nuestro cuento araucano, variando sólo en detalles secundarios.

El señor Guevara, en su interesante trabajo sobre los araucanos, ha publicado varios cuentos o narraciones sobre aparecidos. Entre ellos citaré *Viaje a la tierra de los muertos*, en el cual una joven mapuche, desesperada por la muerte del esposo, lo llama todas las noches. El marido vuelve y se lleva a la mujer a la tierra de los espíritus; pero como ella no puede acostumbrarse allá, la devuelve a su reducción. La mujer despierta sentada sobre la sepultura del esposo; a los pocos días muere (1).

Muy a menudo el aparecido o Huintranalhue es un espíritu maléfico, y como tal, trata de hacer daño a los vivos, persiguiéndolos para matarlos. En tal caso, es inútil que el asaltado trate de defenderse con un arma, pues, como se trata de un espíritu no puede ser herido, y lo mejor es arrancar. Desgraciadamente la huída no es siempre fácil, y además, es creencia araucana que el que ha sido tocado por un Huitranalhue muere poco tiempo después.

Los indios onas creen también en los aparecidos, o, a lo menos, en manifestaciones de la otra vida. Creen, por ejemplo, que el que ha sido matado a traición puede per-

(1) *Psicología del pueblo araucano*, pág. 347.

seguir a los que lo han muerto. El R. P. Coiazzzi cita una leyenda titulada *La cabeza que anda*, en la cual una cabeza separada violentamente del cuerpo corrió hacia el monte y, antes de subir, se volvió hacia los asesinos y abriendo los ojos empezó a reír y a hacer muecas. Todos los que la vieron murieron. Igual cosa sucedió a los que la encontraron en su camino. La cabeza desapareció y se ignora donde está, si apareciera de nuevo, todo el que la vierá moriría (1).

* * *

Entre los cuentos europeos sobre aparecidos o ánimas que se manifiestan a los vivos, debemos citar más especialmente las leyendas y cuentos bretones. Los habitantes de esta comarca, sencillos pescadores o marinos en constante lucha con los elementos, y dotados de una imaginación poética, se han formado una idea muy particular de la muerte. Muy semejantes en esto a los araucanos, ellos creen que los que mueren no se separan completamente de los vivos, y que las almas que animaban el cuerpo de sus parientes o amigos, permanecen, durante un período más o menos largo, cerca de los lugares donde han vivido.

La muerte tiene para ellos una forma definida, un cuerpo; su nombre es el *Anku*. Las leyendas lo representan a menudo como un hombre muy grande y muy flaco; sus cabellos son largos y blancos; lleva un ancho sombrero

(1) Ver. ANTONIO COIAZZI: *Los indios fueguinos*. (REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, tomo X pág. 13).

que disimula sus facciones; ronda alrededor de las habitaciones y se le ve sobre las rocas a orillas del mar. Desgraciado del que se atraviesa en su camino: de un soplo lo echa al suelo o al agua, de donde no se levanta más.

Los bretones creen, además, que el alma del que ha cometido alguna falta cumple su penitencia cerca del lugar donde fué cometido el delito y que pena sobre la tierra hasta haber cumplido su castigo. De ahí que cualquier ruido inexplicable en apariencia, una sombra que se proyecta sobre el camino, una neblina que envuelve las cosas, sean para ellos otras tantas manifestaciones de las ánimas que piden oraciones.

Muchos son los que pretenden haberlas visto y hasta hablado.

Estas ánimas, invisibles durante el día, aprisionadas en su sepulcro o en el mar, recobran su libertad cuando viene la noche, y vuelven a ocupar los sitios preferidos durante su vida, instalándose de nuevo al lado del hogar, donde la piadosa bretona tiene buen cuidado de poner unos leños antes de acostarse, a fin que las ánimas puedan calentarse durante un par de horas.

En cuanto a la creencia en los vampiros, la encontramos más arraigada entre los pueblos de raza eslava que en ninguna otra parte: en Serbia, Bulgaria, Herzegovina hay multitud de narraciones sobre esta superstición; la encontramos también en Bohemia, y sobre todo en Rusia.

El célebre novelista francés Alejandro Dumas, ha escrito una relación muy interesante sobre los aparecidos. Uno de los episodios se refiere a un vampiro que, como

el muerto de nuestro cuento, sale de su tumba para chupar la sangre de una joven que fué su prometida (1).

XIII. El león gente

(Narrado por EUDOCIA CATRICHEO, india de once años, natural de Loncoche)

1. Entonces hubo un indio que salió pa buscar piñones. Salió, dicen, el indio con sus hijos: un indiecito y una indiecita. Mucho caminaron los indios pa llegar al país de los piñoneros. Encontraron piñones los indios y llenaron sacos que cargaron sobre dos guanacos.

Entonces cayó mucha agua y la tierra se llenó de agua, porque llovió mucho. No podían los indios volver a su país y subieron, dicen, más arriba en la cordillera y también subieron las aguas que lo arrastraban todo. El indio no quiso separarse de sus piñones, y las aguas se lo llevaron.

2. Entonces lloraron, dicen, los indiecitos por la pérdida del padre y la carga de piñones. No sabían donde meterse, porque las aguas se los querían llevar.

Cerquita, dicen, pasó un gran coihue (2) y encima había un león y una zorra que se habían trepado pa salvarse. Entonces los indiecitos se pescaron de las ramas y se subieron sobre el árbol que nadaba; así, dicen, que lo hicieron los indiecitos.

Entonces el león dijo a la zorra:—«Qué haremos con esa gente? nos la comeremos»?

(1) *Les mille et un fantômes* cap. XV. *Le monastère de Hango*.

(2) *Fagus Dombeysi*. Árbol muy grande del Sur de Chile.

—«Nó, dijo, dicen, la zorra, hace mucho tiempo que dicen que somos salvajes brutos, nos casaremos con ellos y seremos tanto como ellos».

El león dijo que bueno.

Siempre nadaba el coihue y llegó a la parte de la cordillera en donde estaba la cueva del león. Entonces entraron en la cueva y el león se casó con la niña y la zorra con el indiecito.

3. Cuando bajaron las aguas, la zorra dijo, dicen, a su marido que quería conocer su país. Entonces él se la llevó. Quería irse también la indiecita, pero el león no quiso y ella tuvo que quedarse con él.

Entonces estuvo, dicen, embarazada la indiecita y tuvo un niño que era gente como ella, pero muy grande y tan fuerte como su padre; así dicen que era.

Creció el niño y era muy valiente, y quería mucho a su madre y la defendía cuando el león la maltrataba.

Entonces un día que el leoncito gente había salido pa cazar avestruces, el león mató a la india y se fué. Cuando el leoncito gente volvió, encontró a su madre muerta, y lloró mucho, dicen, y la enterró en la cueva.

4. Después salió pa buscar a su padre y quería también saber si estaba vivo todavía su tío, de quien su madre le había hablado, dicen.

Entonces bajó de la cordillera: se había vestido con cueros de guanacos y llevaba una corona de bonitas plumas de las aves que él cazaba. Cuando llegaba a una reducción pa preuntar de su tío, todos lo miraban con respeto; así, dicen, lo miraban.

Supo el leoncito gente dónde vivía su tío, y se fué pa encontrarlo. Entonces en el camino vió a su padre, dicen que estaban durmiendo con una venadita, y le dió rabia

y cortó un roble (1) y mató a su padre y se fué otra vez.

5. Llegó, dicen, al país de su tío, y lo encontró viudo, porque la zorra se había muerto por haber comido muchas aves. El tío tenía una niña hija de la zorra; muy bonita y muy zalamera, dicen, era la niña.

Entonces ella recibió muy bien al lión gente, y el tío le dijo que si se quería casar con su hija. El lión gente dijo que bueno, y se casaron. Dicen que se casó el lión.

6. Entonces muy felices vivieron los tres, pero llegaron, dicen, malas noticias del norte: la gente se arrancaba y decían que habían venido unos seres extraordinarios que tenían cuatro patas como los huemules (2) y estaban cubiertos con una cosa muy dura que brillaba al sol (3); también decían, dicen, que llevaban un palo delgado que parecía despedir rayos y que cortaba las cabezas y atravesaba los cuerpos (4).

Entonces los caciques y todos los mocetones se reunieron pa saber lo que debían hacer. Entonces la zorrita gente, mujer del lioneito gente, dijo, dicen, que saliera su marido con mocetones disfrazados con pieles pa ver qué gente era la que venía; ella salió también, y antes se untó el cuerpo con sebo de huanaco y se revolvió en hojas secas; dicen que lo hizo así la zorra gente.

(1) *Fagus obliqua*.

(2) Los españoles montaban caballos, y los indios creían que el jinete y el animal formaban un solo cuerpo.

(3) La coraza.

(4) Sin duda es de la espada de que se quiere hablar.

7. Entonces caminaron los mocetones guiados por el lioncito gente. Se escondieron, dicen, en los bosques y también caminó la mujer zorrita; cuando divisaron a los que venían se escondieron los hombres, y sola la mujer se adelantó poco a poco. Entonces ella oyó hablar a los que habían venido, que eran los españoles; pero no pudo comprender lo que ellos decían; ella estaba agachadita en el suelo y no se movía aguaitando.

Entonces se desmontaron los españoles y ella vió que no tenían cuatro patas sino dos, y que montaban huemules muy grandes. Acamparon los españoles y a la noche la indiecita zorra se fué a encontrar a su marido lión y le dijo lo que había visto.

Entonces él le mandó que corriera a avisar a los caciques y a todos los indios que vinieran armados con sus lanzas. Así lo hicieron, dicen, y al amanecer todos estuvieron escondidos en los bosques y sobre los cerros. Así pasaron el día, y cuando entró la noche, ellos atacaron a los españoles que eran muy valientes.

Muchas cabezas de indios fueron cortadas; mucha sangre corrió, dicen, como ríos; pero el lión gente era tan fuerte y tan valiente que peleaba sin ser herido.

Caían los indios como moscas sobre los españoles; esos huemules grandes que ellos montaban corrían, pero siempre encontraban las lanzas de los indios, y poco a poco los españoles murieron y quedaron muy pocos. Uno que los mandaba fué tomado preso por el lión gente; entonces vieron que lo que lo cubría era duro y que sonaba, pero que no estaba pegado a su cuerpo.

8. Al ser tomado preso, el español, con su gran cuchi-

llo (1) que llevaba, le cortó una mano al lión gente. Entonces éste, rabioso, lo entregó a sus mocetones, que lo hicieron morir sentándolo sobre un palo de roble que le atravesó el cuerpo. Así murió, dicen el español, y el lión gente quedó manco.

NOTAS

El tipo del hombre fuerte y valiente, como lo es el protagonista de nuestro cuento, no podía dejar de impresionar y seducir a los indios, grandes admiradores de la fuerza y de la astucia, y es sin duda lo que ha facilitado la asimilación de este cuento de origen extranjero traído a Chile por los españoles. Al tema principal, es decir, la relación de las hazañas de un joven, hijo de una mujer y de un animal, se ha agregado un episodio histórico de la guerra de la conquista de Arauco por los españoles, transformando al protagonista del cuento primitivo en una especie de héroe nacional, cuya fuerza y valentía le permiten vencer a los invasores del suelo patrio. Este episodio pone en escena a dos valientes: un español que muere sentado en un palo aguzado que le atraviesa las entrañas, y un toqui araucano que pierde una mano en la batalla. ¿Quiénes han sido estos héroes? La pregunta es difícil de contestar, no hay duda de que el hecho narrado sea verdadero en lo que toca a la lucha. Los araucanos, orgullosos de las hazañas de sus antepasados, han conservado cuidadosamente las tradiciones que las relatan; pero los hechos, pasando de

(1) Espada.

boca en boca, han llegado hasta nosotros desfigurados, y poco sabríamos de lo que ha sucedido si no fuera por la obra inmortal de Ercilla. El poema *La Araucana* nos relata los episodios de esta guerra famosa y celebra la fuerza y valor de los héroes araucanos. Pero entre estos valientes jefes, Lautaro, Caupolicán, sin hablar de muchos otros guerreros ¿cuál ha sido el héroe de nuestro cuento? Los caracteres que más resaltan en el león gente son la fuerza, la prudencia y el arrojo. Estos caracteres los encontramos igualmente desarrollados en Caupolicán y Lautaro, sin que podamos asegurar que se trata del uno o del otro. Sin embargo, si fuera Lautaro el jefe aludido, difícilmente se explicaría la extrañeza de los indios en todo lo tocante a los españoles a quienes parecen mirar como seres superiores. Lautaro, que había estado al servicio de Valdivia, conocía muy bien cuáles eran las armas de los españoles y podía explicar a su gente que los animales que éstos montaban no eran huemules, puesto que él había sido caballero durante algún tiempo.

En cuanto al jefe español vencido por el león gente, pudiera ser Valdivia, que fué cogido por los araucanos, a los cuales perseguía después de la destrucción del fuerte de Tucapel, y que murió sin que se supiera de qué manera, pues ningún español pudo escapar con vida para contarla.

Nuestra pequeña narradora, que apenas contaba once años, refería lo que había oído, sin poder precisar nada, y es muy posible que en su memoria los hechos se hubiesen revuelto de tal suerte que los papeles resultasen cambiados, haciendo que en su narración el capitán español sufriera el suplicio que, según los historiadores, causó la

muerte de Caupolicán, mientras que el toqui araucano perdía una mano (1).



Nuestra versión, si bien tiene mucho parecido con los cuentos europeos que tratan del mismo tema, no carece de carácter propio ni del elemento nacional. En la introducción vemos al viejo indio con sus dos hijos ir a buscar piñones en la cordillera y la relación de la abundante lluvia que, al caer, causa el desborde de los ríos, la inundación de las tierras y la muerte del padre, recuerda un episodio de la leyenda sobre un diluvio que, según cuentan, causó la muerte de un gran número de indios (2).

El animal que aparece como padre del protagonista no es como en las versiones europeas un oso pesado y vulgar, es un león, animal más noble, representante de la fuerza y del valor. Verdad es que lo vemos acompañado de una zorra; pero ésta es un animal muy simpático a los indios y que aparece en gran número de sus narraciones. Podemos, pues, creer que la reunión de estos dos animales simboliza ante los ojos de los araucanos el valor unido a la astucia.

El señor Lenz ha publicado una versión sobre el mis-

(1) He buscado en la Historia de Chile, y a este respecto sólo encontré que a Galvarino le cortaron ambas manos. El león gente de nuestro cuento sólo perdió una.

(2) Ver el cuento *El Trentrén y el Caicay vilu*, y las relaciones escritas por los señores T. Guevara, A. Lenz, Fray Félix de Augusta, J. Vicuña y F. Cavada.

mo tema (1), pero que difiere muy poco de los cuentos europeos. En esa versión se habla de osos, que, como lo hace notar el señor Lenz en sus notas, no existen en Chile. Huenchumir, el protagonista, se sirve de armas europeas: un fusil, un sable, mientras el león gente emplea únicamente las armas araucanas.

(1) *Huenchumir, el hijo del oso.* (*Estudios araucanos*, pág. 261).

REVISTA CHILENA
DE
HISTORIA Y GEOGRAFÍA
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía



SUMARIO:

	Págs.
SILVA COTAPOS, Carlos.—Don Manuel de Alday y Aspee, Obispo de Santiago de Chile.....	5
DE AMBERGA, Fray Jerónimo.—Agricultura Araucana.....	54
GRÉVE, Ernesto.—Informe sobre la delimitación provincial y departamental en Llanquihue y Chiloé (<i>Conclusión</i>)	81
AMUNATEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	111
UHLE, Max.—Fortalezas incaicas: Incallacta-Machupichu.....	154
Diario del viaje del General O'Higgins en la campaña de Aya- cacho. Tercera parte	171
ECHEGOYEN, Horacio.—Ensayo sobre irrigación de la provincia de Araucoa (<i>Continuación</i>).	229
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos reco- gidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	252
VALENZUELA, Pedro Armengol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Con- tinuación</i>)	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblorés y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
FELIÚ CRUZ, Guillermo.—Diario que el Ayudante General del Estado Mayor don José Antonio Bustamante, lleva sobre la campaña de 1859 en el norte de Chile, precedido de una biografía de su autor.....	425
Papeles inéditos de don José Victorino Lastarria.....	465
Recuerdos del paso de los Andes	481
VICUÑA, Pedro Feliz.—La Revolución de 1851	486
Actas de la Sociedad.....	496

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1917



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

Las versiones extranjeras de este mismo cuento son muy numerosas y difícilmente se les podría fijar un lugar de origen. Las encontramos tanto en el oriente como en el occidente.

Una cosa digna de notar es que en todas las versiones extranjeras el protagonista lleva siempre el nombre de Juan: Gian dal Urs en el Tirol italiano; Ivanko Midviendko en Rusia; Juan del Oso, en España; Giovan dal oso en Italia. En un cuento de Grimm citado por Cosquin se llama Juan el Fuerte.

El origen del niño varía según los países. En algunos cuentos como, por ejemplo en uno catalán de Rondallayre Juan es hijo del oso, mientras que en otros sólo es hijo adoptivo y debe su fuerza al ambiente en el cual se ha criado o mejor a la leche que mamó. En un cuento alemán el niño es amamantado por una osa; en un cuento rumano lo es por una yegua. En el cuento chileno *El medio-osito* publicado por el señor R. A. LAVAL en los nú-

meros 365 y 366 de *El Peneca*, el protagonista es, como en el cuento catalán, hijo de un oso, pero ha sido criado a los pechos de su madre, una princesa que el oso ha robado.

Younes, el protagonista de un cuento kabila ha sido criado por una leona. Muchos de los episodios de este cuento tienen gran semejanza con el nuestro, salvo en la introducción, que es distinta, pues Younes ha sido encontrado a orillas de un oued (río) por la leona cuyos cachorros han sido muertos por un cazador. El niño crece y a la muerte de la leona va a correr el mundo, se casa con la hija de un tigre, y ayudado por ella, mata a los cristianos que tratan de someter a su país (1).

En *Jean de l'Ours* de Cosquin (2), Juan no es hijo del oso; pero tiene una fuerza extraordinaria que le permite vencer los obstáculos y acometer grandes empresas. Esta fuerza casi milagrosa es el rasgo principal y sirve de tema a todas las versiones.

La introducción de nuestro cuento puede compararse a la de un cuento oriental del Dardistán, comarca situada al norte de Cachemira: un oso que ha robado una niñita, la tiene encerrada en su cueva; cuando la niñita es más grande se casa con ella, la joven muere al dar a luz una guagua (3).

En las versiones extranjeras, el protagonista lleva como arma un bastón que pesa cien libras; este rasgo aparece también en nuestro cuento: el león-gente corta un roble, árbol grande y pesado y se sirve de él para matar a su padre y vengar la muerte de su madre.

(1) Compárese con el león-gente que se casa con la niña zorra y es ayudado por ella en su lucha contra los españoles que vienen a atacar a los indios.

(2) *Contes populaires de la Lorraine*. T. I, núm. 1.

(3) En nuestro cuento, la mujer es muerta por el león.

A pesar de la semejanza de varios episodios, nuestra versión difiere bastante de las extranjeras. En todas ellas, Juan se junta con dos o tres compañeros que le ayudan en sus empresas, mientras que nuestro león-gente permanece solo. En nuestro cuento faltan también los episodios relativos a su expedición al mundo subterráneo para libertar a hermosas mujeres cautivas de seres fantásticos y de animales fabulosos. Sin embargo, la lucha que los héroes de los cuentos europeos sostienen contra los demonios o monstruos es reemplazada en nuestra versión por la lucha contra los españoles.

En cuanto al ardid empleado por la mujer zorro a fin de acercarse a los españoles sin ser notada y que consiste en untarse el cuerpo con sebo y revolcarse en hojas secas, lo encontramos en varios cuentos internacionales; pero la estratagema es empleada por animales (1).

XIV. El indio que gana plata

(Narrado por Eudocia CATRICHÉO, de Loncoche)

1. Entonces un indio salió pa ir a buscar trabajo. Buscaba trabajo el indio pa tener plata y casarse con una bonita mujer.

Rico era el padre de la mujer, y pobre el indio. Dijo

(1) Ver ROMERO: *Lendas acerca da Raposa*. (Colección de cuentos tupis): Una zorra perseguida por un jaguar seunta el cuerpo con miel y se revuelve en hojas verdes. Como quiere beber, la miel se diluye y se desprenden las hojas. Una segunda vez seunta con resina y se revuelve en hojas secas.

En *Cuento del tigre y del zorro* del señor R. LENZ (Estudios araucanos núm. 12, pág. 210), el zorro para engañar al tigre corta todas las flores del pasto y se las pega al cuerpo, (no se dice de qué manera).

el indio: «Yo ganaré plata pa comprar a la bonita mujer».

Así es que salió. Mucho caminó, dicen, el indio pa buscar trabajo y llegó a la ruca de un hombre rico.

—«Dame trabajo, dijo, dicen, el indio».

Entonces: —«Bueno pues, dijo el rico, yo te daré trabajo y te daré plata».

—«Anda pues», se le dijo al indio, «y busca pa matarlo a un animal que me come mis ovejas. Todas se las come y nadie lo puede ver. Si lo matas te daré plata». Eso dijo el rico.

Se fué el indio y llegó donde estaban las ovejas, y se trepó en las ramas de un coihue (1); se escondió, dicen, entre las ramas el indio. Entonces pasó todo el día y nada vió y se fué a la ruca pa decir que no había visto nada.

Otra vez volvió, dicen, el indio, y encontró muchas ovejas muertas. Rabia le dió al rico, y dijo al indio que no le daría plata por tonto.

2. Entonces el indio dijo: —«Yo me haré de oveja». Y descueró las ovejas y se envolvió, dicen, en el cuero de las ovejas, y se quedó muy tranquilo como si durmiera.

Entonces salió del agua una serpiente muy grande con una cabeza de gato y una lengua muy afilada que tenía una uña en la punta (2).

Se salió del agua, dicen, la serpiente, y arrastrando su cuerpo, se acercó al indieciito para clavarle la uña en el pescuezo; pero cuando ya estaba cerquita, el indio estiró el brazo y cogiendo la lengua de la serpiente, la retorció y le arrancó la uña. Así lo hizo.

(1) *Nothofagus Dombeyi*.

(2) La narradora no supo decirme el nombre de este animal. La descripción que de él me hizo me induce a creer que se trata del *Lampalagua*, mito de origen araucano, descrito por el señor Julio VICUÑA en su importante obra *Mitos y Supersticiones*.

Se daba vueltas la serpiente y saltaba, pero el indiecito siempre le sujetaba la lengua, y murió la serpiente, dicen, y el indio la llevó a la ruca del rico.

—«Dame plata, pues», dijo el indio al rico.

—«Tanta plata quieres, dijo el rico, pa tan poquito trabajo?» (1).

3. «Ahora has de matarme a un zorro pillán que me roba toditas mis gallinas», dijo, dicen, el rico.

Entonces:—«Bueno, dijo el indio, te lo mataré, y me darás plata pa comprar a una niña bonita».

—«Te daré plata, dijo el rico, si lo matas».

Se fué el indiecito y se untó el cuerpo con sebo y revolcó en las plumas de las aves y se metió en el gallinero, y de noche vió venir a una zorra que tenía una cabeza de ternera. Tenía la zorra una cola muy larga y muy gruesa (2), dicen.

4. Quiso acercarse la zorra al indio pa llevárselo, pero él dió un salto y se pescó de la cola de la zorra, y la zorra corrió pa tirarse al agua, dicen. Entonces el indio saltó encima de la zorra y se puso a caballo y tenía siempre la cola bien agarrada. La zorra no tenía fuerza, porque el indio le sujetaba la cola, pero el indio no soltaba la cola, no la soltaba el indio (3), dicen.

(1) La frase parece incompleta, no se explica la exclamación del rico ¡Tanta plata pa tan poquito trabajo!, pues el indio no ha fijado ninguna cantidad.

(2) La descripción de este animal fabuloso corresponde a la del Ngùruvílu=zorro-culebra. El señor T. GUEVARA en su libro *Psicología del pueblo araucano*, dice que el señor LEHMANN-NITSCHE, del Museo de la Plata, cree que el «Ngùruvílu» es la *Lutra feline Mol*, que también existe en la Argentina y de la cual se ha formado el mito araucano.

(3) Creo que se debe entender que el indio montó a caballo, dando la espalda a la cabeza del animal.

Nadó la zorra, y llegó a la otra orilla y salió del agua, pero el indio la sujetaba siempre. Corrió la zorra pa trepar a una roca y el indio la siguió. Así dicen.

Entonces llegaron los dos a una cueva y cuando estuvieron dentro, el indio le cortó la cola a la zorra, y ésta murió, dicen, y en un rincón de la cueva, encontró, dicen, todas las gallinas del rico; avestruces también encontró el indio.

Volvió el indio a la casa del rico, volvió, dicen, con la cola de la zorra, y el rico le dió plata pa comprar a la bonita mujer.

NOTAS

En este cuento predomina el elemento indígena, lo que me hace suponer que sea de origen araucano. Sin embargo, el ardid empleado dos veces por el indio con el fin de disimular su presencia, se encuentra en otros cuentos internacionales y también en nuestro cuento «El león-gente», donde vemos al protagonista y sus mocetones cubrirse el cuerpo con pieles de animales para poder acercarse a los españoles sin ser notados. En este mismo cuento la niña zorra seunta el cuerpo con sebo de guanaco y se revuelve en hojas secas para espiar al enemigo.

Un cuento araucano del señor Lenz titulado *Las transformaciones* (1) tiene algún parecido con nuestro cuento en cuanto a la entrada del indio al servicio de un rico, el cual le encarga la vigilancia de sus animales, que un cherruve destruye y mata; pero los medios empleados son muy distintos. Mientras el protagonista del cuento de Lenz para poder sorprender y matar al cherruve se transforma en

(1) *Estudios araucanos*, número 5, pág. 249.

peuco, es decir, cambia completamente de individualidad, el nuestro sólo la disimula cubriéndose con los cueros de las ovejas muertas a fin de matar a la serpiente que sale del agua. En un segundo episodio se unta con sebo y se revuelca en las plumas de las aves para sorprender a la zorra misteriosa que despuebla el gallinero.

Los animales fabulosos que aparecen en nuestro cuento pertenecen a la mitología araucana. El primero contra el cual el indio tiene que luchar es una especie de culebrón, cuya descripción es bastante fantástica. La superstición y la ignorancia han hecho que la serpiente, considerada por algunos pueblos como emblema de la prudencia, sea mirada por los indígenas y por el vulgo, como uno de los animales más temibles y traidores.

Para nuestra pequeña narradora, como para la mayor parte de nuestros campesinos, el veneno se halla en la lengua del animal; no es, pues, de extrañar que ella nos lo presente como serpiente con cabeza de gato (otro animal traidor) y una lengua larguísima, muy afilada, que termina en una uña encorvada. Según ella contaba, la uña le servía para clavar, mientras la lengua destilaba el veneno.

Esta serpiente monstruosa pudiera ser el *Lampalagua*, cuya forma no está bien definida, pero que muchos pretenden ser una culebra de una voracidad extraordinaria. Para saciar su apetito, devora lo que encuentra a su paso: hombres o animales.

Hablando del *Lampalagua*, el señor Vicuña dice que este animal existe verdaderamente en la República Argentina y que es una boa conocida con el nombre de *am-palagua*; pero parece que no tiene allá el carácter sanguinario que la superstición chilena le atribuye aquí.

En cuanto al animal con cabeza de ternera y cuerpo de

zorro, que se introduce en el gallinero del rico, le encontramos alguna semejanza con el *Guirivilo* o *Ngúruvilu*, mito acuático sobre cuya forma y caractéres físicos los autores no están completamente de acuerdo, pues las descripciones que de él nos hacen varían bastante; sin embargo, todos concuerdan en los daños que causa.

Transcribo en seguida algunas descripciones y datos recogidos sobre este mito por varios autores:

«El *Guirivilo* o *Nirivilu* es un «zorro del agua» que tiene la cola muy larga. Dicen que es irritable y feroz»...

«El *Guirivilo* es un animal que tiene el cuerpo parecido al del perro y la cola muy larga. Vive en los ríos»...

«Es mito de origen araucano (1).

«*Guruvilu*, zorra-culebra, animal monstruoso de algunas lagunas del reino. Los araucanos dicen que se traga a los hombres. No concuerdan sobre su figura. Quien lo hace largo como una serpiente, con cabeza de zorra»... (2).

El señor Guevara, además de algunos cuentos sobre el *Neguruvilu*, nos da de él las siguientes descripciones:

«El *Negúrvilu* es un monstruo semejante en su aspecto a un gato armado de una uña agudísima en la cola. Vive en la profundidad de las aguas y sale a los pasos de los ríos y a las orillas de las grandes lagunas a matar hombres y animales»... (3).

«*Negúrvilu* (zorro culebra) mito acuático de sorprendente fuerza. Ahora la imaginación mapuche lo representa como de cuerpo delgado y pequeño, cabeza de gato y cola de zorro extremadamente larga. Frecuenta los pasos

(1) VICUÑA, *Mitos y supersticiones*.

(2) VIDAURRE, *Historia* 246.

(3) GUEVARA, *Historia* I. 230.

y remansos de los ríos, y con la cola enreda a los hombres y a los animales» (1).

De las distintas citaciones apuntadas más arriba se desprende que el *Ugúruvilu* es conocido bajo distintos aspectos, presentándose una vez con cabeza de ternera, como en nuestro cuento, otra vez de gato o de zorra. El cuerpo tampoco tiene forma definida: puede parecerse a un perro, a un gato, a una culebra o a cualquier otro animal, pero todos los informantes están de acuerdo en lo que toca a la cola: es larguísima y la fuerza vital del animal parece residir en ella. Este dato concuerda con lo que la narradora contó, pues la zorra muere después que el indio le corta la cola.

Existe otro mito de origen araucano, muy popular tanto entre los indios como entre los campesinos, que le atribuyen la facultad de cubrir a las vacas u ovejas y engendrar en ellas hijos que se señalan por tener las patas anteriores torcidas y las posteriores sin movimiento. Este animal es el *Huallepén*.

El señor Vicuña nos dice que para algunos «es un pequeño bovino de piel lustrosa y muy hermoso, que engendra en las ovejas hijos que tienen la cabeza de ternero, el cuerpo de borrego y las patas torcidas». Mientras que para otros «es un animal anfibio con cabeza de ternero, cuerpo de oveja y las patas torcidas. En el agua es peligroso para el hombre y los animales, a quienes ataca con gran brío»... (2).

Hablando del mismo animal, el señor Guevara escribe: «El *Huaillepén* tiene su morada en el agua. Mito de

(1) GUEVARA, *Psicología* 322.

(2) VICUÑA, *Mitos y Supersticiones*, pág. 306.

figura deforme, cabeza de ternero, cuerpo de oveja, piernas torcidas y sin movimiento las posteriores»...(1).

Pudiera ser que la narradora, como sucede a menudo, hubiera confundido un animal con otro y mezclado en su descripción los caracteres de ambos, de tal manera que llegara a crear un animal de una forma particular.

XI. El indio habiloso (2)

(Narrado por Ramón TRINCAU, de Río Bueno)

1. Hubo un gran machitún, una fiesta muy grande, y todos los indios vinieron para asistir a la fiesta y se emborracharon: muchos fueron los borrachos.

De otro país, por allá, de la Argentina, vinieron indios, dicen, muy bien vestidos y muy ricos; bonitas mujeres, caciques montados sobre grandes caballos con montura de plata, cinturones de plata, todito de pura plata era, dicen. Vino también un indiecito pobre; pero nada tonto era el indiecito, y buen mozo también dicen que era.

Entonces habló el indiecito con los que habían venido de la Argentina y contó, dicen, que era pobre, pero que esperaba ganar plata, porque él sabía mucho de apuestas y siempre le salían bien. Así dijo, dicen.

2. Hubo un cacique rico, que había venido con su hija; muy bonita, dicen, era la niña, y muy rico era lo que llevaba puesto. El padre tenía un bonito caballo con rica montura, espuelas de plata, riendas de plata. Mucho le gustaba el caballo al indiecito, y también le gustaba la hija del hombre rico. Dicen que le gustaba.

(1) T. GUEVARA, *Psicología*, 324.

(2) *Habiloso*=habilidoso.

—«Apostaremos, dijo el rico al pobre, apostaremos. ¿Cuánto quieres?»

—«Yo nada tengo, dijo, dicen, el indiecito, sólo puedo ofrecer mi trabajo, si pierdo».

Entonces: —«Bueno, dijo el indio rico, yo apuesto tres vacas paridas con sus terneritos».

—«Diga la apuesta, pues», dijo, dicen el indiecito.

3. «Me convidó un amigo pa que comiera en su casa. Tú me quitarás la comía del plato, pero sin tocarlo. Si lo consigues te daré las vacas». Eso dijo el hombre rico.

—«Bueno, pues», dijo el joven y se fué, dicen.

Entonces trepó el indiecito sobre el techo de la ruca y esperó que el rico se sentara a la mesa y miró bien donde estaba. Abrió un agujero en el techo el indiecito, sin que nadie lo viera, dicen.

Le sirvieron al rico un plato de comía. Muy lleno, dicen, estaba el plato, y cuando iba a empezar a comer, el indiecito escupió por el agujero en el plato. Desde el techo hizo esto el indiecito, y al caer el escupo, que era grande, todita la comía saltó fuera del plato, dicen.

Entonces furioso estuvo el rico; pero el indiecito le dijo, dicen, que él había ganado la apuesta, y el rico le dió las vacas y los terneritos.

4. —«Yo apostaré otra vez, dijo el rico, y te daré todas mis ovejas si puedes hacerme levantar de la cama y quitármela sin emplear la violencia».

—«Bueno, pues», dijo, dicen, el indiecito.

A la noche, dicen, se fué a acostar el rico en casa de otro amigo. Entonces el indiecito, que lo aguaitaba, recogió todas las hormigas de una hormiguera. En un saco recogió las hormigas el indiecito, dicen, y se trepó sobre el techo de la ruca, e hizo un agujero. Cuando estuvo dor-

mido el rico, vació, dicen, por el aujero todas las hormigas, junto con la tierra de la hormiguera, y todas corrían sobre la cara del rico, y se metían en sus ropas, y le clavaban. Eso hacían, dicen.

Entonces, como un loco se levantó, dicen, el rico, y salió corriendo. Entonces el indiecito saltó por el aujero y se llevó la cama del rico. Al amanecer volvió el rico, que había ido a bañarse en el río para quitarse las hormigas.

—«Yo le gané», dijo el indiecito. Y el rico tuvo que darle todas sus ovejas. Tuvo que darlas, dicen.

Mucha rabia tenía el rico, y muy contento estaba el indiecito pobre.

5. —«Apostaré otra vez, dijo el rico, y te daré mi caballo, si consigues quitármelo sin tocarme».

—«Bueno, pues, dijo el indiecito, yo lo haré», dicen.

Salió el indiecito y se fué a cortar quisco (1) y lo trajo, y lo amarró a la cola del caballo, sin que el rico lo notara.

Montó, dicen, el rico a caballo y clavó las espuelas de plata pa que corriera el caballo. Estaban entonces a orillas de un río grande, y apenas el caballo empezó a correr, que la cola, agitada por la carrera le golpeaba las piernas y el quisco le clavaba. Dicen que le clavaba el quisco.

Entonces como un relámpago andaba el caballo y se tiró al río con su jinete y, pa no ahogarse, el rico soltó las riendas de plata y abandonó su montura, que fué arrastrada por el río.

Salió nadando el rico, y el indiecito le pidió el precio de la apuesta. Entonces, dicen, no pudo el rico darle el

(1) *Cereus quisco* (familia de las Cácteas).

caballo al indiecito, porque las aguas se lo habían llevado. Entonces se enojó el indiecito y dijo que iba a matar al indio rico, y éste le dió su hija pa que se casara con ella.

Y se casó el indiecito habiloso y fué rico, y tuvo vacas y ovejas, y quiso mucho a su mujercita.

NOTAS

Este cuento, de origen europeo transformado y adaptado al carácter indígena, pone de relieve la habilidad y el ingenio del protagonista para ganar las apuestas.

Los indios se complacen en estos relatos y numerosos son los cuentos en los cuales la astucia es el tema principal.

Un cuento araucano publicado por el señor Lenz tiene mucho parecido con el nuestro (1); pero sólo en el tercer episodio, pues la introducción y los dos episodios siguientes parecen formar un cuento independiente. En esta versión, como en la nuestra, se trata de apuestas con un rico cacique; pero mientras en el cuento del señor Lenz el protagonista exige plata en premio, el nuestro que es muy pobre y se ha enamorado de la hija del cacique, pide animales en el caso de ganar las apuestas, ofreciendo trabajar sin sueldo si las pierde.

En el cuento de Lenz las apuestas son cuatro, en el nuestro tres. Esta cuarta apuesta parece añadida a la versión primitiva, tal vez para enterar el número cuatro, que es el número sagrado de los indios.

En ambas versiones se trata primero de sacar la comida del plato mientras el rico come; segundo, quitarle la

(1) *Estudios araucanos: Las apuestas*, núm. 3, pág. 234.

cama donde está aeostado; y tercero, robarle el caballo. Para conseguirlo, el indio del cuento de Lenz primero suelta culebras en la pieza, el rico se para de la mesa para matarlas y el joven escamotea el plato. Para la segunda apuesta introduce en la casa unos chingues, cuyo olor insopportable obliga al rico a abandonar la cama. En fin, gana la tercera apuesta, cambiando el caballo vivo por uno de madera que ha fabricado (1).

Nuestro protagonista, a quien se le han propuesto las mismas apuestas, las gana 1.^o, escupiendo en el plato desde el tejado de la ruca, 2.^o, vaciando sobre el cacique dormido un saco lleno de hormigas. La tercera apuesta es más difícil, se trata de quitar el caballo sobre el cual está montado el cacique sin tocar ni violentar a éste. El indio ata quiseo a la cola del caballo, que, al galopar, se clava y se tira al río con su jinete. Arrastrado por las aguas, el cacique abandona su montura, y no pudiendo entregar el caballo, que era el premio prometido, da la mano de su hija al indio.

Este ardid es muy sencillo, la adaptación del cuento europeo a las costumbres araucanas se ha hecho muy naturalmente y no presenta ningún hecho inverosímil, como sucede con otras versiones extranjeras nacionalizadas.

De los cuentos europeos que pueden compararse con el nuestro, citaré «Le franc voleur» de Cosquin (2): Pedro, que ha vivido durante algún tiempo con ladrones, vuelto a su país debe robar a un conde: 1.^o, su caballo; 2.^o, sus

(1) No se explica de qué manera el indio ha podido construir un caballo de madera (lo que demanda trabajo y tiempo) sin que el cuidador del caballo vivo lo note.

(2) *Contes populaires de la Lorraine*. Tomo II, pág. 273.

bueyes (1). Pedro, vestido de capuchino, se introduce en el pesebre donde está el caballo, emborracha a los caballeros y se lleva el animal. Para poder robar los bueyes se disfraza de juglar y hace payasadas.

En un cuento de Grimm, el ladrón debe robar el caballo de su padrino, sacar la sábana de la cama mientras el caballero y su mujer están acostados y, en fin, robar el anillo que la señora lleva en el dedo.

Para robar dos corderos conducidos por un pastor, el protagonista de un cuento serbio se quita un zapato y lo deposita en el camino por donde debe pasar el pastor. Este no lo recoge; pero un poco más lejos encuentra el segundo zapato que el ladrón ha dejado y vuelve atrás a fin de recoger también el primero. El ladrón aprovecha su ausencia para apoderarse de los corderos que han quedado solos.

Un cuento rumano que he oído narrar en mi juventud, tiene episodios bastante parecidos con los de nuestro cuento: Un joven se ha enamorado de la hija de un gigante. Éste consentirá en dársela por esposa si el joven consigue: 1.^o, sacarle la sopa que está en su plato mientras él come, y esto, sin ponerle la cuchara adentro; 2.^o, vaciar un odre de kumel, que es su bebida preferida, sin agujerear el odre ni tocar su contenido; 3.^o, sacarle los zapatos de los pies sin tocarlos.

Para la primera apuesta el joven agujerea el plato de madera que sirve al gigante para comer la sopa, y le pone un pequeño tapón. Acurrucado entre las piernas del gigante que está sentado y tiene el plato sobre sus

(1) Hay una tercera hazaña completamente extraña a nuestro cuento: El joven debe hacer que se muera un sacerdote, tío del conde, para que éste herede.

rodillas, saca el tapón, la sopa se escurre, y gana la primera apuesta.

Para vaciar el odre sin agujerarlo ni tocar su contenido, lo llena de piedrecitas y el líquido se derrama en el suelo. En fin, para quitarle los zapatos al gigante, toma una olla de agua hirviendo, finge tropezar y la deja caer sobre los pies del gigante que se quema y se apresura a quitarse el calzado.

Además de estos cuentos, Cosquin, en sus notas sobre «La franc voleur», cita un cuento irlandés, uno ruso, uno noruego y un cuento toscano, que pueden compararse con el nuestro.

El episodio del casamiento del indio con la hija del cacique, lo encontramos en un cuento milanés de Imbriani (1) en el cual el protagonista va a reclamar la mano de la hija del sol, premio de una apuesta ganada por él.

XVI. El hijo de los animales

(Narrado por RAMÓN TRINCAU, de Río Bueno)

1. Entonces, dicen, hubo una guerra entre los indios. Mucho pelearon y tuvieron que batirse. Calvuñil, el indio, salió pa pelear y su mujer prometió esperarlo.

Muchos meses duró la pelea, y no volvían los indios. Entonces un indio se metió en la ruca y quiso casarse con la mujer de Calvuñil. No quería la mujer, pero él quería, y dijo: «Has de querer no más», dijo, dicen.

Entonces se fué el indio, y la mujer quedó en cinta y supo que su marido volvía. Tuvo miedo la mujer, dicen,

(1) *Novellaja Fiorentina*, pág. 411.

que su marido la matara, y arrancó, dicen, pa la cordillera. Así lo hizo, dicen, la mujer.

Caminó, caminó muchos días y llegó al país de los animales; pero tuvo miedo y se murió de miedo, dicen.

2. Entonces, después de morir la madre, nació la guagua y se puso a llorar, dicen; entonces vinieron todos los animales: leones, tigres, huanacos, huemules, avestruces, zorros, chingues, huillines, venados. También vinieron los animales chicos como la araña, la hormiga, la mosca; también las aves vinieron toditas; las aves grandes y chicas, dicen.

Vieron a la guagua, dicen, los animales, y también vieron a la madre que había muerto; muerta dicen que estaba; y resolvieron cuidar de la guagua, que era un varón. Entonces cada animal mandó a su hembra criar a la guagua, y el niño creció, dicen, y aprendió el habla de todos los animales. Todo, dicen, que lo aprendió el niño.

3. Muy buen cazador fué el niño, dicen, y sus amigos lo querían mucho. Cuando grande dijo que él quería irse pa conocer la tierra y saber de dónde había venido. Entonces se reunieron todos los animales, dicen, y cada uno le dió una prenda y le dijeron que cualquiera cosa que le pasara, le bastaría besar la prenda, dicen, pa transformarse en el animal que se la había dado: los leones, los tigres, los huanacos, los huemules le dieron un pelo, dicen, que se arrancaron; las aves dieron una pluma, la araña un hilo; la mosca, la hormiga un escupo; toditos, dicen, le dieron, los animales; y se fué el joven indio acompañado por las aves, y la hormiga se trepó encima de él y dijo que se iría con él.

4. Entonces caminó el indio y vió tierras, dicen, y llegó a una cueva donde había un animal muy regrande,

con una cabeza enorme. A la entrada de la cueva estaba el animal, dicen, y engullía a todos los que pasaban. Eso hacía, dicen, el animal.

Entonces no le tuvo miedo, dicen, el indiecito, y sacando el escupo de un mosquito, lo besó. Entonces fué transformado en mosquito, dicen, y se metió en las narices del animal, y éste estaba tan furioso que se revolvía en el suelo, y acabó por rodar de lo alto de la montaña y se despeñó en un barranco. Dicen que se despeñó.

Entonces: «Ahora quiero ser hombre», dijo, dicen, el joven; y volvió a ser hombre, dicen, y le cortó la cabeza al animal grande, y subió otra vez arriba de la montaña y volvió a tomar a la hormiga que lo esperaba metida en un agujero, dicen.

5. Caminó más, mucho más, el joven, dicen, y llegó al mar y vió a un pescado muy regrande que le quería devorar, dicen. Sacó el joven una pluma de gaviota y la besó, y fué transformado en gaviota, dicen, y voló, y se fué a posar sobre el cuerpo tan regrande del pescado. Dicen que grande era el pescado.

Entonces: «Ahora quiero ser hombre», dijo, dicen, y se volvió hombre y con su cuchillo le reventó los ojos al pescado grande. Entonces, como ya no veía, éste nadó derechito a la orilla, dicen, y el joven lo mató, y con su cuero se hizo un vestido. Volvió a tomar a la hormiga y se marchó otra vez, dicen.

6. Entonces vió una montaña muy alta, y salía humo, dicen, y el joven le preguntó a la hormiga, y ella dijo, dicen, que era la casa de un Cherruve muy malazo (1) que mataba a todos los que iban a su casa; eso dijo.

(1) Cherruve, mito araucano. Los indios pretenden que el volcán es la casa del cherruve. Este reemplaza en los cuentos a los dragones o monstruos de los cuentos europeos.

Entonces: —«Veremos si me mata a mí», dijo, dicen, el joven, y subió al volcán. Cuando llegó, dicen, vió a un enano negro, sentado a la puerta de la casa del Cherruve. Sentado, dicen, estaba el negro enano.

—¿«Qué buscas? le dijo, dicen, el enano. ¿No sabes que si te ve el Cherruve te matará»? dijo, dicen.

—¿«Por qué habría de matarme? dijo, dicen, el joven; yo quiero verlo».

Entonces en esto salió el Cherruve, botando llamas por la boca, dicen, los ojos eran de fuego, y se precipitó sobre el joven. Ligerito besó éste el hilo de la araña, y fué transformado en araña, dicen. Corrió ligerito sobre el Cherruve, teniendo buen cuidado de pasarle detrás, y trepó sobre él y se le metió en una oreja, dicen, y le mordió el celebro, dicen, y el Cherruve se volvió loco y no pudo resistir, porque la araña le comió todo el celebro, y murió el Cherruve; así dicen que murió.

Salió la araña y dijo, dicen: «Ahora quiero ser hombre»; y se volvió hombre (1); entonces mató al enano, dicen, que estaba a la puerta de la casa del Cherruve; lo mató al enano.

7. Se entró, dicen, el joven en la casa y vió a una bonita mujer que estaba amarrada en un rincón de la casa del Cherruve. Se quedó admirado, dicen, el joven, porque jamás había visto una cosa tan bonita; y preuntó a la hormiga:

—¿«Qué animal es éste, que no lo conozco»?

—«Se llama mujer, dijo la hormiga, y es un ser muy bueno y muy malo, capaz de dar la felicidad y la desgracia». Así dijo, dicen, la hormiga.

(1) Es decir volvió a ser un hombre.

Entonces: —«Poco importa, dijo el indio, yo quiero llevármela».

Dormida estaba la niña, dicen, y pa no asustarla se transformó el joven en golondrina, dicen, y con la punta de sus alas la despertó. Ella miró y dijo, dicen, llorando:

—¿«Por qué me has despertado? Estaba soñando con mi madre, mis hermanos, mis parientes, y ahora que estoy dispierta me acuerdo que me va a matar el Cherruve, a quien mi padre me entregó en cambio del agua que él tiene encerrada».

Entonces:—«Ahora quiero ser hombre», dijo el indio, y se cambió en hombre.

8. Se asustó la niña, pero él le dijo, dicen, que no tuviera miedo, porque quería devolverla a sus padres; y le preuntó adónde estaba el agua.

—«Por allí en el fondo de ese hoyo de donde sale humo», dijo la niña.

Entonces se transformó, dicen, en erizo el joven, se enroscó como una bola, dicen, y se dejó caer en el hoyo. Cuando estuvo en el fondo, vió el agua amarrada, la desató, dicen, y pa que pudiera salir, se transformó en ratón, escarbó un caminito, y por ahí salió el agua, dicen, y se precipitó en el valle. Dicen que salió el agua.

Entonces subió otra vez al volcán el joven, y, transformándose en huemul, sirvió de montura a la niña, dicen.

Bajaron al valle y vieron venir a unos hombres malos. Entonces se transformó en león el indio y mató, dicen, a los hombres malos, que eran ladrones, y les quitó todita la plata que tenían. Todita se las quitó, dicen.

Entonces otra vez se transformó en huemul, dicen, y cargando a la niña, se fué corriendo. Así llegaron a orillas de una laguna, y el joven se transformó en pájaro

muy grande y se llevó a la niña, dicen, pa atravesar la laguna.

Así llegaron a la ruca de la niña, y se transformó y se volvió hombre y se casó con la niña, y dió todita la plata al padre.

NOTAS

Este cuento, que es de origen europeo, ha sido traído sin duda, por los españoles y su adaptación a las costumbres indígenas no ha debido encontrar grandes dificultades por cuanto el tema tratado en él se presta a todas las adaptaciones, cualquiera que sea el país que lo adopte o lo haga suyo.

Si algunos cuentos necesitan para su adaptación ciertos cambios o modificaciones, no sucede lo mismo con éste, pues el cariño o el agradecimiento no tienen patria ni lugar preferido. Donde quiera que se pueda sufrir se puede aborrecer o querer y un servicio prestado puede en cualquiera parte del mundo civilizado o salvaje provocar el agradecimiento.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará).

=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs.
Diario del viaje del General O'Higgins en la campaña de Ayacucho. Cuarta parte (<i>Conclusión</i>)	5
BARRIGA, José Miguel.—Una visita judicial a la provincia de Maule en el año 1842	57
VICUÑA MACKENNA, Carlos.—La tentativa monárquica en Sud-América. Los documentos secretos de Monteagudo	67
SILVA COTapos, Carlos.—Don Manuel de Alday y Aspee, Obispo de Santiago de Chile	90
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena, (<i>Continuación</i>)	136
FLORES VICUÑA, Carlos.—El Coronel don Pedro Flórez Cienfuegos.	155
DE LA CRUZ, Ernesto.—El genio político de Bolívar	163
OYARZÚN, Aureliano.—La sangre en las creencias y costumbres de los antiguos araucanos	181
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	238
VALENZUELA, Pedro Armengol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	273
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
ECHEGOYEN, Horacio.—Ensayo sobre irrigación de la provincia de Atacama (<i>Conclusión</i>)	354
GUSINDE, P. Martín.—Medicina e higiene de los antiguos araucanos	382
RISO PATRÓN, Luis.—Principales errores y deficiencias del mapa de Chile, confeccionado por la ex-Oficina de Mensura de Tierras	416
VICUÑA, Pedro Félix.—La Revolución de 1851	467
Bibliografía	472
Actas de la Sociedad	493

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1917





Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

Nuestro cuento presenta en el conjunto de sus episodios un encadenamiento natural. En él los acontecimientos se desarrollan sin esos cambios repentinos que desconciertan o cansan, hasta encontramos en él cierto dejo de poesía y delicadeza muy raros en narraciones de esta naturaleza, y sin embargo, esa poesía y esa delicadeza no parecen cosa arreglada o añadida porque ellas se presentan muy naturalmente. ¿No hay delicadeza en el indio que para despertar a la niña se transforma en golondrina (uno de los pájaros más poéticos) y le roza la cara con su ala? ¿No hay poesía en la exclamación de la joven: Por qué me has despertado? Soñaba que estaba con mi madre, mis hermanos, mis parientes; expresión del dolor que le causa el estar separada de ellos.

Los indios, a pesar, de su apariencia torpe y tosca y de sus antiguos instintos bélicos, muestran cierta tendencia poética, una prueba de ello la encontramos en sus cantos

amorosos, en sus elegías, donde las metáforas abundan. También son picarescos y dotados de espíritu de observación. La definición que la hormiga da de la mujer que el indio ve por primera vez, es un testimonio de ello: «Es un ser muy bueno y muy malo, capaz de dar la felicidad o la desgracia». En pocas palabras, la hormiga expresa las cualidades y los defectos que el mundo presta a la mujer.

Si mi narrador hubiese sido un hombre inteligente o algo civilizado habría podido pensar que expresaba sus propias ideas o sus sentimientos; pero creo haber dicho en otra parte que era el más torpe, diré mejor el más tonto de los que han sido informantes míos y que no solamente era incapaz de expresar una idea sino de tenerla. Debo, pues, creer que él repetía lo que le había sido contado.

* * *

Antes de enumerar los cuentos extranjeros que tienen alguna relación con el nuestro, citaré las versiones chilenas que tratan de temas parecidos o que, a lo menos, tienen algún episodio que se le pueda comparar. En algunas de ellas sólo aparece el monstruo, dragón, gigante o che-rruve, sin que haya trasformación del héroe cuando libera a las niñas destinadas a ser devoradas. En tal caso, a menudo aparece un perro que acompaña al libertador; otra vez, uno o más compañeros lo ayudan en su empresa. En otras versiones existen las trasformaciones, como en la nuestra.

El señor Lenz ha publicado tres cuentos araucanos (1): «Las apuestas», «Los dos perritos» y «Las trasformaciones». El primero se compone de varios episodios, pudiendo cada uno de ellos formar un cuento separado. En el primer episodio, el cherruve que guarda a una mujer para comerla, es muerto por el indio con ayuda de su perro (2). No hay trasformación. En el segundo episodio del cuento «Los dos perritos», el indio va a la casa de un rico para buscar trabajo. En camino ve a una niña desnuda que el padre ha entregado al cherruve para obtener el agua que éste sujetaba (3). Como en la primera versión, no hay trasformación, y el protagonista es ayudado por sus perros Norte y Sur. El tercer cuento, que se titula «Las trasformaciones», tiene más parecido con el nuestro; pero la introducción es completamente distinta. Un indio, hijo de un hombre rico, sale de su casa para emprender un viaje, monta un bonito caballo y lleva buena ropa. En el camino, ve a un hombre pobre y anciano y le dice que va a buscar trabajo; le ofrece cambiar de ropa con él y le entrega su caballo. Más lejos encuentra a todos los animales reunidos. A ellos también les dice que busca trabajo. Los animales, después de preguntarle si quiere ser valiente, le entregan yerbas de virtud que les servirán, ya sea para transformarse en cualquiera de los animales que le han hecho el regalo, ya sea para tener tanta fuerza como ellos.

Como se ve, la introducción es muy distinta: en nues-

(1) *Estudios Araucanos*, N.^{os} 3, 4 y 5, págs. 233 a 249.

(2) Este elemento falta en nuestra versión.

(3) Compárese con nuestro cuento: El cherruve sujetaba el agua en el fondo de un pozo.

tra narración el joven aparece como hijo adoptivo de los animales que lo encontraron junto al cadáver de la madre. El cariño que le profesan es muy humano y muy natural y explica perfectamente el motivo de los regalos. Los animales obran en tal caso como lo hubieran hecho seres racionales al despedir a un hijo adoptado por ellos. En cambio, este motivo no existe en la narración del señor Lenz, y no se comprende que, sin haber recibido beneficio alguno ni conocer o haber tratado al indio, los animales le regalen yerbas milagrosas. ¿Será para premiar su buena acción para con el pobre? En tal caso, más natural hubiera sido que el mismo anciano se encargara de dar la recompensa que, no siendo objeto valioso, bien hubiera podido estar a su alcance.

En los episodios que siguen, el indio prueba la eficacia de las yerbas y se sirve de ellas para trasformarse varias veces en pájaro, hormiga u otro animal; pero sólo en cuanto a las trasformaciones se puede comparar con nuestro cuento, por cuanto en el cuento de Lenz hay episodios que faltan en el nuestro. En él aparecen dos mujeres que son hermanas, libre la una, cautiva del cherruve la otra. El indio, después de matar a éste, se trasforma en tigre para servir de montura a la mujer (1).

El monstruo que tiene cautivas a hermosas niñas se encuentra también en dos cuentos chilenos del señor Laval: «El soldadillo» y «Los hijos del pescador». En ambos cuentos las niñas son libertadas por el héroe después de muchas peripecias.

(1) En nuestro cuento, el indio se trasforma primero en huemul, después en un pájaro grande para trasportar a la niña.

* *

Desde los tiempos más antiguos abundan las leyendas sobre transformaciones voluntarias o involuntarias. En la mitología griega vemos a Júpiter y a los demás dioses del Olimpo tomar distintas formas, animadas o inanimadas, para manifestarse a los mortales o conseguir cualquier objeto. Los escritores griegos hacen mención de las transformaciones sufridas por una infinidad de semidioses o héroes. Verdad es que, a menudo, estos cambios eran impuestos como castigo por una falta cometida, lo que no es el caso de nuestro protagonista, cuyas transformaciones son pasajeras y voluntarias.

El caso del niño criado por las hembras de los animales que lo encuentran al lado de su madre muerta, recuerda en algo la leyenda de Rómulo y Remo amamantados por una loba.

* *

La liberación de la niña por el héroe que debe matar a un monstruo que la tiene prisionera, la encontramos en varios cuentos, fábulas o leyendas internacionales.

En la leyenda griega, Perseo libera a Andrómeda encadenada sobre una roca y condenada a ser devorada por un monstruo marino. Teseo mata al Minotauro, a quien los atenienses debían pagar un tributo de siete niñas y siete jóvenes. Hesiona, pronta a ser devorada por un monstruo, es salvada por Hércules.

En una leyenda china, un dragón ha comido durante varios años las niñas de la comarca; queda una que el monstruo se prepara a devorar. Un joven, ayudado por la

niña, mata al monstruo y en su cola encuentra una espada que, según cuentan, el Mikado lleva todavía. El joven y la niña son venerados y considerados por los chinos como los dioses protectores del hogar y tienen un templo en Oyashiro (1).

Encontramos además al monstruo y a la niña en los siguientes cuentos de Cosquin (2):

«Don des trois animaux», «Les fils du pêcheur», «La reine des poissons», «Léopold», «Fortuné». En algunos de estos cuentos el héroe es ayudado por un perro.

El animal fabuloso que sujetá el agua aparece en la antigua leyenda de Cadmo, el cual mató al dragón que custodiaba las aguas de la fuente de Areia. Lo vemos también en un cuento de los avaros del Cáucaso, citado por Cosquin, en un cuento kabila de Rivièrē y en varios cuentos orientales.

En cuanto a las transformaciones, las encontramos en los cuentos de Cosquin citados más arriba, «Don des trois animaux», «Fortuné» y en «Le roi d'Angleterre et son filleul»; en un cuento griego moderno del Epiro citado por Cosquin; cuentos sicilianos de Pitré; «Novelline de San Stefano» de Gubernatis cuentos de la baja Bretaña de Luzel, y en un cuento de Sébillot. En casi todos ellos, los animales, agradeciendo un favor hecho, recompensan al héroe con un don que consiste en una parte de ellos mismos y cuya virtud le permite transformarse en uno de ellos.

(1) Esta leyenda me fué narrada por un chino en un viaje que hice a bordo del vapor *L'Anadir*. Cosquin en sus notas cita el hecho más o menos en los mismos términos.

(2) *Contes populaires de la Lorraine*.

En la fábula «Le lion et le moucheron» (1), el mosquito penetra en las narices del león y lo pica cruelmente, éste trata en vano de libertarse de su enemigo. El mismo hecho sucede en nuestro cuento: para luchar contra el monstruo, habitante de la cueva, el indio se transforma en mosquito. El monstruo, enloquecido por las picaduras, acaba por rodar y despeñarse en un barranco, donde el indio, vuelto a su primitivo estado, lo mata.

XVII. Las tres hermanas

(Narrado por EUDOCIA CATRICHÉO, de Loncoche)

1. Había un indio viejo que era muy pobre y no podía trabajar porque era manco. Tenía tres hijas el indio, la menor bien bonita, dicen. Dijo, dicen, la mayor: «Yo saldré a ganar plata y trabajar». Y salió pa irse a trabajar.

Entonces llegó a orillas de un río y se quedó dormida, dicen. Pasó un hombre rico, y preuntó a la niña que por qué andaba sola. Ella dijo, dicen: «A buscar trabajo». Entonces el rico la llevó a su casa y le dió trabajo en la cocina. Ella trabajó, dicen, días (2) y después dijo al rico que le pagara.

—«No tengo dinero ahora, dijo, diceen, el rico, escoge si quieres o esas riendas de plata o ese lazo.»

La niña escogió las riendas de plata y se volvió a su ruca, dicen, y vendió las riendas de plata y con la plata compró ropa pa ella y pa su padre.

2. Entonces la otra niña quiso también ganar plata, dicen, y se salió a buscar trabajo pa ganar plata. Se acostó

(1) LA FONTAINE, *Fables*, liv. II, N.º 9.

(2) Es decir, varios días, algún tiempo.

a orillas de un río y se durmió. Un rico que pasó, la despertó pa que le dijera que por qué dormía así tan a orillas del río.

—«Duermo, dijo, dicen, pa que me lleve a ganar plata»; así dijo ella.

El rico le preuntó si sabía tejer mantas.

—«Yo sé tejer mantas», dijo ella.

Entonces se la llevó el rico y cuando hubo tejido mantas pidió plata y el rico le dijo que escogiera o unas riendas de plata o un lazo. Ella tomó las riendas de plata y también las vendió y compró, dicen, ropa bien bonita pa ella y su padre y nada pa la menorcita.

3. El padre era muy contento con las hijas mayores; pero pegaba a la más chica, dicen, porque no tenía plata. Entonces ella dijo: «Yo también ganaré algo, y si no es plata, siempre será algo bueno pa ganarme la vida». Y se salió dicen.

Entonces caminó mucho, pero no por el lado del río, se fué al monte y vió a una vieja india que cargaba una grande carga de leña sobre sus hombros. Ella la ayudó y se fué con la india, que era machi, a una ruca. Vivió, dicen, algún tiempo con la vieja y trabajaba pa ella.

Después le dentró ganas de ver a su padre y a sus hermanas y dijo, dicen, a la vieja que pensaba irse. La machi le dió un lazo y le dijo que se lo llevara escondido y que cada vez que necesitara algo que se lo pidiera al lazo, y todo lo tendría.

Entonces se fué la chica y llegó a la ruca de su padre y éste le preuntó si traía plata. Ella dijo que traía un lazo y el viejo y las hermanas le pegaron y no le dieron comía. Entonces ella salió y se fué al bosque y con el lazo cazó pájaros y después volvió a la ruca y como las

hermanas le hacían burlas, ella salió otra vez y laceó un animal muy gordo (1). Otro día laceó un caballo, otros ovejas, huanacos, avestruces, y todo lo metía en un corral que era de ella. Las hermanas se morían de rabia y querían que ella les diera su lazo que llevaba arrollado a su cuerpo, pero ella, dicen, no quería. Entonces pensaron matarla y la convidaron a bañarse en el río.

4. Entonces ellas fueron, y cuando estuvieron a orillas del río, tiraron a la niña en el río en una parte muy honda, dicen; pero, con el lazo ella se salió a la otra orilla y desde allí llamó a todos los animales, caballos, ovejas, huanacos, avestruces que estaban en el corral y con el lazo los pasó por la otra orilla, dicen. Entonces ella se fué con todo lo que le pertenecía y llegó a otro río.

Entonces vió al hijo de un gran cacique que quería atravesar el río con su caballo y que las aguas arrastraban. Ella lo salvó, dicen, con su lazo, dicen, y él la llevó a la ruca de su padre con los animales: huanacos, caballos, ovejas, avestruces, y se casó con ella, dicen, y fueron muy ricos, y las hermanas malas murieron de pena.

NOTAS

El tema de las tres hermanas ha sido tratado por el señor Lenz en un cuento que lleva este mismo título y que publicó en su obra *Estudios araucanos*. Las dos versiones difieren muy poco una de otra, salvo pequeños detalles agregados u omitidos por los narradores, quienes, como es sabido, a pesar de narrar un mismo hecho, lo arreglan siempre según su carácter o índole, insistiendo

(1) Entiéndase un buey o una vaca.

el uno sobre tal o cual punto por parecerle más importante, mientras el otro narrador lo encuentra sin interés.

En la versión del señor Lenz las tres hermanas, al salir de casa para buscar trabajo, siguen el mismo camino, deteniéndose a dormir a orillas de un río o laguna. En nuestro cuento, la menor de las niñas no sigue el mismo camino que siguieron sus hermanas, ella se dirige al monte; tampoco se contrata para trabajar en la casa de un rico, sino que, movida a compasión al ver que una vieja, con quien se cruza en el monte, no puede llevar una carga de leña, la ayuda y después de seguirla a su ruca se queda con ella algún tiempo para servirla.

Esta vieja es una machi. Ella reemplaza en nuestro cuento araucano al hada o bruja que en los cuentos extranjeros aparece para poner a prueba la bondad del corazón del protagonista.

La figura puede cambiar según las costumbres y el temperamento de los habitantes del país donde se desarrolla la acción; pero estamos seguros de encontrar este personaje en la mayor parte de las narraciones. En las leyendas místicas es la Virgen, un ángel, un santo o una santa, quienes, bajo la figura de una anciana, de un desgraciado o de un niño desvalido, aparecen al protagonista y le piden su ayuda. En los cuentos orientales, la Virgen y los santos son reemplazados por hadas o genios. Hadas también encontramos en las narraciones de los pueblos occidentales.

Una cosa digna de notar es que, en la literatura de todos los pueblos, el menor de los hijos es el que vence los obstáculos o alcanza mayor provecho, a pesar de ser, muy a menudo, el más tímido, a veces el más débil. La inferioridad en la cual lo coloca la naturaleza respecto a

la diferencia de edad con sus hermanos, parece ser compensada por la suerte que lo acompaña en lo que emprende; pero esta suerte es un premio a su virtud. Si es más débil en apariencia, en cambio, está dotado de buen sentido y no se deja deslumbrar tan fácilmente; es además, paciente e ingenioso. La costumbre de verse despreciado o ridiculizado por sus hermanos, lo hace precavido, y como ha debido contentarse siempre con lo que los otros le dejaban, se halla satisfecho con la menor recompensa. Nuestra protagonista, al recibir el lazo que la machi le entrega, se encuentra suficientemente pagada de los servicios que ella pensó prestar gratuitamente a la vieja, cuya verdadera personalidad y poder ignora.

El objeto maravilloso obtenido en pago de algún servicio prestado se encuentra en numerosísimas narraciones o cuentos: tan pronto es un píto que al ser tocado resucita a los muertos; un tambor que tiene el poder de reunir miles de soldados; una bolsa que se llena siempre de dinero; un anillo que procura a su poseedor todo lo que puede apetecer; pero sobre todo, el objeto es más a menudo una varilla de virtud cuyo poder es extraordinario.

En el cuento del señor Lenz, como en los cuentos europeos, la india recibe una varilla, en el nuestro es un lazo, elemento nacional muy empleado por los indios.

Además de la versión del señor Lenz que, como lo dije más arriba, es casi completamente igual a la nuestra, he recogido en Chile varios cuentos populares sobre el mismo tema, entre otros, dos que me propongo publicar en la segunda parte de esta recopilación, y que se titulan «La pollita blanca» y «La aguja maravillosa».

Entre los cuentos extranjeros que tienen más semejanza con el nuestro, citaré un cuento árabe recogido por mí

en Marruecos: Tres hermanas muy pobres viven con su madre. Las dos mayores entran al servicio de un rico, quien, en pago de su trabajo, les dice que escojan entre una bolsa llena de oro o un huso. Las niñas escogen el oro y vuelven a la casa de su madre, que había quedado con la menor. Despreciada por sus hermanas y por la madre que le reprocha el ser una boca inútil, Aicha, la menor, sale también para tratar de ganar algo. En el camino encuentra a una vieja ciega que anda sola y corre peligro de caer en un pozo que está a sus pies. La joven le ofrece acompañarla a su casa y quedarse con ella para cuidarla; la vieja acepta y las dos mujeres viven juntas. La vieja ciega cae enferma, y comprendiendo que está próxima a morir, llama a Aicha y le dice que vuelva a su casa, agregando que ella tiene guardado debajo de una estera que le sirve de lecho, un huso y una bolsa llena de monedas de oro. En pago de sus servicios, la niña deberá escoger antes de irse uno de estos dos objetos. Pensando que la vieja necesitará el dinero para que la entierren decentemente, Aicha escoge el huso. Entonces la vieja se transforma en una hada joven y hermosa y revela a la niña que este huso es de virtud, y que bastará que le pida algo para que al instante vea cumplidos sus deseos. Aicha vuelve a su casa después de dar las gracias a la hada y para probar el corazón de sus hermanas, oculta el poder de su talismán. Las hermanas y la madre, que han gastado casi todo el oro que tenían en alhajas, vestidos caros y viajes costosos, al ver lo que ha traído, la echan de la casa tratándola de tonta. La joven les suplica, ofreciéndoles hilar para ellas; pero no quieren escuchar nada. Aicha se marcha con su huso. En el camino, oye decir que el hijo del Sultán está muy enfermo y que nadie conoce

su enfermedad; va a palacio y entrega a la vieja nodriza del príncipe una raspadura del huso para que la haga tragar en un poco de agua al enfermo. La nodriza hace lo que Aicha le dijo; el príncipe sana y se casa con la joven.

El caso de tener que elegir dones que en apariencia tienen poco valor, lo encontramos en un cuento irlandés de Kennedy (II, pág. 33) citado por Cosquin: Una niñita que sirve a una bruja deberá escoger entre tres cofrecitos; elige el menos pesado.

En un cuento birmano (1), los objetos son dos canastos. Estos mismos objetos aparecen también en un cuento japonés, traducido por M. A. B. Mitford (2): Un hombre debe escoger entre dos canastos perfectamente tapados. Como en el cuento birmano, el hombre escoge el más liviano, éste está lleno de plata, el pesado sólo contiene plomo.

En un cuento provenzal, el protagonista debe escoger entre tres cántaros llenos, el más pesado de arena mojada, el segundo de agua sucia, el tercero, que es el más liviano, contiene aceite. El muchacho, que ignora el contenido de los cántaros, escoge el menos pesado.

XVIII. El hacha y el lazo del Pillán

(Narrado por ÑAMCO)

Entonces, dicen, un viejo, calcu fué este viejo. Malo, dicen, fué este hombre viejo. Hijos tuvo ese hombre viejo, dos hijas. Zorras estas hijas del viejo fueron, dicen.

(1) M. F. MASON, *Journal of Asiatic Society of Bengal*. 1865. t. 34, 2.^a parte, pág. 228.

(2) *Tales of Old Japan*, pág. 249. Citado por Cosquin.

Entonces un hijo también, dicen, tuvo este hombre, tigre fué este hijo del hombre.

Entonces dos hermanos amigos vinieron a la ruca del hombre viejo. Buenos, dicen, fueron estos hermanos, pobres, dicen, fueron. Entonces les gustaron a estos hombres las hijas zorras del viejo calcu. Entonces:—«Nos casaremos dijeron ellas a los dos hombres». Así dijeron ellas.

Entonces:—«Danos tus hijas zorras», dijeron los hermanos al viejo.

—«Bueno, dijo este hombre viejo malo, plata ¿Cuánta plata me darán a mí?»

—«No tenemos», dijeron ellos.

—«Entonces bueno, dijo este hombre, me trabajarán mis tierras, mis hijos, maridos de mis hijas, dijo este viejo.

—«Bueno», dijeron ellos.

—«Mis árboles me cortarán mis hijos, maridos de mis hijas.»

Entonces escondido estuvo el hermano tigre de estas dos niñas zorras. Entonces:—«Con una hacha cortarán mis hijos los árboles grandes mios».

—«No tenemos», dijeron ellos.

Entonces les fué entregada una hacha de palo, de palo dicen que fué el hacha.

—«Con esta hacha cortarán los árboles», les fué dicho a estos hombres.

Entonces:—«¿Dónde están estos robles (1)?» dijeron los hombres.

—«Por allá, cerca del volcán», les fué dicho.

Entonces el hermano tigre caminó delante de ellos, dicen.

(1) Al principio el informante sólo habla de grandes árboles, sin decir su nombre. Ahora habla de robles.=*Fagus obliqua*.

—«No vayan, dijeron las mujeres bonitas a estos dos hombres, el Pillán los matará.»

Entonces:—«No nos matará», dijeron los hombres hermanos.

Entonces, estando cerca del volcán, vieron al Pillán, dicen, dormido estuvo este Pillán en un pequeño barranco.

Entonces el tigre, dicen, corrió ligero. Arriba del barranco llegó, dicen, corriendo este tigre,

Entonces piedra, una gruesa hizo rodar de arriba del barranco. Se arrancó, dicen, este tigre.

Entonces, dicen, estos hombres sujetaron la piedra.

No cayó la piedra sobre el Pillán, no lo alcanzó a matar la piedra, dicen. Entonces despertó, dicen, este Pillán, vió a los hombres este Pillán.

Entonces se fueron estos hombres para cortar los robles. Un golpe no más, dieron estos hombres. Se quebró, dicen, el hacha de palo de estos hombres.

—«¿Qué haremos para cortar este roble?» dijo, dicen, un hermano.

Entonces:—«El hacha del Pillán pediremos. Así diremos pues, dijo, dicen, el hermano al hermano. Ven, hacha del Pillán, así le diremos al hacha». Entonces: «Ven, hacha del Pillán, dijeron ellos, ven, hacha del Pillán, ven, hacha del Pillán, ven, hacha del Pillán», así dijeron cuatro veces estos hombres hermanos.

Entonces bajó el hacha del Pillán: de fierro muy duro, dicen, fué esta hacha del Pillán (1). Pesada dicen que fué el hacha.

(1) Las antiguas hachas empleadas por los araucanos eran de piedra, pero nuestro informante, indio relativamente civilizado parece haberlo olvidado y para demostrar la superioridad del hacha regalada por el Pi llán afirma que era de hierro.

Entonces la tomaron estos hombres con sus manos, así dicen que la tomaron. Un golpe no más dieron estos hombres. Entonces cayó, dicen, este roble. ¡Tan grande era el roble! dicen. Entonces enterraron el hacha estos hombres.

Este viejo enojado estuvo, dicen.

—«Este mi roble, no, dijo. ¿Por qué me lo cortaron?» dijo él.

—«Así lo cortamos», dijeron ellos.

Entonces:—«¿Dónde está mi hacha, pues?» dijo este viejo malo.

—«Aquí está», dijeron ellos.

Entonces:—«¿Por qué me quebraron mi hacha?» dijo todavía este viejo.

—«Se quebró», dijeron ellos.

Entonces:—«Un toro chupey (1) me han de cazar, cortarle la cabeza a ese toro», dijo el viejo.

—«¿Dónde está ese toro?» dijeron los hermanos.

—«Por allá, cerca del volcán», dijo el hombre viejo.

—«No vayan, dijeron las niñas zorras, este toro los va a matar.»

—«Iremos no más», dijeron ellos.

Entonces otra vez caminó corriendo el tigre, corrió muy fuerte, dicen. Entonces llegaron estos hombres al volcán. Parado sobre una piedra estuvo el Pillán.

Entonces alcanzó a verlo, dicen, el tigre pasó, dicen, detrás de la piedra grande este tigre, la empujó esta piedra, no cayó esta piedra grande, la sujetaron estos hermanos, dicen.

(1) Toro salvaje, antropófago. Lenz dice que debe ser un recuerdo de los toros cimarrones que se encontraban en la falda oriental de la Cordillera.

Entonces vino este toro chupey. Se escondieron detrás del roble, dicen, estos hermanos.

Entonces:—«Lazo del Pillán, diremos. Ven, lazo del Pillán, ven, lazo del Pillán, ven, lazo del Pillán, ven, lazo del Pillán». Cuatro veces le fué dicho al lazo.

Entonces bajó, dicen, este lazo del Pillán. Con el lazo lacearon al toro, lo lacearon, dicen. Entonces cayó este toro, en el suelo dicen que cayó. Le fué cortada la cabeza a este toro; con el hacha del Pillán, dicen que le fué cortada la cabeza.

Entonces se casaron estos hermanos con las zorras hijas del viejo. Los cuatro estuvieron casados. Entonces se apartaron del viejo estos hermanos, se llevaron a estas mujeres. Entonces contentos vivieron ellos con sus mujeres.

Entonces:—«Hijo tigre, dijo, dicen, el viejo malo, a estas hijas zorras les dirás: vuelvan con su padre, así dirás a estas niñas».

Entonces:—«No queremos», dijeron ellas.

Volvió este tigre, dicen, a este viejo su padre:—«No quieren», dijo, dicen.

Entonces bueno:—«Morir, han de morir ellas». Así dijo este viejo.

Entonces estos hermanos habían salido a trabajar. Al volver, dicen, encontraron a las mujeres sentadas; cerca de la puerta estuvieron estas mujeres. Las llamaron estos hombres, no contestaron. Cuatro veces fueron llamadas. No contestaron nada estas mujeres.

Entonces un puntapié dieron estos hermanos a estas hermanas. Cayeron al suelo. Entonces muertas estuvieron estas mujeres, llenas de sangre estuvieron ellas, sangre en el suelo hubo también. Mucho lloraron estos hombres.

Entonces:—«Maldito tigre, dijeron estos hermanos, él mató a sus hermanas», así dijeron ellos.

Salieron estos hombres, salieron afuera, dicen. Buscaron estos hombres. Llegaron, dicen, al barranco. Allí estaba el tigre. Despacio caminaba, dicen, tan llena de sangre estaba su barriga. Sangre de sus hermanas había bebido, dicen, por eso tan pesada su barriga, dicen. Lo alcanzaron los hombres, con el hacha del Pillán fué muerto este tigre, así fué muerto, dicen.

Entonces caminaron estos hombres hermanos, a la ruca del viejo fueron ellos. Entonces fué de noche, dicen.

Entonces:—«Cuatro años noche será, no habrá más luz», dijeron ellos. Entonces no amaneció más, todo fué oscuro, dicen.

Entonces lloraron los animales. Vinieron los animales a la ruca del viejo, todos vinieron, dicen. Entonces:—«Devuélvannos el día», así les fué dicho a estos hombres.

—«No queremos, porque se han muerto nuestras mujeres», dijeron ellos.

Entonces:—«Mujeres les daremos», les fué dicho a estos hombres.

—«¿Dónde están estas mujeres?» dijeron ellos.

Entonces las hijas de estos animales todas ellas vinieron, dicen; avestruces, guanacas, ovejas, yeguas vinieron. También vinieron las hijas de los pájaros: palomas, bandurrias, águilas, golondrinas.

No les gustaron a estos hombres, no quisieron casarse con estas mujeres, dicen.

Entonces:—«Será siempre noche, dijeron ellos; cuatro años no saldrá el sol».

Entonces fué encontrado este viejo escondido debajo de un cuero, dicen.

Entonces:—«¿Por qué mandaste matar a nuestras mujeres?» le fué dicho a este viejo.

Amarrado con el lazo del Pillán, dicen que fué este viejo. Entonces llevado fué este viejo sobre un caballo; a la casa de los hermanos, dicen fué llevado este padre. Siempre estuvieron en el suelo las mujeres de estos hombres. Con el hacha del Pillán se le cortó la cabeza a este viejo, chorreó, dicen, la sangre, salió, dicen, la sangre. Entonces resucitaron estas mujeres. Se levantaron, dicen, vivas otra vez estuvieron ellas.

Entonces fué de día, dicen, salió otra vez la luz del día.

Entonces fué despedazado el cuerpo de este viejo. Cada animal, dicen, comió un pedazo. Así se llenaron, dicen, estos animales que habían acompañado a estos hombres hermanos.

NOTAS

Este cuento puede considerarse como una variante del cuento «El viejo Latrapay», publicado por el señor Lenz (1). Si comparamos las dos versiones encontramos muy poca diferencia. Ambas tratan de un ser maléfico que impone a sus yernos trabajos difíciles o peligrosos con la intención de deshacerse de ellos y que al ver que sus esperanzas no se realizan, acaba por hacer matar a sus propias hijas.

En sus notas el señor Lenz dice que este cuento es muy popular en la Araucanía central, lo que confirmó la opinión que nos hemos formado de que se trata de un tema primitivo, que la fantasía de cada narrador ha mo-

(1) *Estudios araucanos*, II, Cuentos míticos. N.º 2. pág. 225.

dificado en cuanto a los detalles, pero cuyo fondo permanece inalterable.

En cuanto a la diferencia de títulos, no tiene ninguna importancia, pues a menudo el narrador lo improvisa o no da ninguno preciso al hacer su narración, limitándose a indicar los caracteres generales. Recuerdo que el título de este cuento fué debido al hecho de haberse quebrado el mango del hacha que empleaba el informante para partir un trozo de madera, destinado a los trabajos del ferrocarril en construcción. Vino a la casa para pedir que se le prestara un hacha muy grande que teníamos y al recibirla dijo riendo: «Esta sí ser hacha buena, tan buena como el hacha del Pillán». Y como lo interrogara me hizo esta narración.

En la versión del señor Lenz, Conquel y Pidiù, invocan al Pillán, como a una deidad, cuya protección o ayuda es un favor. En la nuestra, el Pillán aparece y deja de ser un mito invisible: los dos hermanos lo ven, una primera vez dormido en el barranco y luego después parado sobre el borde de una roca, que al rodar podría precipitarlo en el precipicio. Cada vez escapa a la muerte, merced a la intervención de los hermanos que sujetan la piedra empujada por el tigre, hijo del viejo calcu. Debemos notar que la intención del tigre no es tanto matar al Pillán sino provocar su enojo, haciendo aparecer a los hombres como autores del delito. La protección del Pillán es, por lo tanto, una recompensa por el servicio que le ha sido prestado.

El calcu de nuestro cuento impone sólo dos trabajos a sus yernos: primero cortar un árbol y segundo cazar y dar muerte a un toro salvaje. Estos trabajos no son más que un pretexto para obligarlos a pasar cerca del volcán con

la secreta esperanza de ver al Pillán matar a los hermanos.

El papel del tigre está muy bien delineado. Él lleva las instrucciones del padre y deberá tomar la delantera a fin de preparar la trampa en la cual deben caer los dos hermanos que han sido enviados a esta parte, bajo el pretexto de cortar un viejo roble. La prueba de esta aseveración la encontramos en la exclamación del viejo al ver que los hombres han escapado. «¡Este mi roble, nó! Como si quisiera decir: «Uds. no han entendido lo que yo les dije y han sacrificado un árbol, que para mí tenía gran importancia». Sin embargo, al darse cuenta del fracaso de sus planes, disimula su rabia, contentándose con mandarles que le cazen a un toro chupey, empresa difícil, pero que tiene éxito, gracias al lazo del Pillán que les permite cazar el toro, al cual cortan la cabeza con el hacha mágica que sirvió para derribar el viejo roble.

En el cuento del señor Lenz los trabajos son tres: primero cortar muchos robles, segundo matar unos toros salvajes, y por último cazar avestruces y guanacos. Para el primer trabajo Conquel y Pidiù, sobrinos del Latrapay, invocan la ayuda del Pillán o trueno, que les envía un hacha maravillosa para reemplazar la que se quebró. En cuanto a la matanza de los toros, no se dice si se hace con la ayuda del Pillán.

Para el tercer trabajo, es decir, la caza de los guanacos y avestruces, un zorro aparece como queriendo ayudar a los hombres; en realidad, sólo dispersa a los animales, dificultando la caza.

Este zorro no se dice si es hijo del Latrapay o si sencillamente está a su servicio, pero, como el tigre de nuestra narración, él está encargado de matar a las hijas del viejo

y cumple su misión, aunque en el cuento del señor Lenz parece hacerlo de mala gana, mientras que el tigre de nuestra narración, siguiendo su instinto feroz, se harta con la sangre de sus hermanas. Nuestro narrador nos lo muestra caminando despacio, molestado por el peso de su barriga demasiado llena.

Nuestra versión es mucho más corta que la del señor Lenz; resume en pocas líneas el desfile de las hijas de los animales, ofrecidas en matrimonio a los dos hermanos, en reemplazo de sus mujeres muertas. Faltan también los versos que el zorro canta al ir a la casa de las mujeres. La versión del señor Lenz es más completa, ella explica de qué manera ha desaparecido la luz encerrada en una olla y el curioso ardid empleado por la perdiz para libertarla, mientras en la nuestra los dos hermanos se limitan a decir que durante cuatro años será de noche, en castigo de la muerte de sus mujeres.

El final también se diferencia en algo: en nuestro cuento las dos mujeres resucitan al correr la sangre del viejo caleu, su padre. En «El viejo Latrapay» un avestruz representa un papel de hechicero, haciendo aparecer primero dos viejas y en seguida dos hermosas mujeres, con quienes los dos viudos se casan.

*
* *

Otro cuento araucano «Monoco», publicado por el P. Félix de Augusta (1), tiene bastante parecido con el nuestro. Dos hombres que se han casado con las hijas de Tapuifùta, contra la voluntad del padre, son obligados por

(1) *Lecturas araucanas*. Cuentos, pág. 109.

éste a ejecutar cosas difíciles: primero cortar un árbol que arde, segundo volcar una gran piedra que también arde, tercero matar un guanaco antropófago. Invocan la ayuda de la lluvia austral, de la nieve y del hacha del Pillán.

En «Una tragedia» del mismo autor (1), se habla también de un toro chupey, que quiere devorar a un hombre. Es muerto por una mujer tigre que acompañaba al hombre.

* * *

Varios cuentos extranjeros tratan del tema de la desaparición del sol. Citaré un cuento de los Ten'a, pueblo que habita las regiones del Alaska, bañadas por el Yukon: Un cuervo es encargado por los habitantes de una aldea de ir a buscar el sol que ha sido robado y encerrado en una casa subterránea de un pueblo lejano (2).

En un cuento kabila el sol está escondido en una olla.

En un cuento siciliano ha sido enterrado en el fondo de un pozo. En fin, en Rumania, he oído un cuento que dice que ha sido tragado por una ballena.

XIX. Como fué creado el mundo

(Narrado por un indio que trabajaba en la construcción de la línea del ferrocarril de Pitrufquén a Loncoche) (3)

1. Entonces, dicen, tierra no había, agua tampoco había, ni plantas, ni árboles, dicen, todo era nada, dicen.

Entonces en los aires vivía un espíritu poderoso, dueño

(1) Ibidem, pág. 277.

(2) Ver *Revue des Traditions populaires*, tomo XXV, núm. 3, 1910 y NIPPGREN, *Contes des Ten'a*.

(3) Nunca supe bien el nombre de este indio, sus compañeros lo llamaban «el Ñato». Creo, sin embargo, que su nombre era Ñamco. Era un indio bastante civilizado y que había viajado, trabajando en varias faenas. Había hecho un viaje a la Argentina.

de todos los aires, y con él, dicen, vivían también otros espíritus que no eran poderosos como él y que le obedecían porque él mandaba a todos.

2. Entonces, dicen, los espíritus que no mandaban, quisieron mandar también, y no le quisieron más obedecer al espíritu grande, y uno dijo, dicen: «Nosotros mandaremos ahora porque somos muchos y él está solo».

3. Entonces el espíritu grande que no estaba solo, quedaban algunos otros espíritus que eran buenos y querían siempre obedecer al jefe, no muchos, un poquito no más eran, dicen.

Entonces el espíritu grande se enojó, dicen, y mandó a los demás espíritus buenos que juntaran a todos los malos; ellos no querían, pero el espíritu que mandaba pataleaba y lanzaba fuego por sus ojos.

4. Entonces, dicen, todos fueron alcanzados, los apilaron en un gran montón, y cuando estuvieron así, dicen, el jefe mandó a sus mocetones fieles (1) escupirles encima. También le escupió él, y por todas partes donde caían los escupos, dicen que los cuerpos se endurecieron como piedras; como una manzana grande de piedra todas eran, dicen.

5. Entonces el espíritu grande les puso el pie encima, dicen, y se abrieron los aires por el mucho peso de todos los espíritus y cayeron, y al caer, dicen, se partió esta gran bola y quedaron los pedazos esparcidos formando montañas.

6. Entonces, dicen, sucedió que no todos los espíritus eran de piedra, porque a los de adentro del montón no

(1) Aquí el narrador compara al Espíritu Supremo con un toki o caci que que manda a sus mocetones.

les habían tocado los escupos. Estos espíritus eran de fuego vivo y se encontraron encerrados entre las piedras de los cuerpos de sus hermanos, así dicen que estaban. Entonces ellos querían salir de adentro y empezaron a trabajar, y cavaban, y hacían hoyos como unos pozos para salir, pero no podían, y rabiaban y peleaban entre ellos porque se echaban la culpa de lo que había sucedido, y era tanto el fuego que tenían en el cuerpo, dicen, y que los quemaba, que de repente reventaron las montañas y salieron grandes chorros de cenizas, y humo muy negro, y llamas también salían, dicen, pero ellos no pudieron salir, porque no lo quería el espíritu que mandaba; sólo, dicen, se volaron con las cenizas y las llamas unos espíritus que no habían sido tan malos como los otros y que se habían encontrado metidos en la pelea. A éstos, el jefe les permitió salir, pero no los quería más recibir entre sus mocetones y los dejó así no más, colgados en los aires. Ellos son los que se ven de noche y que brillan como luces por el fuego que tienen en sus cuerpos y que llamamos estrellas.

7. Entonces estos espíritus lloraron, lloraron días y noches enteros y todo el llorar, dicen, caía sobre las montañas y arrastraba las cenizas y las piedras, y se formaron las tierras, y se apozaron las aguas y formaron, dicen, los mares y los ríos, y los espíritus malos se quedaron adentro de las montañas y fueron los pillanes que hacen reventar los volcanes de donde sale humo y fuego, así dicen.

8. Entonces el espíritu grande de los aires miró abajo, y vió todo esto y dijo: ¿Para qué sirve esta tierra sin nada? Así dijo, y tomó a un joven espíritu que era hijo suyo y dijo que lo iba a mandar sobre la tierra a ver lo

que haría él y lo cambió en hombre de carne, muy hermoso. De arriba lo lanzó el espíritu, y al caer el joven se quedó aturdido, como muerto. Entonces la madre del joven se lamentaba y pedía que la dejara bajar a ella también, para así, acompañar a su hijo.

9. No quiso el jefe, dicen, y mirando vió a una estrellita que estaba muy cerca, casi estaba por entrar. Entonces él la pilló: era una luz muy bonita. Con ella formó una mujer y le sopló encima. Ella voló en los aires, dicen, y él le mandó que se juntara con el hombre. Así le dijo, dicen, y la mujer bajó y llegó a la tierra, algo distante de donde dormía el hombre. Tuvo que caminar, dicen, y como las piedras duras le hacían daño en los pies, el espíritu de los aires mandó salir, por donde pisaba, pasto muy blando y flores muy hermosas y ella, la mujer, dicen, cogía las flores en camino y por jugar las deshojaba, y estas hojas que ella dejaba caer se cambiaron en pájaros, en mariposas que volaban, y detrás de ella la hierba crecía así tan grande, dicen, que formaba árboles muy grandes con frutas que ella comía.

10. Entonces, siempre estaba durmiendo el hombre, ella llegó, dicen, donde estaba y como estaba cansada, se tendió a su lado, dicen, para dormir. Entonces, dicen, despertó el hombre y vió a la mujer tan bonita, y se quedó muy contento de verla; tan bonita era, dicen. Cuando ella despertó se fueron los dos andando en los montes y miraban todo tan bonito, y se querían mucho. Como hermanos se querían, dicen, y ya no pensaban más en volver a los aires, por lo bien que se hallaban.

11. Entonces para ver lo que hacían, el espíritu que mandaba, abrió un portillo redondo en los aires y por allí miraba, y, cuando miraba, dicen, todo brillaba y venía

un gran calor de arriba (1). La madre del joven también quería mirarlo, escondida del jefe abrió también un portillo, y cuando él no estaba, miraba ella, y para que su hijo pudiera ver bien su cara, dejaba caer una luz blanca muy suave que se podía mirar (2).

12. Entonces, dicen, los espíritus pillanes que estaban en los volcanes rabiaban mucho, uno de ellos se enamoró de la bonita mujer y quería salir, pero no podía y rabiaba mucho.

Entonces el espíritu grande quería que el hombre y la mujer fueran hermanos no más, y ellos eran hermanos no más, porque no sabían de otra cosa.

Entonces el Pillán, dicen, habló con una mujer espíritu malo como él, que rabiaba de pura envidia. Ella se sacó un pelo largo, largo y estirando el brazo lo tiró fuera del volcán. Apenitas salió, dicen, tomó resuello (3), fué vivo, dicen, el pelo de la mujer, y se transformó en serpiente muy delgada, y se fué arrastrando hasta llegar donde dormían los dos hermanos, dicen, y se deslizó entre ellos, dicen (4).

NOTAS

No podemos dudar de que esta narración sea una adaptación de la leyenda bíblica sobre la creación del mundo y de nuestros primeros padres.

Los misioneros establecidos en territorio araucano, en

(1) El narrador alude sin duda al sol.

(2) Se trata sin duda de la luna, cuya luz suave no molesta la vista.

(3) La superstición popular afirma que un pelo de mujer puede en ciertas circunstancias transformarse en serpiente y tomar vida.

(4) La narración es incompleta. El indio que me la narró no supo o no quiso decir lo que sucedió después con la serpiente.

sus predicaciones a los indios han debido, como era natural, explicarles las leyendas sagradas, y no debemos buscar más allá de esta época el origen de muchas tradiciones que hoy día corren en boca de los indígenas.

Los historiadores de la época de la Conquista, así como los cronistas, nada dicen de concreto sobre tales tradiciones. El R. P. Diego de Rosales en su importante obra sobre la *Historia del Reino de Chile*, dice que los indios no tenían memoria alguna de la creación del mundo ni de los hombres, y que sólo tenían algunos barruntos del Diluvio. Debemos, pues, creer que a medida que las predicciones y sermones de los misioneros difundían entre los indios las creencias a los dogmas de la religión cristiana, el espíritu esencialmente fecundo de los nuevos convertidos se apoderaba de las leyendas que con más fuerza habían hecho impresión sobre su imaginación, y las transformaba insensiblemente y casi sin darse cuenta de ello, adaptándolas a sus costumbres y antiguas creencias, hasta el punto de hacerlas suyas.

En mis notas sobre otros cuentos araucanos, ya hice notar el fondo de poesía que encierran muchas de las leyendas o tradiciones indígenas. Esta narración es una prueba más de esta tendencia que he podido notar en ellos durante mi residencia en el Sur, en contacto diario con los indios.

Si escuchamos sus cantos amorosos, sus elegías, quedamos sorprendidos por las expresiones elevadas que contienen, y esta sorpresa es más grande todavía si comparamos estos sentimientos expresados con su modo de vivir.



Las ideas que los araucanos tienen sobre sus divinida-

des no son bien definidas. Las atribuciones de cada una varía según los narradores, pero todos están de acuerdo en la existencia de un Ser Supremo, cuya potestad es incontestable.

El nombre del dios varía según las casos: «Ngunemapan», si la invocación va dirigida al gobernador de la tierra»; «Ngunechen», si es al gobernador de los hombres. Tampoco están de acuerdo sobre su residencia, fijándola algunos en los aires, mientras que otros afirman que mora sobre los picos nevados de la alta Cordillera.

Nuestro informante no precisa el nombre, es el «Ser Supremo», o jefe que manda a todos los demás espíritus. Éstos, en nuestra leyenda, reemplazan a los ángeles de la leyenda sagrada. Como aquéllos, impulsados por el orgullo y cansados de obedecer, se rebelan contra el poder superior, y en castigo de su rebeldía, petrificados por el desprecio del dios y de los espíritus fieles, son arrastrados fuera del dominio de los aires por su propio peso y caen en las profundidades, formando así el núcleo del mundo, y el principio del globo terrestre.

La explicación es ingeniosa: la bola que al caer se ha partido, forma las montañas primitivas, y los espíritus que quedan al interior son los pillanes, espíritus del fuego y erupciones volcánicas, que los araucanos temen y veneran, casi más que al Creador mismo.

La leyenda araucana, siguiendo en esto a la Sagrada Escritura, los hace morar en el interior de la tierra y ellos reemplazan a los demonios.

Para explicar la formación de los astros, particularmente la de las estrellas, vemos a algunos espíritus menos culpables que los otros, y, por consiguiente, más livianos, escapar de las entrañas de la tierra y tratar de volar a su

primitiva mansión, pero el arrepentimiento no basta; y están condenados a quedar errantes en el espacio como luces esparcidas que iluminan la bóveda celeste.

Nuestro narrador no sigue el orden que la Biblia asigna a la creación del mundo. Los elementos nacen siguiendo una lógica muy natural, y son los resultados de los hechos anteriores. Los espíritus errantes en los aires lloran su destierro, y estas lágrimas que caen, arrastran las cenizas y las piedras arrojadas desde el interior de los volcanes por los pillanes. Al rodar se desgastan, formando las tierras sobre las cuales se apozan las aguas para formar, a su turno, mares, lagos y ríos; como se ve, los fenómenos son muy naturales.

Falta explicar la creación del hombre. Apartándose del texto bíblico, el narrador nos lo presenta como un espíritu, hijo del jefe supremo y de un espíritu secundario. Debemos hacer notar aquí que la mitología araucana admitía para sus dioses los sexos separados, y que, al lado de los espíritus masculinos, existían también otros femeninos, entre ellos la *Anchimalguén* o *Anchimalhuén* (1), que los antiguos araucanos veneraban como mujer del sol. Este nombre, conservado entre los indios hasta nuestros días, se aplica ahora a un ser euano, del tamaño de un niño de pocos meses, especie de duende familiar, que ayuda a su poseedor en sus empresas; pero esta ayuda sale cara, porque el Anchimalhuén sólo se alimenta de sangre humana, que chupa a los miembros de la familia de su dueño, matándolos sin piedad (2).

El joven espíritu, entre las manos de su padre, toma

(1) De: Anchu o Antu=sol, y Malguén o Malhuén=mujer=mujer del sol.

(2) GUEVARA: *Psicología del pueblo araucano*, pág. 299.

forma humana y es lanzado sobre la tierra, donde queda aturdido y como muerto. Este aturdimiento puede compararse con el sueño de Adán, después que Dios lo hubo creado. Pero, el hombre está solo, tal vez herido, y la madre suplica al Ser Supremo que la permita bajar para acompañarlo y cuidarlo. ¿Qué hace el dios? Mira a su alrededor: una estrella menudita se ha acercado de tal modo, que poco falta para que pueda penetrar en la mansión divina. El dios la coge y con ella forma una mujer muy linda, destinada a ser la compañera y hermana del hombre, la suelta por los aires, mandándole que baje a la tierra a reunirse con el hombre. El descenso es suave, y como la distancia que tiene que recorrer es larga y como las piedras que siembran el camino son duras y cortantes, el dios, para evitar heridas a sus pies, hace salir bajo las plantas de la mujer un verde tapiz de musgo y de hierbas, y como si quisiera impedirla el medir la distancia recorrida, estas hierbas crecen hasta formar árboles frondosos y espesuras sembradas de frutas y de flores, que la mujer, siguiendo su carácter indolente y poético, coge sin apresurarse y deshoja, dando vida a pájaros cantores y a pintadas mariposas.

Al despertar, el hombre encuentra a su lado la hermosa compañera, y los dos, ignorantes de los goces materiales, viven felices como hermanos, sin sospechar que puedan existir lazos más íntimos. Desde los aires, el dios que ha abierto un portillo, los mira, y el calor y la luz que salen de allí, todo lo alumbran y fecundan. Este portillo es el sol, y cuando éste se cierra, lo reemplaza otro portillo de luz blanca y suave, por donde mira la madre, representada por la luna.

Sería difícil encontrar mas poesía, unida a tanta senci-

llez. Todos los sentimientos expresados son, sin embargo, muy humanos, y sentí grandemente que el indio no pudiera concluir su narración. Hubiera sido interesante conocer de qué manera la leyenda araucana explicaba la caída de los primeros hombres. No cabe dudas de que en este suceso, la serpiente, enviada por los espíritus malignos, debe tener en ello el papel principal (1).

XX. El primer fraticida.—Origen del copihue rojo

(Narrado por el indio ÑANCO) (2)

1. Entonces, dicen, sucedió que el espíritu grande que estaba en los aires se enojó, porque el hombre y la mujer que había enviado sobre la tierra habían escuchado a la serpiente. Muy enojado estaba, dicen, y pataleó fuerte, y toda la tierra se puso a temblar. Los árboles grandes fueron arrancados y tirados al suelo; todo se obscureció. Los volcanes reventaron, arrojando piedras y cenizas, que lo quemaban todo.

2. Entonces el hombre y la mujer que estaban juntitos,

(1) En una tradición rumana se dice que Adán estaba solo en el paraíso terrenal. Se dejó tentar por la serpiente y comió la fruta prohibida, después de lo cual Dios lo echó del paraíso. Adán vagó sobre la tierra durante nueve años, nueve meses y nueve días. Dios se apiadó de su soledad y resolvió darle una compañera. Le envió un profundo sueño e iba a sacarle un hueso de la cabeza para formar una mujer, cuando reflexionó que ésta tendría así la preponderancia sobre el hombre. Pensó en seguida sacarle un pedacito del talón, pero entonces la mujer resultaba inferior al hombre. Por fin acabó por sacarle una costilla y los dos resultaron iguales.

(2) Véase la nota (1) de la narración anterior, «Como fué creado el mundo», narrada por el mismo indio.

fueron tirados a un barranco lleno de piedras. Entonces, dicen, el barranco estaba tan hondo que no podían trepar para volver donde estaban antes.

3. Entonces, nada quedaba de las bonitas plantas y de los árboles llenos de frutas, nada quedaba, dicen, sólo quedaban unos copihues blancos (1) que el hombre había puesto como collar a la bonita mujer.

El hombre y la mujer, muy asustados, dicen, estaban los pobres. No se movían, heridos estaban los pobres, por la caída tan grande que habían hecho. Entonces después, dicen, tuvieron hambre, mucha hambre y buscaron entre las piedras del barranco: pasto, un poco encontraron; hierbas, amargas eran, dicen; agua también amarga y salada estaba, dicen.

4. Entonces la mujer tuvo familia, dicen, y nació un animal todo cubierto de pelos; garras muy largas, dicen, tenía este animal. Entonces, sangre le sacó, dicen, del pecho a la madre y la mamó. No quería que lo besara la madre, y se arrancó en el fondo del barranco, en cuanto pudo andar. Ese fué un tigre, dicen, por eso se arrancó de la madre.

Entonces, nació otro animal muy grande y muy fuerte. También tenía garras, dicen, este animal, pero no le sacó sangre del pecho a la madre. Leche, dicen, mamó este animal. No la mordió a su madre, le lamió la cara, dicen, se dejó besar por su madre, dicen. Ese fué un león, dicen, un león que también se arrancó.

Entonces, una zorra le nació a la mujer, muy bonita, dicen, la zorra; también se fué ella como los otros hermanos; se fué con ellos, dicen.

(1) Copihue, *Lapageria rosea*.

5. Entonces, el portillo de los aires que daba la luz de oro (1), dicen que estuvo cerrado (2). Casi oscuro estaba, dicen. Sólo el otro portillo de la luz blanca estaba un poco abierto, dicen (3), por él se asomaba la madre del joven para mirar a su hijo. Entonces, frío tuvieron, mucho frío, dicen. Se lamentaban los pobres, porque se les había acabado el pasto, la hierba; dicen, no había más.

6. Entonces, la madre, dicen abrió el portillo de la luz blanca y les tiró unas semillas de arriba. Se las tiró la madre para plantarlas.

El hombre y la mujer sacaron las piedras que tapaban el suelo; entonces con un palo afilado el hombre, dicen, cavó la tierra del barranco, y la mujer sembró las semillas que la madre les había tirado. También sembraron, dicen, algunas semillas de los árboles que el viento había echado en el barranco.

Una cueva para dormir, ellos, dicen, habían cavado. A la entrada de la cueva, la guía de copihues blancos que había plantado la mujer, dicen, daba flores la mata plantada por la mujer, por eso la mujer cuidaba mucho la planta.

7. Entonces, dicen, otra vez tuvo familia la mujer, hombre dicen que fué: pelos, todo el cuerpo lleno, estaban, dicen. Mamó este hombre niño, leche le dió la madre; no arrancó éste como los otros, con sus padres estuvo, dicen. Después, dicen, otros niños nacieron, ya no tenían pelos sobre el cuerpo: hubo niñas mujeres bonitas como la ma-

(1) La luz de oro: el sol.

(2) Compárese con «El hijo del sol», *Lecturas araucanas*, pág. 282.

(3) El portillo de la luz blanca, es decir, la luna. En esta narración, el hombre aparece como hijo del sol y de la luna.

dre; dicen, pero todas se pegaban, dicen; las hijas, malas eran, dicen, y peleaban entre sí. La madre, la pobre, lloraba, dicen.

8. Entonces, algún tiempo después, dicen, nació otro niño. Hombre fué este niño, tan lindo, dicen, era este niño. Bueno, dicen, fué este niño; mucho quería, dicen, a sus padres este niño.

Entonces, muy contentos fueron, dicen, tan bueno y tan bonito. Entonces las hermanas, envidia, dicen, tuvieron, y se arrancaron de la cueva; con los animales en el barranco, se fueron, dicen.

Entonces la madre ya no lloraba más, contenta estuvo ella con su hijo. Cantó la madre, tan contenta, dicen.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará).

REVISTA CHILENA
DE
HISTORIA Y GEOGRAFÍA
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía



SUMARIO:

	Págs
MEDINA, J. T.—El testamento de Francisco Caro de Torres.....	5
CHARPÍN, P.—Por la ruta de San Martín.—Una excursión de scout.	21
SILVA COTapos, Carlos.—Don Manuel de Alday y Aspee, Obispo de Santiago de Chile (1712-1788). (<i>Continuación</i>)	40
DÍAZ, F. J.—La batalla de Chacabuco (12 de Febrero de 1817).—Relación histórica y estudio crítico.....	81
CUADRA GORMAZ, Guillermo.—Los de Larraín en Chile.....	112
Don Francisco Javier Ovalle	128
GUSINDE, P. Martín.—Medicina e higiene de los antiguos araucanos.....	189
ALVAREZ, J. A.—Cartas sobre la muerte del Ministro Portales.....	195
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Terremoto de la Grita (Venezuela).....	205
EMETH, Omer.—Documentos inéditos.....	212
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	221
GANAS Y LÓPEZ, Rafael.—Memorias de la Independencia (<i>Conclusión</i>)	241
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	247
VALENZUELA, Pedro Armengol.—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	278
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
FELIÚ CRUZ, Guillermo.—La elección de O'Higgins para Director Supremo de Chile.....	337
RISO PATRÓN, Luis.—Las exploraciones del señor Mauricio Vogel en las cordilleras del Centro.....	371
LARA E., Alberto.—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico.....	382
Artículos sobre la «Historia Militar de la Guerra del Pacífico», por W. Ekdhal	415
AMUNÁTEGUI, Miguel Luis.—El drama de la plazuela de San Agustín Bibliografía.....	435
Actas de la Sociedad	464
Nómina de los socios de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.....	476
	489

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1917



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

9. Entonces sucedió que el espíritu que mandaba en los aires, oyó el canto de la madre, dicen, la oyó, y quiso saber por qué cantaba, y abrió el portillo del cielo para mirar a la bonita mujer.

Vió el niño, dicen, tan bonito, dicen, lo vió este niño, hijo del espíritu hombre, su hijo. Tanto le gustó, dicen. El portillo, todos los días abrió para mirarlo, dicen, y volvió la luz de oro, volvió el calor, todo volvió, dicen, como antes estuvo todo: crecieron las plantas, las flores, dicen, crecieron los árboles y maduraron las frutas (1).

10. Entonces, dicen, sorprendido estuvo el hijo hombre cubierto de pelos; volvió, dicen, para juntarse con sus padres, pero la luz del portillo desapareció; cerró el portillo el espíritu de los aires; no quiso, dicen, mirar al hombre con los pelos; apagó la luz, dicen; feo encontró a este hombre el espíritu. No le gustó, dicen, este hombre. En-

(1) El indio hace alusión al poder vivificante del sol.

tonces, rabia tuvo este hombre; envidia le tuvo al hermano bonito, dicen.

11. Entonces, dormido estuvo a la entrada de la cueva, el hermano bonito; al pie de la mata de copihue, dicen, que estuvo este hermano.

Entonces, con un palo afilado, dicen, lo mató el hombre peludo. Le atravesó el cuerpo con su palo de colihue (1), dicen; murió, dicen, el otro.

12. Sangre, mucha sangre salió del cuerpo del joven, dicen. Saltó la sangre así, dicen, sobre las flores del copihue blanco. Llenas de sangre, dicen, estas flores, sangre bebió la planta, dicen, rojas fueron todas las flores blancas del copihue. Así fué. Me lo contaron mis antiguos. Por eso, dicen, flores rojas tiene ahora el copihue.

Muerto, dicen, encontraron los padres a este hijo bueno, muerto para siempre fué, dicen. Lloraron, dicen, estos padres, mucho dicen que lloraron a su hijo.

13. Entonces, dicen, el hombre fiera se había arrancado. Sus hermanas, dicen, las otras se juntaron con los animales, se casaron, dicen, tuvieron familia. De ellos, dicen, hijos fueron los araucanos, nuestros padres, muertos mucho tiempo (2). Por eso son valientes los araucanos, como tigre y león son ellos, prudentes también como la zorra, dicen. Por eso lucharon los araucanos valientes contra los españoles que les robaron sus tierras.

Así me lo contaron a mí.

Así lo he oído contar yo.

(1) Colihue chusquea.

(2) Muertos mucho tiempo, por mucho tiempo ha.

NOTAS

Esta segunda narración viene a completar la anterior que relata la creación del mundo, y es una prueba más de la impresión que las predicaciones de los misioneros han producido sobre la imaginación de los araucanos. Esta influencia se refleja en sus narraciones, de tal manera que se puede seguir paso a paso el tema que sirvió de modelo.

El narrador que no supo, o no quiso por cierto pudor explicar de qué manera la serpiente tentó al primer hombre y a la primera mujer, reanuda su narración después de cometida la falta, y explica la cólera del espíritu creador, al ver que sus órdenes han sido desobedecidas. La caída en el barranco pedregoso, con escasa vegetación, reemplaza en nuestra narración la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal. Como ellos, vemos a los desgraciados llorar su destierro y luchar para procurarse el alimento, pero aquí la fantasía del narrador introduce una intervención que falta en la tradición sagrada: La madre, compadecida de los sufrimientos del hijo desterrado, lanza desde los aires algunas semillas que servirán para producir lo indispensable para la vida, y el hombre y la mujer trabajan con tesón para sembrarlas.

La Historia Sagrada no habla tampoco de obscuridad, ni de desaparición del sol, pero en nuestra narración es perfectamente lógica: el espíritu creador, gravemente ofendido por la desobediencia del hijo, deja de mirarlo; por consiguiente el portillo permanece cerrado; de ahí proviene que el resplandor de la faz divina deje de irradiar y alumbrar al mundo.

En la narración sobre la creación del mundo, nuestro informante sólo ha hablado de la existencia de pájaros y mariposas, nacidos de los pétalos de las flores, que la mujer deshoja. ¿Cómo introducir, entonces, la creación de otros animales y fieras? El narrador lo explica fácilmente: después de la caída, el espíritu creador ha retirado su protección a los hombres, y el primer fruto del pecado es una fiera; la más fiera de todas, «el tigre», muy conocido como el animal más sanguinario y cruel. Sus instintos son brutales, él desgarra el pecho de la madre y no es la leche lo que mama, sino la sangre de la desgraciada. Forzosamente, la mujer debe, al contemplar los resultados de su falta, sentir remordimientos.

El segundo hijo es una fiera también, pero más noble, menos sanguinaria. El león, nacido de la mujer, no desgarra su pecho, se deja acariciar por ella.

Después nace una zorra, ésta ya no es tan salvaje, parece que poco a poco los remordimientos de los padres han atenuado la gravedad de la falta cometida, y así como en el cristianismo el remordimiento puede redimir, en la narración araucana vemos producirse el mismo efecto: poco a poco se suavizan los instintos brutales de los hijos, y la diferencia entre éstos y los padres desaparece paulatinamente.

La mujer da a luz a un hombre, pero éste es velludo, conserva, a pesar de su forma, algo de la naturaleza de sus hermanos. Sin embargo, este hijo se queda con sus padres, no huye, como los otros, a esconderse en el barranco.

Nacen otros hijos, hombres, mujeres; en ellos el estigma ha desaparecido, son iguales a sus padres, pero algo

aun subsiste en ellos del carácter primitivo de las fieras; son malos, envidiosos, pendencieros.

Hasta aquí nuestra relación se aleja bastante de la Historia Sagrada, pero muy pronto vuelve otra vez la semejanza: nace un hijo, el último, y éste reúne en sí todas las perfecciones, es hermoso y bueno, y en él los instintos salvajes de los hijos anteriores han desaparecido por completo; es la redención, la vuelta a la inocencia primitiva, el perdón.

La figura de este hijo recuerda por completo la de Abel, el hijo predilecto de nuestros primeros padres. Como él, es querido, y la madre que se siente redimida, canta de alegría al mecerlo. Como en la narración bíblica, vemos a la envidia apoderarse de los demás hermanos, más fuerte en el hijo mayor. Se alejan de sus padres al ver el cariño que demuestran al recién nacido.

El encanto que este hijo ejerce es tan grande, que vence el enojo del ser supremo, el cual vuelve a abrir el portillo, por donde aparece otra vez la luz brillante del sol.

En cuanto a la muerte del inocente, como en la Biblia, es debida a la envidia y al odio, y el hermano furioso al ver al dios apagar otra vez la luz del día, por no mirarlo, mata a su hermano dormido, como Caín, impulsado por los celos, mató a Abel.

* * *

El cambio de color de las flores del copihue, motivado por la absorción de la sangre del joven, se encuentra en varias leyendas y tradiciones internacionales: El señor L. Iriarte M. ha publicado sobre este fenómeno una le-

yenda mapuche, que dice haber oído de boca de un cacique llamado Catrilao, al atravesar la cordillera de Nahuelbuta.

Según esta leyenda, la india Huillincuri y el indio Huechucura pelearon en un torneo, y, tal fué el empuje y el valor desplegado, que las lanzas de ambos combatientes se clavaron en sus pechos, y que cayeron muertos. Al día siguiente se encontró en el lugar de la pelea una mata de copihues rojos.

Una leyenda árabe, recogida por mí en Cartago, refiere que una mujer árabe al salir de la pequeña mezquita de «Sidi-Saïd» (1), a donde había ido a orar sobre la tumba santa que está al interior, cogió una naranja en el huerto que está al lado, la comió y guardó las pepas, que sembró más tarde delante de la puerta de la casita en que había ido a refugiarse en un lugar desierto y apartado. Esta mujer era *rumia*, es decir cristiana, pero su corazón era puro y noble y hacía el bien, socorriendo a los desgraciados que necesitaban de sus cuidados.

Una noche, una partida de bandidos beduinos se detuvo delante de la pequeña casa. La mujer ofreció lo poco que tenía y curó a los que estaban heridos. El jefe, brutalmente, quiso obligarla a quitarse el velo y como la mujer se había refugiado en una pequeña pieza, atrevido levantó la cortina que cerraba la puerta y penetró en ella. La

(1) Sidi-Saïd—Señor de los Señores. Una tradición árabe afirma que San Luis, rey de Francia, que murió en Cartago, fué antes de su muerte convertido al Islamismo por el arcángel San Rafael y que su cuerpo fué sepultado por los ángeles en el lugar donde ahora se levanta una capilla. Al lado hay una especie de convento o colegio de monjes mahometanos encargados del cuidado de la sepultura. Sidi-Saïd se encuentra arriba de una altura que domina al mar, a poca distancia de Cartago.

mujer estaba arrodillada delante de un crucifijo y oraba.

A la vista de la imagen del Cristo, el hombre se lanzó como una fiera para derribarla, y cogiendo a la mujer por los cabellos la arrastró afuera, entregándola a la venganza de sus compañeros.

Ultrajada y bañada en sangre la mujer expiró al pie de los naranjos que ella había plantado.

Al día siguiente unos pobres viajeros que pasaron recogieron su cadáver y lo enterraron.

Desde entonces las frutas de estos naranjos contienen grandes manchas rojas. Estas manchas son debidas a la gran cantidad de sangre que manó de las heridas de la mujer y que fué absorbida por las raíces de los árboles (1).

XXI. Relación de un viaje a la Argentina pasando por la piedra sagrada de Retricura

1. Entonces sucedió que mi amigo tampoco tenía trabajo. Bueno, así me dijo mi amigo. «Los dos iremos a la Argentina, amigo, dijo. Trabajo tendremos allá amigo». «Entonces, bueno, hermano amigo, dije yo, tú y yo, los dos iremos, pues, porque aquí se nos acabó el trabajo».

2. Entonces, partimos los dos con mi amigo. A caballo los dos, cada uno en su caballo. Mi amigo, en un caballo negro, muy bonito era su caballo, todo negro con una mano blanca; así era el caballo de mi amigo. Yo, pues, en mi ca-

(1) Una leyenda, más o menos igual, da como lugar del suceso, Blida en Argelia, donde también se encuentran naranjas que presentan el mismo fenómeno. Las manchas son sólo interiores sin que nada se note al exterior de la fruta, son irregulares afectando a menudo varios gajos, pero no completamente. Mi informante llamaba a estas naranjas Burdgan-rumia—naranja de la cristiana.

ballo tordillo, buen caballo el tordillo, corría muy bien y ganaba a los otros en las carreras, por lo bien que corría.

Entonces, llevamos harina tostada, llevamos piñones, charqui un poco llevamos para la comida. Entonces, plata un poco llevaba yo; no llevaba plata mi amigo, una chaucha (1) no más llevaba. Buen poncho si llevaba mi amigo y un sombrero nuevo llevaba. Nuevo era el sombrero de mi amigo.

Yo le diré, hermana (2), no llevaba poncho nuevo, porque el mío ya viejo era. Bueno todavía era mi poncho viejo y me servía muy bien. No llevaba sombrero nuevo yo, un bonito pañuelo en la cabeza llevaba yo. De seda era el pañuelo mío, azul y lacre, así era mi pañuelo. Entonces los dos, mi amigo y yo, partimos.

3. Entonces, en el camino que sale de Curacautín y va a Lonquimay nos fuimos los dos con mi amigo. Entonces, cerca de un cerrito hay una piedra santa. En esta piedra, dicen, está el padre Retricura. Muy poderoso, dicen, como un dios del cielo está el padre Retricura.

Entonces, bueno, esta piedra está pues a orillas del camino. En la parte donde está sentada, esta piedra es ancha; en la punta no es ancha la piedra, más delgada es pues.

Hoyos tiene esta piedra del padre Retricura, bastantes hoyos tiene, algunos dicen, se juntan dentro. Hoyos grandes y chicos hay, así, dicen, los hizo el dios. Para los ricos son los hoyos grandes, los chicos para los pobres sirven.

(1) *Chaucha*, nombre que vulgarmente se da en Chile a la moneda de veinte centavos.

(2) Se dirigía a mí. Los indios dan a menudo este nombre como muestra de cariño.

4. Entonces, pues, todos los que pasan no pueden pasar así no más, sin dejar algo para el espíritu dios que está en esta piedra. El que pasa así no más se le malogra el viaje, dicen, se enoja el padre Retricura. Si uno pasa sin dejar algo, se pierde en la cordillera, dicen, no llega, se le manquea el caballo.

Entonces, los que pasan allí, ponen algo en los hoyos: plata ponen si tienen, una chaucha de plata, los ricos un peso de plata ponen para el dios espíritu. Otros dejan harina, dejan piñones, dejan tabaco o cualquiera otra cosa, ramitas de árbol dejan, flores dejan, para que el dios no se enoje con ellos. Así hacen ellos.

Entonces nosotros, mi amigo y yo, los dos llegamos y nos desmontamos los dos, así a la piedra. Yo dejé una chaucha, una chaucha de plata dejé yo en un hoyo..

5. Entonces mi amigo no llevaba más que una chaucha, sólo una chaucha tenía él. Entonces bueno: «La chaucha me sirve a mí, dijo mi amigo. Bueno, los piñones nos sirven a los dos, la harina también a los dos sirve, padre Retricura. Comida necesitan tus hijos, padre Retricura. Tú dirás de mi amigo y de mí, padre: que coman mis hijos, así dirás de los dos. Ya ves, padre Retricura, pobre soy yo, tú rico eres, padre Retricura. Que le vaya bien a mi hijito, dirás tú, padre. Que tenga trabajo mi hijito, dirás de mí. A mi hijito que no se le malogre el viaje. Que tenga salud mi hijito; que le vaya bien, pues, a mi hijito. Así, pues, padre Retricura, tú que dices todo eso de mí y yo te haré un bonito regalo, padre Retricura. Mi sombrero nuevo, padre, tuyo será, pues, mi sombrero. Plata me costó mi sombrero, mucha plata fué. ¿Qué le haremos, padre Retricura? Para ti será, pues, mi sombrero nuevo».

Entonces bueno, así se quitó el sombrero mi amigo. Sobre un hoyo puso su sombrero mi amigo con una piedra adentro para que el viento no se lo llevara.

Yo, pues, también hice la invocación: «Una chaucha plata es, padre Retricura. Tú dirás de mí: bien vaya mi hijito; que tenga trabajo dirás de mí, padre; que no se le manquee el caballo, dirás». Así dije yo, y los dos, mi amigo y yo, volvimos a montar a caballo para seguir el viaje. Mi amigo y yo no más.

6. Entonces, más allá, sobre un pequeño cerro, vimos un alemán extranjero (1). Sobre el cerrito estaba con un muchacho. Chileno era el muchacho, lo acompañaba el muchacho.

¿Estaría loco este alemán extranjero? Recogía piedras y las ponía en un bolsón de cuero que el muchacho llevaba (2). Bueno, pues, dije yo. «¿Para qué recogerá piedras este hombre extranjero? ¿No habrá piedras en su país, pues?» Así dije yo a mi compañero.

Entonces se enojó mi amigo, de veras estaba enojado y dijo: «Todo nos lo roban los extranjeros: las tierras de nuestros padres son de ellos ahora. Los árboles son de ellos también, dijo; las cosechas nos las roban, dijo. Ahora las piedras se las llevan. Para ellos son las piedras, todo es de ellos. ¡Muy ladrones son estos extranjeros que han venido, hermano!

7. Entonces, bueno, arriba del cerro estaba el alemán. Entonces viento hubo, un viento muy fuerte. Mucho fué

(1) Este calificativo no se aplica exclusivamente a las personas de nacionalidad alemana. Los indios del interior dan este nombre a los extranjeros de pelo rubio y tez muy blanca.

(2) Se trata sin duda de un arqueólogo, o petrólogo, que recogía muestras de piedras.

el viento y se voló el sombrero del alemán. Se llevó el sombrero el viento y lo hizo volar. Corrió el muchacho, no lo pudo pillar.

Entonces el extranjero, así sin sombrero, con el chileno bajó del cerro este alemán. En el camino pasó, cerca de nosotros pasaron los dos. No dijeron nada. Nosotros los dos, mi amigo no le hablamos al extranjero ladrón de piedras. Entonces bueno, caminaron ellos, se fueron los dos; mucho rato caminaron, mucho rato fué.

Entonces ya a mi amigo: —«¿Plata le dará el extranjero al padre Retricura?» Así yo a mi amigo le dije. Entonces él: —«Bueno, volvamos, amigo hermano», así dijo mi amigo.

8. Volvimos pues los caballos otra vez para ver. Así llegamos otra vez nosotros a la piedra. Entonces, estaba el alemán al lado de esa piedra, con un pequeño martillo así daba de golpes sobre la piedra. Para romperla golpeaba, por eso hacía así.

Entonces vimos el sombrero de mi amigo. Lo había tomado el alemán extranjero. Sobre su cabeza estaba el sombrero nuevo de mi amigo. Le había quitado el forro. en el suelo estaba el forro del sombrero de mi amigo.

9. Entonces mi amigo, como un león-tigre, le saltó encima a este ladrón de su sombrero. El muchacho se arrancó. Tuvo miedo este muchacho y tiró el bolsón al suelo y todas las piedras cayeron. Salieron las piedras que el ladrón se llevaba.

Entonces yo me desmonté. Las piedras las tiré lejos para que no las recogiera más; lejos las tiré yo.

10. Entonces bueno, el alemán así le tuvo miedo a mi amigo y le ofreció plata a mi amigo. Cinco pesos plata le dió por el sombrero para que se lo dejara.

Entonces bueno, los cinco pesos tomó mi amigo, los tomó y el extranjero se quedó con el sombrero puesto en la cabeza y preguntó por el camino; porque el chileno se le había arrancado.

Entonces mi amigo quiso castigarlo; por ladrón lo quiso castigar y le enseñó un camino que llevaba a un pantano. Un poco más lejos estaba este pantano. Se fué este extranjero, se empantanó pues el extranjero.

11. Entonces mi amigo recogió el forro. Dos chauchas plata bien envueltas así en el forro, puso mi amigo. En un hoyo de la piedra santa puso las chauchas y el forro. Así las puso y hizo la invocación al padre Retricura:

«Padre, bueno has sido tú para tu hijito. Que tenga plata mi hijito, así has dicho tú padre. A mi hijito que me dió su sombrero que tenga plata. Así fué, pues, padre. Dos chauchas mucha plata, pues, padre. Así para ti son las dos chauchas. Que se empantane dirás del ladrón, padre. Que muera, dirás de él, padre Retricura.»

12. Entonces los dos, mi amigo y yo, nos fuimos. Muchos días viajamos para ir a la Argentina. Entonces no nos sucedió nada malo. Trabajo encontramos allá. Entonces dos años trabajamos. Después volvimos otra vez a nuestra tierra.

Mi amigo hermano trajo una bonita mujer. Se casó mi compañero. Yo no me casé, me quedé así no más como antes.

Así pues, te conté mi viaje. Bonito viaje fué; muy bonito.

XXII. Narración sobre la erupción del volcán Calbuco (1)

(Narrado por ÑANCO)

1. Entonces pues, mi padre Ñanco tenía plata, era hombre rico mi padre; tenía animales; buénos animales tenía mi padre, caballos también tenía, tierras también tenía él. Por eso todos decían de él que era hombre rico,

Entonces bueno, él se había casado muchas veces. Cuatro mujeres, pues, había tenido mi padre; siendo rico mi padre tenía mujeres. Así, pues, dos mujeres muertas ya tiempo, hijos le quedaban. Entonces, una mujer no más quedaba; por eso se casó otra vez mi padre, con otra mujer muy joven se casó, así tuvo dos mujeres, así cuatro fueron las mujeres con las muertas.

Entonces estaba, pues, viva mi mamita. Bueno, yo grande ya, así como la madamita chica (2), así grande yo.

Entonces, pues, la mujer joven estuvo embarazada enferma, muy enferma estuvo esa mujer joven, de mi padre Ñanco.

2. Entonces, bueno, un día vinieron a la ruca dos caballeros alemanes; extranjeros eran estos alemanes. Los acompañaban tres hombres que no eran alemanes; chilenos eran estos hombres. Entonces, bueno, vinieron así a la ruca de mi padre y hablaron con él. También sabía mi padre un poco el habla de los chilenos y dijeron ellos, pidieron así que les vendiera mi padre ovejas; harina tostada también pidieron que les vendiera mi padre. Dijo

(1) Esta erupción tuvo lugar en 1892-93.

(2) La madamita chica. El indio daba ese nombre a mi hija.

uno para hacer viaje en la cordillera, para medir la cordillera, así dijo este alemán extranjero. Entonces, mi padre no quiso venderles ovejas. Rico estaba él, plata de los extranjeros no quería. Entonces, bueno, él les dió carne, les dió barina tostada, muday tomaron también estos alemanes extranjeros, medio borrachos estuvieron ellos.

Entonces, pues, durmieron al lado de la ruca; sobre cueros de ovejas durmieron ellos y también los chilenos que estaban con ellos.

3. Entonces, bueno, al otro día amaneció más enferma la mujer de mi padre, grandes dolores tenía la pobre; entonces mi mamita le hacía remedios. Entonces, bueno, uno de estos alemanes extranjeros preguntó. Así, pues, supo estaba enferma esa mujer joven; así, pues, dijo él, sabía de meico y quiso ver a la enferma. No quiso ella. Entonces se enojó él, habló así unas palabras con el otro, no eran palabras así como hablan los españoles chilenos; otras palabras eran que nadie entendía. Así hablaron los dos y se pusieron a reír. Se rieron, yo los estaba viendo que se reían.

Entonces yo se lo dije a mi padre. Le conté lo que había visto y mi padre así fué a hablarles y le dijo al alemán: «¿Por qué, caballero, Ud. se ha reído?» Ellos dijeron que no se habían reido y se fueron con los chilenos.

4. Entonces un mocetón mandó mi padre para que fuera a buscar a una machi. Donde una machi lo mandó mi padre. Vino la machi. Muy sabia era la machi y miró a la enferma y le dijo no más que los alemanes le habían hecho un daño. Así dijo ella.

Entonces mi madre dijo que era cierto, porque yo los había visto reir a los extranjeros y les había oído decir palabras. Entonces bueno, dijo la machi que estos eran hombres malos que les hacían daños a los indios. Ella dijo así:

«Enojado está el padre Dios porque unos extranjeros han venido a esta tierra», y dijo que ella los había visto con tiras largas de género medir el suelo y que miraban también en una cosa arriba de un palo (1). Todo lo había visto la machi desde su ruca. También dijo que los pillanes no querían que vinieran extranjeros a los volcanes, porque se llevaban piedras y que desenterraban a los muertos para robarles sus cosas. Todo se lo llevan, dijo. Los pillanes castigarán a los mapuches, porque ellos los reciben y no los echan de sus tierras. Así dijo la vieja machi y dijo que ella sabía todo eso de los espíritus con quienes conversaba.

Entonces mucho estuvo arrepentido mi padre por haberles regalado carne y harina. Mucha pena tuvo, porque la machi le dijo, que en castigo, Dios haría que no naciera el hijo de la mujer, mientras no estuvieran lejos los extranjeros.

Entonces mi padre ensilló un caballo y mandó a su sobrino para decirles a los extranjeros que se fueran al tiro (2) de sus tierras, porque si no se iban, él los mandaba echar por sus mocetones.

No los encontró mi primo; dijo que no los había divi-

(1) Se trata, sin duda, de ingenieros encargados de levantar planos.

(2) *Al tiro*, por, al instante, al momento.

sado, porque por el lado de la cordillera había una nube muy espesa.

5. Entonces, apenas llegó mi primo, un ruido muy grande oímos. Como miles de truenos era ese ruido. La tierra toda tembló, todo saltó. Una lluvia de ceniza y de fuego cayó sobre la tierra que empezaba a arder. Los campos todos ellos fueron cubiertos de ceniza que ardía; los sembrados todos como paja (1) los animales corrían como locos y se despeñaron en los barrancos; otros morían quemados.

Entonces mi mamita, mis hermanos, todos medios muertos por el calor. Yo estaba al lado de mi padre, juntito a él. Mucho miedo tenía. El ruido tan grande, no se podía hablar, nada se oía. Los araucanos corriendo sin saber donde.

Entonces volvió mi padre para saber de la mujer joven y de la machi. La mujer estaba muerta. Una piedra muy grande lanzada por los pillanes la había aplastado. En su ropa, mi padre encontró un gran lagarto negro. Muerto también estaba el lagarto. Era el hijo que había nacido de la mujer.

6. Mi padre, pues, lo había perdido todo; así, pues, pobre se hizo mi padre. Tuvo que trabajar donde le dieran trabajo; por eso él nunca quiso trabajar para los alemanes, que tenían la culpa de su pobreza. Por la culpa de ellos todo lo perdió mi padre.

Entonces, yo también trabajé. Por eso no los quiero a estos extranjeros alemanes, que se roban las piedras de nuestros cerros y que abren la sepultura de los muertos para robar lo que hay adentro.

(1) El indio quiso decir que los sembrados ardían como paja.

Los padres también, dicen, son alemanes; pero ellos no son alemanes extranjeros, ellos son padres, hijos de Dios. Así me lo contó a mí un padre muy bueno, que me contó cosas muy bonitas, que yo sé (1).

SEGUNDA PARTE

CUENTOS POPULARES CHILENOS

I. El payasito de palo

(Narrado por JUANA GONZÁLEZ, de Chillán Viejo, de 80 años)

Contar pa enseñar, escuchar pa aprender, zapatón, zapatita, pa saltar la cequieca.

1. Esta era una pobre mujer, llamada ña Pancha, que tenía la mar de chiquillos chicos. El marío vendía tortillas y empanás por las calles; pero era un borracho que pasaba curao too el santo día y no treida ni un chico a su casa; al contrario, cuando la mujer tomaba algún lavao le quitaba la plata que le pagaban y hasta le empeñaba la ropa que le entregaban pa lavarla. Como que era tan borracho, casi siempre los pacos (2) lo tomaban preso y se

(1) El narrador alude a los misioneros capuchinos establecidos en las misiones del Sur, y que no puede considerar como a extranjeros enemigos de su raza, por el bien que hacen a los indios y la protección que les dispensan. En cuanto a las «bonitas cosas» que dice haber aprendido de ellos, supongo que deben tener estrecha relación y haber influido en las dos primeras relaciones que me hizo y que tratan de asuntos religiosos.

(2) Pacos, nombre que el pueblo da a los policiales.

lo llevaban a la comisaría y lo echaban a un calabozo pa que durmiera la mona (1).

Ña Pancha no sabía, pues, como arreglarse pa darles de comer a los niños, así que, un día, llamó al mayorcito, que tenía ocho años, y le dijo: «Mira, Manuelito, te vay a pillar a la Copetúa (2) y la vay a vender. Fíjate que no la debís entregar por menos de veinte riales (3), que es gallina gorda y muy poneora. Habís de tener cuidao con la plata y no enseñarla a naiden. Al volver compray veinte centavos de pan, un diez de yerba y un diez de azúcar y el vuerto me lo treís».

—«Bueno, mamita, un veinte e pan, diez de azucar, diez de yerba, y la gallina en veinte riales.»

2. Se fué el chiquillo con la Copetúa; pero, como que era tan chico, naiden le hacía caso, ni él tampoco se apuraba en ofrecer la gallina, porque se entretenía con todo lo que veía y jugaba con los otros niños de la calle. Ya se le hacía tarde, cuando llegó a una plaza y vió a un farte (4) de los que venden por la calle. Estaba sentao sobre un sofá de la plaza y arreglaba su mercadería en dos canastos. Había medias, calcetines, pañuelos de narices, peinetas, espejitos y algunos juguetes. Lo que le llamó la atención al niñito fué un payasito de palo vestío de lacre y azul y que tenía en las manos unos platillos

(1) Expresión popular empleada muy a menudo para expresar que al dormir se pasa la borrachera.

(2) Copetúa por copetuda, gallina con un moño o copete de plumas en la cabeza.

(3) El real valía $12\frac{1}{2}$ centavos, veinte reales equivalían a dos pesos cincuenta centavos.

(4) Falte, vendedor ambulante, que se ocupa de la venta de telas, géneros o artículos de paquetería.

de lata dorá. Al apretarle la guata (1), el payasito chocaba los platillos.

El farte le ofreció comprarle la gallina, dándole en pago el payasito, y el niñito, todo contento, hizo el negocio, sin pensar que su maire le había de pegar por su tontería. Como se iba, el farte lo llamó y le ijo: «Mira que habís hecho un güen negocio. Fíjate bien, cuando el payasito diga así: «¡Ña Pancha, ña Pancha, que se me hincha la panza!» le habís de quitar los pantalones y sacudirlos y ya verís lo que pasa». Se fué sartando y corriendo Manuelito, contento como unas Pascuas, con su payasito, y le apretaba la guata pa que sonaran los platillos.

En cuanto llegó cerca de su casa, ya casi era de noche. Vió a la maire con los hermanitos que lo esperaban delante de la puerta. «Apúrate, condenoao, gritó ña Pancha. ¿Habis vendío la gallina?»—«Sí, mamita».—«¿Y a ónde están el pan y la azúcar y la yerba?» Manuelito se acordó entonces del encargo de la mamá.—«No hey treido na, dijo».—«¡Cómo! Y la plata. ¿A ónde la tenís?»

Manuelito, entonces, contó a su mamita lo que le había pasao con el farte y le enseñó el payasito. La mujer no le dió tiempo pa que le contara la recomendación del farte; agarró al pobre muchachito y le propinó una paliza, dándole al mismo tiempo puntapiés y bofetás al por mayor.

El niño, con todo eso, no sortaba al payasito. Escapando como puo, se jué a esconder en el horno que estaba detrás de la casa y que servía pa cocer las empanás y las tortillas que el paire vendía. La mujer con los otros niñitos, que lloraban de hambre, se dentró pa entro y cerró la puerta.

(1) Guata, nombre que el vulgo da al vientre.

3. Hacía poco rato que Manuelito estaba escondío en el horno, cuando oyó una vocecita que le decía: «¡Ña Pancha, ña Pancha, que se me hincha la panza!» Al tiro se acordó de la recomendación del farte y, sacándole los pantalones al payasito, los sacudió. Cayeron dos pesos de plata, que sonaron en el horno. Manuelito los recogió y le volvió a poner los pantalones al payasito. Dempués, sin que su maire lo notara, corrió a un despacho y compró pan, queso, arrollao, yerba y azúcar, y vorvió pa su casa.

—«Mamita, ábrame que le treigo argo.» Na, la maire no contestaba y los niñitos seguían llorando, pidiendo pan. «Mamita, ábrame, que le conviene», gritó entonces Manuelito, dando puntapiés a la puerta.

La maire, rabiosa abrió de repente la puerta pa darle otra junción al niño, que le gritó: «No me pegue, mamita linda, que le treigo pa darles a los niños», y le enseñó lo que treida.

—«¿De dónde habís sacao eso?—Del despacho, pues, mamita.—¿Y cómo te lo ha dao don Nicolás (1) que no quería fíarme un cinco e pan?—No jué fiao, mamita, si se lo he pagao.—¡Pero entonces me habís mentío, niño infame, vos habís vendío la gallina y te habís quedao con la plata!—No, na, mamita, si no jué eso.

El niñito contó a la maire lo que le había dicho el farte y como, estando en el horno, el payaso había pedido que se le quitaran los calzones y como, al sacudirlos, habían queido los dos pesos.

La maire, contentísima, hizo dentrar al niñito y les repartió a toos lo que había compraو. Una hora dem-

(1) Nombre del dueño del negocio.

pués: «¡Ña Pancha, ña Pancha, que se me hincha la panza! Y caen al suelo cuatro pesos de plata. Pusieron al payasito en la cama de la maire y hasta las doce de la noche, el payasito a cada hora gritaba y cada vez caían más pesos; dos más por cada hora.

La mujer tenía juntao un gran montón de pesos, que tuvo escondíos pa que los niños no los vieran. Tempranito despertó a Manuelito y le encargó que cuidara del payasito. Ella se jué al centro pa comprar provisiones y vestíos pa los niños, que andaban poco menos que en pelota. Compró provisiones, carne, zapatos pa los niños y géneros pa vestíos. Pa ella se compró una pollera de percal muy bonita y un manto. Era tanto lo que compró, que tuvo que tomar una carretela pa volver a su casa. Cuando llegó, Manuelito le dijo que el payasito había empezao de nuevo a gritar y le entregó la plata que había recogío. Al despertar los niños, ella les sirvió una güena taza de café, les dió pan y se puso a preparar una cazuela pal almuerzo. Manuelito siempre cuidando del payasito y recogiendo la plata.

4. Así pasaron varios días. El paire no había vuelto a la casa. Estaba preso por borracho y pendenciero. Entonces ella pensó que, si se quedaba allí, los vecinos notarían que tenía plata. Ya algunos venían y siempre temía que los niños contaran algo. Pensó, pues, cambiar de barrio y se jué a arrendar una casita decente en una calle distante, donde naiden la conocía.

En una carretela, se llevó lo poco güeno que había compraо y, temiendo que con la mudanza y los chiquillos se le perdiera el payasito, o que arguien notara lo que éste hacía, encargó a Manuelito que la esperara, prometiéndole venir a buscarlo en cuanto terminara de arre-

glarlo todo en la nueva posesión. El niñito se queó, pues, en la casa con el payasito, que seguía, cada hora, soltando los pesos como de costumbre.

Justito en el mismo momento que recogía la plata, se entró su paire, que acababa de salir de la cárcel. Al ver los pesos, se abalanzó sobre el niñito y se los quitó. Como Manuelito le tenía miedo a su paire y éste quería pegarle, tuvo que contarle lo que pasaba y como la maire y los hermanitos estaban en la nueva casa. El hombre tomó el payasito, lo envolvió en un papel y salió con el niño pa ir a encontrar a su mujer en la nueva casa. Manuelito le pidió que le devolviera el juguete; pero el paire le dijo que él lo llevaría.

5. Al pasar delante de una agencia (1), que era ahí mesmo donde él venía a empeñar las cosas, el dueño que estaba sobre la puerta, al ver que llevaba algo envuelto en un papel, lo llamó pa preguntarle si era algo pa empeñar. El hombre se echó a reir y dijo que ya no necesitaba empeñar na, porque él era rico. Y enseñó la plata que tenía en el bolsillo. El otro, muy sorprendío, le preguntó de dónde había sacao el dinero, y el muy tonto, a pesar de que Manuelito le decia que se callara, le contó lo del payasito.

El dueño de la agencia convidó al tortillero a que pasara p'entro a tomar con él una copita de pisco, que sabía que le gustaba mucho al borracho. Este se entró con su hijo y enseñó el payasito. Todos se jueron pal comedor y se sirvieron pisco. El dueño de casa le servía copitas y más copitas al tortillero, a quien quería emborrachar, y él se hacía el que también tomaba; pero no era cierto.

(1) Agencia, casa de préstamos.

Mientras el tortillero apuraba las copas, el dueño de la agencia salió un rato pa hablar con su señora. Esta se fué corriendo a una paquetería que estaba cerquita y compró un payasito igual al de Manuelito. Dempués se entró pal comeor y se fingió como si se equivocara y creyera que el payasito que estaba sobre la mesa era el de su hijita. Manuelito y su paire le dijeron que no, que éste era suyo de ellos y era payasito especial; pero la señora salió y volvió con el payasito que acababa de comprar y les mostró que los dos eran igualitos. Al decir esto, manoseaba los dos juguetes y sin que nadie lo notara cambió el payasito de Manuelito por el que acababa de comprar y se lo llevó. Al niñito le pareció que ese no era su mismo juguete; pero ¿cómo iba a decir algo?; no estando seguro. Una vez hecha la picardía, el dueño de la agencia ya no les sirvió más de beber, y el curao, recongiendo el payasito que estaba sobre la mesa, lo envolvió en el papel y salió con su hijito.

6. La señora con su marío, se habían ido pa su pieza, esperando con ansiedad que el milagro se hiciera. Justito al momento en que el payasito decía: «¡Ña Pancha, ña Pancha, que se me hincha la panza!» la hijita de los agencieros, que estaba en otra pieza, cayó y se lastimó la cabeza. La maire corrió pa levantarla y, como su marío, temiendo que se oyera el ruido de la plata, sacudía los pantalones del payaso en su sombrero, un empleado vino a decirle que un caballero lo llamaba pa hablarle de un negocio. Apurao, el dueño, que temía que el empleado viera lo que había en el sombrero, le puso, sin mirar na, su pañuelo encima y se salió con el sombrero en la mano pa hablar con el caballero.

Hablaron bastante tiempo, y como no estaban de acuer-

do, se acalolaron (1) los dos de tal manera que el dueño de la agencia, sin pensar en nada, sacó el pañuelo y se secó la frente y la cara, porque casi estaba sudando. En esto, él que se seca la cara, y el caballero y los empleaos que sueltan la risa y se tapan las narices al ver que el dueño de la agencia tiene la cara toda pintá con algo que tiene muy mal olor.

El hombre, jurioso, soltó el sombrero, tiró el pañuelo y se jué corriendo pa su pieza pa lavarse la cara. Al pasar delante de la mesa, vió al payasito, a quien la señora acababa de volver a poner los pantalones. Lo tomó por los pies y lo lanzó a la calle por una ventana.

7. Justito en ese momento el rey pasaba en una carroza, acompañado de los grandes de la corte que iban de a caballo. El payasito voló en el aire y se fué a caer en la carroza, dándole en la cara al rey; pero el caso fué que, no sé por qué milagro, sin que naiden le apretara la guata que le hacían mover los brazos, se juntaron los platiillos y el payasito se queó peseao de la nariz del rey. Éste quiso quitarlo, pero no pudo. También se metió el primer menistro, que acompañaba al rey, tampoco pudo sacarlo.

A escape volvieron al palacio. Al apiarse de la carroza, el rey se tapó la cara con su sombrero emplumao y se subió corriendo a su pieza, pa que naiden lo viera. Vino la reina, los príncipes, todos trataron de quitarle el payasito; no lo consiguieron. Los mejores meicos vinieron a palacio, unos dijeron que era preciso desarmar al payasito; pero, cada vez que lo tocaban, apretaba tan fuerte los platiillos que le salía sangre de la nariz al rey; parecía

(1) Por se acaloraron.

que los ojos se le iban a saltar y su cara se ponía toa morá.

¿Qué hacer, pues? Se acercaba el día en que el rey había convidao a los príncipes vecinos y a los grandes de la corte a asistir a una gran fiesta, durante la cual él debía pasar revista a las tropas. ¿Cómo se iba a presentar así delante de toa la corte, del pueblo y de los soldaos, con un payasito colgao de la nariz? Pensó renunciar su puesto de rey y hacer un viaje a la Francia de París a ver si le podían cortar la nariz y pegarle otra de oro que no se notara mucho.

8. Un día que estaba delante de una ventana abierta, escondió detrás de una cortina pa que naiden lo viera y se riera dél, oyó a dos muchachos que estaban sentaos por debajo de la ventana y hablaban muy fuerte. Uno decía al otro: «Antes éramos ricos, porque yo tenía un payasito de virtú que toas las horas gritaba: ¡Ña Pancha, que se me hincha la panza! y cuando le sacaba los calzones soltaba pesos e plata. Nos lo robó el dueño de una agencia; pero Dios le castigó, porque, según le contaron a mi mamita, cuando volvió allá pa peir que le devolviera el payasito, no jué plata lo que soltó, jué algo pior. De rabia el dueño de la agencia lo tiró a la calle y naiden ha sabío dar razón de él».

¡Cómo estaría el rey oyendo todo eso! Llamó a un sirviente y le mandó que hiciera subir p'arriba al muchacho. Subió, pues, Manuelito y se presentó delante del rey, que tenía la cara tapá. El muchacho le volvió a contar lo que le había sucedío y el rey le dijo que, si conseguía sacarle el payasito de la nariz sin hacerle mal, lo casaría, en cuanto estuviera grande, con la menorcita de sus hijas, que era una niñita muy donosa. Mandó que la hicie-

ran venir pa que el muchachito la viera. A Manuelito le gustó mucho la princesita; pero quiso que el rey le firmara un papel que decía todo lo que le había prometido y sacara a su paire, que estaba preso otra vez por borracho. Así lo hizo el rey. Dempués se destapó la cara.

Luequito que Manuelito vió al payasito colgao de la nariz del rey, le dentró una gran risa; pero la disimuló y dijo así:

¿Payasito, payasito,
ya no querís a tu amito?

Entonces el payaso soltó la nariz del rey y cayó entre las manos del muchacho. Dempués, apuraíto, gritó: ¡Ña Pancha, ña Pancha, que se me hincha la panza! Y era cierto, de tanto tiempo que estaba así pegaío a la nariz del rey, no había hecho na y tenía la guata muy hinchá. Manuelito le sacó los calzones, los sacudió y el rey y su familia, que estaba presente, quedaron maravillaos al ver la cantiá de pesos de plata que queidan.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará).

REVISTA CHILENA
DE
HISTORIA Y GEOGRAFÍA
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía



SUMARIO:

	Págs
AMUNATEGUI REYES, <i>Miguel Luis</i> .—Don Bernardo O'Higgins juzgado por algunos de sus contemporáneos, según documentos inéditos.....	5
SILVA COTAPOS, <i>Carlos</i> .—Don Manuel de Alday y Aspee, Obispo de Santiago de Chile (1712-1788). (<i>Conclusión</i>)	109
AMUNÁTEGUI SOLAR, <i>Domingo</i> .—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	154
DÍAZ, <i>F. J.</i> .—La batalla de Chacabuco (12 de Febrero de 1817).—Relación histórica y estudio crítico.....	181
CHARPÍN, <i>P.</i> .—Juicio crítico sobre el sitio de Rancagua.....	224
LARA E., <i>Alberto</i> .—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico (<i>Continuará</i>).....	261
DE SAUNIÈRE, <i>S.</i> .—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	295
DE MONTESSUS DE BALLORE, <i>Fernando</i> .—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>).....	305
VALENZUELA, <i>Pedro Armengol</i> .—Glosario etimológico de nombres de personas, animales, plantas, ríos y lugares aborigenes de Chile y de algunas otras partes de América. (<i>Continuación</i>)	337
VILLAMIL CONCHA, <i>Enrique</i> .—Don Manuel Blanco Encalada.....	388
SAVILE, <i>Jorge</i> .—Fundación de San Fernando.....	422
DE MONTESSUS DE BALLORE, <i>Fernando</i> .—Terremoto del año 1582 en Arequipa y erupción del volcán Omate en el año 1600..	488
Bibliografía.....	475
Cuarta Memoria de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.....	488
Actas de la Sociedad	489

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1917



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

El rey devolvió el payasito a la maire de Manuelito, mandó que hicieran salir al paire, que estaba preso y al muchachito lo metió en un buen colegio, pa que estudiara. Manuelito era muy inteligente, así que aprendió ligerito y se hizo todo un caballero. Dempués, cuando tuvo la edá, el rey lo casó con la princesita, que era muy mona.

10. Todos fueron muy felices y vivieron en paz hasta su muerte, merced al payasito que les trajo la suerte.

Y se acabó el cuento
y se lo llevó el aliento;
por un agujero quiso pasar,
y se ahogó en el mar.

NOTAS

No creo que la introducción de este cuento en Chile

sea muy antigua y la atribuiría más bien a los inmigrantes que, al venir a establecerse al país, han traído consigo las leyendas, cuentos y supersticiones populares de su tierra, y no a los primeros españoles, como ha sucedido con otros cuentos que hoy día forman parte de nuestras narraciones populares.

La anciana que me lo contó, dice haberlo aprendido en su infancia en Chillán Viejo, pero establecida en Santiago desde más de sesenta años, puede muy bien haberlo aprendido aquí en fecha relativamente más reciente y no acordarse, pues no creo que en la época de su juventud, bastante lejana, puesto que tiene ahora más de ochenta años, existieran en Chile vendedores ambulantes de tales juguetes, ni paqueterías donde fuera fácil encontrar el muñeco igual al otro para hacer el cambio. Careciendo del elemento necesario, no he podido comparar esta versión con cuentos de origen español e ignoro si tales cuentos existen; pero he recogido en Nápoles tres versiones muy parecidas a la chilena y en las cuales el protagonista es también un muchachito. En cuanto al objeto de virtud, es, en una versión, un corderito que bala cada vez que quiere soltar dinero, en la otra, un caballito de madera, que relincha y da patadas, en fin, en la tercera es un polichinela pintado de varios colores, que baila y salta. En la primera versión, el corderito es robado por un muchacho, compañero del poseedor; en las otras dos, una vecina envidiosa, que ha sorprendido el secreto, se apodera del objeto maravilloso.

En las tres versiones, los ladrones son castigados más o menos como en nuestro cuento. El corderito de la primera versión es sencillamente recuperado por su dueño, mientras que en las otras dos un príncipe o un rey sufren

percances y se ven obligados a pedir el auxilio del primitivo poseedor a fin de libertarse.

Encontramos también una versión siciliana casi igual a la nuestra en Pitré *La Pupidda*. (Tomo IV, pág. 242 del apéndice) (1).

Ninelta, la protagonista del cuento, es una chiquitina a quien su madre y hermanas, que son muy pobres, han mandado a comprar algunos centavos de pan, y que, cruzándose en el camino con una vieja, cambia el dinero que lleva por una muñeca.

Como Manuelito de nuestro cuento, la niñita es cruelmente castigada y la dejan sentada fuera de la casa con su muñeca en la falda; pero hay una pequeña diferencia en los detalles: el falte ha avisado a Manuelito de lo que deberá hacer cuando el payaso diga que se le hincha la panza, mientras que la vieja no ha dicho nada a Ninelta. Sin embargo, el resultado es el mismo, sólo que la muñeca suelta monedas de oro, mientras que el payasito no da más que pesos de plata, lo que es lógico, puesto que en Chile es la moneda más corriente. La madre y las hermanas de Ninelta recogen el dinero y se hacen ricas.

Después de algunos años, una vecina, a quien la niñita ha contado el secreto, se apodera de la muñeca guardada en un cofre, y llegando a su casa, la acuesta en una cama limpia preparada de antemano. Como en nuestra versión, no es oro lo que da la muñeca y, rabioso al ver lo que ha sucedido, el marido de la ladrona se lleva la muñeca a un

(1) *Fiabbe, novelle e racconti popolari siciliani*, por GIUSEPPE PITRÉ.
Palermo 1875.

lugar apartado y la tira en una casucha medio derrumbada, en la cual, poco después, el rey, que pasa con su corte, entra para satisfacer una necesidad. Es de advertir que en la versión siciliana los detalles son más que realistas y que los hechos están presentados sin ningún disfraz.

El cuento termina como el nuestro por un casamiento, Ninelta se casa con el rey, que ha ofrecido su corona a quien lo alivie de la dolencia que ningún médico ha podido curar.

Este cuento podría también compararse con varios otros cuentos internacionales en los cuales vemos a animales soltar monedas de oro, perlas o diamantes. En los cuentos franceses es generalmente un burro, en los de los demás países se trata más comunmente de un pájaro; pero éstos son seres animados y sólo se puede comparar el resultado, que, es la riqueza, mientras que en las versiones que acabo de citar se trata únicamente de objetos inanimados.

Luzmira de la Sabiduría

(Narrado por CARMEN RIVERA, 53 años, natural de Santiago)

Escuchar pa aprender, aprender pa contar y contar pa enseñar. El que no sabe que aprenda, que las compre al que las venda, zapatón, zapatita, ¡ay! que me duele la patita.

1. Este era un caballero que tenía una hija muy buena moza. La madrina de la hija era adivina y le había regalado a la niña un zapatito de virtud, que todo lo sabía y

todo se lo enseñaba cuando la niña le preguntaba; pero a ella no más, a los otros no les contaba nada.

El caballero era muy rico y tenía mucha plata, así que le había tomado profesores a la niña para que le enseñaran las lenguas de los idiomas, la historia y el castellano, porque él no la quería mandar a un colegio; pero la niña, con preguntárselo a su zapatito, sabía más que los mismos maestros y ellos no sabían ya que enseñarle; pues sabía más de lenguas de idiomas, de historia y castellano que los que los habían inventado. Hasta de cuentas sabía más que el mismo cajero de su padre, y en un dos por tres sacaba la cuenta de los gastos de la casa. Todo el mundo estaba admirado de lo mucho que esta niña sabía.

Sucedió que a muchas personas que no habían podido aprender nada con los maestros, ella les explicaba las cosas y las aprendían al tiro. Como no se hacía pagar, naturalmente tenía mucha gente que venía pa que les enseñara. Esta niña se llamaba Luzmira, y ese nombre le venía muy bien, porque era una verdadera luz.

2. Sucedió, pues, que un rey que tenía un hijo y una hija, y que había oído hablar de lo sabia que era esta niña, mandó llamar al padre pa hablarle:

— «¿Cómo le va, caballero?»

— «Muy bien, a los pies de su Sacarrión Majestá, pa servirle en lo que pueda.»

— «Eso era pa decirle, caballero, si me podría hacer el favor de prestarme por un par de meses a su hija, que dicen que es un portento, porque yo tengo un hijo y una hija que están estudiando. El niño ya es grande y aprovechao; pero la niña, algo atrasá y yo querría que su hija le repasara sus lecciones, a ver si aprovecha más con ella que con los mestros.»

—«A sus órdenes, mande su Sacarrión Majestá, que pa servirles estamos prontos, mi hija y yo.»

Volvió a su casa el caballero y le contó a su hija eso del rey y de sus hijos, y ella dijo que bueno, que iría.

Se fué al palacio del rey y fué muy bien recibida por el rey, la reina y la hija. El príncipe la miró así algo con desprecio, porque él había ofrecido al rey, su padre, repasar las lecciones de la hermanita, y el rey no había querido; porque le parecía que otra lo haría mejor.

Empezó de estitutriz la joven, y los reyes quedaron muy contentos, porque la hija parecía comprender bastante bien las lecciones y aprender más que con los otros profesores.

Un día que le enseñaba a la hija del rey, el príncipe vino a asistir a la clase. No le gustó su modo de enseñar y se lo dijo a la niña, ella le porfió que así se había de enseñar. Tuvieron unas cuestiones; casi todos los días, el príncipe se dentraba a la pieza y contrariaba a la mestra.

3. Sucedió que un día que la Luzmira y la hija del rey estaban tomando mate en la pieza de la princesa, se dentró el príncipe y empezó de nuevo a decir a la joven que no era así que se enseñaba, que a él no le habían enseñao del mismo modo. Tanto le molestó, que ella no pudo aguantar más, se paró tirando el mate en el suelo, y le plantó una bofetá al príncipe, que salió de la pieza sin decir una palabra.

Pasó el tiempo; la princesa ya había aprendido mucho con la Luzmira, y el rey y la reina, muy contentos, le habían ofrecido pagarle; pero ella no quiso, porque dijo que era mucha honra pa ella enseñarle a una princesa.

Entonces sucedió una cosa muy rara: el príncipe, que

no había vuelto a hablarle a la mestra, dijo al rey, su padre, que quería casarse con ella pa pagarle una deuda.

El rey, que no sabía nada de la bofetá, creyó que el príncipe había asistido como discípulo a las lecciones y había quedao agradecío a la joven mestra. Como el caballero era hombre principal y de muy buena familia, el rey consintió y se hizo el matrimonio con gran pompa.

4. El príncipe había mandaو arreglar, pa vivir más cómodamente con su esposa, un chalet que estaba en el mismo parque del palacio de su padre.

En la noche, cuando el padre de la niña y todos los convidados se fueron, el príncipe se dentró en la pieza donde estaba su joven esposa preparándose pa acostarse y le preguntó:

—«¿Te acorday, Luzmira, de la bofetá que me habías dao hace tiempo? ¿Estay arrepentía?»

—«Jesús, dijo ella, ni por pienso, prontita estoy pa darle otra si se ofrece.»

Al príncipe le dentró una gran rabia y, agarrando a su mujer, la empujó por un lao de la pieza donde había una trampa; la abrió y dijo: «Ya que no te arrepentís te vay a los infiernos». La hizo bajar una escalera y la encerró en un calabozo que había hecho preparar pa eso. Ella no dijo ni jay!, se quedó tan conforme, pasando la noche en el calabozo sentá en una silla.

Por la mañana se asomó el príncipe y le preguntó que si estaba arrepentía. Ella dijo que nó. El príncipe, pa engañar al rey y al padre de Luzmira, había hecho partir tempranito una carroza en la cual estaba una sirvienta vestía como su esposa y con la cabeza tapá con un velo y él había salío a caballo, como pa acompañarla, diciendo

que iban a pasar una temporá en una hacienda de un amigo, así que nadie sospechaba ná.

Al ver que su esposa no quería arrepentirse, le dentró más rabia y pensó tenerla encerrá ahí dentro hasta que se arrepintiera. Todas las noches volvía escondiito y, abriendo la trampa, le preguntaba a su mujer: «¿Estay arrepentía?» y ella, siempre la misma contestación.

5. La joven se aburría en su calabozo; pero no quería pedir perdón ni por na. Un día, vió que una laucha había abierto un aujero en el suelo. Se agachó pa mirar y sintió un ruido como de agua que corría. Comprendió que era una acequia que pasaba por debajo del calabozo. Con una cuchara que tenía pa comer escarbó y agrandó el hoyo y vió que una acequia bastante honda atravesaba todo el calabozo y salía a cielo descubierto un poco más lejos. Se metió en el agua y, agachándose y arrastrándose, pudo salir. Entonces se fué corriendo a la casa de su padre que creía que estaba de viaje y le contó lo que le había pasado.

El padre, furioso, quería ir a palacio pa hablar con el rey; pero ella le dijo que no dijera na a nadie, encárgándose que, por el mismo camino, le mandara buena comía y lo que le haría falta, prometiéndole avisarle cuando tuviera algo más que hacer. El padre dijo que bueno y, sin que el rey ni el príncipe lo supieran, hizo desviar el agua de la acequia, así que pudo ir a visitar a su hija, que había vuelto a su calabozo sin que nadie sospechara na.

El príncipe sólo abría la trampa de noche y no bajaba nunca, sino que le pasaba los alimentos a la esposa en un canasto amarrao a un cordelito. No pudo ver na, y todo siguió lo mismo.

6. Un día, dempués de preguntarle como de costumbre

si estaba arrepentía, y como ella le contestara que nunca, el príncipe le anunció que se iba de viaje pa París a gozar y divertirse y que había dejao encargao a un sirviente que le pasara la comida. Ella le contestó que mucho se alegraba, que se divirtiera mucho y lo pasara bien. El marío, picao, cerró la trampa de un puntapié y se fué.

Entonces ella salió de su calabozo y corrió donde su padre a decirle que le diera mucha plata y le tomara un carro dormitorio especial pa irse lo más pronto a París, porque allá se le iba el esposo.

El padre le dió muchos miles de pesos, cheques, servidumbre y le tomó un carro dormitorio pa París.

7. Cuando llegó allá el príncipe, que se había retardado en el camino pa divertirse, la Luzmira estaba ya instalada en un palacio muy hermoso; frente al palacio que el rey de París le arrendaba al príncipe.

Todos los días ella salía a pasear en un bonito coche tirado por cuatro caballos. El príncipe que también iba de paseo, la vió y se quedó admirao por lo mucho que se parecía a su esposa.

Empezó por saludarla, dempués entraron en conversación y en muy poco tiempo él la visitó y le preguntó si estaba soltera y ella dijo que no tenía marío. Entonces él, tan enamorao, le dijo que quería casarse con ella. Ella dijo que bueno y se casaron.

A los nueve meses de casada, la joven tuvo dos guaguas; un niño hombre y una niñita mujer. Ella dijo que se les pusiera París y Francia a los niños. Así se hizo.

8. Como a los tres años de casados el príncipe dijo que había recibío un telegrama, que su padre había muerto y que era preciso que volviera a su país. Entonces ella quiso acompañarlo; pero él no quiso y le dijo que no se podía

hasta que todo estuviera arreglado con la reina, su madre. Dejó un papel que decía que los niños eran de él y habían de heredarle.

Partió, pues, pero la verdá es que el padre no había muerto, sino que, como él había escrito que su mujer había muerto de parto durante el viaje, el rey le escribía pa decirle que volviera pronto, porque le tenía una novia muy hermosa, hija del rey de España y que no se demorara en concurrir, porque el padre de la novia quería que el matrimonio se hiciera pronto.

Sospechando lo que pudiera ser, la Luzmira con sus hijos volvió a tomar el tren y llegó antes que su esposo, que se había detenío pa comprar regalos pa la novia. Ella que llega y se va con sus niños al palacio de su padre, a quien había mandao un parte.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará).



Año VIII.—Tomo XXV. 1.^{er} Trim. de 1918 Núm. 29

REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

SUMARIO:

	Págs
Una carta curiosa sobre la actuación de Chile y la Argentina en la independencia sudamericana.....	5
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	58
LARA E., Alberto.—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico militar (<i>Continuación</i>).....	96
CUADRA G., Guillermo.—Familias Coloniales de Santiago	124
THAYER OJEDA, Tomás.—Cuestiones de Geografía Austral de Chile.	161
MATURANA, Humberto.—Origen y entroncamientos de la familia Feliú que existe en Chile.....	218
Proceso por correspondencia subversiva contra doña Rosa Valdiveiso, doña Ana María Cotapos y otros (1818).	249
DE SAUNIÈRE, S.—Cuentos populares Arancanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>).....	280
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>).	305
Guerra del Pacífico: Correspondencia de don Antonio Varas con don Eulogio Altamirano, General don José Francisco Gana, don Francisco Puelma, Coronel don Cornelio Saavedra, don Domingo Santa María, don Rafael Sotomayor, Coronel don José Velásquez y don Rafael Vial.	338
VIVES SOLAR, José Ignacio.—El rey Tanga Roa y el gigante Teteko	416
MATTA VIAL, Enrique.—No era tan mala la justicia carreirina.	420
DESTRUGE, Camilo.—DE LA CRUZ, Ernesto.—La entrevista de Guayaquil	484
Memorias del general don Hilarión de la Quintana.	452
Actas de la Sociedad.	497
Balance General de Tesorería....	499

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1918



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

Al llegar el príncipe preguntó al sirviente por su mujer y éste que se había guardao la plata sin abrir una sola vez la trampa le dijo que se había muerto de pena, hacía poco tiempo y que él había clavao la trampa pa que nadie se enterara.

Muy contento el príncipe, se preparó pa la boda. La hija del rey de España no era muy hermosa; pero era joven y muy rica. Además parecía muy tímida y apocá, así que el príncipe pensó que ella no lo contrariaría en na.

9. Cuando el príncipe entró con la joven princesa en la catedral, que estaba muy adorná y llena de luces pa el matrimonio, se sorprendió al ver a una señora vestía de blanco con un tupido velo sobre la cara que la envolvía enterita. A su lado, también tapaítos con velos había dos niñitos. Entonces esta mujer se adelantó y, cuando estuvo delante del príncipe, dejó caer el velo y apareció la Luzmira vestía de reina con una diadema de brillantes.

Los niños también dejaron caer el velo y aparecieron París y Francia, cada uno con una carta en la mano. Eran los documentos que el príncipe le había dado a la madre antes de irse. Los niños se abalanzaron sobre él gritando ¡papá! y el príncipe, deslumbrado por la belleza de Luzmira, cayó de rodillas a sus plantas y le pidió perdón, confesando su delito. Todo el mundo aplaudió y vivió al príncipe, a su esposa y a sus hijos y la pobre princesa española se quedó con los crespos hechos, sin marido y sin reino.

Y se acabó el cuento
y se lo llevó el viento.

NOTAS



Las numerosas versiones europeas de este cuento no permiten dudar de su origen. La fantasía de la narradora chilena ha introducido en él algunos rasgos nacionales, como por ejemplo, el mate que toman la princesa y su joven profesora; pero, salvo pequeños cambios, la versión chilena difiere muy poco de las otras que tengo a la vista, sobre todo de las sicilianas publicadas por G. Pitrè (1). Una se titula «Catalina la Sapienti» (2). La introducción de esta versión es muy parecida a la de nuestro cuento:

Catalina es hija de un rico mercader; dotada de un entendimiento poco común, y, queriendo utilizar su saber en bien de su prójimo, abre una escuela gratuita a la cual acuden discípulos pobres y ricos; entre estos últimos, el hijo del rey, que, a pesar de su grandeza, recibe de la

(1) *Biblioteca della tradizione popolare siciliane*, Palermo, 1875.

(2) Tomo I, núm. 6.

maestra una tremenda bofetada un día que no sabe contestar a una pregunta.

Como en nuestro cuento, el príncipe no olvida la ofensa y se casa con la profesora, a la cual encierra en un calabozo, la noche misma de su matrimonio, porque a la pregunta del príncipe: «¿Te arrepientes, Catalina?», contesta negativamente.

El desarrollo de los episodios es bastante parecido en las dos versiones; sin embargo, la chilena es más sencilla y los acontecimientos más naturales. Mientras en el cuento de Pitrè, Catalina, que ha abierto un agujero en la muralla de su calabozo, manda avisar a su padre por el secretario de éste, que casualmente llega a pasar por ahí; en el nuestro, Luzmira, al notar que un ratón desaparece en un hoyo que hay en el suelo, descubre que una acequia pasa por debajo de su prisión y, agrandando el hoyo, consigue escapar, a fin de reunirse con su padre, sin que nadie lo sepa.

En la versión siciliana, el padre de Catalina debe hacer construir un túnel subterráneo que une su casa con el palacio, lo que demanda bastante tiempo, mientras que, en nuestra versión, el padre se contenta con desviar el agua de la acequia, lo que es más fácil.

El hecho de haber escogido el príncipe como habitación, un pabellón edificado en el parque del palacio real, le facilita también los medios de hacer desaparecer a su joven esposa; y el fingido viaje el día siguiente de la boda, hace verosímil el engaño a los padres. En la versión de Pitrè, el príncipe alega una enfermedad de su mujer para impedir que alguien la vea.

Además de esta versión, Pitrè da otras dos variantes recogidas también en Sicilia: «¿Sapienza, ti converti?» y

«Bella e sapiente». En esta última, la protagonista es princesa real y da una bofetada al hijo del rey, condiscípulo suyo, por haberle dicho que se casaría con él.

Merced a una varilla de virtud, regalo de la profesora de ambos, la joven puede escapar del calabozo, en el cual la tiene encerrada el hijo del rey, quien, como en nuestro cuento, se casó con ella, a fin de vengarse de la afrenta que le hizo.

En las tres versiones, como en la nuestra, la mujer, que ha podido escaparse del calabozo, precede al marido en sus viajes y se presenta a él bajo nombres supuestos. El príncipe se enamora y vuelve a casarse con ella, llegando a tener familia.

En los cuentos sicilianos, el cambio de residencia y el matrimonio se repiten tres veces y nacen tres hijos: dos hombres y una niñita, que llevan el nombre de la ciudad donde nacieron; en el nuestro hay un solo viaje y los niños son gemelos.

Más o menos parecida es una versión de Gouzenbach: «La novela de Sorfarina» (1) en la cual, al preguntarle el rey si se arrepiente, Sorfarina contesta:

—No me arrepiento, ni me arrepentiré, si se ofrece darte otra (otra bofetada) yo te la daré.

En una versión napolitana de Basilio, titulada «La sabia» (2); la niña es hija de una baronesa y su discípulo, Cenzullo, príncipe real.

La porfía de Luzmira, en no querer reconocer su falta, puede compararse con la de la mujer en «Forfici foru» de Pitrè (3).

(1) *Sicilianische Märchen*, núm. 35.

(2) *Cuento de li cunti*, día 5.

(3) Tomo IV, núm. 257.

El disfraz de la mujer, o mejor dicho, el engaño al marido y la presentación de los niños, se encuentran en las versiones ya citadas y además en la «Novela di Giletta di Narbona» de Boccaccio (1). Casada con Beltrán, conde del Rosellón, Giletta es abandonada por su marido, con el cual acaba por juntarse bajo un disfraz, llegando éste a ser su querido sin reconocerla. La condesa tiene dos niños y los presenta más tarde al conde, de quien se hace reconocer. Este cuento, amplificado y arreglado por el francés Laboulaye, sirvió de tema a este autor para escribir una novela muy espiritual, que ha sido traducida al italiano. Esta versión de Giletta, puede compararse también con la fábula de la séptima noche de Straparelo y con un cuento del Bandello: «Engaño de la reina de Aragón al rey Pedro, su esposo, para tener hijos de él».

Conozco también dos versiones francesas: una en provenzal se titula «Catin va saù tout» y la otra en francés: «Tatherine belle science». Ambas son bastante populares en el sur de Francia.

Juan de la Paloma

(Narrado por MATILDE CHACÓN, 18 años, natural del Cajón de Maipo)

1. Érase un joven, hijo de un hombre rico, que le gustaba mucho leer. Un día salió para cazar y se llevó un libro. Anduvo casi todo el día sin matar un solo pájaro. Cansado y aburrido, se sentó en un potrero y sacó su libro para leer y descansar un rato. Cuando estaba leyendo, divisó a una paloma blanca que se había posado sobre un

(1) Decamerones, día III, núm. 9.

árbol. Tomó su escopeta e iba a disparar, cuando la paloma le gritó: —«No me mates, Juan, no me mates!»— «¿Cómo no te he de matar, hija? contestó Juan, que así se llamaba el joven, cuando que no he cazado nada denta mañana que salí.» Disparó, y la paloma cayó al pie del árbol. Juan la tomó e iba a pelarla cuando la paloma le dijo:—«No me peles, Juan, no me peles!»—¿Cómo no te he de pelar, hija, si te quiero asar?» Peló la paloma y tiró las plumas al suelo; pero sacó la pluma más bonita de la cola de la paloma y se la puso en el sombrero. Luego fué a cortar algunas ramitas del árbol para hacer fuego y asar la paloma; pero, como estaban verdes, no ardían, y Juan, para prender mejor el fuego, sacó las hojas de su libro y las encendió.—«No me ases, Juan, no me ases!» volvió a gritar la paloma.—«¿Cómo no te he de asar, hija, si tengo tanta hambre?» Apenitas acercó la paloma a la brasa, cuando el pájaro se arrancó y todas las plumas se le volvieron a pegar, menos la que Juan había puesto a su sombrero.

La paloma empezó a volar, y el joven corría tras de ella; pero no la podía alcanzar, aunque volaba despacio. Se posó en el suelo y Juan creyó pillarla; pero desapareció en un hoyo.

2. El joven, sin pensar, saltó en el hoyo y, encontrando un túnel, se metió dentro. Caminando y caminando, llegó a una gran sala toda de mármol, donde había una mesa bien servida; pero no había gente. Juan llamó, nadie contestaba. Entonces, el joven, que tenía mucha hambre, se sentó a la mesa y se sirvió de una buena comida que estaba en una fuente de plata.

Mientras comía, oyó una voz que decía en una pieza vecina: —«Niña imprudente, ¿por qué te saliste de aquí

y te fuiste afuera? Ahora no volverás a tu establo primitivo mientras no recobres lo que has perdido». Juan se paró de la mesa y golpeó a la pared; nadie le contestó. Quiso salir de la sala, vió una puerta, la abrió; pero se encontró en una pieza, que era un dormitorio. En él había una buena cama, bien limpia, con buenos colchones y sábanas bordadas. El joven volvió a la primera sala, pero no vió ninguna otra puerta y no supo por dónde había entrado. Rendido de cansancio se entró en el dormitorio y se acostó en la cama para dormir. La pluma de la paloma la sacó del sombrero y la puso debajo de la almohada, pensando averiguar al día siguiente el misterio de este pájaro.

3. Como a la media noche, sintió un ruido en la pieza. Era como un aleteo. Abrió los ojos y vió a la paloma blanca que revolvía su ropa como si buscara algo. Como no encontrara, dijo con rabia:—«No hay nada. ¿Quién sabe dónde la habrá puesto?» y desapareció.

Juan volvió a dormirse. Cuando desperto, salió de la pieza y se entró al comedor. Encontró un buen desayuno servido y comió con buen apetito. Pronto oyó otra vez la misma voz del día antes que retaba a la niña. Volvió a llamar; no contestaron. Por una ventana enrejada vió un hermoso jardín, lleno de flores; pero no pudo salir de la pieza. Pasó todo el día mirando los ricos muebles, leyendo libros que estaban sobre una mesa. Después, muy aburrido, para pasar el tiempo, se tendió sobre un sofá y se quedó dormido.

4. Soñó que veía a la paloma blanca que se había transformado en una hermosa niña, y tanto le gustó, que se quedó perdidamente enamorado de la niña que viera en sueño.

A la noche se acostó, y la misma escena de la noche anterior se repitió. Se entró la paloma, revolvió los vestidos y buscó. Juan había vuelto a poner la pluma debajo de la almohada.

Amaneció, y el joven hizo lo mismo que el día anterior: comer bien, leer y dormir la siesta. Tuvo el mismo sueño y volvió a ver a la linda niña.

5. Cuando se acostó para pasar la noche, ya no pensaba en otra cosa que en la mujer paloma. Sacó la pluma y, en lugar de ponerla por debajo de la almohada, la tomó en la mano, besándola apasionadamente, y el sueño lo sorprendió con los labios pegados a la pluma.

Vino la media noche, volvió la paloma a buscar en la pieza. Juan seguía durmiendo. La paloma, que se había acercado a la cama, vió la pluma y se abalanzó sobre ella para arrancarla de la mano del joven, quien despertó al grito de alegría que ella lanzó.

6. Cuál sería la sorpresa de Juan, cuando vió delante de él a la hermosa niña de su sueño. Estaba vestida de raso, de oro y terciopelo purpurino y tenía perlas y diamantes en sus cabellos sueltos.

El joven saltó de la cama y se acercó a la niña, diciéndole cuánto la amaba. Ella, conmovida, porque Juan era muy buen mozo, le contó que era una princesa, a quien una bruja había transformado en paloma blanca. Debía recobrar su forma primitiva a los dieciocho años; pero sólo en el caso que no hubiera perdido una sola pluma. Era por eso que buscaba, con tanto afán, la pluma que Juan había guardado, porque estaba por cumplir los dieciocho años. Felizmente, había podido recobrarla el mismo día de su cumpleaños que, de lo contrario, no habría podido volver a ser gente.

Juan, perdidamente enamorado, le dijo que quería casarse con ella, y que él era rico; pero la niña le dijo que, por el momento, eso no era posible; que él debía pedírsela al rey, su padre, y que ella no le podía decir dónde estaba el palacio, sino que era preciso buscarlo, y que esto le costaría muchas penas y trabajo, pues tendría que gastar tres pares de zapatos de fierro. Juan dijo que la encontraría si ella se comprometía a esperarlo un año y no casarse con otro antes de este plazo. Así lo prometió la niña y, de repente, desapareció.

7. Al mismo momento, la sala del palacio subterráneo desapareció también, y Juan volvió a encontrarse en el mismo potrero donde había matado la paloma. En el suelo, estaba su escopeta y al lado había un par de zapatos de fierro. Juan se los puso y empezó a andar.

Andaba, andaba; para comer mataba algunos pájaros; pero no siempre encontraba y a veces pasaba hambre. Se gastaban los zapatos sin que el joven pudiera encontrar el palacio de la niña.

Una tarde, medio descalzo, llegó a un ranchito y vió a una viejita sentada delante de la puerta.—«Buenas tardes, mamita».—«Buenas tardes, hijo», contestó la mujer. «¿Pa dónde va tan tarde?»—«¡Ay! mamita, estoy casi muerto de cansancio y de hambre, porque en todo el día no he comido nada».—«Dentre, dentre, hijo, que yo le daré algo para que coma». Se entró el joven, y la viejita le dió de comer y le hizo lavarse los pies, que sangraban. Juan le contó lo que le había sucedido y le preguntó si no sabía dónde estaba el palacio del padre de la niña. La viejita contestó que no; pero que su marido había de saberlo, pues era hombre que sabía muchas cosas, y le aconsejó que se acostara a descansar, porque el viejito no

llegaría antes que fuera de noche. Juan se sentó; pero no quiso dormir. Estaba ya muy oscuro cuando el viejito llegó. Se entró de muy mal humor y, cuando vió a Juan, se puso a retar a su mujer, diciendo que él no quería tener a nadie en su casa.

La vieja le explicó lo que el joven quería, diciéndole que les daría una buena cantidad de plata si le ayudaban; pero el viejo porfiado dijo que no sabía nada. Juan lo suplicó, mas el viejo no quiso entender nada y obligó al joven a que se acostara en la misma cama que él.

8. Antes de acostarse, puso una artesa llena de agua delante de la puerta del rancho; luego, sacando una varillita que tenía en el bolsillo, dijo: «Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, que esta puerta esté bien guardada».

Se acostó el viejito y Juan vió que había puesto la varilla por debajo de la almohada. Se fingió dormido; pero, cuando los viejitos estuvieron durmiendo, despacito se levantó y, sacando la varilla de debajo de la almohada, se fué a la puerta. Apenas si llegó, las aguas de la artesa se levantaron en olas tan grandes que tapaban todita la puerta.

Juan no se asustó; sacando la varilla dió un golpe sobre la artesa y dijo: «Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, pásame por el otro lado». Al instante bajaron las aguas. El joven sacó la artesa, abrió la puerta y salió del rancho.

A salir encontró un par de zapatos de fierro nuevecitos. Se los puso y anduvo caminando. Cuando necesitaba algo, lo pedía a la varillita; pero no podía encontrar el palacio de la niña.

Ya se le gastaban los zapatos y nada había descubierto, cuando llegó a otro ranchito y vió a una viejita que partía

leña y no lo podía hacer. Juan la ayudó, y después le preguntó si sabía dónde estaba el palacio de la niña. La vieja dijo que había oído decir que por el otro lado del mar. El joven le dió las gracias y se puso otra vez en camino. Después de mucho andar, llegó por fin a orillas del mar y, sacando su varillita, dijo: «Varillita, por la virtud que Dios te ha dado, pásame para el otro lado».

Al momento, estuvo en la otra orilla. Allí encontró un nuevo par de zapatos de fierro. Se los puso, y emprendió de nuevo su camino.

9. Llegó a una ciudad muy grande y vió a la gente vestida de gala, que se paseaba por las calles. Oyó música, todo estaba embanderado; preguntó que por qué estaba así, y le dijeron que la hija única del rey se iba a casar. A Juan, sin saber por qué, se le saltó el corazón y se puso a escuchar lo que la gente hablaba. Oyó a un hombre que decía a otro:—«La princesa no está conforme con este matrimonio; parece que ella estaba de novia con un joven y que no quiere casarse con él que su padre le ha buscado. Pasa los días asomada al balcón de su pieza, mirando a los que pasan delante del palacio. El rey le ha dado de plazo hasta las doce del día y, si a esa hora, el antiguo novio no se presenta, la princesa tendrá que casarse con el otro».

Juan comprendió al tiro que el novio que la princesa esperaba era él. Se hizo indicar donde estaba el palacio y se paseó por debajo de las ventanas. La princesa estaba asomada al balcón. No reconoció a Juan; pero le llamaron la atención los zapatos de fierro que llevaba y que metían mucho ruido. Mandó a un sirviente que hiciera subir al joven. Éste obedeció y se presentó delante de la princesa, diciendo:—«Hermosa paloma blanca, héme aquí a tus plan-

tas». La niña hizo llamar a su padre, quien vino al instante e interrogó al joven. Juan contestó a todas las preguntas y contó todo lo que había sucedido. La princesa se arrojó en sus brazos, llorando de alegría.

El rey les dió su bendición y se hizo el casamiento del joven con la princesa. El otro príncipe se fué muy apenado. El pueblo ovacionó a Juanito, a quien llamaron desde entonces Juan de la Paloma.

Todos vivieron felices y contentos.

NOTAS

El cuento de Juan de la Paloma es de origen europeo. En él los narradores han introducido, como siempre sucede, algún elemento nacional, sin que esta introducción modifique en nada el desarrollo del cuento primitivo.

Las dificultades que él o la protagonista han de vencer antes de conseguir su objeto y la ayuda que les presta un ser caritativo que se apiada de ellos, se encuentran en varios cuentos. Esta ayuda consiste lo más a menudo en consejos; pero también el regalo de algún objeto de virtud, varilla o anillo, facilita grandemente la empresa. En casi todos los cuentos de la misma familia que el nuestro, se encuentra la choza o la casita aislada en un bosque o lugar solitario, donde el protagonista, rendido de cansancio y hambriento, llega para pasar la noche y pedir informes.

En muchas versiones, esta casita solitaria es habitada por un ogro, cuya hija, compadecida, ayuda al viajero a esconderse y a escapar a la voracidad de su padre o de su madre. En otras, lo es por una viejita, madre o mujer de un ser poderoso, que ampara a los desgraciados y que se arregla de tal modo que consigue del hijo o del esposo los

datos que han de facilitar la tarea que el viajero se ha impuesto.

Un elemento que tampoco falta en estos cuentos, es el palacio subterráneo en el cual hay siempre una mesa servida y una buena cama para descansar. Todos estos rasgos los encontramos en nuestra versión chilena: Juan llega a un palacio escondido en las entrañas de la tierra y, muy naturalmente, encuentra como satisfacer su apetito y un buen lecho para pasar la noche. En cuanto a la paloma blanca que ha guiado al joven hasta la morada subterránea, en algunos cuentos es reemplazada por un pajarito verde o azul; muy a menudo es un canario.

Parece que la fantasía de los narradores se ha complacido más especialmente en escoger avecitas de colores vistosos, a falta de palomas blancas, símbolo de inocencia. No recuerdo haber leído u oído narrar un cuento en el cual intervenga un sencillo pájaro de plumaje ordinario gris o pardo. Si es un ave de mal agüero, el pájaro es negro.

La paloma sobre la cual Juan ha disparado, es una joven princesa que un brujo, hada o mago, ha transformado en ave y que no volverá a su estado natural si no cumple ciertas condiciones impuestas. En nuestra versión, la joven princesa no podrá volver a ser gente si le falta alguna pluma y por ese motivo la desgraciada busca con tanto afán en la ropa de Juan, mientras éste duerme, esperando encontrar la pluma que el joven recogió y puso a su sombrero.

En un cuento turco, un joven, que ha sido transformado en gato, no puede volver a su primitiva forma, porque un ratón al cual quiso pillar, le ha comido un pelo de sus bigotes. Después de muchas aventuras, consigue

recuperar el pelo, que se ha pegado en el estómago del ratón, y vuelve a ser hombre.

Juan, a quien la princesa paloma se le ha aparecido en sueños, se enamora perdidamente de ella y se duerme besando la pluma. La joven que, como las noches anteriores, sigue buscando en la pieza del joven, se apodera de ella, volviendo en el mismo instante a ser una hermosa princesa.

En un cuento siciliano de Pitrè, titulado «El Surciddeddu de la cola fitusa» (1) la princesita, que se ha alojado en un palacio misterioso donde no hay nadie, se acuesta después de comer. A media noche, ve entrar en su pieza un ratoncito que busca por todas partes. El hecho se repite durante tres noches y, después de encontrar lo que buscaba, se rompe el encantamiento y aparece un hermoso príncipe.

El plazo fijado para encontrar el palacio del padre de la niña, se encuentra en otra versión de Pitrè (2): Una princesa encantada, que ha sido libertada por un joven, promete casarse con él y esperarlo un año, un mes y un día. En una variante de este cuento, el plazo es de siete años, siete meses y siete días. Nuestra versión chilena sólo habla de un año.

La pesada tarea de buscar a la niña o el palacio de su padre, se complica con la obligación de gastar zapatos de fierro, que el protagonista ve renovarse con toda puntualidad, sin saber de qué modo le llegan. Estos zapatos parecen representar en muchas narraciones, además de las dificultades que hay que vencer, la lentitud y la demora en llegar a un éxito completo.

(1) Tomo 1.º, N.º 40.

(2) La Bedda di li setti muntagni d'oru. Tomo II, N.º 84.

Numerosísimos son los cuentos, tanto extranjeros como chilenos, que contienen episodios relacionados con esa particularidad. Además de las dos versiones citadas más arriba, encontramos los zapatos de fierro en los siguientes cuentos sicilianos: «Bianca comu nivi» (1), «Li tri muntagni crunanti d'oru» (2) y «Lu Re Cristallu» (3).

En los dos primeros se habla de siete pares de zapatos, en el tercero de un solo par.

En sus notas Pitré cita también un cuento de Extremadura, de Sergio Hernández de Soto (4) y el número 45 de los cuentos turcos de Kuno.

En cuanto a los cuentos chilenos, citaré las versiones A, B, C del «Pájaro azul», del señor J. Vicuña C. (5).

El protagonista no es siempre un hombre, muy a menudo es una niña condenada a errar calzada con zapatos de fierro en castigo de una falta cometida: curiosidad o indiscreción.

El obstáculo que el viejo brujo pretende poner a la salida de Juan, se halla en muchísimas narraciones internacionales. Las aguas de la artesa, colocada por el anciano delante de la puerta, que se levantan como olas del mar cuando el joven quiere salir, me recuerdan un cuento recogido en la isla de Malta: Una huérfanita quiere escapar de la casa de su madrastra, que es bruja, y no lo puede hacer porque ésta ha colocado delante de la puerta

(1) PITRÈ, Tomo I, variante a «Lu Re cavaddu mortu», pág. 107.

(2) Idem, Tomo II, variante a «La bedda di li setti muntagni d'oru», pág. 248.

(3) Ibidem, Tomo IV, N.^o 281 del Apéndice.

(4) *Cuentos Populares*. Biblioteca y tradiciones populares españolas, Tomo X, 1886, pág. 106.

(5) *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo II, 1911.

un vaso lleno de agua, que la joven, sin fijarse, empuja con el pie y, cuyo contenido, al derramarse en el suelo, se trasforma en un río caudaloso.

En un cuento provenzal, una mujer, cansada de las calaveradas del marido, consigue de una bruja un palo mágico, que coloca delante de la puerta antes de acostarse. Cuando el marido, que la cree dormida, se levanta para salir y pretende abrir la puerta, recibe una paliza, que lo deja medio muerto, tendido en el suelo.

En nuestro cuento chileno, como en los cuentos que acabo de citar, Juan puede vencer todas las dificultades merced a la varilla de virtud que ha robado al viejo. Este objeto es uno de los elementos indispensables en todas las narraciones: pito, anillo, nuez o simple varilla, según la fantasía del narrador, obran de un modo maravilloso y no hay obstáculo que resista a su poder sobrenatural.

Algunos episodios de nuestro cuento se hallan en otras narraciones internacionales, pero sólo aisladamente. En «L'oiseau vert», de Cosquin (1), vemos a un joven perseguir a un pájaro. En los números 35 y 54 de Gonzenbach (2) dos príncipes Autumunti y Federico, buscan la morada de sus amadas. En un cuento veneciano de G. Winter y Wolf, «El rey de la piel de puerco» y en «El rey erin», de Antonio Arrietti (3), es una joven que busca el marido que su indiscreción ha hecho huir.

Algunos episodios del cuento chileno «La tortilla o el

(1) *Contes populaires de la Lorraine*, Tomo I, N.^o 9.

(2) *Sicilianische Märchen*.

(3) *Novelle popolari piemontese*.

canarito encantado», que el señor R. Laval ha publicado en *El Peneca* (1), puede también compararse con nuestro cuento.

La suerte de Antuco

(Narradora JUANA GONZÁLEZ, 80 años, natural de Chillán)

Prehuntar pa saber y escuchar pa aprender.

El que es tonto de remate que se vaya a tomar mate,
que'es medicina casera pa curarse la lesera.

1. Erase que se era un joven huachito que se llamaba Antuco y que la gente del campo había apodao el Jutrecillo, porque le gustaba andar limpiecito y arreglaíto. Estaba de vaquero en un gran fundo de la cordillera. En este fundo había un viejo capataz, llamado ño Anselmo, qu'era un viejo borracho. Un día, el amenistraor del fundo lo llamó y le ijo que si seguía así empinando el codo (2) lo despediría y pondría a otro más joven. Al oir esto, ño Anselmo se figuró que ese otro había de ser Antuco, a quien el amenistraor miraba con simpatía, porque nunca tomaba y era muy cumplidor. Desde ese día, el viejo capataz le tuvo mala voluntá a Antuco y buscó toos los medios posibles pa que lo despidieran.

Una noche, desapareció una vaca del potrero y el capataz acusó a Antuco de haberse entendido con el lairón. El pobre joven se defendió como pudo; pero fué despedido del fundo, y el patrón, furioso, no le quiso pagar su sueldo y lo amenazó con la justicia si no se iba al tiro. An-

(1) N.os 192 a 200 (1912).

(2) Expresión popular muy empleada para hablar de una persona aficionada a la bebida.

tuco recogió sus pocas prendas y, sin un centavo en el bolsillo, salió del fundo pa venirse a Santiago, donde pensaba entrarse de militar, porque sin recomendaciones, ¿cómo iba a encontrar trabajo en otro fundo? El joven no conocía Santiago y no estaba bien seguro del camino, así que se demoró más de lo necesario y la noche lo sorprendió.

2. Se entró en un ranchito desocupao, recogió un poco de leña seca pa hacer fuego, porque hacía frío, y dempué de comer un piazo de galleta, se envolvió en su manta y se tendió al lao del fuego pa dormir. Tuvo un sueño muy raro: soñó que veía, sentá al lao del fuego, a una vieja mujer que se calentaba, y como él le prehuntara que quién era ella, le contestó: «Soy tu suerte». «Si sois mi suerte ¿por qué me habís dejao sufrir tanto tiempo sin ayudarme?» dijo el joven. «Es que me había quedao dormía en este rancho, donde vos habís nació, y què pa despertarme necesitaba del calor del fuego encendío por vos. Ahora ya no me dormiré más y te ayudaré a salir de penas. Serás rico y honrao como pocos». Y ¿aónde he de encontrar yo esa gran fortuna, cuando no tengo ni un chico en el bolsillo?» «Esto te lo dirá el primer cristiano con quien te topes en camino y a quien le hagai un favor». La vieja desapareció y el joven siguió durmiendo.

3. Al amanecer salió del rancho pa seguir viaje a Santiago. Ya había andao bastante tiempo cuando llegó a una parte donde habían dos caminos que se cruzaban. No sabía cuál tomar, y prehuntó a un hombre que llegaba de a caballo. Este le ijo que siguiera el camino de la derecha y le ofreció tomarlo en ancas, pué él precisamente seguía el mesmo camino. Antuco aceptó muy agrado-cio. En camino le contó al campesino que se iba pa

meterse de sordao, y el otro ijo que había salido el día antes pa buscar a un cuñao suyo que trabajaba en una hacienda bastante distante y: «Mire mi mala suerte, ijo, mi mujer acaba de tener guagua, y como hoy debe venir un sacerdote a la hacienda pa bendecir la nueva bodega, pensábamos hacer el bautizo de la guagua, y mi cuñao con una vieja, tía de mi mujer, habían de ser los pairinos. Ahora sucée que mi cuñao está en cama muy enfermo, por haberse caído de a caballo, y estamos sin pairino. Mi mujer no quiere que tome a naide de la hacienda, porque dice que es gente pendenciera. ¿Agora qué vamos a hacer? ¿Está usté muy apurao por llegar a Santiago? Si no lo juera, le pediría que nos hiciera el favor de ser pairino de mi hijito. Estoy seguro que mi mujer estaría muy contenta de tenerlo por compaire».

Antuco aceptó quedarse hasta el día siguiente, y cuando llegaron a la casa, jué presentao a la mujer, a quien el marío contó la enfermeá del cuñao. La Mena, qu'ese era el nombre de la mujer, lo recibió muy bien y le ijo que le agradecía mucho el favor que le iba a hacer. «No hay de qué, contestó Antuco. Yo tendré a mucha honra el ser pairino de su hijito, y compaire de una señora tan güena moza».

Cuando el sacerdote llegó, se hizo el bautizo, y dempué se sentaron toos a la mesa pa comerse una güena cazuela de ave y tomarse güenos tragos de chicha, a la salú de la guagua.

4. Durante la comía, Antuco contó el sueño que había tenido, y ijo riendo que pudiera ser que le saliera cierto, puesto que ya había tenido la suerte de encontrarse con una persona que le pidiera un favor.

—«Bah, cosa suya, compaire, ijo la Mena. ¿Cómo cree

usté en estas tonterías? Si too lo que se sueña juera cierto, entonces mi marío s'habría encontrado ya una pila de moneas de oro y de alhajas preciosas».

—«¿Cómo es eso?», preguntó Antuco.—«Sí, ijo el campesino, figúrese que durante tres noches seguías soñé que veía a un negro gigante que me decía que en un punto de la falda de la cordillera onde hay un espino seco que tiene tres ramas en forma de cruz, encontraría un ovillo de hilo colorao enterrao al mesmo pie del espino; que atara el hilo al tronco del arbolito y tirara el ovillo detrás de mi espalda. Debía seguirlo, y en la parte onde se para encontraría un subterráneo con un arcón lleno de oro y alhajas. Ya ve usted, compaire, a ónde voy yo a buscar el tal espino. Leseras, no más, como le ijo la Mena».

Antuco lo escuchaba con mucha atención y refleucionaba. El conocía precisamente una parte de la cordillera onde había un espino tal como el compaire le había contao y, recordando lo que la vieja le había dicho, resolvio ir allá pa ver lo que había de cierto. No quiso ecirles na a los compaires pa que no se burlaran de él, ijo que había refleucionado y que en lugar de entrarse de melitar quería verse con un amigo suyo que estaba de capataz en otro fundo a ver si no lo podía hacer entrar de vaquero, y qu'era mejor que se juera esa misma tarde en lugar de pasar la noche con sus compaires. Pidió prestao el caballo, prometiendo volver al otro día pa devolverlo y decirles cómo le había ido.

Salió, pué, de la casa y, montao en el caballo de su compaire, se jué a todo escape a la parte de la cordillera onde él sabía qu'estaba el espino.

5. Era ya de noche cuando llegó, la luna alumbraba

muy bien y Antuco encontró fácilmente el espino. Se desmontó del caballo, que ató a un peñasco, y sacando su navaja, se puso a cavar al pie del arbolito. Al poco rato encontró un piazo de cuero y, envuelto en él, un grueso ovillo de hilo colorao que parecía como si juera teñío en sangre. Ató el hilo al espino como el compaire le había dicho y tiró el ovillo. Este empezó a dar botes y a rodar; Antuco lo seguía corriendo. Anduvo así un güen rato, al fin se detuvo en una parte onde había tres grandes piedras. Antuco recogió el ovillo qu'era toavía bastante grueso y lo puso en su bolsillo. Luego empezó a sacar las piedras. A la primera que tocó sintió un ruido extraño que parecía venir de la tierra, a la segunda, la tierra tembló y cuando sacó la tercera, un gigante negro salió en medio de llamas de fuego. Quiso abalanzarse sobre el joven, éste le tuvo mieo y, sin pensar, pa defenderse, le tiró lo primero que le vino a mano, que jué el ovillo de hilo.

El gigante cayó como si le hubieran dao un martillazo en la cabeza. Antuco comprendió que el ovillo era de virtú, puesto que había derribao al gigante. Pensó amarrar a éste con el hilo; pero el negro le ijo:—Patroncito, no me amarre usté, que yo podré servirle. Soy el guardián del tesoro qu'está escondío en un subterráneo y sólo he de entregarlo al que posea el ovillo de virtú».—«Levántate, ijo Antuco, y condúceme».

6. Se levantó el gigante y ambos bajaron por una escalera y se metieron en un subterráneo onde había un gran arcón lleno de oro, alhajas y piedras preciosas.

Antuco iba a llenarse los bolsillos, pero el gigante le ijo:—«No se tome ese trabajo patroncito, yo llevaré el arcón onde usté quiera, pues no debo apartarme de él mien-

tras quede una sola monea. Ahora seré esclavo suyo, ya que tiene el ovillo de virtú. No tiene más que mandar y lo que desee se cumplirá».—Mando, ijo Antuco sacando su ovillo, que seamos transportaos a un palacio de Santiago y que a mis compaires les sea degüelto el caballo con una bolsa llena de oro». Al mismo momento, Antuco con el gigante negro, que había cargao el arcón sobre sus espaldas, se encontraron en un hermoso palacio de la Alamea, en Santiago. La casa estaba amoblá que era un primor. Antuco encontró en un dormitorio vestíos de caballero; tocó una campanilla y vinieron los sirvientes que le trajeron un rico chocolate; el negro gigante puso el arcón en un cuartito al lao de la pieza de su amo y se sentó encima pa cuidarlo.

Antuco vestío de gran señor, con coches y caballos, salía a pasearse toos los días y se daba una vía de príncipe. Un día s'encontró en la Alamea con sus compaires muy bien vestíos. La guagua la llevaba una sirviente. Antuco no se dió a conocer; pero los siguió y vió que se dentraban en una buena casa. Comprendió entonces que sus deseos se habían cumplío y que los compaires habían recibio la bolsa de oro. Esto le dió mucho gusto.

7. Al poco tiempo le dentró la gana de conocer otros países, pensó irse a la Francia de París y tamién al país de los gringos. Sacó el ovillo y mandó que le diera un rico buque que lo llevara a Europa. Too se hizo como él lo pedía. De Valparaíso le avisaron que su buque había llegao. Antuco se embarcó en él con el gigante negro y el arcón y dempué de algunos días llegaron a París. Había mandao un telegrama a las autoridades pa avisarles que un príncipe chileno iba a llegar, así que el rey de

allá mandó a sus menistros con una carroza dorá pa que lo esperaran en el puerto (1).

8. Cuando el buque llegó, Antuco desembarcó y quería irse a un hotel; pero los menistros del rey le ijeron que no, que el rey se ofendería si no se alojaba en su palacio. Así que Antuco no tuvo más remedio que decir que güeno; pero ijo que tamién habían de admitir a su esclavo negro, porque no se separaba jamás de él. Los menistros ijeron que claro, qu'era muy natural que juera tamién el esclavo y querían qu'éste se metiera en un coche; pero el negro ijo que no, que iría de a pie, porque tenía que llevar el tesoro de su amo. Lo que ahí estaban se quearon maravillaos, al ver con qué faciliá se cargaba ese gran arcón, que cuatro hombres no habrían podío levantar. El rey, rodeado de su corte, esperaba a Antuco. Lo recibió con mucha ceremonia y le ijo, que tendría a mucha honra se queara en ese su palacio.

Antuco correspondió los cumplíos y dempués se retiró a los departamentos que le habían preparao, se cambió de traje y se vistió de gran etiqueta pa asistir a la gran comía que el rey daba en su honor.

Como sabía que sería presentao a la reina y a la princesa, hija del rey, escogió en su arcón unas joyas espléndidas que quería regalarles. Estas eran; una corona de oro cuajá de brillantes pa la reina y un collar de perlas y un prendeoir pa la princesa. Al rey le regaló una gran cruz de brillantes y una espá toa de oro.

¡Figúrense si estos regalos fueron recibíos con gusto!

(1) La narradora, vieja mujer del campo, sin instrucción, se figura que París es un puerto de mar y que por consiguiente el buque que lleva a Antuco, puede llegar hasta allí.

Toa la familia les dió las gracias, y al poco tiempo de estar en el palacio Antuco era considerao como el príncipe más rico del mundo. Iba por todas partes con el rey y por supuesto que se hacía el rumboso y no quería que desembolsara ni un centavo; iban al teatro, a los paseos, too lo pagaba él (1).

9. La princesa, hija del rey, estaba de novia con el hijo del rey de los gringos de Inglaterra; pero, a decir la verdá, no le gustaba mucho el novio, porque era muy feo. Una vez que hubo visto a Antuco que era tan güen mozo, el otro le pareció más feo toavía. Se lo ijo a su maire, la reina, y ésta le habló al rey, diciéndole que sería mejor que la niña se casara con el príncipe chileno, que era tan rico y generoso. Al rey, claro que le habría gustao más tener a su amiguito por yerno; pero cómo hacer pa romper el compromiso. Cavilaron mucho el rey, la reina y la princesa. Al fin, el rey le ijo a la princesa que ijera a su novio que ya había cambiao de idea, que se encontraba muy bien así de soltera, y que además, no quería casarse con un hombre de pelo rubio, porque le parecía que tenía la cabeza destefía.

10. El príncipe se ofendió mucho y se retiró amenazando al rey con una guerra. Esta no se hizo esperar. A los pocos días de haber güelto a su país, hizo que su paire le declarara la guerra al rey de la Francia. Este se asustó mucho, porque sabía que los gringos eran muy valientes y ya estaba arrepentío por haber roto el compro-

(1) En su orgullo nacional, la narradora, para ponderar la generosidad chilena, asimila al rey de Francia a un simple burgués, e ignorante de los usos y costumbres de los grandes, se figura sencillamente que el rey y Antuco salen a dar un paseo como lo hacen aquí dos amigos que se convidan mutuamente.

miso, pero Antuco, a quien la princesa le gustaba mucho, le ijo que no se le diera na, que él se encargaba de too y que saldría bien de la empresa.

Pa venirse a Francia, los gringos de Inglaterra tenían que atravesar el mar. Antuco se hizo nombrar amirante de la escuadra francesa y partió con el gigante negro, en el mismo su buque que estaba siempre esperándolo en el puerto de París.

11. Cuando toa la escuadra gringa estuvo cerca de la costa, Antuco ató el hilo del ovillo que había traío a un palo de su buque y, dando el ovillo al gigante, le mandó se tirara al agua y nadando rodiara toa la escuadra enemiga con el hilo, y que volviera a subir al buque. Obedió el negro y sin que naide lo notara, porque era de noche y por lo negro de su cuerpo, engolvió a toos los buques enemigos con el hilo.

S. DE SAUNIÈRE.

REVISTA CHILENA

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía



SUMARIO:

	Págs.
Sesión general celebrada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el 28 de Abril de 1918, con el objeto de hacer entrega al señor don Luis Riso Patrón de la medalla anual de oro correspondiente a 1915.....	5
Papeles de don Domingo Santa María.....	30
Carta de don Francisco de la Lastra a don Bernardo O'Higgins.....	38
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	41
Apuntes autobiográficos de don Manuel Antonio Tocornal, hechos en 1865, a solicitud de don Benjamín Vicuña Mackenna	70
THAYER OJEDA, Luis.—Formación de la Raza Chilena.....	76
Proceso por correspondencia subversiva contra doña Rosa Valdiveiso, doña Ana María Cotapos y otros (1817-1818) (<i>Continuación</i>)	90
LARA E., Alberto.—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico militar (<i>Continuación</i>)	125
CUADRA G., Guillermo.—Familias Coloniales de Santiago (<i>Continuación</i>)	163
SALAS, Carlos J.—La cuna de Monteagudo.....	216
Memorias del General don Hilarión de la Quintana	246
SAUNIÈRE, S DE.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	280
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	305
Guerra del Pacífico: Correspondencia de don Antonio Varas con don Eulogio Altamirano, General don José Francisco Gana, don Francisco Puelma, Coronel don Cornelio Saavedra, don Domingo Santa María, don Rafael Sotomayor, Coronel don José Velásquez y don Rafael Vial (<i>Continuación</i>)	337
MONTT, Luis.—Bibliografía Chilena (1780-1807)	420
LEHMANN-NITSCHE, R.—El Cabo de Hornos en el folklore alemán	454
FASOLA CASTAÑO, Mayor.—Cancha Rayada	455
CUNEO-VIDA, R.—Tradiciones del viejo Corregimiento de San Marcos de Arica	474
Bibliografía	479
Correspondencia	491
Actas de la Sociedad	498

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1918



Cuentos Populares Chilenos y Araucanos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

Cuando golvió a su buque, entregó el ovillo a su amo y éste mandó a los marineros que apuraran la marcha. El buque empezó a andar, arrastrando etrás de sí a toa la Escuadra enemiga, que no podía resistir ni disparar, porque estaban tan apretáitos que no se podían mover por temor de irse a pique. Así, de este modo, fué cómo Antuco los trajo toos de prisioneros a París. El pueblo lo esperaba a la orilla del mar y lo aclamó llevándolo en trunfo.

12. Entre los prisioneros gringos estaba el príncipe, antiguo novio de la princesa. Tuvo que pedirle perdón al rey y pagarle una gran suma de dinero pa poder volver a su patria. Antuco se casó con la princesa y el día de las bodas hizo que too el pueblo tuviera vino y chicha pa que tomara a su salú. Cuando le tocó firmar el papel de casamiento, firmó así: Antuco de Chile, príncipe del Espino.

Y se acabó el cuento, y se lo llevó el viento, pa que más tarde de uno se puea tener un ciento.

NOTAS

El tema principal de este cuento, es decir, el destino o la suerte buena o adversa, ha desempeñado un papel importante en las narraciones o cuentos del mundo entero, siendo objeto de estudios y comentarios muy notables.

Entre los folkloristas que han estudiado más detalladamente los cuentos de esta familia, debemos citar en primera fila a E. Cosquin, cuyo trabajo nos proporciona datos muy interesantes (1). Estos cuentos pueden dividirse en dos grupos: el primero comprende las narraciones o cuentos en los cuales aparece la suerte individual; y el segundo, los de la suerte colectiva o común a todos los miembros de una misma familia. Nuestro cuento pertenece al primer grupo.

Sucede a menudo que, en muchos cuentos, la suerte o fortuna no se presenta espontáneamente, necesitando que la suerte de otro individuo aparezca primero e indique al interesado la conveniencia de buscar su suerte personal y los medios de encontrarla. En este caso podríamos llamarla «suerte involuntaria», pues su ayuda es forzosa y obligatoria.

En otros cuentos, la suerte es dual, buena y mala, alternativamente; pero siempre representada y personificada por una unidad, es decir, una sola y misma persona, y es digno de notar que, en todas las narraciones que nos la presentan bajo ese doble papel, la mala suerte es siempre la primera en obrar y en atormentar al desgraciado

(1) *Petites monographies folkloristes*, por E. COSQUIN. Revue de traditions populaires. T. XXIX. núm. 3. 1914.

cuyo destino está ligado a ella; sólo se transforma en buena cuando está cansada de perseguirlo.

En nuestro cuento, la suerte de Antuco obra libremente en favor del joven, sin que éste tenga necesidad de buscarla. Además, si bien es cierto que la infancia y la juventud del joven han sido poco afortunadas, no se puede decir que haya sufrido verdaderamente, y al primer sufrimiento real, la buena suerte aparece en el preciso momento en que su protección le es necesaria.

* * *

Los pueblos orientales se han formado una idea bastante extraña de la suerte: si un individuo no tiene éxito en sus negocios; si la miseria lo persigue, dicen que su suerte está acostada o tendida y, muy naturalmente, en tal postura no hace nada en favor de aquel a quien debiera ayudar. De aquí que todos los males y las desgracias se echen sobre él y lo opriman hasta que la suerte perezosa despierte de su sueño, ya sea por la voluntad suprema, ya porque el paciente encuentre los medios de hacerla levantar. Está tan arraigada esta creencia entre los mahometanos, que la mujer de Mohamet el chaous (1) de mi esposo en la isla de Djerbah, estando enferma de hidropesía desde más de siete años, creía firmemente que estaba embarazada y me preguntaba, en su sencillez, si no podía indicarle un medio para despertar a su suerte, agregando que, mientras no despertara para asistirla en su enfermedad, la guagua no podría nacer (2).

(1) Asistente que a menudo sirve de intérprete.

(2) Es creencia de los árabes que la suerte del padre si nace un varón, o la de la madre si nace una niña, preside al nacimiento, y debe ocuparse del recién nacido hasta que éste reciba un nombre; entonces aparece su suerte personal.

El caso que acabo de citar, no es un caso aislado. Como lo he dicho más arriba, para los orientales la falta de prosperidad es debida únicamente a la pereza de la suerte de cada uno, y están convencidos que si consiguen hacerla levantar, todo se arreglará.

Citaré algunos ejemplos en apoyo de mi aseveración: en el cuento moro «Açfour ou Djrada» o «Pajarillo y langosta», de J. Desparmet (1). Açfour es enviado por el rey para llevar una carta a un negro llamado «Felicidad de las felicidades», que encarna la suerte real. Açfour, después de cumplir el encargo, pregunta al negro si no le puede indicar la parte donde está su suerte, pues sus negocios no prosperan. Siguiendo las indicaciones del negro y después de andar mucho tiempo, acaba por encontrar una especie de tumba, formada por un montón de piedras, y en ella a su suerte tranquilamente acostada.

Si del África pasamos a la India, cuna de los cuentos esparcidos por el mundo entero, encontramos la misma idea y los mismos prejuicios. En un cuento recogido por la señorita Putlibai Wadia (2), en el Goudjerati, región de la India occidental, el destino o suerte de un pobre hombre, a quien su hermano, rico y feliz, rechaza sin compasión, se encuentra dormida más allá de los siete mares.

Una variante de este cuento recogida en el Pendjâb, en el distrito de Simla (región del Himalaya), por Mrs. A. E. Dracott (3), y citada por Cosquin, nos muestra un des-

(1) Ver: *Contes mauresques recueillis à Blida*, par J. DESPARMET. Núm. XXX.

(2) *Indian Antiquary*. 1893. Págs. 213 y sig.

(3) *Simla Village tales*. Londres. 1906. Págs. 96 y sig.

graciado que, cansado de su miseria, se pone en camino para buscar su suerte, y la encuentra bajo la figura de un viejo fakir, que duerme desde doce años.

En un viaje al Egipto, que hice a bordo del vapor *El Anadir*, un mozo anamita empleado en el buque me contó lo siguiente: Un joven anamita muy miserable buscaba su suerte desde muchos años. Cerca de un río ve un árbol gigantesco, cuya cima toca casi las nubes. Arriba del árbol, su suerte está dormida. Después de llamarla repetidas veces sin resultado, el joven coge un hacha que está a orillas del río y derriba el árbol. Al caer al suelo, la suerte despierta y promete servirlo.

Del estudio de estas tradiciones o cuentos se desprende una moral resumida en el adagio francés: «Aide-toi, le ciel t'aidera», pues, para conseguir la ayuda de la suerte, es preciso que los desgraciados se tomen el trabajo de buscarla y de despertarla.

* * *

Esta idea de la suerte dormida o simplemente acostada, ha debido emigrar junto con las narraciones orientales, a los pueblos del occidente, y la encontramos en muchos cuentos europeos. En un cuento búlgaro (1), citado por Cosquin: Dos hermanos, que han heredado igual porción de los bienes de sus padres, tienen una suerte muy distinta. Mientras la fortuna del menor ha ido en aumento, el mayor pierde poco a poco todos sus bienes, y se ve obligado a trabajar en la casa de su hermano. Una noche vuelve a un campo recién segado, para buscar una

(1) AD. STRANZS, *Die Bulgaren*. Leipzig. 1898. Pág. 243.

gavilla olvidada, y ve a la suerte de su hermano que trabaja activamente. Comprendiendo que esta ayuda es la causa de la fortuna de su hermano, le pregunta si sabe dónde está la suerte de él y lo que hace. «Tu suerte es tan gorda que no puede moverse, pasa sus días acostada. Por eso no te ayuda en nada. Apaléala para obligarla a levantarse y todo cambiará».

En un cuento de los Abruzzos, de G. Finamore (1), el destino de un hermano rico dice al hermano pobre que su suerte duerme en un matorral. Encontramos también la suerte dormida, en un cuento ruso de P. V. Sejn (t. II, 1893).

La suerte de Catalina, protagonista de un cuento de Gonzenbach (2), no está dormida; pero envuelta o tapada por siete mantas, no puede moverse. Un cuento rumano, recogido por mí, nos muestra la suerte de una pobre mujer, bajo la figura de una vieja que duerme, tapada por un cuero de cordero, a orillas del Danubio. Cansada de arrastrar una vida miserable, la mujer resuelve tirarse al agua. Al correr hacia el río, tropieza en algo que está en el suelo y cae encima. Con gran sorpresa suya, ve que lo que la ha hecho tropezar es una anciana, que se levanta diciéndole que es su suerte y que hacía diez años que dormía, esperando que vinieran a despertarla.



En los cuentos que acabo de citar, el que busca su suerte o que, como en el cuento rumano, tropieza invo-

(1) *Tradizioni popolari abruzzesi*. Vol. I, II parte.

(2) *Sicil, Märchen*, N.º 21.

luntariamente con ella, y la despierta, la ve en realidad, mientras que en nuestro cuento chileno, no solamente Antuco no busca su suerte, cuya existencia parece ignorar, sino que ésta sólo se manifiesta en sueños. Su intervención en los asuntos de la vida del joven es indirecta, limitándose a anunciarle que la primera persona con quien se cruce en camino y le pida un favor, le indicará los medios de encontrar la fortuna. Esta especie de predicción introduce un elemento nuevo en nuestro cuento y no lo encontramos en las narraciones ya citadas. Sin embargo, el tema de la suerte que aparece durante el sueño ha sido tratado por varios autores, llegando algunos de ellos a presentarlo como un hecho histórico. Bajo esta forma es como Juan Frunger de Lovarde en su *Etymologicon latino graecum*, artículo Somnus (pág. 1110-1111), citado por Goulart (1) nos presenta el caso de un joven de Dordrech, en Holanda, el cual, después de disipar su herencia, se encontraba en la miseria y acosado por los acreedores. Habiendo soñado que alguien le aconsejaba que fuera a hablar con un hombre que se encontraba sobre un puente, en una ciudad bastante distante, y que éste le daría los medios para salir de apuros, el joven se pone en camino y, llegado al punto señalado, pasa casi todo el día paseándose tristemente sobre el puente, con la esperanza de ver al hombre que ha de salvarlo. Intrigado por este paseo solitario y el aire abatido del joven, un mendigo que está sentado a la entrada del puente le pregunta el motivo de su tristeza y el joven le cuenta su sueño, agregando al terminar que ahora sólo cuenta con el auxilio de la Providencia. El men-

(1) *Thresor des histoires admirables*, tomo III, pág. 366.

digo, riéndose de su credulidad, le dice que no hay que fiarse de los sueños (1), pues si ellos fueran ciertos él tendría que ir a Dordrech y allí encontraría en un jardín que le ha sido indicado en sueños un tesoro enterrado al pie de un rosal silvestre. Sin notar la turbación del joven, el mendigo sigue narrando su sueño con todos los pormenores que le han sido revelados. Terminado el relato, el joven se despide del mendigo, vuelve a Dordrech y, siguiendo las indicaciones que posee, penetra en el jardín, donde encuentra el tesoro escondido al pie del rosal.

Bajo el título de «*Thirga tid ést*» o «El sueño de verdad», el señor Ben-Sedira, profesor de lengua árabe (2), ha publicado un cuento que tiene mucho parecido con la relación anterior y que puede compararse con nuestro cuento chileno. Un hombre de buena familia, que ha perdido su fortuna en malos negocios, se encuentra en una triste situación. Una noche sueña que un genio le aparece y le dice que su felicidad está en Argel. Se traslada a esta ciudad y, como es la costumbre de muchos kabylas, va a pasar la noche en la mezquita, donde, después de las oraciones acostumbradas, se queda dormido. Durante su sueño, algunos ladrones se introducen en la mezquita para penetrar más fácilmente a una casa vecina. Sorprendidos por los moradores, los ladrones huyen. Viene el juez, y, pensando que algún ladrón ha podido esconderse en la mezquita, entra seguido de su escolta, y encuentra al viajero profundamente dormido. Sospechando que éste sea

(1) Compárese con lo que la comadre de Antuco le dice a propósito de su sueño.

(2) *Cours de langue Kabyle*. Alger, 1887, págs. 169-171.

uno de los ladrones, lo hace conducir a la cárcel. El día siguiente, el juez hace comparecer al presunto ladrón y le interroga. El hombre protesta de su inocencia y cuenta al juez el motivo de su viaje. Como el mendigo de la narración anterior, el juez se ríe del pobre hombre y le dice que él no cree en los sueños, agregando que, no hace mucho tiempo soñó durante tres noches seguidas que le aconsejaban que fuera a Zuaoua (éste era precisamente el pueblo del preso) y que al pie de una higuera había un tesoro escondido. Por las señas que el juez le da, el hombre reconoce que se trata del jardín de la casa de su padre, Puesto en libertad vuelve a su país y al pie de la higuera encuentra un cántaro lleno de oro que su padre había escondido.

En un cuento de G. Pitrè: «El Viciarre Tunnino» (1), un vendedor de atún salado ve durante su sueño a un hombre que le aconseja que vaya a verse con un individuo que está por debajo del puente del Almirantazgo. El atunero va al puente indicado y se encuentra con un hombre cubierto de harapos. Creyendo haberse equivocado, el mercader piensa volver a su casa; pero el pobre lo llama y le dice que levante una lápida que está debajo de un barril de atún en la bodega de su casa. Lo que encuentre le pertenecerá. El atunero vuelve a su casa. A la media noche, como el pobre se lo ha recomendado, levanta una lápida que está tapada por un barril de atún y por una escalera baja a un subterráneo, donde encuentra instrumentos de alquimia y varios jarrones de oro.

(1) *Fiable, novelle e racconti popolari siciliani*. Palermo. 1875. Tomo IV, N.^o 203.

* *

En las narraciones anteriores, el hallazgo del tesoro escondido no está sometido a otra obligación que la de cavar la tierra en un punto indicado. El interesado sabe pues, de antemano, el lugar preciso donde ha de encontrar la fortuna. No sucede lo mismo en nuestro cuento. Para apoderarse del tesoro encerrado en el arcón, Antuco necesita de un objeto maravilloso que le sirva de guía y sin el cual no podría conseguir su objeto. Esta especie de talismán es un ovillo de hilo. Siguiendo las indicaciones del compadre, sabe donde encontrarlo; pero ignora en absoluto el lugar donde ha de conducirlo y los peligros que pueda correr.

Este hilo conductor tiene un papel importantísimo en una infinidad de cuentos internacionales y está mencionado en tradiciones y leyendas muy antiguas. Nos bastará recordar el hilo que Ariadna dió a Teseo y que le permitió guiarse en el famoso laberinto de Dédalo.

En muchos cuentos, el ovillo de hilo o de seda es un regalo. Lo encontramos en un cuento griego moderno de la isla de Lesbos (1) citado por Cosquin. En «La sanguazzu» de Pitrè (2), la menor de tres hermanas sigue un ovillo de hilo que la conduce a un palacio. En otro cuento del mismo autor «Lu Ré d'Animulu» (3), una mujer deberá atar el hilo a una puerta y hacer rodar el ovillo, deteniéndose cuando éste se pare o cuando el hilo se acabe.

(1) FOLK-LORE, vol. X 1899, pág. 498.

(2) Tomo II, número 66.

(3) Tomo I, número 32.

Encontramos también el ovillo conductor en «La Truvaturedda, versión recogida en Capaci, y en «El pescadito encantado» del Señor Laval (1). En otro cuento chileno del mismo autor, «las tres tortillas o el canarito encantado» (2), una tortilla al rodar conduce al muchacho a un palacio subterráneo.

En cuanto a la hazaña de Antuco que rodea la escuadra inglesa con el hilo de su ovillo y la trae prisionera, ella recuerda en cierto modo las aventuras de Gulliver cuando se apodera de la flota enemiga que se preparaba a atacar el país de los liliputienses.

La vaca encantada

Narrado por MAGDALENA MUÑOZ, 26 años, natural de Santiago.

Aprender para saber y escuchar para contar.
 Las brevas son para comer si se las deja madurar.
 Si quieres coger una pera, búscate una escalera
 y si quieres un buen melón, que lo escoja un narigón.

1. Erase que se era una mujer llamada Dolores, que tenía dos hijos: un niño varón, de doce años, llamado Joaquín, y una niñita mujer de poco más de un año, que se llamaba Chabelita. La Dolores no tenía marido, a pesar de haber sido casada. Un día, poco antes que naciera la Chabelita, su esposo, que era muy buen mozo, trabajador y honrado, había partido para vender una vaca gorda en la feria de Chillán y desde entonces no se supo más de él. A la vaca no la vendió, pues volvió solita a la casa al día siguiente; tenía un lazo enredado en los cachos y estaba

(4) Tomo II de *Revista Chilena de Historia y Geografía*. 1911. pág. 296.
 (5) *Peneca* números 192 a 200. 1912.

empapadita. Se pensó que, al querer atravesar el río, las aguas habrían arrastrado al animal y que el marido de la Dolores, al tirarle un lazo para tratar de salvarla, se había caído al río y se había ahogado. Se buscó su cuerpo y el de su caballo; no se pudo encontrar nada; pero, algunos días después, unos trabajadores dijeron que habían visto al hombre que creían muerto. Andaba a caballo y llevaba en ancas a una mujer que vivía solita en un rancho, cerquita del río, y a quien todo el mundo conocía por el apodo de la Condená, porque decían que estaba en relaciones amorosas con el demonio y que cada noche se oía grande algazara y cantos en su rancho.

La gente creyó, pues, que el hombre y la mujer se habían arrancado juntos, porque, precisamente desde ese mismo día, la Condená desapareció. A pesar de todo lo que se le decía, la Dolores no quiso creer que su Pancho, que así se llamaba el esposo, se le había ido, abandonando su familia por otra mujer, pero como el marido no volvió, ni se encontró rastro de él, tuvo que conformarse. Ella era de un pueblecito cerca de Constitución y le dentro ganas de volver allá con su hijo y la guagua que acababa de nacerle. Vendió algunas tierras que tenía y los pocos animales que le quedaban; pero guardó la vaca que había vuelto a la casa, y a la cual quería mucho, porque decía que cuando el animal la miraba, le parecía que tenía mirada de gente. Además, su leche era muy abundante y muy rica y con ella criaba a la Chabelita.

2. Con la plata de lo que había vendido, la Dolores compró un ranchito un poco más allá de su pueblo, a po-
ca distancia del mar. Como no tenía mucha plata, reco-
gía mariscos que le servían para preparar la comida, y
con la leche de la vaca hacía riquísimos quesos. Joaquín

ayudaba a su madre y cuidaba de su hermanita a quien adoraba.

3. Un día que la madre había salido para ir al pueblo a comprar algunas provisiones, Joaquín quedó sólo con la guagua y pensó bañarla en el mar, como lo había hecho ya varias veces. La tomó en los brazos y entró al agua, entreteniéndose y jugando con ella, y haciéndose como si la tirara al mar, cuando, de repente, vino una ola inmensa que lo tiró boca abajo y lo envolvió. El niño no supo lo que le pasaba, se levantó medio ahogado y lanzó un grito; la guagua había desaparecido. Nadando de aquí y de allá, sumergiéndose en el agua, el pobre niño buscó a su hermanita; pero no la pudo encontrar. Loco de dolor, salió a la orilla y se dejó caer sollozando sobre la arena.

4. En esto, oyó una voz que le hablaba. Levantó la cabeza y vió a la vaca. Era la misma vaca que le hablaba como si fuera gente: «Eso sabía yo que había de suceder, dijo la vaca. Lo mesmito sucedió con tu padre, al pasar el río. La mala hembra que lo perseguía era bruja, emparentada con el genio de las aguas, y fué por arte suyo que tu padre se perdió. Ahora se ha llevado a la guagua, y muy pronto te tocará a ti, si no haces lo que te voy a decir.»

—«¿Y qué he de hacer? preguntó el niño, admirado de oír hablar a una vaca».

—«Has de matarme y desollar me al tiro, luego que me hayas sacado el cuero lo tirarás al mar. Te pondrás encima como si fuera un bote y te agarrarás bien de la cola. Si te vieras en algún peligro arranca un pelo de mi cola, él te servirá para que te salves. No te olvides tampoco de sacarme los ojos, que te llevarás en el bolsillo, ellos son

de virtud y te permitirán ver al través de las aguas, de la tierra, de las montañas o de las paredes».

Joaquín corrió al rancho, cogió un gran cuchillo bien afilado, y con él mató a la vaca, que descueró; le sacó los ojos y se los puso en el bolsillo.

5. Apenitas el cuero fué echado al mar y el niño estuvo sentado encima, que empezó a nadar, alejándose de la orilla y metiéndose mar adentro. Como ya estaba bastante lejos, el cuero fué de repente rodeado por la mar (1) de pescados grandes, que se pescaban de las patas de la vaca, impidiéndole que nadara y tratando de arrastrarla en el fondo del mar. Joaquín, acordándose de lo que la vaca le había dicho, arrancó un pelo de la cola, y éste, al tiro, se convirtió en un pesado remo, con el cual el muchacho dió de golpes sobre los pescados, que caían muertos en el mar. Sólo quedaba uno, el más grande. Joaquín levantó el remo y le dió un golpe tan feroz que el remo se partió y cayó al mar. Pero el pescado grande también había desaparecido.

La noche llegó muy pronto, obscura y triste, y el niño ya no veía nada y sacó un ojo de la vaca y se sirvió de él como de un anteojito para mirar si no había algún peligro. Pudo ver hasta el fondo del mar: las rocas, los pescados grandes y chicos, los monstruos marinos, buques que se habían hundido; pero no vió nada que le viniera en contra. Se guardó el ojo en el bolsillo y siguió navegando toda la noche.

6. Al amanecer una gran bandada de pájaros negros, más grandes que un cóndor, apareció volando sobre la cabeza del niño, y poco a poco bajaron para posarse sobre

(1) Expresión popular muy empleada como superlativo.

el cuero. Parecían muy pesados, y Joaquín comprendió que el cuero sería arrastrado en el fondo del mar. Ligero volvió a arrancar un pelo de la cola y éste fué trasformado en una escopeta toda cargada, con la cual disparó y mató una buena porción de pájaros, que cayeron al agua, mientras que, asustados, los otros se arrancaron volando y metiendo mucha bulla. Como estaban heridos, el agua del mar, alrededor del cuero, estaba colorada por la mucha sangre que habían perdido.

7. El cuero siguió navegando un par de horas más, cuando el muchacho divisó a unas cosas blancas que brillaban al sol y parecían grandes piedras que flotaban. Eran trozos de hielo, que muy pronto rodearon al cuero cerrándole el camino. El niño se vió perdido y tal fué su precipitación, que casi arrancó toda la borla de pelos de la cola de la vaca. Sólo quedaron algunos. Los tiró sobre el hielo y el pelo empezó a arder. Al calor, todo el hielo se derritió y el cuero se vió libre otra vez de seguir su camino.

De vez en cuando, el muchacho se servía de los ojos de la vaca para mirar. Al fin, divisó una islita sobre la cual había un castillo rodeado de murallas tan altas como la cordillera y pensó que tal vez su hermanita estaría adentro.

Cuando el cuero llegó al pie de las murallas, Joaquín miró con su anteojo y pudo ver a través de las paredes. Vió una sala muy grande. En el medio había una columna de mármol negro, a la cual un hombre estaba amarrado por una gruesa cadena. Cerca del hombre había un brasero lleno de carbones encendidos, y, arrodillada delante del brasero, una mujer que el muchacho reconoció por ser la mujer que, según decían, había enredado a su

padre. De una mano sujetaba una guagua y en la otra tenía un gran cuchillo con el cual se preparaba a degollarla. La mujer parecía hablarle al hombre que estaba amarrado y él siempre tenía la cabeza vuelta por el otro lado, como si no quisiera ver lo que la mujer iba a hacer.

8. Sin perder un momento, Joaquín sacó los pocos pelos que quedaban todavía a la cola de la vaca y los puso en el bolsillo. Aplicando uno contra la alta muralla del castillo tuvo una escalera tan altaza que parecía poder alcanzar hasta el mismo cielo. El niño trepó ligero y llegó a una ventana de la sala donde estaba la mujer. De un salto, cayó cerca del brasero y derribó a la mujer, arrancándole el cuchillo. Al ruido que hizo, el hombre amarrado volvió la cabeza y el muchacho reconoció a su padre, tan pálido y tan flaco, que parecía un esqueleto.

La mujer con la guagua habían rodado por el suelo. Algunos pelos de la cola, transformados en cordeles, sirvieron para amarrar a la bruja. El niño recogió a la guagua, que era su hermanita. Luego corrió a desatar a su padre, que se echó llorando a sus brazos, cubriendo de besos a sus hijos.

9. La bruja, bien amarrada, estaba tendida en el suelo, lanzando gritos y blasfemias. Joaquín, que había entregado la guagua a su padre, no la perdía de vista. Notó que la mala mujer trataba, arrastrándose, de acercarse a la columna de mármol negro. Maliciando que tal vez tendría algún medio de salir por ella, sacó un ojo de la vaca y empezó a mirar la columna. Vió que ésta era hueca y que en ella había una escalera que bajaba a un subterráneo. Descubrió la puerta, que el brasero ocultaba, y la abrió. Entonces, cogiendo a la bruja, la lanzó con todas sus fuerzas escalera abajo. Durante largo tiempo se oyó

el ruido que hacía rodando. Despues un grito, y nada más.

10. Joaquín, con su padre y la guagua, bajaron despacito la larga escalera y llegaron a un subterráneo en el cual había grandes arcones llenos de monedas de oro y piedras preciosas. El cuerpo de la bruja, hecho tortilla, estaba al pie de la escalera; ahí lo dejaron y se llenaron los bolsillos de oro, perlas y diamantes. Despues, siguiendo un camino subterráneo, llegaron al pie de la alta muralla a orillas del mar, donde pensaban encontrar de nuevo al cuero y embarcarse en él. El cuero había desaparecido, en su lugar había un bonito buque, que se balanceaba sobre las aguas. Se embarcaron en él, y el buque empezó a navegar tripulado por seres invisibles. Rendidos de cansancio, el muchacho y su padre se durmieron profundamente y no despertaron hasta que el buque se detuvo en la pequeña playa que estaba en frente del ranchito.

La Dolores estaba a orillas del mar, así que pudo presenciar la llegada del buque misterioso y el desembarco de su perdido esposo con sus queridos hijos. Se abrazaron todos, llorando de alegría.

El marido contó cómo, yendo a la feria de Chillán, la mala mujer le había pedido la tomara en ancas para atravesar el río, y de cómo, apenitas estaban en medio del agua, ella había dicho algunas palabras. El caballo con su carga se había hundido en las aguas y había sido transportado al castillo de la isla misteriosa. Desde entonces, el hombre había pasado amarrado porque no había querido casarse con la bruja, que estaba enamorada de él.

11. Mientras que su padre contaba su historia, Joaquín caminaba pensativo, recorriendo la playa. De repente, vió

el cuero, que las olas habían arrojado sobre la arena. Estaba cerca del montón de carne y huesos de la vaca que el muchacho había matado y que nadie había tocado. Joaquín pensó enterrarlo todo, y, extendiendo bien el cuero, puso adentro los huesos y la carne. Puso también los ojos, que tenía en el bolsillo, e hizo un lío con todo. En esto se encontró todavía un pelo de la cola, que había quedado en su bolsillo. Encendió un fósforo para quemarlo; pero al arder el pelo le quemó los dedos, así que lo soltó. El pelo cayó sobre el cuero, y en un dos por tres la vaca se levantó sana y gorda como antes y se puso a caminar hacia el rancho.

Joaquín estaba como quien ve visiones. Llamó a su padre y a su madre, a quienes había contado lo de la vaca. Al verla todavía viva, comprendieron que era un milagro de la Providencia y dieron gracias al cielo por el favor que les había hecho.

Con una porción de las riquezas que habían traído del subterráneo, el padre de Joaquín compró un hermoso fundo, compró animales y todo lo necesario y se hizo rico, porque todo le fué bien. Todos vivieron felices hasta la hora de su muerte, mientras que nosotros esperamos la suerte.

Y el cuento se acabó,
Y el viento se lo llevó.
Cuando lo vuelva a encontrar,
Se lo volveré a contar.

NOTAS

La vaca encantada pertenece al grupo de los cuentos internacionales cuyo argumento puede adaptarse sin nin-

guna dificultad a los usos y costumbres de los países más distintos, sin que el desarrollo necesite modificación alguna.

El tema del animal protector que ayuda o aconseja al héroe es de los más antiguos y lo encontramos tanto en las narraciones de los pueblos civilizados como en las de los primitivos.

Entre los animales protectores, la Superstición popular, salvo algunas excepciones, parece haber dado la preferencia a los que, con más frecuencia, se encuentran en contacto diario con el hombre, de tal manera que esta protección pueda ser disimulada más fácilmente y no llamar la atención.

Los animales domésticos: perros, gatos, corderos, vacas o caballos, son los protagonistas ordinarios de los cuentos. El caballo sobre todo, por su inteligencia, fidelidad y los importantes servicios que presta al hombre es más a menudo escogido por los narradores. En algunos cuentos, según que se trate de un tema piadoso o profano, un ángel, una hada o un genio toma la forma del animal para disimular su ayuda, mientras que en otros son simples brutos dotados accidentalmente de la facultad de expresarse de un modo comprensible. En algunos casos también la ayuda es, en cierto modo, la recompensa de un favor hecho al animal.

Nuestra narración, en cuanto a este punto, no explica nada y no sabemos si la vaca encantada que ayuda a Joaquín lo hace por cariño o en pago de algún servicio que el niño le hubiera prestado anteriormente.

Muy numerosos son los cuentos que se pueden comparar con el nuestro. Dejando aparte las narraciones que tratan de pequeños animales o de aves protectores, encontramos rasgos muy parecidos y episodios casi iguales en unos cuentos sicilianos. En «Pepino sperso pri lu mu-ni» (1) un buey aconseja al joven que lo mate, y, después de separar la carne de los huesos, plante a éstos en el terreno que el rey le mandó labrar (2). En la «Picuredda» (3) una oveja consuela y ayuda a una huérfanita maltratada por su madrastra y cuando ésta, que ha descubierto la ayuda prestada por el animal, ordena que la maten, la oveja, antes de morir, recomienda a la niñita que no coma de su carne y que, después de recoger cuidadosamente los huesos, los junte en el cajón de la carne salada. En «Filipeddu» (4) el joven príncipe deberá recoger el sudor del caballo y remojar en él las crines de la cola cuando se encuentre en algún peligro o necesite una ayuda.

Un cuento indio de Bengala, recogido por miss Stokes, nos narra las aventuras de un niño protegido por un perro, una vaca y un caballo, los cuales lo tragan y conservan en el estómago durante varios meses, a fin de ocultarlo e impedir sea descubierto por la madrastra que lo persigue con su odio.

(1) *Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane*. por G. PITRÉ. Tomo I. Número 27.

(2) Compárese con la vaca de nuestro cuento, que aconseja a Joaquín que la mate y se sirva de su cuero como bote.

(3) PITRÉ. Tomo I. Número 41.

(4) Idem. Tomo II. Número 70.

Cosquin, en sus notas sobre su cuento «El príncipe y su caballo», cita un cuento ruso, en el cual una vaca ayuda y protege a una joven muchacha.

En un cuento sajón de Transilvania, publicado por Haltruch, la ayuda y protección se deben al cariño de un toro.

Encontramos también esta protección del animal para con su amo en unos cuentos moros recogidos en Blida, por J. Desparmet. En «Bou Setta», una yegüita nacida el mismo día que el príncipe, lo aconseja, y merced a su ayuda, el joven escapa de los peligros a los cuales la envidia de sus hermanos lo ha expuesto. Esta yegua, que representa el papel de la suerte del joven príncipe es una Djanüa o hada.

Entre los cuentos chilenos que presentan este episodio de la ayuda de un animal doméstico, debemos mencionar más especialmente el cuento titulado «El tonto Bernardino» (1) y que tiene gran parecido con el cuento moro, citado más arriba: el potrillo que aconseja, protege y ayuda a Bernardino, que se finge tonto, ha nacido también el mismo día que su amo y, según las necesidades y circunstancias, se transforma en perro.

Los pelos de la cola de nuestra vaca encantada son de virtud y sirven a Joaquín para vencer los obstáculos que la bruja raptora del padre y de la hermanita multiplica alrededor del muchacho a fin de impedirle el paso. Encontramos estos pelos de virtud en un cuento del Cáucaso. Un muchacho perseguido por un ogro que lo quiere comer, se detiene en el camino para desatar un carnero que está amarrado a un árbol. Próximo a ser alcanzado

(1) Julio CARRASCO. *El Peneca*. Marzo, 1916. N.º 381.

por el ogro, llega a orillas de un gran río y se tira al agua montado sobre el carnero. Al instante el agua se congela a su alrededor imposibilitándolo para moverse. El ogro se adelanta sobre el hielo, pronto a coger su presa, cuando el muchacho, siguiendo el consejo del carnero, le arranca el pelo de su barba y lo tira sobre el hielo que se derrite. El ogro cae al agua y se ahoga.

En *Si tri fighi obedienti*, de Pitré (1), un porquero que se ha enriquecido al casarse con una hermana del protagonista, regala a éste un puñado de pelos de sus cerdos, para que le ayuden en la empresa, bastante difícil, de encontrar a la hija del rey fiera.

El cuero que sirve de bote a Joaquín se encuentra también en mi cuento araucano «El indio y el cuero.» (2)

En cuanto al buquecito tripulado por seres invisibles, puede compararse con el buque fantasma que ha sido el tema de tantas leyendas y narraciones, o mejor todavía con nuestro Caleuche que, según las supersticiones populares chilotas, recorre los mares del Sur y que ha sido descrito por los señores F. Cavada y J. Vicuña (3).

En cuanto a la resurrección de la vaca, varias leyendas y narraciones contienen este episodio. En *Publication of the Folklore Society* (XI, pág. 383) encontramos la siguiente legenda que ha sido reproducida en Chile con el nombre de *Légende pyrénéene*: Jesús pide la hospitalidad a varias personas que se la niegan. Acogido por un joven vaquero en una pobre choza, el muchacho, para que el

(1) Tomo I, N.^o 16.

(2) *Revista de Historia y Geografía*. Tomo XVIII. 1916. Núm. VIII, pág. 267.

(3) *Chiloé y los chilotas. Revista de Folklore Chileno*. Tomo V, pág. 92; y *Mitos y Supersticiones* por J. VICUÑA C., pág. 26.

viajero pueda comer, mata un ternerito, Jesús le manda recoger todos los huesos en el pellejo y resucita al animal, que cojea de una pata, porque el muchacho ha guardado un hueso para hacerse un pito.

Este mismo milagro es atribuído a unos fantasmas o aparecidos en una leyenda recogida por G. Jegerlehner en el Valais suizo (1): Unas ánimas celebran de noche una gran fiesta en un chalet sobre la montaña y matan, para comerla, la más hermosa vaquilla. Terminada la fiesta, el jefe de los fantasmas manda reunir todos los huesos de la vaca en el cuero extendido en el suelo y lo ata por las cuatro patas formando un lío. Hecho esto, todos los aparecidos giran bailando alrededor de la vaca, mientras que el vaquero, asustado, se ha escondido en un rincón. Terminado el baile, el jefe se adelanta, y golpeando tres veces con el pie, grita: «Levántate, morena». La vaca se levanta hermosa como antes; pero en una pata tiene una larga herida, le falta un pedazo de carne que el vaquero ha comido.

Al despuntar el alba, todos los fantasmas desaparecen.

Piñoncito

(Narrado por ROSARIO CONCHA, natural de Linares)

1. En una quebrada, a los pies de la cordillera, vivía un hombre con su mujer, gente muy buena que ayudaba a los que eran más pobres que ellos. Tampoco eran ricos,

(1) *Sagen aus dem Unterwallis*. Bâle. 1909. Publicaciones de la «Société suisse des Traditions populaires».

y vivían de su trabajo. El hombre arriaba el ganado y la mujer hacía tortillas que vendía a los que pasaban para ir de viaje. Ellos estaban muy tristes, porque no tenían familia.

2. Un día pasó por la quebrada un hombre ya viejo que caminaba con un bastón. La mujer, que estaba cerquita sacando pasto para Blanquita, que así se llamaba una cabra que tenía, vió al viejo y le convidó a que pasara a sentarse en el rancho.

Muy contento el viejo se fué a sentar y se puso a contarle a la mujer que estaba muy cansado porque había andado mucho y que sólo había comido unos piñones que se había llevado en el bolsillo. La buena mujer, compadecida, le ofreció un plato de comida, y cuando se fué el hombre, ella le dió también dos tortillas calientitas, que sacó del horno. El hombre le dió las gracias y buscaba en sus bolsillos para ver si no tendría algún cinquito; pero nada tenía y sólo encontró un piñón.

Lo tomó el pobre y, después de besarla, rezó un Padre nuestro y Dios te salve María y lo entregó a la mujer y le dijo que este piñón había de ser el padrino de su hijo. Mucho se rió la buena mujer, y también se rió el marido cuando volvió y que ella le contó lo que el hombre le había dicho.

3. Poco tiempo después la mujer notó que estaba embarazada y a los nueve meses nació el niño; pero era tan chico que era del tamaño de un piñón, así que lo llamaron Piñoncito.

Desesperados estaban los padres, porque el Piñoncito no crecía, pero lo querían mucho porque era muy agudo: cuando el padre estaba en la cordillera y que la madre salía para sus compras, Piñoncito se quedaba en la casa y

se ponía delante de la puerta como de centinela, con una aguja en la mano, como si fuera una espada y vigilaba muy bien.

4. Un día que su madre salió para ir a buscar leña para calentar el horno, prohibió a Piñoncito que saliera; pero él desobedeció y salió para jugar. Trató de escalar un peñasco; pero empezó a llover muy fuerte y para no mojarse, Piñoncito se acurrucó debajo de una callampa.

Mucho tiempo llovió y el pobre niño no se atrevía a salir de debajo de su callampa. En esto pasaron dos arrieros con sus mulas: uno de ellos cogió la callampa y la puso por debajo de su poncho. Calientito estaba Piñoncito y no decía nada.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuaaá)

=REVISTA CHILENA=

DE

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

(Personalidad Jurídica, Decreto Supremo número 2849, de
11 de Octubre de 1912)

SUMARIO:

	Pág.
Memoria de los servicios públicos del doctor don Juan Egaña.....	5
UHLE, Max.—Los aborigenes de Arica y el hombre americano.....	33
AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena (<i>Continuación</i>)	55
Un documento inédito sobre don Ambrosio O'Higgins.....	81
Papeles de don Domingo Santa María.....	84
Proceso por correspondencia subversiva contra doña Ana María Cotapos, doña Rosa Valdivieso y otros (1817-1818) (<i>Continuación</i>)	93
RISO PATRÓN, Luis.—Diario de viaje a las cordilleras de Antofagasta y Bolivia	152
CUADRA G., Guillermo.—Familias Coloniales de Santiago (<i>Continuación</i>)	185
LARA E., Alberto.—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico militar (<i>Continuación</i>)	218
MARÍN VICUÑA, Santiago.—La valorización territorial de la República.....	274
SAUNIÈRE, S DE.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral (<i>Continuación</i>)	801
Guerra del Pacífico: Correspondencia de don Antonio Varas con don Eulogio Altamirano, General don José Francisco Gana, don Francisco Puelma, Coronel don Cornelio Saavedra, don Domingo Santa María, don Rafael Sotomayor, Coronel don José Velásquez y don Rafael Vial (<i>Continuación</i>)	805
DE MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos (<i>Continuación</i>)	390
MONTT, Luis.—Bibliografía Chilena (1780-1807) (<i>Continuación</i>)	422
FELIÚ CRUZ, Guillermo.—Juan Fernández y Juan Jufre	458
Actas de la Sociedad	480
Nómina de los Socios	488

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1918



Cuentos Populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral

(Continuación)

Como venía la noche, los arrieros se metieron por debajo de una gran roca que parecía una cueva y prendieron fuego para calentarse y asar un trozo de carne que llevaban. El que había cogido la callampa quiso asarla y la puso sobre las brasas.—«¡Ay que me quemó! ¡Ay que me quemó! gritó una vocecita. Era Piñoncito que gritaba.

—«¡Caracoles!» dijo uno de los arrieros, ¿será que hablan las pulgas ahora?

—«¡Ay que me quemó», volvió a gritar Piñoncito.

—«Entonces el hombre, rabioso, tiró en un rincón su pitillo que fumaba, y sin más, sacó la callampa del fuego y empezó a comerla. Piñoncito le dió un mordisco en los labios y el hombre, no sabiendo qué bicho le había mordido, tiró la callampa afuera.

5. Cayó la callampa cerca de una de las mulas y como tenía hambre, ella se la comió y tragó al mismo tiempo a Piñoncito, que se encontró en el vientre de la mula.

Al amanecer los dos arrieros emprendieron el viaje con sus mulas. Siempre dentro del vientre de una estaba Piñoncito y no estaba muy bien, porque le faltaba el aire y casi no podía respirar. Se preguntaba que cómo saldría de ahí dentro; pero todo se arregló muy bien, porque a la mula, que sentía cosquillas en el vientre, y era Piñoncito que se las hacía gateando, le entró deseo de hacer sus necesidades y con ellas salió Piñoncito, todo mugriento y hediondo, pero muy contento por andar fuera.

6. En esto pasaba un pájaro grande que buscaba pajas para hacer su nido. Cogió a Piñoncito y lo llevó arriba de una roca, donde estaba el nido. Cuando el pájaro lo hubo dejado, Piñoncito buscó algo para comer. Era tan chico que no necesitaba mucha comida, pero no podía bajar de la roca, que era muy alta.

Encontró otro nido donde había huevos y se los comió. Comía pequeñas lagartijas, pastitos, hongos, de todo comía. Mientras tanto el pájaro había sacado sus polluelos y en el nido había dos pequeños pajaritos.

Piñoncito los miraba y cuando la madre traía algo para ellos Piñoncito, escondido en el nido, también abría la boca, y el pájaro no se fijaba y le daba a él también.

7. Ya crecían los pajaritos y Piñoncito, escondido, se quedaba cerca del nido. Un día vió a una serpiente grande que trepaba a la roca y se acercaba al nido. La madre no estaba y los pajaritos, que no tenían plumas, no podían volar. Al ver a la serpiente se pusieron a piar: ¡Pii, pii, pii! Piñoncito les tuvo compasión a los pobres y pensó: «¡Cómo llorará su madre cuando no los encuentre más en el nido! También habrá llorado mi mamita al no encontrarme más a mí».

Entonces se acordó de que tenía prendida en su ropa la

aguja que le servía de espada: se puso a un lado del nido, y cuando la serpiente sacó la lengua para pillar a los pájaritos, él con su aguja le atravesó la lengua. Al mismo tiempo le puso los dedos en los ojos y se los reventó. Cayó la serpiente y se despeñó en el barranco.

El pájaro grande, que todo lo había visto, llegaba en ese momento. En ese tiempo hablaban los animales. El pájaro dió las gracias a Piñoncito, y éste le contó su historia.

8. En pago del bien que había hecho a sus hijitos, el pájaro cogió a Piñoncito de sus vestidos y emprendió el vuelo para devolverlo a su casa. Cuando estuvo cerca, lo puso en el suelo y Piñoncito le dió las gracias, pero el pájaro le dijo:

—«Toma este hueso de gigante, con la médula te untarás el cuerpo y crecerás como los demás niños.»

Tomó el hueso Piñoncito, y cuando estuvo en su rancho, se untó el cuerpo. Su madre había salido. Poco tiempo después volvió y se quedó pasmada al volver a ver a su Piñoncito hecho y derecho, y grande como los demás niños. El le contó lo que le había sucedido y la madre rindió gracias al cielo por haberle devuelto a su hijo.

NOTAS

El tema del cuento de Piñoncito puede contarse entre los más populares y más frecuentemente narrados.

Ha sido desarrollado de distintos modos, y los detalles, como casi siempre sucede, han variado según las costumbres y los usos de cada país; pero el fondo queda igual, pues en todos los cuentos que pertenecen a esta misma familia, el protagonista es siempre un ser tan diminuto

que pasa inadvertido; de aquí la gran cantidad de aventuras que le suceden.

El nombre del pequeño héroe varía también según los lugares; Petit Poucet; Jean Puçot; Piperelet (Pimientito) en algunas provincias de Francia; Fagiolino, Cećino (Arvejita) en Italia; Pulgarcito en España; Puñadito en Navarra; Migajita en Cataluña. En Alemania: Daumgross en un cuento de Proehle (1) y Daumesdick en uno de Grimm (2).

Un cuento muy popularizado entre las tribus errantes de los beduinos, narra las aventuras y las hazañas de Nuça (Pequeñita), criatura traviesa, mezcla de sobrenatural y de humano, que comete fechorías y maldades burlándose de los que la quieren pillar, y, cosa digna de notar, entre todas las relaciones sobre el mismo tema, es la única, según creo, en que el protagonista es una niñita en vez de un muchachito, como aparece en los cuentos europeos.

S. DE SAUNIÈRE.

(Continuará)

(1) Proehle, I núm. 39.

(2) Grimm, núm. 37,

~~~~~

—REVISTA CHILENA—  
DE  
HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL

Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

(Personalidad Jurídica, Decreto Supremo número 2849, de  
11 de Octubre de 1912)

SUMARIO:

|                                                                                                                                                  | Págs. |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| Guerra del Pacífico: Actas del Ministerio Varas-Santa María, desde el 18 de Abril al 16 de Agosto de 1879.....                                   | 5     |
| AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena ( <i>Continuación</i> ) .....                                             | 65    |
| EGASA, Juan.—Memorial presentado a la Junta General de Minería antes de la Revolución, sobre mis servicios.....                                  | 116   |
| BLANCO FOMBONA, Rufino.—La Vida de Bolívar por Larrazábal.....                                                                                   | 130   |
| TRAYER OJEDA, Tomás.—Estudio histórico sobre las regiones de los Coronados y de los Rabudos.....                                                 | 155   |
| RISO PATRÓN, Luis.—Suplemento a la lista de errores y deficiencias del Mapa de Chile confeccionado por la ex-Oficina de Mensura de Tierras ..... | 201   |
| CUADRA G., Guillermo.—Familias Coloniales de Santiago ( <i>Continuación</i> ) .....                                                              | 232   |
| DR. MONTESSUS DE BALLORE, Fernando.—Bibliografía general de temblores y terremotos ( <i>Continuación</i> ) .....                                 | 285   |
| LARA E., Alberto.—La batalla de Chacabuco: Relación histórica y estudio crítico militar ( <i>Conclusion</i> ) .....                              | 317   |
| SALAS, Carlos J.—La muerte de Monteagudo .....                                                                                                   | 354   |
| MONTT, Luis.—Bibliografía Chilena (1780-1807) ( <i>Continuación</i> ) .....                                                                      | 368   |
| KNOCHE, Walter.—Estudio sobre la evaporación en Chile.....                                                                                       | 398   |
| SAUNIÈRE, S DE.—Cuentos populares Araucanos y Chilenos recogidos de la tradición oral .....                                                      | 442   |
| Cartas sobre los primeros años del Liceo de la Serena .....                                                                                      | 456   |
| VILLAMIL CONCHA, Enrique.—Vida de don Manuel Blanco Encalada .....                                                                               | 471   |
| Bibliografía .....                                                                                                                               | 478   |
| Quinta Memoria de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía (1917-1918) .....                                                                  | 487   |
| Balance General de la Tesorería de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía presentado el 15 de Octubre de 1918 .....                         | 492   |
| Actas de la Sociedad .....                                                                                                                       | 493   |

Imprenta Universitaria

Bandera 130

1918



## Cuentos Populares Chilenos y Araucanos recogidos de la tradición oral

---

(Continuación)

Varios episodios de un cuento lorenés: *Le Petit Poucet* (Cosquin, T. II N.<sup>o</sup> 53, P. 147) tienen bastante parecido con nuestro Piñoncito, en cuanto a algunos puntos, por ejemplo: prohibición de salir de la casa durante la ausencia de la madre; desobediencia del niño; estadía de éste en el vientre de un animal y su modo de salir de él; sin embargo, falta por completo la introducción que en nuestro cuento explica cómo ha nacido el niño y por qué se le ha dado el nombre de Piñoncito.

Pero si los episodios principales son más o menos iguales en ambos cuentos, se diferencian completamente en el final.

Para facilitar la comparación daré, un breve resumen del cuento de Cosquin:

Una familia de campesinos tiene muchos niños, uno de ellos es tan chico que se le ha dado el nombre de *Petit Poucet* o *Pulgarcito*. La madre va a buscar pasto para la va-

ca y recomienda al niño que no salga de la casa. Este desobedece y sigue a su madre: para que no lo vea se esconde en el pasto que ella amontona. Vuelta a la casa, la mujer da el pasto a la vaca, la cual se traga al mismo tiempo al niño.

Cuando la madre, que no ha notado la desaparición de Pulgarcito, quiere ordeñar la vaca, ésta no quiere moverse y cada vez que le dice: «Date vuelta, negrita», contesta: «No me volveré». (No es la vaca quien habla sino el niño que está en su vientre). Viene el padre, y la vaca le da la misma contestación.

Asustados los campesinos al oír hablar a la vaca, la hacen matar y arrojan afuera el estómago y las tripas del animal. Una vieja, al pasar, los recoge y se los lleva en un canasto, pero, encontrando la carga muy pesada, la abandona en el suelo. Pasa un lobo hambriento que, después de comer el estómago y las tripas, se pone a rondar un rebaño; Pulgarcito, desde el vientre del lobo, grita al pastor: «¡Cuidado con el lobo, cuidado con el lobo!» El animal está tan asustado que se pone a correr y haciendo un esfuerzo suelta al niño, quien sale mugriente (compárese con la expulsión de Piñoncito del vientre de la mula). Después de limpiarse, Pulgarcito vuelve a su casa.

En una variante que Cosquin da de este cuento: «Le Petit Chaperon Bleu» (Caperuzita Azul) (T. II, P. 148) el niñito debe llevar la comida a sus padres que trabajan en el campo. Antes de salir quiere dar pasto a la vaca, deposita su olla tan cerca del animal que éste, de una patada, derrama la sopa; temiendo el castigo el niño se esconde en el pasto y la vaca lo come.

Los padres, inquietos por la tardanza de su hijo, vuelven y se asustan al ver a la vaca con el vientre hinchado

matan al animal y como en el cuento anterior, botan las tripas. Estas son recogidas por una mendiga que las pone en unas alforjas que lleva en la espalda. En el camino, el niño canta y habla, y la mendiga, que no comprende de donde viene la voz, apresura el paso muy asustada. Llegada a su casa y mientras lava las tripas para ponerlas a cocer el niñito sale sin que lo note y se esconde en un armario. La vieja guisa las tripas y empieza a comer. «Buen provecho», le grita Caperucita; después cuenta su historia y la mendiga se apresura a devolverlo a sus padres.

Si comparamos estos dos cuentos con el nuestro, a pesar de algunos rasgos que les son comunes, vemos que se diferencian bastante: primero, como ya lo he dicho más arriba, falta la introducción, y la acción empieza con el episodio principal, es decir, la vaca que come al niño; además, en el primer cuento de Cosquin, Petit Poucet tiene muchos hermanos, mientras Piñoncito es hijo único y su venida al mundo puede considerarse casi como un milagro que premia la caridad de la madre para con el viejo mendigo.

Pulgarcito y Caperucita se ocultan en el pasto por temor al castigo; Piñoncito, al contrario, parece preocuparse muy poco de la prohibición de su madre y si se abriga bajo una callampa, es porque llueve (1).

Siguiendo nuestra comparación, encontramos también

---

(1) Encontramos el mismo episodio en un cuento catalán (Rondallayre, III, p. 89). El muchachito ha ido a comprar azafrán, al volver a su casa la lluvia lo coge; se pone al abrigo bajo un repollo.

En un cuento escocés (Campbel! N.º 69). Tomás del Pulgar que ha salido para dar un paseo, se ve cogido por el granizo; para que éste no lo mate se esconde bajo una hoja de Paciencia. (Paciencia o Romaza, *Rumex Patientia* Linnei, Poligónicas), pasa un toro que se come la planta con el niñito.

una diferencia muy marcada en el desarrollo de los acontecimientos: si Pulgarcito y Caperucita son comidos por las vacas, es porque se han escondido en el pasto; la madre de Piñoncito tiene una cabra, Blanquita, pero no es ella quien se traga al niñito, sino una mula. ( Nótese la introducción en nuestro cuento del elemento propio a las costumbres del país: los arrieros que atraviesan la cordillera con sus mulas, y compárese con los cuentos europeos). Aquí aparece un episodio que falta en los cuentos que hemos citado: Piñoncito es cogido por el arriero junto con la callampa y, cuando el hombre la pone sobre las brasas, el niño se queja porque se quema, luego muerde los labios del arriero cuando éste quiere comer la callampa. Creyendo que hay algún bicho escondido en ella, el hombre la tira fuera de la cueva, y una de las mulas, que tiene hambre, la come junto con el niño. Cuando está en el vientre del animal, Piñoncito, le hace cosquillas (1) lo que motiva su expulsión.

\* \* \*

Por lo que toca al final de nuestro cuento, no tiene ningún rasgo que se parezca a los cuentos ya citados y se podría creer que es la fusión de dos cuentos reunidos para formar uno solo. El episodio del pájaro que coge al niño a la salida del vientre de la mula, podría, en cierto modo, compararse con el del lobo o cualquier otro de los animales que en los cuentos europeos se tragan las tripas

(1) En un cuento de la Picardía (Carnoy, pág. [329]), Jean Puçot, que ha sido tragado por una vaca, la pincha con una lezna que tiene en el bolsillo.

con el niño, después de la muerte de la vaca; pero los episodios que siguen nos prueban que se trata de un hecho completamente distinto, y que no se relaciona con ninguno de los cuentos pertenecientes a la familia de nuestro cuento chileno.

La pelea de Piñoncito con la serpiente que quiere engullir a los polluelos, la muerte del animal cuya lengua ha sido atravesada por la aguja que el niñito lleva prendida en su ropa, en fin, el pájaro que devuelve el chiquitín a su casa, nos recuerdan un cuento oriental traducido por Juan Scot, (T. III, P. 101) en el cual un joven príncipe que busca a una princesa para casarse con ella, se acuesta para descansar al pie de un árbol, donde hay un nido de pájaros fabulosos. Viendo a una serpiente negra que, enroscada al árbol, trata de devorar los polluelos, el joven la mata.

La madre vuelve y los pajaritos le cuentan lo que ha sucedido. Agradecida, el ave transporta al príncipe al palacio habitado por la princesa.

\* \* \*

Muy larga sería la enumeración de todos los cuentos que tratan del tema de Piñoncito; me limitaré a citar algunos de los que se pueden consultar para una comparación más completa: griego moderno (Hahn, número 55); alemán (Grimm, número 45); croata (Krauss, T. I, pág. 92); ruso (traducción de M. París, pág. 81); italianos (M. A. Gianandrea, Giornale de Filología, Romanza número 5); Pitré (Fiabbe e Novelle popolari siciliani, T. III, número 79); portugués (Coelho, número 33); árabe (Contes maures de G. Desparmet, número XXI).

Citaré además un cuento araucano del padre Félix de Augusta (1) y Miñique, cuento popular chileno del señor R. A. Laval (2).

### La madrastra

Narrado por Virginia López, natural de Los Andes

1. Un hombre había por allá en la farda de la Cordillera, que se ocupaba en arriar el ganado que pasaba por los boqueteros, y se decía que tenía plata escondida.

Güeno era el hombre y trabajador; pero le gustaba echar su traguito y a veces se emborrachaba y llegaba curao a su rancho.

Tenía a una mujer en su casa que le cuidaba los niños que tenía de su finá mujer, que había muerto de calenturas hacía pocos meses. Mucho la había querido a su mujer, el hombre y quería mucho a sus hijitos: Juanito y Lolita, que eran niños muy obedientes.

Tres años tenía Juanito y la Lolita cuatro. Cuando se había muerto la maire, el marío le había prometido cuidar mucho de sus hijitos y no separarse nunca de ellos. Tamién le había prometido a la muerta no volverse a casar; por eso se había tomado a una mujer viuda, pa que le cuidara sus hijitos y le había encargado los vigilara mucho, porque él no podía hacerlo por su trabajo.

La mujer había prometido lo que el patrón le había pedido, y se hacia la que quería a los niños y les hacía cariño cuando estaba el padre; éste era muy contento.

(1) *Leeruras araucanas*, N.<sup>o</sup> 3, Un huinca viejo.

(2) *El Peneca*, N.<sup>o</sup> 292, Junio de 1914 y *Petit doigt, Revue des traditions populaires*, tomo XXXI, p. 178,

2. Un día le dijo la mujer que ella no podía quedar por más tiempo a cuidar de los niños, porque había sabio que la gente hablaba mal della. Dijo: «Todo el mundo dice que una mujer honrá no puede vivir con un hombre joven si no está casá con él. Así que yo no me quedare si usted no se casa conmigo».

Refleucionó el hombre, acordándose de lo que había prometido a su finá mujer; pero después pensó que no podría dejar solos a sus hijitos y que no encontraría a naiden pa vivir con él y cuidar de su rancho. Entonces se casó con la viuda y le hizo prometer que trataría siempre bien a los niños y ella se lo prometió.

3. Pa estar más seguro de que la mujer cumpliría lo que había prometido, no durmió con ella pa no tener familia.

Rabiaba la mujer, pero lo disimulaba y se fingía contenta; pero una noche el hombre llegó borracho, y entonces ella se acostó con él. Al otro día él se despertó con su mujer y comprendió que había dormido con ella.

Esa mujer tenía un querío a quién le daba la plata que le robaba al marío, y había quedao embarazá; por eso quería dormir con el marío.

Poco tiempo después, le dijo que estaba embarazá y él tuvo que aguantar la mentira.

4. Nació la guagua y fué una niñita muy negra y fea: tenía la boca toreía y era tuerta.

El marío disimuló lo fea que encontró a la guagua por no darle pena a la maire; pero los niños, por ser tan chicos, no sabían disimular y dijeron que no querían besar a la hermanita, porque era muy fea.

Entonces la mujer tuvo una rabia espantosa, y, cuando

estuvo sola con los niñitos, les pegó y los tiró al suelo y les dijo que si le decían argo a su padre los mataría.

Tuvieron mieo los niñitos y no dijeron na cuando volvió su padre. Delante d'él, la madrastra les hacía cariños y los besaba, y cuando estaba fuera les arrancaba el pelo y les daba puntapiés, dejándolos todos cochinos y sin comer.

5. Entonces la niñita lloraba y decía: ¡«Mamacita linda, por qué te habrís muerto y no te vemos más! ¡Ven a buscarnos, que esa mala mujer nos mata»!

Entonces Dios permitió a la pobre madre volver pa consolar a sus hijitos: cuando venía la noche, ella bajaba sobre un rayo de luna y se dentraba en el rancho. Besaba a sus hijitos, lavaba y planchaba sus ropitas, pa que no anduvieran tan sucios; tamién les traía comida del cielo, y los niñitos estaban sanos y gordos.

No podía explicarse la mala madrastra cómo eso sucedía: se puso a aguaitar, pero sólo veía un rayo de luna que se dentraba en el rancho y se posaba sobre los niños que dormían; y éstos sonreían.

6. Entonces pensó matarlos pa que la plata del marío fuera toíta pa su hijita della, y esperó que se fuera el marío pa arriar un piño de animales que llegaba de la Argentina.

Una noche, tomó a los dos niños, los envolvió en una sábana y se fué pa la montaña: llegó arriba de una quebrá muy honda, y desde arriba tiró a los niñitos, pensando que la nieve que caía con mucha fuerza cubriría sus cuerpos, y que ella podría decir al marío que los niños habían sido robaos.

Era muy de noche, pero brillaba la luna y toíto se veía muy bien. Cuando la marvá lanzó a los niños envueltos

en la sábana, vió que ésta se destendía y que dos ángeles y una mujer vestía de blanco sostenían los cuerpos de los niños que en lugar de quer parecían volar.

7. En ese momento empezó una gran tempestá, hubo truenos y relámpagos. La mala mujer se dió vuerta pa mirar a su rancho que estaba a los pies de la montaña, y vió que ardía. Bajó corriendo y gritando, pero cuando llegó no encontró más que un montón de escombros y el cuerpo de su hijita carbonizao. Al mismo tiempo vió que la mujer de blanco y los ángeles traían a los niñitos dormíos y los acostaban sobre un montón de paja que estaba debajo de un garponecito que no había sío quemao.

Al día siguiente, cuando el marío llegó, vió a su mujer sentá en la ceniza y meciendo entre sus brazos un palo todo quemao. Se había vuerto loca.

Un poco más léjos estaban los niños jugando con una bonita perra blanca que les lamía la cara. Era la madre, a quien Dios había permitio salvar a sus hijitos.

El padre se llevó a sus niños y se fué a vivir en un pequeño pueblo y la perra venía todos los días a hacerles cariños y lamerles la cara.

La mala madrasta murió en la Casa de Orates.

#### NOTAS

Numerosísimos son los cuentos y leyendas que relatan los sufrimientos de los huérfanitos que quedan desamparados a la muerte de sus padres; pero entre todas estas narraciones, las que tratan de la crueldad de las madrastas para con los hijos de la primera mujer son las más numerosas y las que más fuertemente conmueven a los que las oyen contar, esto es muy natural, pues, si bien es

verdad que el huérfano sin padres sufre y padece, muy a menudo también es recogido por una persona caritativa o por alguna institución pública o privada que, si no puede compensarles el cariño que han perdido, a lo menos les preserva del dolor de verse maltratados por la mujer que debiera reemplazar a la madre muerta y que lo pospone abiertamente a los hijos que ella tiene.

A menudo ese dolor es duplicado por la indiferencia del padre, quien, ya sea porque prefiere a los hijos de su segunda mujer, ya sea por prestar demasiado oído a las acusaciones injustas de la madrastra, llega hasta el extremo de maltratarlos.

Ese tema ha sido comentado y desarrollado de mil maneras, han variado los detalles, pero en todas estas relaciones encontramos siempre el mismo episodio: la intervención de la madre muerta, a quien Dios permite volver para consolar a sus hijos dolientes.

En nuestro cuento el padre adora a sus hijitos y no se resuelve fácilmente a darles una madrastra; pero engañado por el cariño fingido de la sirvienta y amenazado de quedarse sin nadie que los cuide, se decide a tomarla por esposa, después de hacerle prometer que les servirá de madre. Sabiendo, además, cuán fácil sería faltar a su promesa en el caso que tuviera familia, se resuelve a no hacer efectiva la unión; pero la mujer, que es una perdida, y sólo se ha casado a fin de legitimar el fruto que lleva en su seno, consecuencia de su intimidad con otro hombre, pone todo su empeño en que el marido duerma con ella y vemos que lo consigue, merced al defecto que tiene el hombre de emborracharse de vez en cuando.

Lo que llama la atención en la introducción de este cuento es la sencillez de los acontecimientos; el viudo con

niños obligado por sus ocupaciones a tomar una persona que los cuide, y el matrimonio, que muy a menudo es la consecuencia de la vida en común. El marido ignora la perfidia de la mujer y cree en el cariño que manifiesta a los niños en su presencia; éstos callan sus sufrimientos, atemorizados por la madrastra.

Todos los sentimientos expresados son muy naturales y sólo vemos intervenir a la madre casi al final del cuento.

Esta intervención, como ya lo dije más arriba, es común a todos los cuentos que tratan del mismo tema y la encontramos en las narraciones de distintos pueblos, cualquiera que sea su religión.

En prueba de esta aserción daré el resumen de dos cuentos recogidos por mí: uno en Francia, en una pequeña aldea de Auvernia, el otro en Kairuán, la ciudad santa de Túnez.

Un carbonero viudo, que trabaja todo el día en los bosques, tiene cuatro hijos; se casa con una vecina, viuda también; ésta tiene un niñito de pocos meses. Apenas casada, la madrastra maltrata de tal manera a los hijos de la primera mujer, que éstos llaman a gritos a la madre muerta.

Dios concede a la madre el poder volver para consolar a sus hijitos. Entra a la pieza de los niños y, como en nuestro cuento, les prodiga sus cuidados. Después aparece el padre, que trabajando todo el tiempo lejos de la casa, sólo vuelve cuando los niños duermen e ignora sus sufrimientos. La muerta reprocha al padre el poco cuidado que tiene de sus hijos, el marido jura defenderlos: vuelve a su casa más temprano y, escondido, oye a la madrastra amenazar de muerte a los niñitos si cuentan al padre lo que sufren. Indignado el marido entra a la pieza

donde duerme el hijito de su mujer y ló lleva sin que ella lo note. Lo esconde en una choza que en el bosque le sirve de refugio cuando llueve.

La madrastra busca enloquecida a su niñito y no encontrándolo, cree que los hijos de su marido lo han hecho desaparecer; en el momento en que los está maltratando entra el padre y pregunta el motivo del castigo, la mujer acusa a los niños; pero el marido dice que acaba de cruzarse en el bosque con una mujer vestida de blanco y que parecía un fantasma, la mujer llevaba un niñito en los brazos y cantaba así:

La paz de los míos  
Será la del tuyo,  
Cumple tu deber.  
Si sufren, él llora,  
Y nunca en tu casa  
Lo vuelves a ver.

No dudando ya la madrastra que la desaparición del niñito sea obra de la difunta que la castiga por el mal tratamiento infligido por ella a sus hijos, y temiendo no se lo devuelva, pide perdón a los niños y suplica a Dios tenga piedad de ella.

Después de un par de días el marido devuelve el niño en la cuna, y la madrastra, temerosa que la muerta se lo vuelva a quitar, deja de maltratar a los hijos de su esposo y les sirve de madre.

En este cuento la intervención de la madre es indirecta, ella aparece al padre para reprocharle su conducta, a esto se limita su intervención, y es el marido el que, después de cerciorarse de la veracidad de los hechos, se

encarga de castigar a su mujer haciendo desaparecer al niño para hacerle creer que es la muerta quien se lo ha llevado. A esto se limita también el castigo de la mujer, que se arrepiente y cumple la promesa hecha, tratando bien a los hijos del marido.

En nuestro cuento, al contrario, la intervención divina es directa, el marido ignora que los niños sufren e ignorará siempre que la madre los ha salvado de la muerte. El castigo de la madrastra es real, puesto que su hijita muere quemada y ella se vuelve loca de pesar. Además la protección de la madre continúa, pues ella ha tomado la figura de una perra y sigue acompañando a sus hijitos.

Este tema es tratado casi del mismo modo en el cuento árabe:

Un mercader, cuya mujer ha muerto, tiene dos niñitas mellizas de una hermosura extraordinaria. Su segunda mujer promete cuidarlas y quererlas; ella tiene una niñita fea (compárese con nuestro cuento). Envidiosa de la belleza de las hijitas de su esposo, trata de desfigurarlas, tirándoles agua hirviendo en la cara, mientras están durmiendo.

La madre, que desde el cielo vela por sus hijitas, ha rogado a Allah le permita bajar a su lado, desvía el brazo de la mala mujer y el agua cae sobre la cara de la propia hija de ésta, quien queda ciega y horriblemente desfigurada.

Como se ve y como ya lo he expresado, la religión profesada importa muy poco, y tanto el Dios de los cristianos como el de Mahoma, no pueden resistir a los ruegos de la madre que pide auxilio para sus hijos indefensos.

\* \* \*

Muchos otros cuentos recogidos en distintas partes contienen episodios que se relacionan con los cuentos que acabo de citar. En la mayor parte de ellos, lo que impulsa a la madrastra a tratar mal a los hijos de su esposo es la envidia, motivada muy a menudo por los dones otorgados por el cielo a éstos y denegados a los suyos.

S. DE SAUNIÈRE.

---